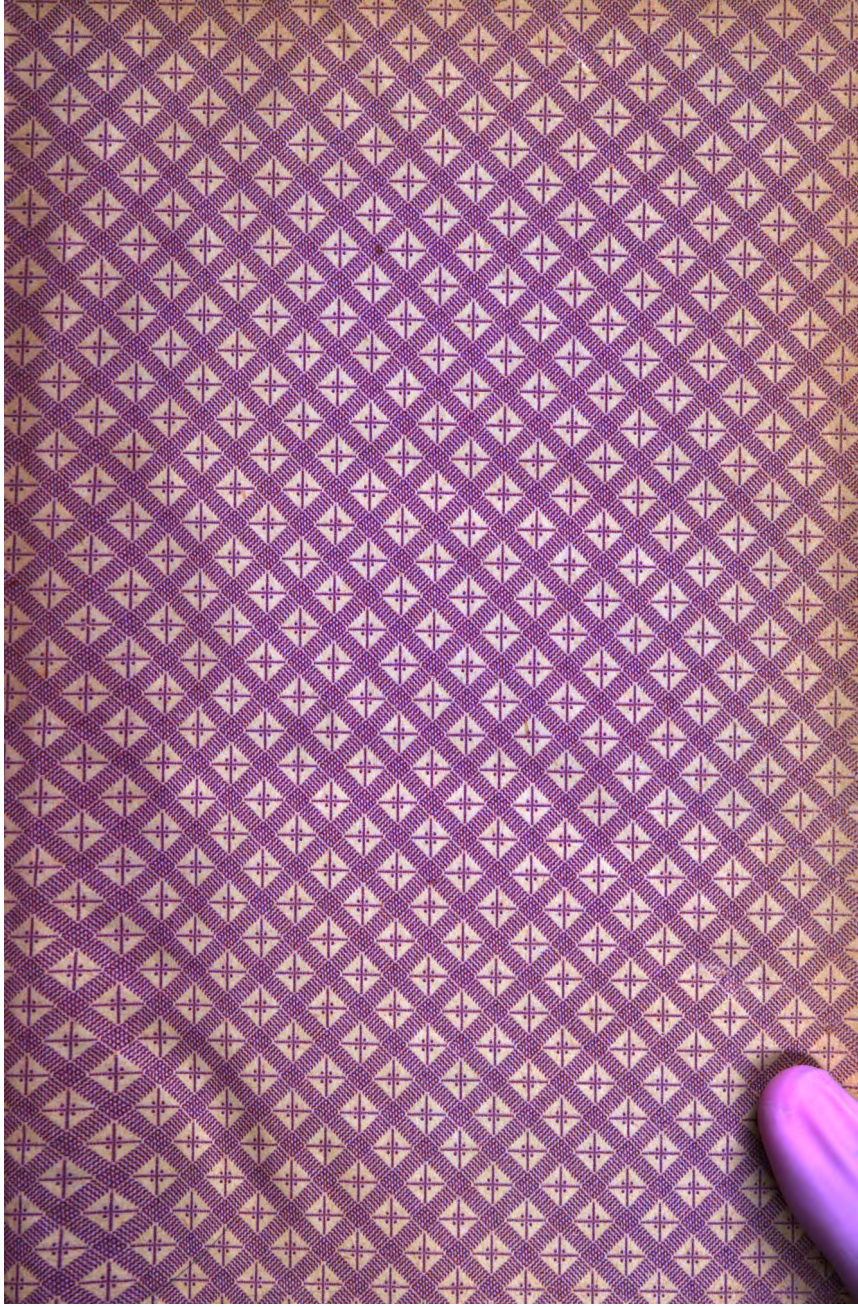
UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS

UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
STACKS



BUCÓLICOS GRIEGOS.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XXIX

POETAS
BUCÓLICOS GRIEGOS

TRADUCIDOS EN VERSO CASTELLANO

POR

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON
OBISPO DE LINARES
Individuo correspondiente de la Real Academia Española
(ENTRE LOS ÁRCADES)
IPANDRO ACAIÇO

con notas
explicativas, críticas y filológicas

SEGUNDA EDICION

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6
1880

Ἀείδων ἐνόμευε.

Cantando apacentaba su rebaño.

Mosco, Id. III.

PRÓLOGO.

Los bucólicos griegos no habian tenido hasta ahora más intérprete en nuestra lengua que el celebrado orientalista D. José Antonio Conde, que en prosaicos, desaliñados é insufribles versos sueltos, aunque con bastante sujecion á la letra del original, publicó en los últimos años del siglo pasado una traduccion de ellos. Cierto es que podíamos leer en forma algo ménos desagradable el *Buco liasta*, el *Cíclope*, *Eunica* y alguno que otro idilio, interpretado con facilidad y soltura por tan elegantes poetas como Villegas, Meléndez y Pesado: cierto que de *las Siracusanas* poseemos una brillante traduccion de D. Genaro Alenda; pero el resto de las obras de Teócrito, Mosco y Bion puede decirse que estaba intacto entre nosotros, hasta que vino á reparar tan grave falta el árcade mejicano *Ipandro Acáico*, ó llamándole por su verdadero nombre, sin disfraces ni velos, D. Ignacio

Móntes de Oca, obispo que fué de Tamaulípas, y lo es actualmente de Linares.

En el hecho de estampar aquí yo con todas sus letras su nombre, y de consignarlo el mismo autor en la portada del libro, claro se ve que ni uno ni otro tenemos por accion vitanda y pecaminosa la de ejercitarse un obispo en traducir á Teócrito. Arzobispo de Granada fué, casi en nuestros dias, el señor Folgueras, que tradujo á Juvenal. Esto áun en nuestra severísima Iglesia Española, que en Italia fuera harto fácil empresa tejer un catálogo de obispos, cardenales y altas dignidades de la Iglesia, que no se han desdeñado de emplear sus ocios en honestos solaces poéticos, y sobre todo de comentar, traducir é ilustrar á los clásicos antiguos. Y buscando el ejemplo más ilustre dentro de nuestra propia literatura, ¿á quién no se le ocurre el nombre del obispo Valbuena, que, lo mismo que el nuestro, *cantaba apacentando su rebaño*, en las vírgenes selvas americanas, y ora repetia los férreos ecos de la bocina de Roldan en Roncesvalles, ora los melífluos acordes de *la flauta pastoril siracusana?*

Bien sé que no faltarán espíritus pusilánimes y fáciles en escandalizarse que á Ipandro Acáico, y á mí su apologista, nos llamen *paganos* y gente de peligrosas tendencias artísticas. De fijo que en siglos de verdadero fervor religioso nadie hubiera visto semejante peligro, y todos hubieran sido plácemes para el traductor de los bucólicos.

Pero ya que hoy no falta quien condene y excomulgue *propria auctoritate* cuanto huela á hele-

nismo y á culto de la forma antigua, bueno será recordar lo que dice de esto Ipandro en el prólogo de los *Idilios de Bion*, que por primera vez publicó en Guanajuato en 1868. Allí refiere que alguna vez le entraron escrúpulos sobre el contenido del libro que traducia, pero que todos se disiparon leyendo la homilía de San Basilio sobre la utilidad que se saca de los autores profanos: y recordando aquel texto del *Deuteronomio*, «en que manda el Señor á los Israelitas, que si entre los prisioneros de guerra se halla alguna hermosa cautiva, á quien alguno del pueblo escogido quiera unirse en matrimonio, se le haga ántes cambiar de vestidura y tocado, haciendo caer los cabellos y las uñas bajo la tijera purificadora, siendo entónces permitido el enlace. Así hemos de hacer con los autores profanos: despojarlos de lo superfluo y poco delicado, y aprovecharnos de lo demas para nuestra edificacion.»

Ipandro Acáico es decidido partidario del clasicismo, y formula su doctrina en estas valientes frases: «Sea dicho con perdon del abate Gaume, y de los admiradores de sus utopias, me atengo á la experiencia de todos los siglos que nos han precedido, al ejemplo de personajes célebres por su piedad no ménos que por sus letras, y á las doctrinas contenidas en una carta reciente del cardenal Vicario de Roma. Presentad á un jóven, no digo una homilía de un Santo Padre, sino una arenga de Demóstenes, y léjos de aficionarse á un estudio árido y difícil en los principios, arrojará gramáti-

cas y diccionarios y correrá en busca de una novela moderna. No así, dándole la leche y suaves manjares que requiere la infancia: poco á poco se acostumbrará á más sólidos alimentos, y no le arredrarán despues las páginas de los Basilios y Gregorios. El mismo Crisóstomo se deleitaba en la lectura de los cómicos griegos, y á él debemos la conservacion de las pocas comedias que nos quedan de Aristófanes. Aun el grande apóstol San Pablo no temió citar entre los textos dictados por el Espíritu Santo los versos de un poeta profano.»

Es, pues, un axioma para Ipandro Acáico la conveniencia moral y hasta religiosa de educar el sentimiento estético, y éste en sus fuentes primordiales, es decir, en la antigüedad sagrada y en la profana, y ésta, no sólo por contener los mejores modelos de gusto, sino porque estando alejada de nosotros por siglos, creencias y costumbres, puede ser contemplada con ojos serenos y fruicion puramente artística, sin ponerse en contacto demasiado íntimo con nuestros afectos y propensiones, al reves de lo que acaece con la literatura moderna. A buen seguro que un jóven educado con la austera poesía de Esquilo, de Píndaro ó de Sófocles caiga nunca en las insanas y enervadoras melancolías, pesimismos y escepticismos que hoy trabajan el mundo.

Y ¿quién negará, prescindiendo de la cuestion de arte, las grandezas morales é intelectuales de griegos y latinos? Cuanto pueden alcanzar por sus propias fuerzas el entendimiento y la voluntad hu-

mana, otro tanto alcanzaron ellos. El Cristianismo no vino á destruir nada de lo bueno que habia en la civilizacion antigua, sino *á restaurarlo todo en Cristo*. Y como medio de propaganda, de difusion y de enseñanza, eligió esa misma lengua y cultura helénica, y llamó á los gentiles á la herencia de los judios. Y los gentiles acudieron porque habian recibido de sus filósofos y de sus poetas la *preparacion evangélica*, ya que no habian tenido como el pueblo de Israel la enseñanza más alta de sus *videntes* y profetas.

Y aquí encaja, como anillo en el dedo, lo que en su oracion escribe San Basilio: «Los libros santos, las lecturas piadosas nos llevan á la vida eterna... —Pero miéntras la edad no nos permite ahondar en sus profundas máximas ni penetrar su sentido, es menester ejercitarnos en otros autores más fáciles, á la manera que el soldado, años ántes de salir á la guerra, se ejercita en simulacros militares. Así, nosotros, para lidiar la más terrible de las batallas, debemos ejercitarnos en los poetas, en los historiadores, y en todo libro que pueda traernos alguna utilidad.»

¡Cuán bien ha hecho Ipandro en citar desde el púlpito estas palabras, que son la mejor apología de su doctrina! ¡Cuánto difiere este plan de educacion ámplia, generosa y verdaderamente *católica*, imaginada por San Basilio, de las estrechas y torpes ideas de los que creen mantener la pureza de la fe por medio de la ignorancia y el mal gusto! Hoy que la impiedad es docta, é invade todos los campos,

¿cómo ha de presentarse inerme ante ella el apologista católico? ¿cómo puede ignorar lo que supieron y especularon los antiguos?

Y añade San Basilio con el delicado instinto de las cosas bellas, que le acompaña siempre: «Verdad es que en el árbol lo principal que buscamos es el fruto, y por él llamamos al árbol bueno ó malo. Pero ¡cuánta hermosura no le acrecientan las hojas y los ramos! Así, la verdad es el fruto principal del alma, pero ¡cómo le realzan las flores de la erudicion y de la sabiduría!» Y á mayor abundamiento cita el mismo Padre los ejemplos de Moisés y de Daniel, doctísimos en la ciencia de los egipcios y en la de los caldeos.

Cierto que la lectura de los paganos ofrece inconvenientes y peligros, como todas las cosas en el mundo, pero ni tantos ni tales como imaginan los que nunca los han leido. Creer que el arte de la antigüedad está reducido á las Vénus de la decadencia, á los poetas eróticos y á las novelas de Petronio y Apuleyo, arguye ignorancia tan crasa que más provoca á indignacion que á risa. ¡Pluguiera á Dios que la literatura de las épocas y pueblos tenidos por más cristianos estuviera tan libre y exenta de manchas é impurezas morales, como el arte religioso, severo y profundo de los cuatro más grandes poetas helénicos: Homero, Píndaro, Esquilo y Sófocles! ¡Pluguiera á Dios que abundasen en las sociedades modernas filósofos como Aristóteles, moralistas como Epicteto y Marco Aurelio! Realmente no hay para qué lamentarse de la perversion

intelectual que tales libros lleven al ánimo de nuestra juventud, solicitada hoy por lecturas perniciosas de muy diverso y nada clásico linaje. No ignoro que en alguno de los líricos, y en estos mismos bucólicos (leidos en su original), y en Tibulo y Propercio, y áun en Horacio, hay pasajes y áun composiciones enteras, merecedoras de expurgarse é indignas de correr en manos de la juventud, aunque á los doctos siempre ha consentido su lectura la Iglesia *propter elegantiam sermonis*. Pero en cuanto á esto ya nos dió el grande Obispo de Cesaréa una regla prudente y segura: «¿No veis cómo las abejas eligen cuidadosamente las flores de donde han de extraer el zumo para formar la miel, y en unas se detienen más, en otras ménos?... Así hemos de hacer nosotros con los libros de los gentiles, si aspiramos á la verdadera sabiduría.»

Siguiendo este consejo, ha expurgado nuestro Ipandro los Bucólicos, quizá con rigor nímio (pero que se comprende bien en un varon constituido en tan alta dignidad eclesiástica), sacrificando íntegros el *Oarystis* y otros idilios, bajo el aspecto literario muy agradables, y suprimiendo en Bion hasta el beso de Vénus á Adónis, que por ser dado á un muerto ó moribundo, y en medio de una escena de lágrimas y duelo, en nadie puede despertar reminiscencias pecaminosas.

Ya ántes que yo ha defendido bizarramente á Ipandro otro insigne humanista americano, D. Miguel Antonio Caro, el que condujo á las orillas del Bogotá la musa de Virgilio. Él ha recordado la

alta y generosa teoría del Dr. Newman (recientemente creado Cardenal) (1): «La Religion y la cultura (dice Newman) son cosas distintas, si bien por afinidad estrecha andan juntas en el mundo. El Cristianismo ha venido á juntarlas en una sola, y á extenderlas sobre las naciones que constituyen lo que llamamos indistintamente mundo civilizado y mundo cristiano. No hay más que una cultura verdadera, como no hay más que una verdadera religion. Esa cultura tiene, humanamente hablando, sus apóstoles y sus libros canónicos. El primer apóstol es Homero; el primer libro canónico la *Ilíada*. Homero y Aristóteles son en el arte y en la ciencia los maestros de todas las generaciones y de todos los siglos.» Y no duda el piadosísimo Newman en establecer cierta manera de relacion y paralelo entre la influencia educadora de los clásicos y la del Evangelio.

Pero ¿á qué insistir más en esto, cuando nuestro sabio Pontífice ha encarecido recientemente la necesidad de *marchar sobre las huellas de la grande escuela clásica?*

Loor, pues, al obispo de Tamaulípas, que en medio de las fatigas del ministerio pastoral, allí mayores que en parte alguna, en vida errante y nómada, aquejado por los rigores del clima y expuesto á las pérfidas asechanzas de la impiedad y al odio de los malos, ni por un momento ha olvidado el culto de las *Gracias*

(1) *Lectures and Essays.*

Compañeras eternas de la vida;

y en sus eternos viajes á caballo por regiones *casi desiertas*, ha aliviado los ardores del sol tropical, *poniendo en versos castellanos el viaje de Europa o describiendo los umbrosos verjeles en que se celebraban las fiestas de Céres.*

Y cuenta que el que tal hace es un prelado, á quien pocos igualan *en episcopal actividad, tino y valor*, como uno de sus compañeros, el Obispo de Panamá, en carta al Sr. Caro afirma. Quien tales cualidades posee, bien puede, con segura conciencia, creer *que hace obra meritoria á Dios y á los hombres*, procurando introducir el amor á lo bello en las artes y en la vida.

Pero ahora reparo que, ocupado en defender la escuela literaria de que es glorioso campeon Ipandro, y en que yo tambien, aunque sin gloria, milito, voy llegando al fin de este prólogo sin haber dicho casi nada del autor ni del libro. Afortunadamente, ni el uno ni el otro necesitan vanos encomios. Entre las pocas, poquísimas, buenas traducciones de poetas griegos que posee nuestra lengua, nadie negará á las de Ipandro uno de los primeros lugares. Y quien, aparte de su mérito absoluto, considere que fueron trabajo de pocos meses, interrumpido por otros mil cuidados, disgustos y ocupaciones, las tendrá de seguro por un esfuerzo prodigioso de facilidad y soltura. Es, sin duda, Ipandro helenista egregio y gallardo versificador, aunque en su trabajo se noten desigualdades. Y no

podia ser de otra manera, tratándose de composiciones tan diversas entre sí en estilo y asunto como los idilios de Teócrito. El ingenio flexible y ameno del poeta siracusano pasaba sin violencia de una escena dramática y apasionada, al modo del bellísimo idilio de *La Hechicera*, á un cuadro de costumbres rústicas ó á una contienda de pastores: desde el canto amoroso del *Cíclope* hasta los épicos relatos del robo de Hílas y de los combates de Cástor y Pólux. Mézclanse en la coleccion de sus poesías escenas de comedia como *Los Amores de Cinisca* y *Las Siracusanas*, verdaderas odas como el *Panegírico de Tolomeo*, *Las Gracias* y el *Elogio de Helena*, legítimos ditirambos como el de las *Bacantes*. ¿Es fácil, por ventura, al traductor seguir los caprichosos giros de tan versátil Musa? Y sin embargo, el Ilmo. Móntes de Oca lo ha conseguido casi siempre. A mi entender, los trozos más felices de su traduccion y los más iguales en el estilo son los de carácter épico. Y no obstante, ¡qué elegancia reina en la mayor parte de las estrofas del *Epitalamio de Helena* y en los tercetos de *Amarilis!*

Dos maneras hay de traducir en verso á un poeta de la antigüedad: una y otra tienen ventajas é inconvenientes. Ó se calca el texto, en cuanto lo permite la diferencia de lenguas, sin amplificar ni desleir ni parafrasear nada, y para esto es forzoso traducir en verso suelto; ó se procura hacer una traduccion agradable áun á los profanos, y entónces cabe la paráfrasis y se tolera todo linaje de pri-

mores y aliños métricos. El Ilmo. Móntes de Oca está por el segundo de estos procedimientos: yo me inclino más al primero, pero respeto su opinion, y sobre todo me agradan sus versiones. No se asusta de leves infidelidades ni de dar á las cosas un color demasiado moderno, pero siempre es fiel al pensamiento: para popularizar los clásicos este es el modo de traducir más seguro. Entra tambien por algo en este sistema la facilidad y maestría de versificar, que es prodigiosa en el Obispo de Linares, y le hace buscar con predileccion las formas más estrechas y difíciles de la métrica castellana: octavas, tercetos, sonetos: nueva y pesada cadena sobre las muchas que el arduo oficio de traducir impone. Pero Ipandro es verdadero poeta, y sale airoso de todas las dificultades. La crítica más severa sólo hallará que censurar en tan gran número de versos alguno que otro prosaico ó duro y cierta redundancia de estilo. ¿Pero quién no perdonará ésto al lado de tanta facilidad, desenfado y armonía?

Justo es aplaudir sin tasa este maduro y sabroso fruto de la cultura mejicana, y ver en él, como en los trabajos virgilianos del Sr. Caro, la señal de un Renacimiento de las letras clásicas entre nuestros hermanos de América. ¡Cuánto consuela y regocija el ánimo que sea un Prelado de la veneranda Iglesia católica quien rija y acaudille este movimiento, que ojalá tenga secuaces en España!

M. Menéndez Pelayo.

UN OBISPO POETA.*

I. *Poetas Bucólicos Griegos*, traducidos en verso castellano por Ipandro Acaico, con notas explicativas, críticas y filológicas. Edicion de la Academia Mejicana, correspondiente de la Real Española. Méjico: imprenta de Ignacio Escalante, 1877.

II. *Ocios Poéticos*, por Ipandro Acaico. Méjico: imprenta de Escalante, 1878.

I.

Por sus glorias literarias, más que todo, hízose digna la nacion mejicana de llevar ante el mundo el renombre de Nueva España, recibido de sus descubridores, hoy relegado á la historia de pasados siglos. Fundada á mediados del siglo XVI la Universidad de Méjico, sobre el modelo de Salamanca, por Fray Alonso Gutierrez, ó como él quiso luégo

* Como complemento al excelente prólogo que antecede, del Sr. Menendez Pelayo, hemos juzgado conveniente reproducir este artículo crítico, publicado en «el Repertorio Colombiano».—*Nota del Editor.*

apellidarse, de Veracruz (quien empezó por introducir para enriquecerla sesenta cajas de libros), creció tan en breve, y tanto acrecentó sus cátedras famosas, tal número de doctores llegó á reunir en su claustro, y así vió medrar á su sombra y arrimarse á su patrocinio colegios de la capital y de otras ciudades; en fin, tantos obispos salieron de su gremio, consejeros reales, y hombres eminentes en todas las carreras del Estado, que bien pudo el cantor de la *Grandeza Mejicana* exclamar con filial orgullo:

Préciense las escuelas salmantinas,
Las de Alcalá, Lovaina y las de Aténas,
De sus letras y ciencias peregrinas;
Préciense de tener sus aulas llenas
De más borlas, que bien será posible;
Mas no en letras mejores ni tan buenas;

y asegurar que era la ciudad de Méjico, aquella

En donde se habla el español lenguaje
Más puro y con mayor cortesanía.

Méjico, emporio en aquellos tiempos de las letras y las artes, rica de ingenios nativos y hospedadora de hombres doctos que procedentes de Italia, Flandes y Alemania, en ella gustosos se avecindaban, ofrece al observador imparcial espectáculo hermoso de que no hay ejemplo en colonias de otras naciones europeas, y argumento incontestable contra aquellos que, por ignorancia ó mala fe,

repiten que bajo el régimen colonial los americanos vivieron sepultados en tinieblas. Digna del elogio que de Paulo Emilio hizo el poeta, podemos decir muy bien que España fué pródiga no sólo de su sangre, sino tambien de su grande alma.

Con razon D. Luis Fernandez Guerra en su eruditísima al par que amena monografía sobre Ruiz de Alarcon, justamente premiada en certámen público por la Real Academia Española, y á sus expensas impresa en edicion espléndida, en 1871, se espacia describiendo la Aténas del Nuevo Mundo, en el siglo XVII, con tanto ó más entusiasmo que el que inflama á Macaulay, cuando, al disertar sobre los Oradores de la verdadera Aténas, se figura que entra por las puertas de aquella admirable ciudad, se mezcla con la espiritual muchedumbre, oye embebecido cantar al rapsodista, pende absorto de los labios de Sócrates, aplaude á Perícles en la plaza y á Sófocles en el teatro.

Fernandez Guerra, compañero invisible del personaje de su obra, asiste en idea «al claustro de la Universidad, á las academias de los Jesuitas, y á patriarcales reuniones de sabios en los feraces huertos de los Franciscanos, Dominicos y Agustinos, á la grata sombra de altísimos cedros y laureles, bajo florido pabellon de simbólicas pasionarias. Aquí admira la ciencia que se eleva hasta el Hacedor supremo cubriéndose los ojos con la veneracion, el anonadamiento y el amor, como los serafines con sus múltiples alas, en un doctor Juan Lopez Agurto de la Mata, colegial mayor del de

Todos Santos, que escribió sobre los misterios de la Trinidad y Encarnacion del Verbo, y á cuyo mérito habian de ser debida corona las mitras de Puerto-Rico, Venezuela y Caracas. Allí conoce al Dominico Fernando de Bazan, asombro de la Universidad literaria, comentando la *Suma* del Doctor angélico. Allí á Pedro de Hortigosa y á Pedro de Morales, expositor y de gran pericia en Leyes, uno y otro Jesuitas, manchegos ambos, y consultores en el Concilio Mejicano tercero; á Nicolás de Arnaya, padre y maestro de todas las regiones septentrionales de América, enriquecidas con su ejemplo y doctrina, y á quien se debe la hermosa version española de la *Imitacion de Cristo;* y á Diego Lopez de Mesa, escogido por San Francisco de Borja para fundar en Nueva España la Compañía de Jesus» (1).

Otros muchos nombres cita Fernandez Guerra, de teólogos, filósofos, jurisconsultos, historiadores, médicos y artistas, que se ilustraron en Méjico; y hace larga lista de obras, por aquellos tiempos publicadas, sobre asuntos diversos, y algunas de ellas en lengua mejicana, de la cual habia dos cátedras en la citada Universidad Real (2). Pero en nada

(1) *Juan Ruiz de Alarcon*, pág. 110. Véanse los capítulos XIV, XV y XVI, parte I, de este precioso libro, del cual tomamos los datos que hemos consignado sobre la Universidad de Méjico.

(2) En el Colegio de San Bartolomé, de Santa Fe de Bogotá, habia tambien cátedras de lenguas indígenas, especialmente para preparar á los misioneros.

sobresalieron tanto los ingenios indianos como en el cultivo de las Musas amenas, que tienen el privilegio de hacer imperecederos los tributos de aquellos á quienes desde la cuna miraron propicias. Nació y educóse en Méjico Alarcon, quien por muchos conceptos disputa al gran Calderon, á juicio de los inteligentes, el cetro de la poesía dramática en España, en siglos en que el teatro español no conoció rivales. Aunque manchego de nacimiento, crióse tambien en aquella capital, y cantó su *Grandeza*, y vivió de ella enamorado siempre, abad de Jamáica y más adelante Obispo de Puerto-Rico, Bernardo de Valbuena, poeta de mal seguro gusto y mérito desigual en sus improvisadas obras, pero de genio tan aventajado y tan raro entendimiento, que fué entre los españoles «quien nació con más dones para la alta poesía épica,» en opinion de Quintana; y cierto que la majestuosa grandeza de un Mundo Nuevo se refleja en el estilo original, enérgico al par que brillante, del bizarro estudiante de Méjico que osó embocar la trompa épica para cantar

.....el varon que pudo
A la enemiga Francia echar por tierra
Cuando de Roncesvalles el desnudo
Cerro gimió al gran peso de la guerra!

Todavía un siglo más adelante, bien avanzada la sorda y tenebrosa invasion del culteranismo en la república de las letras, en un convento de Méjico, una mujer extraordinaria, si bien no exenta

de los resabios del mal gusto dominante, brillaba con luz propia en medio de noche tan dilatada, y alcanzaba, en el lenguaje de la época, el título de «décima Musa.» Sor Juana Inés de la Cruz fué entre los poetas de su tiempo «la que recibió del cielo astro más puro y sensibilidad más delicada,» dice el insigne crítico Sr. Cueto; y añadiremos que, por la preeminencia de su fama y gallardía de su ingenio, preside el coro de las vírgenes cantoras que por entónces ó años despues florecieron en España é Indias—Sor Gregoria de Santa Teresa, en Sevilla; la ilustre portuguesa Sor María del Cielo, que escribió sus versos parte en portugues, parte en castellano; en Lima, sor Paula de Jesus Nazareno; y, sobre todas eximia, si no como poetisa, sí como mística escritora incomparable, nuestra Francisca Josefa de la Concepcion, en Tunja.

Cuando hubo del todo fenecido el buen gusto, no por eso se agotó la fecunda vena de los ingenios mejicanos, ni caducó la reputacion y prestigio de que disfrutaban en las otras colonias españolas; así que, á fines del pasado siglo, se imprimia por primera vez en Bogotá, en pobrísima pero muy correcta edicion, la *Mirra Dulce*, poema místico lleno de erudicion sagrada, en afectado estilo, de D. Francisco Ruiz de Leon, autor de la *Hernandia;* nuestros abuelos la aprendian de memoria, saboreaban sus conceptuosas y bien rimamas décimas; y consérvanse aún los encomios que tributaron al poeta, á la sazon humilde institutor en Orizaba.

El siglo presente ha sido para toda la familia española, de alteraciones y agitacion constante. Envuelta la sociedad en pavoroso torbellino de calamidades, un espíritu revolucionario y satánico la mantiene fuera de quicio, y no ha dado vagar para dedicarse á estudios serios y al cultivo tranquilo de las nobles artes. Interrumpidas las tradiciones literarias, perseguidos los institutos docentes, arruinadas ó uncidas al carro de la política las universidades, ¿cómo no habia de penetrar la anarquía en la literatura? Los aficionados á las letras, al mismo tiempo que proclaman la independencia absoluta del pensamiento, sin estudiar en la naturaleza ni en los modelos los principios de lo bello, son, quizá sin saberlo, menguados esclavos de la moda, y sólo aciertan á producir obrillas que durarán en manos del público lo que frágil juguete en las de un niño. «Si se compara» (dice de Méjico el sabio Couto) «lo que se escribia hácia el año de 1830 con lo que dos siglos ántes habian producido Valbuena, Ruiz de Alarcon, sor Juana Inés de la Cruz, la comparacion es notoriamente desventajosa para el tiempo posterior, y hay que convenir en que habíamos atrasado en vez de adelantar.»

En medio de este general abatimiento se han formado por sí mismos en la soledad del estudio escritores preclaros, cuyas obras individuales constituyen nuestra riqueza literaria en el siglo XIX.

Así, Méjico recuerda con respeto los nombres de Carpio y Pesado, restauradores del buen gusto, y se envanece con la gloria poética del inspirado

cantor del Niágara, hijo adoptivo de aquella República; entre historiadores, cuenta á un Lúcas Alaman, de nombradía europea, y entre publicistas, al Ilustrísimo Munguía, que mereció de imparciales españoles el sobrenombre de «Bálmes mejicano» (1).

El genoroso pensamiento que concibió la Academia Española, y que con éxito vário se ha realizado ya en algunas de estas Repúblicas, de establecer Academias correspondientes en las capitales de la América Latina, fué en Méjico semilla echada en terreno fecundo, que dispuesto á recibirla, la ha convertido en breve en planta robusta y frondosa. Los nombramientos de académicos recayeron en beneméritos literatos que, unidos, ejercerán una influencia social que aislados no hubieran alcanzado, puesto que, con no ménos verdad que á la industria, es aplicable á la literatura el principio «virtus unita fortior.» De la Academia Española su hija la Mejicana, fundada en 1874, ha recibido prestado el prestigio de antigüedad, sin el cual, como edificios sin cimiento, fracasaron así en Méjico como en otras Repúblicas Americanas, anteriores ensayos de liceos y sociedades literarias. Los miembros de la Academia Mejicana han aportado á la sociedad diversas facultades y conocimientos

(1) De otros escritores ilustres hace interesante reseña D. Victoriano Agüeros en la correspondencia literaria que publica la *Ilustracion Española y Americana*, en sus números de 8 de Junio y 22 de Julio de este año.

variados: Arango y Escandon pulsa la lira de Fray Luis de Leon, cuya vida trazó ya con hábil pluma; Collado recuerda los acentos vigorosos de Quintana y Gallego; Roa Bárcena y Segura son célebres literatos; Bassoco, Pimentel y Peña se acreditan como filólogos; como arqueólogo Orozco y Berra; García Icazbalceta, dignísimo Secretario de la Academia, hace resurrecciones de autores injustamente olvidados, imitando áun la fisonomía de las ediciones primitivas, y enriqueciéndolas con proemios y comentarios en que, bajo flúido y apacible estilo, se trasparenta el oro de riquísima erudicion (1). Trabajos de éstos y otros no ménos notables individuos de la Academia aparecen en las Memorias que desde 1876 publica la docta Corporacion.

Para que nada dejase que desear este movimiento literario, y mereciese llamarse verdadero y glorioso Renacimiento, el insigne helenista cuyas obras dan especialmente ocasion á estas líneas, ya con magistrales traducciones poéticas, ya con obras originales, con el ejemplo autorizado y el consejo persuasivo, despierta y promueve el gusto por los estudios clásicos, que siempre precedieron en todo pueblo culto á la creacion de una literatura nacional.

(1) Las principales obras editadas y comentadas por Icazbalceta son: «Coloquios espirituales de Eslava,» «Méjico en 1554: diálogos latinos de Cervantes de Salazar,» «Historia eclesiástica indiana por Mendieta,» y una valiosa «Coleccion de documentos para la historia de México.»

Notables adelantos tipográficos han correspondido en Méjico á los progresos literarios de la nacion, si hemos de estar á lo que revelan las ediciones recientes que tenemos á la vista. El arte tipográfico es natural auxiliar de las letras, y el libro es en el extranjero muestra calificada y verídico anuncio del estado de la cultura de un pueblo. Naturalizada la imprenta en todas las naciones europeas, no tardó en tomar cierta fisonomía peculiar en cada una de ellas; de suerte que las buenas ediciones de Francia, Inglaterra ó Alemania descubren, á la primera ojeada, su particular procedencia. Con el acrecentamiento de la industria y comercio internacional bórranse á menudo estas diferencias: en España, por desgracia, con mengua de su nombre, casi todas las ediciones son ya de estilo frances, y las más esmeradas no tienen aquel sello nacional que se observa en las antiguas preciosas ediciones de Sancha ó la Imprenta Real. Las Repúblicas Hispano-Americanas aún no tienen imprenta propia: no hay en ellas fundiciones de tipos, ni se ha pensado por sus Gobiernos, que sepamos, en el estilo tipográfico con que debe distinguirse cada nacion. Las modernas ediciones mejicanas que hemos tenido ocasion de ver, y particularmente los «Coloquios de Eslava» y los «Bucólicos Griegos,» impresos en tipos elzevirianos, ó de estilo antiguo, son del gusto más puro, y tienen cierto aire original que recomienda el talento del artista. Hace algunos años era tal vez Caracas, en la América Española, la ciudad donde

se hacian ediciones más bellas: hoy Méjico ha tomado la delantera y no tiene competidora entre sus hermanas.

II.

¿Quién es IPANDRO ACAICO? El eminente literato que lleva este nombre entre los Arcades de Roma, es un sacerdote mejicano; apénas ha entrado en la edad viril, y ya es dignísimo Prelado de una de las Diócesis de aquella provincia eclesiástica. Por quien le conoce personalmente sabemos que es «varon completo en letras, no ménos que en episcopal actividad, tino y valor.» En la erudita Carta-Prólogo, al Sr. Roa Bárcena, estampada al frente de los «Bucólicos Griegos,» y en el Prefacio de los «Ocios Poéticos,» consigna de paso IPANDRO ACAICO algunas noticias acerca de su persona. Pasó la infancia en un colegio de Inglaterra. Encerrado muy jóven en austero seminario, recibió las órdenes sagradas á los veintidos años. En una de sus poesías, á su Lira, dice:

Y ya de Roma los adustos sabios
El premio á mis fatigas concedieron,
Y á mi cansada frente
El anhelado lauro al fin ciñeron.

Terminados los estudios, volvió á su patria. En 1868 publicó en Guanajuato su version poética de los Idilios de Bion de Esmirna. Hizo luégo un

largo viaje á Europa, Africa y Asia. Del ramillete de sonetos que intitula «Recuerdos y Meditaciones de un Peregrino en el castillo de Miramar, en Octubre de 1876,» se infiere que fué imperialista, que gozó de valimiento en la corte de aquel monarca, y da en ellos pública prueba de fidelidad á su augusta memoria. Cuando volvió á América no pudo gozar la quietud y la tranquilidad que deseaba. «Revestido, dice, de una dignidad que sólo me traia sinsabores; condenado por mi arduo ministerio á una vida errante, agitada y de incesante ocupacion, me fué preciso hacer pedazos lira y zampoña; y el báculo que á Valbuena no le impidió sonar la épica trompa ni el caramillo pastoril, entregado á IPANDRO ACAICO en sus verdes años cortó el vuelo á su Musa casi adolescente.» Y luégo: «Acontecimientos que usted conoce me hicieron volver á pulsar la zampoña á principios de 1875, más bien por distraccion que con intento deliberado de consagrarme otra vez á la poesía. Mis quehaceres y sinsabores, en vez de disminuir, se habian centuplicado; pero esto mismo hacía que las Musas me suministraran doble consuelo en las amarguras que me aquejaban. Las noches insomnes me parecian breves cuando las llenaba traduciendo algun idilio de Teócrito; y los ardores del sol tropical se templaban para mí cuando al trote sobre mi no cansado caballo ponía en versos castellanos el viaje marítimo de la ninfa Europa ó describia en romance los umbrosos verjeles en que se celebraban las fiestas de Céres.» En fin, IPANDRO

Acaico emprende la edicion de los «Bucólicos Griegos,» aprovechándose de su estancia accidental en la ciudad de Méjico, á donde le habian llevado «asuntos graves.»

Como epígrafe de sus obras y con alusion á su dignidad, ha adoptado Ipandro Acaico aquella frase de Mosco, en el Canto fúnebre de Bion:

Ἀειδων ἐνόμευε
Cantando apacentaba su ganado.

El ejemplar de los «Ocios» que poseemos, presenta, en buena fotografía, el semblante apacible é inteligente del poeta, y allí se ven las insignias del Obispo, á las cuales se refiere él mismo en el siguiente soneto:

Á UN POETA, ENVIÁNDOLE MI RETRATO.

Esa que ostento despejada frente,
Esa sonrisa y juvenil mirada,
Ocultan ¡ay! un alma acongojada
Y un corazon que el exterior desmiente.
La que en mi pecho brilla refulgente
Pequeña cruz, de piedras adornada,
Atormentame más y es más pesada
Que la que lleva al hombro el delincuente.
¿El anillo lucir veis en mi dedo?
Es manantial perenne de dolores
Que á quien no los sintió decir no puedo.
De vuestra alegre Musa entre las flores
La alegre efigie conservad, Alfredo,
Del último y menor de los pastores.

Con tales datos, consignados en las obras mismas de IPANDRO ACAICO, no es creible que entre sus lectores haya alguno en Méjico que ignore su verdadero nombre. La amistad solícita lo divulga, la admiracion curiosa no tarda en descubrirlo, y llegará famoso á donde quiera que lleguen las obras de IPANDRO ACAICO. Sin embargo, como poeta y literato empéñase en sonar solamente como pastor de Arcadia, no como pastor de almas. «En el mundo literario (dice al Sr. Bárcena) deseo ser conocido únicamente con el nombre de IPANDRO ACAICO, y ruego á usted y á todos mis amigos que no me arranquen el tenue velo del seudónimo que me asignó la Arcadia de Roma. Creo poderlo exigir áun de mis enemigos. Ellos, mejor que yo, saben que es grande agravio en el carnaval y prueba de salvaje descortesía el llamar por su nombre ó descubrir al que lleve careta, por más que éste sea conocido y se le trasluzca el rostro bajo su antifaz. Los críticos más mordaces en la civilizada Europa han respetado siempre el seudómino, y creo que no es demasiado pedir lo mismo en la República de Méjico.»

No conseguirá fácilmente IPANDRO ACAICO que el público respete su disfraz de pastor. Manos amigas, ó por necesidad imperiosa, ó con la mejor voluntad, serán las primeras en hacerle traicion. Agradecido dedica el poeta sus «Ocios» á la Real Academia Española; pero cuenta, que ella no consigna, ni podia consignar, entre sus correspondientes, el nombre del Arcade, sino el del Prelado. El

cura de Toluca le dedica, el 14 de Octubre último, una memorable velada literaria; los diarios registran el suceso; ¿quejaráse el señor Obispo de ver estampado en esas relaciones su verdadero nombre? ¿Podrá esperar que lo ignoren ó lo callen el historiador, el biógrafo, el crítico, el bibliógrafo? Imposible es mantener esa perpétua dualidad en un individuo. Mas la exigencia de Ipandro Acaico es tan terminante, tan general, y para nosotros tan digna de acatamiento por su orígen—puntualmente porque viene de un Obispo y no de un Arcade—que por nuestra parte guardaremos religiosamente este secreto público.

Quien sepa que hay en Méjico un Obispo que cultiva la poesía clásica y pulsa la lira castellana, se acordará inmediatamente de Valbuena, é imaginará que florecen allí los estudios del siglo xvi. Ipandro mismo menciona al célebre abad de Jamáica y Obispo de Puerto-Rico como á predecesor suyo. Patente es la semejanza de circunstancias que singularizan en la historia literaria á Bernardo de Valbuena y á Ipandro Acaico. Mejicanos ambos, por educacion el uno, por nacimiento el otro; ambos, desde la adolescencia, cultivadores de las Musas, y particularmente de la poesía pastoral; traductor aquél de las Églogas de Virgilio en su «Siglo de Oro,» éste de los Idilios de Teócrito; ambos eclesiásticos y revestidos, en juveniles años, de la alta dignidad de Obispos.

Ni es ésta la única reminiscencia de cosas de la antigua Méjico, que despierta la inspeccion de las

obras de nuestro poeta. Su método andantesco de traducir no es la primera vez que se practica en su patria. Ipandro Acaico traduce á Teócrito sin más texto que la pequeña edicion de Boissonade (Paris, 1823), y, en vez de diccionario, que no podia llevar consigo, ayudado tan sólo de la version poética italiana de Pagnini, que en la edicion diamante de Florencia guardaba en la faltriquera, «con el ánimo agitado y el cuerpo extenuado con el movimiento, las fatigas de viajes contínuos por regiones casi desiertas, y la inedia y privaciones que acompañaban á tales jornadas.» No de otra suerte tradujo á Ovidio, en el siglo xvi, el sevillano Diego Mejía, negociante en Indias, é individuo de la Academia Antártica de Lima. Navegaba del Perú á Nueva España en 1596, y habiendo padecido naufragio, que le arrojó á las costas de Acajutla, tuvo que hacer hasta Méjico camino penosísimo de trescientas leguas españolas, á paso lento de recua, y «para engañar,» como él mismo dice, «sus propios trabajos,» ocupóse durante el viaje en traducir, en tercetos, las Heroidas de Ovidio, valiéndose de un ejemplar que «para matalotaje del espíritu y por no hallar otro libro» compró á un estudiante en Sonsonate. La traduccion de Mejía, incluida en la coleccion de Fernandez, es una de las mejores que poseemos en castellano, de poetas clásicos. Ni Teócrito en Siracusa ó Alejandría, ni Ovidio en Roma ó el Ponto, hubieran jamás soñado en este género de peregrinaciones que, para solaz de hombres doctos y enriquecimiento de una

lengua que entónces aún no habia nacido, estaban reservadas á sus obras en las vírgenes selvas de un Nuevo Mundo.

III.

Que los ministros del Altísimo que tienen talento poético empleen este don del cielo en cantar las grandezas de la Religion y las glorias de la virtud, es cosa tan natural como laudable. La poesía fué siempre, con la música, auxiliar de la religion en la obra de civilizar las naciones. Parte considerable de la Sagrada Escritura, empezando por los cánticos de Moises, son libros poéticos: el incomparable de Job, los salmos de David, modelos de poesía verdaderamente lírica, la profecía de Isaías, majestuosa y sublime, son monumentales ejemplos de poesía sagrada. La austeridad cristiana, áun en los primeros siglos, no excluyó la poesía: Lactancio, Juvenco, San Próspero, San Gregorio Nacianceno escribieron poemas: los himnos de Prudencio ó de Santo Tomás de Aquino muestran cómo sirve el verso á confesar los dogmas de la Iglesia y solemnizar sus triunfos.

Hubo un tiempo en que, por ser los eclesiásticos naturalmente hombres de letras, se creyó que les era potestativo cultivar no sólo la literatura sagrada, sino todo género de literatura. En España especialmente, las letras en sus mejores tiempos estuvieron casi exclusivamente en manos eclesiás-

ticas. Clérigos fueron los líricos más eminentes, Leon, Rodrigo Caro, Rioja, Herrera, Góngora; épicos famosos, como Valbuena, Ojeda, Valdivielso; poetas eruditos ó didácticos, como los Argensolas ó Céspedes; y, lo que es más extraño, clérigos fueron los dramáticos más populares y fecundos, Lope, Calderon, Rojas, Alarcon, Solís; de tal suerte que, como observa un escritor, cuando se trató de decorar el teatro español, los retratos de príncipes de la escena que se colocaron en el arco de embocadura fueron de tres curas, Lope, Calderon y Moreto, y un fraile, Tirso de Molina (Fray Gabriel Tellez). Todavía á principios de este siglo, Reinoso, Gallego y Lista, sacerdotes los tres, aparecen á la cabeza de los poetas españoles.

Hoy en dia es raro hallar un clérigo poeta (1), y en esta materia la opinion pública es más severa que antaño para con el clero: severidad hasta cierto punto justa, y honorífica para el clero mismo, cuando nace del concepto de santidad que del sacerdocio católico ha formado el mundo; del respeto y veneracion que han sabido inspirar, áun á los incrédulos, generaciones de levitas aleccionados en la escuela de la persecucion; pero injusta y sospechosa severidad cuando procede del empeño que toman los enemigos del clero, cesaristas y doctrinarios, en encerrarlo dentro de los muros del templo y quitarle toda accion é influjo en la sociedad civil.

(1) Sólo uno cuenta hoy en su seno la Academia Española, el notable fabulista D. Cayetano Fernandez, del Oratorio.

En esta materia es fácil establecer una distincion clara y razonable entre los escritos libres, ó picarescos, reprobables en cualquier buen cristiano, cuanto más en un sacerdote, y los ramos de literatura profana que manteniéndose en los límites del decoro y la moral, se prescriben en los seminarios y noviciados como ejercicios que perfeccionan las facultades mentales, sirviendo á formar escritores y oradores, y luégo se permiten tambien á los varones apostólicos como noble é inocente distraccion en sus fatigas: *otium cum dignitate*. ¿A quién no ha de escandalizar, en muchísimas escenas, el autor, por otra parte ilustre, de *El convidado de piedra*, cuando se recuerda que las trazaba un fraile mercenario para que se diesen en espectáculo á un público á quien él mismo, en la iglesia, predicaba la moral cristiana? Padece detrimento el venerado nombre de Lista, cuando vemos sembrada de versos eróticos la coleccion de sus obras poéticas, y recordamos que el autor era ya prebístero á los veintiocho años. Pero no desdicen del carácter religioso de fray Luis de Leon sus traducciones de clásicos griegos y latinos, ejercicio poético de sus juveniles años, al lado de otras de trozos de la Biblia; ni habrá, entre católicos rancios, censor tan adusto que arrugue el ceño al leer la descripcion que de su biblioteca, en campestre vivienda, léjos del ruido de la corte, hace el ilustre canónigo de Zaragoza Bartolomé de Argensola, en una de las más agradables y mejor elaboradas poesías del Parnaso castellano:

Mas componer la sala me conviene
Y mi lecho en su alcoba, y ver del modo
Que el tercero aposento se previene,
Que es grande, blanco y lleno de luz todo:
En éste, de mis bienes lo más rico—
Mis apacibles libros—acomodo.
Este, suaves Musas, os dedico
Al ocio docto, á las vigilias santas,
Que me han de secrestar del siglo inico.
. . . . . .
Y miéntras la ambicion y la cautela
Apresuran las vidas en palacio
Que á la corriente edad bate la espuela,
Viviré yo en mí mismo á libre espacio
Con Jerónimo, Ambrosio y Agustino,
Y alguna vez con Píndaro y Horacio.

Ipandro Acaico, consultando sin duda la opinion de la época, y conociendo lo extraordinario y hoy tal vez excepcional de su condicion de Obispo-poeta, experimenta algun recelo ó rubor de presentar al público, bajo su nombre verdadero, una coleccion de poesías que, dicho sea en su honor, nada contienen que desdiga de la alta dignidad de que está investido. Florecillas sacadas del Breviario Romano, la canonizacion de los mártires del Japon, la consagracion de un Cardenal, una visita del Padre Santo al Colegio Romano, la primera misa de un sacerdote, y otros asuntos semejantes, merecen muy bien ejercitar el ingenio de un eclesiástico y de un mitrado: San Juan de la Cruz y Santa Teresa no hubieran escrupulizado tratarlos. En las traducciones de los Bucólicos y en las de Anacreonte incluidas en los «Ocios», el poeta mi-

tiga y recorta cuanto pudiera ofender el pudor. Si faltan poesías de un género ligero, el autor lo declara, es porque para componerlas ni tiempo ni inclinacion tuvo, y nunca salieron de su pluma. Sus obras, inclusas las traducciones de autores profanos, son, en suma, de aquellas cuya lectura no vedará una madre á sus hijas.

Podria la malignidad inculpar á Ipandro Acaico de haber robado un tiempo precioso al desempeño de sus muchas y graves obligaciones como Prelado. Mas él se anticipa á contestar esta inculpacion, declarando, en comprobacion del título «Ocios poéticos,» que parte de los ensayos que publica fueron ejercicios literarios del colegio, y el resto «fruto, en realidad, de aquellos ratos de ocio que no es posible llenar de otra manera.» El ejemplo de L'Hopital y d'Aguesseau, de Hurtado de Mendoza, Martinez de la Rosa y Cánovas del Castillo, de Derby y Disraeli, patentiza que las más arduas funciones, las más pesadas cargas de la magistratura y la administracion, dejan á los hombres de enérgicas facultades algun vagar para las letras. No le impidieron á Arias Montano escribir versos las comisiones científicas que le encargó Felipe II, ni la ordenacion laboriosísima de la monumental Biblia Poliglota. Garcilaso y Ercilla escribieron obras inmortales en los intervalos de diarios y sangrientos combates, y Gonzalez Carvajal hizo su version poética de los libros poéticos de la Biblia, siendo intendente del ejército que triunfó en Bailén, en medio de contínuas alarmas, al compas de las ca-

jas de guerra. ¿Y un Obispo, áun peleando buenas batallas apostólicas, no habrá tambien de tener sus ocios?

Hay momentos que, como dice resueltamente Monseñor Dupanloup, no es dado llenar con ejercicios piadosos, sino con sérias lucubraciones mentales. La inteligencia pide descanso, pero no descansa en la inaccion, que sería su muerte, sino pasando de un trabajo á otro diferente. El hombre que ha educado la atencion y comunicádole flexibilidad, puede en cada momento que le quede libre en sus habituales ocupaciones, continuar algun trabajo que traiga entre manos, y convertir así en tiempo útil la agregacion de ratos que para otros fueran absolutamente perdidos. Ipandro Acaico, como hemos visto, compuso sus poesías sin robar tiempo á sus sagradas funciones, al trote de su caballo, en penoso viaje, ó ya tambien en horas de insomnio y de ingrata soledad, como San Gregorio Nacianceno. «Quien como yo, dice, carece habitualmente de sociedad, ¿con qué mejor puede distraerse en horas de soledad y aislamiento, que con los ecos de su lira? *Canto*, pues, *apacentando mi ganado*.»

En el traductor mejicano de Teócrito se realiza á la letra el elogio elocuente que Ciceron dedicó á las letras humanas. Despues de haber alimentado su adolescencia, le han ofrecido refugio en la adversidad, y acompañádole en sus peregrinaciones: *nobiscum peregrinantur*. A quienes fueren osados á acriminarle, Ipandro Acaico está en el caso de

decir, imitando la respuesta que daba el orador romano á los que se admiraban de que le quedase tiempo para componer obras literarias: «¿Y habrá quien me haga un cargo porque todo aquel tiempo que otros dedican á sus negocios é intereses, á frívolas diversiones, y al reposo mismo del ánimo y del cuerpo; el que otros dan á los placeres de la mesa, ó los del juego, lo consagro yo á anudar mis estudios literarios?» Cuanto más, podrá tambien añadir, que estos estudios ejercitan y apuran facultades consagradas al servicio de la Religion y de la Patria.

Educado en Inglaterra, donde los estudios clásicos forman la base de toda educacion liberal, así protestante como católica, ejercitóse Ipandro Acaico desde el colegio en traducir en verso, en lenguas modernas, trozos de autores griegos y latinos, así como en metrificar en alguna de las dos lenguas sábias, sobre temas de poetas contemporáneos. No llegará un estudiante á imaginar ilícitos tales inocentes ejercicios, dirigidos por sabios y piadosos superiores. Pero al salir al mundo oirá los ecos de aquella ruidosa discusion que dividió á los polemistas católicos y promovió entre ellos amargo debate, cuando el abate Gaume denunció los estudios de la literatura pagana greco-latina como verdadero «gusano roedor de la sociedad moderna.» Apoyado, en sus gritos de alarma, por M. Veuillot, fué combatido Gaume por Monseñor Dupanloup y por algunos escritores de la Compañía de Jesus. Roma al fin impuso silencio á los contendores, ya

con exceso encarnizados en una controversia en cierto modo escandalosa, y aunque la Iglesia favoreció implícitamente la opinion de Dupanloup, puesto que en la Compañía y otras Ordenes religiosas, con tácita aprobacion de la Santa Sede, siguieron leyéndose los clásicos como base de las humanidades, no recayó, ni cabia que recayese, sobre la materia una decision dogmática. La opinion de Gaume aún tiene partidarios entre personas animadas de indiscreto y exagerado celo. Un obispo que con traducciones de autores profanos se empeña en difundir en su patria el gusto por la literatura clásica, iniciando así una especie de Renacimiento, no podia desentenderse de una opinion que, si bien improbable, tiene en su favor la autoridad de dos ilustres escritores católicos.

Con este motivo Ipandro Acaico se apresura á tratar, si bien sucintamente, la cuestion de los clásicos, y sumariando la historia de sus dudas, establece los fundamentos de la doctrina que hoy profesa.

IV.

En el prefacio de los Idilios de Bion, publicados por vez primera en 1868, dice Ipandro Acaico lo siguiente:

«Hace nueve años que emprendí la traduccion poética de los Idilios que hoy presento al público. Poco satisfecho con mi trabajo, la refundí enteramente ocho meses despues, llegando

á hacer de algunos trozos hasta tres versiones diferentes. Me preparaba ya á dar á luz el fruto de mis fatigas, cuando, cambiando de repente de modo de pensar, destruí los manuscritos y procuré borrar su contenido de mi memoria. No ocultaré por cierto el motivo de mi extraña resolucion. Los Idilios de Bion de Esmirna, aunque gentil, nada contienen que pueda llamar la atencion de los que están acostumbrados á Dumas ó Fernandez y Gonzalez; sin embargo, hay uno que otro pasaje que no suena del todo bien á oidos delicados. Me veia yo, pues, en la necesidad, ó de ser infiel al original, ó de estampar palabras y frases que pudieran escandalizar á los lectores. Ni uno ni otro extremo quise adoptar, y abandoné la idea de publicar mi version castellana.

»Algunos años despues vino á mis manos la preciosa homilía de San Basilio, en que da varias saludables instrucciones para que la lectura de los autores profanos, en vez de sernos nociva, nos sea útil y provechosa; y leí tambien á este propósito lo que sobre el mismo asunto escribieron San Jerónimo, San Francisco de Sales y otros Padres y autores eclesiásticos. Aplican al asunto que nos ocupa el texto del Deuteronomio (XXI, 11, 12), en que manda el Señor á los Israelitas que si entre los prisioneros de guerra se encuentra alguna hermosa cautiva á quien alguno del pueblo escogido quiera unirse en matrimonio, se le haga ántes cambiar la vestidura y tocado haciendo caer los cabellos y las uñas bajo la tijera purificadora, siendo entónces permitido el enlace. Así dicen que hemos de hacer con los autores profanos: despojarlos de lo supérfluo y poco delicado y aprovecharnos de lo demas para nuestra instruccion.

»Esto me hizo volver á pensar en la publicacion de mis Idilios traducidos, quitándome al par el escrúpulo de ocuparme en asuntos demasiado profanos, y el de ser algo infiel al original desechando los pocos, poquísimos pasajes, en que el pagano Bion faltó algun tanto á la decencia y al decoro...

»Sea dicho con perdon del abate Gaume y de los admiradores de sus utopias, me atengo á la experiencia de los siglos que nos han precedido, al ejemplo de personajes célebres por su piedad no ménos que por sus letras, y á las doctrinas conte-

nidas en una carta reciente del Cardenal Vicario de Roma. Presentad á un jóven, no digo una homilía de un Santo Padre, sino una arenga de Demóstones, y léjos de aficionarse á un estudio árido y difícil en los principios, arrojará gramáticas y diccionarios, y correrá en busca de una novela de Eugenio Sue. No así dándole la leche y suaves manjares que requiere la infancia: poco á poco se acostumbrará á más sólidos alimentos y no le arredrarán despues las páginas de los Basilios y Gregorios. El mismo Crisóstomo se deleitaba en la lectura de los Cómicos Griegos, y á él debemos la conservacion de las pocas comedias que nos quedan de Aristófanes. Aun el grande Apóstol San Pablo no temió citar entre los textos dictados por el Espíritu Santo, los versos de un poeta profano...»

En la carta-prólogo de la edicion de los «Bucólicos» (1877) Ipandro Acaico insiste en su tésis, presentando el estudio de los clásicos como medio de dirigir la sensibilidad de la juventud, expuesta con frívolas lecturas á lamentables extravíos. Educando el sentimiento estético, formando ideas justas y exactas de la belleza artística y literaria, el espíritu de los jóvenes se orienta y predispone á admirar y comprender la belleza moral. ¿Y dónde tomar este punto de partida, para la educacion de la sensibilidad, sino en Grecia, pueblo privilegiado que, como dice un escritor, recibió en dote la Belleza, miéntras á otro pueblo, áun más afortunado, tocó ser depositario de la Verdad?

La superficialidad de que adolece la educacion en nuestra América Latina, la poca duracion de los estudios preparatorios á las carreras científicas, es, á juicio del eminente Prelado, causa de la mayor parte de nuestras desgracias. Y de aquí el pensar

que, presentando á la juventud mejicana los incomparables modelos de la Poesía griega, dorándola con miel hiblea el vaso de las ciencias, introduciendo la aficion á lo verdaderamente bello primero en las letras y luégo en las artes de la vida, hace él «una obra meritoria ante Dios y los hombres.»

Pero los estudios clásicos no sólo dirigen la sensibilidad: la atenta y prolija lectura de los grandes escritores de la antigüedad es el método más seguro para educar las facultades mentales.

Un gran pensador de nuestro siglo ha dicho: «¿Quereis descubrir el mecanismo del pensamiento y sus efectos? Leed los poetas. ¿Quereis aprender la moral, la política? Leed los poetas. Meditad lo que os gusta en ellos, y dareis con lo verdadero. Los poetas deben ser el grande estudio del filósofo que quiere conocer al hombre» (1).

Como la mejor disciplina del espíritu, como necesario gimnasio del entendimiento, considera el doctor Newman la Facultad de Filosofía y letras —ó sea de Artes, en el estilo universitario inglés. Cree que los estudios que en esa facultad se hacen son característicos de una Universidad propiamente dicha, y que deben conservarse tales enseñanzas en la forma tradicional en que se dan todavía en los establecimientos de la Gran Bretaña.

En defensa del estudio de los clásicos establece Newman una teoría eminentemente conservadora, tan racional en sus fundamentos cuanto ingeniosa

(1) Joubert, Pensées.

en sus desarrollos, de la cual sólo nos es dado presentar aquí brevísimo extracto, para complementar el razonamiento de IPANDRO ACAICO, remitiendo al lector que desee estudiarla, á los ensayos que compuso aquel ilustre escritor británico para la Universidad católica de Irlanda (1).

La Religion y la Cultura (2), si bien por estrecha y natural afinidad andan juntas en el mundo, son, segun Newman, dos cosas distintas. Subiendo á los orígenes de una y otra, síguelas el escritor en su marcha paralela, para enseñarnos cómo, confundiéndose ambas corrientes en una sola, se derramaron sobre las naciones que componen lo que indistintamente denominamos mundo civilizado y orbe cristiano. No hay más que una Cultura verdadera, así como existe sólo una verdadera Religión. Ambas se propagan y extienden tradicionalmente; la Cultura, como el Cristianismo, tiene, humanamente hablando, sus Apóstoles y, por decirlo así, sus Libros Canónicos.

Echa el escritor una ojeada retrospectiva á aquel país privilegiado donde brotaron los dones de la inteligencia, y allá en edad remota, que apénas podrá llamarse histórica, cuando aún no habia sociedades propiamente dichas, distingue como en

(1) Lectures and Essays on University subjects.

(2) Traducimos «Civilization» por Cultura, adoptando la distincion, convencional en los términos, pero necesaria en la cosa misma, introducida, no sabemos si por primera vez, por Liebig, el cual llamaba «Civilizacion» á los progresos materiales, y «Cultura» á los intelectuales y de un órden superior.

sombras á un personaje cuasi mítico, á quien no duda apellidar primer Apóstol de la Cultura. Como un apóstol en otro órden superior, el ciego y anciano Homero, dice Newman, fué pobre y anduvo errante, y débil de cuerpo, debia sin embargo hacer grandes cosas, y estaba destinado á vivir en boca de centenares de generaciones y de millares de tribus.

En Homero principian las tradiciones literarias, ó sea la institucion de la Cultura en el mundo. Olvidado por siglos, los versos del genio creador se recogieron al fin como reliquias preciosísimas; á su ejemplo se formaron los grandes escritores de Aténas, y luégo, marchando en pos de éstos, los de Roma. «El mundo debia tener ciertos guías intelectuales, y no otros: Homero y Aristóteles, con los filósofos y poetas que giran en torno de ellos, habian de ser los maestros de todas las generaciones, en todos los tiempos.»

«La Cultura tiene caudal propio, comun á cuantos pueblos la han recibido, de principios y doctrinas, y tiene especialmente *sus* libros, que gozan hoy de la misma estimacion y respeto, y tienen la misma aplicacion que cuando allá en tiempos antiguos se introdujeron por vez primera en las escuelas. En una palabra, los clásicos, los asuntos que ofrecen al ejercicio del pensamiento, y los estudios á que sirven de base, fueron siempre el instrumento de educacion adoptado para difundir la cultura de la juventud; así como los libros inspirados, y las vidas de los santos, y los artículos de la fe y el ca-

tecismo, han sido el medio de educacion elegido en lo concerniente á la propagacion del cristianismo.»

Recorre Newman la historia de la trasmision de aquellos libros clásicos, y muestra que siempre se conservaron y estudiaron, á la sombra y bajo la proteccion de la Iglesia, desde la edad en que los monjes multiplicaban las copias de los Códices, salvándolos de la vorágine de la Barbarie, hasta los tiempos modernos. El estudio de los clásicos como base de las Humanidades y la Filosofía, ha sido tradicional en las escuelas y Universidades católicas.

Nadie niega la importancia de las ciencias físicas y naturales, cuyos progresos en los últimos tiempos han desarrollado las artes mecánicas, la industria en todas sus formas, impulsando la prosperidad material, ó Civilizacion, en el sentido restricto que hemos dado á esta palabra. «Pero la cuestion que se trata de elucidar, advierte Newman, consiste sólo en saber cuál es el mejor medio para fortificar, pulir y enriquecer las facultades intelectuales,»—ó sea, diremos nosotros, siguiendo la distincion establecida, para promover la Cultura. «Que con el estudio de los poetas, historiadores y filósofos de Grecia y Roma se llena cumplidamente este objeto, lo demuestra una larga experiencia; que otro tanto puede conseguirse con el estudio de las ciencias experimentales, es cosa, por lo ménos, que prácticamente no ha llegado á comprobarse.»

Tal es, en resúmen, la teoría del doctor Newman. Permítasenos confirmarla con un testimonio nada

sospechoso respecto de los clásicos, pues son palabras en ocasion solemne pronunciadas por un romántico dramatista de nuestros dias:

«Virgilio, Homero, Teócrito, Horacio..... los genios de la antigüedad..... los que fijaron para siempre, en obras perfectas, las reglas del buen gusto, de la templanza, de la sobria elocuencia..... modelos eternos de lo bello y de lo verdadero, nuestros primeros maestros, á los cuales tendremos que volver siempre»..... (1).

Añadiremos una observacion.

Hoy, cuando una literatura bastarda y una falsa ciencia alimentan el espírítu de rebelion contra la Iglesia, ¿no convendrá patentizar, no sólo con hechos históricos, pero con ejemplos contemporáneos, cuán bien confrontan la fe y la piedad con la castiza literatura y con la ciencia verdadera? Eclesiásticos que al par que se hacen respetar por sus virtudes evangélicas, se granjean la admiracion por sus luces en uno ú otro de los departamentos del saber humano, sostienen el honor del clero, y le ganan simpatías á la religion. Que la Iglesia ha favorecido siempre las ciencias y las letras, es, á lo que parece, el tema predilecto del nuevo Papa, en sus escritos y alocuciones. Nombrado últimamente Soberano Pastor de los Arcades de Roma, hizo un discurso en que, volviendo á tratar de paso el mismo tema, excita á los Académicos á «marchar so-

(1) Victoriano Sardou, Discurso de recepcion en la Academia Francesa, 23 de Mayo de 1878.

bre las huellas de la grande escuela clásica.» En estas palabras dirigidas por un Pontífice sabio y santo á una Sociedad literaria compuesta en buena parte de eclesiásticos, IPANDRO ACAICO, á quien tan de cerca tocan, como individuo de la misma Academia, habrá recibido la más grata y autorizada aprobacion de sus trabajos poéticos, y estímulo poderoso para no desmayar en ellos.

V.

El abandono casi general del estudio del griego, ha sido causa de que hayan venido á ménos los estudios clásicos en los países latinos, donde se enseña el latin á medias, casi exclusivamente como lengua de la Iglesia. En el siglo XVII el jesuita Alegre hizo en Veracruz una estimable version latina de Homero, y no há muchos años el doctor Moreno y Jove publicó en Méjico una traduccion castellana, que no conocemos, de la *Ilíada*. Ejemplos raros en la América Española. El mismo Bello, príncipe de la literatura hispano-americana, no empezó á estudiar el griego sino ya en edad madura, convencido de la necesidad de entender la lengua de los dioses.

Dando á conocer á sus compatriotas los poetas griegos, IPANDRO ACAICO trata de restaurar los buenos estudios sobre su antigua y sólida base. Sus traducciones, hechas directamente del griego, conservan aquel perfume original que se pierde en

versiones de segunda mano; y sus comentarios revelan la competencia del traductor como humanista griego.

Ahora mismo no tenemos á la vista la traduccion de Teócrito por D. José Antonio Conde, única que precedió en español á la del helenista mejicano; pero por recuerdos podemos asegurar que, dejando mucho que desear, no hacía excusada una nueva traduccion poética. Conde entendia el original, pero no era poeta, y sus malos versos blancos muestran que no conocia los recursos de la métrica española.

Tal cual verso inarmónico, una ú otra perífrasis infiel, algunas locuciones familiares ó neológicas que no se compadecen con el sabor de antigüedad propio de una traduccion de autor clásico, son en los «Bucólicos Griegos» lunares inevitables que el lector disimula de buen grado, atento á la dificultad vencida, á los aciertos frecuentes, y á las bellezas en que abunda la traduccion.

Anunciarla con merecido elogio, que no hacer de ella un exámen crítico, fué nuestro propósito al trazar á la ligera los precedentes renglones.

M. A. Caro.

CARTA-PRÓLOGO

DE LA EDICION MEXICANA

Á

D. JOSÉ MARÍA ROA BARCENA

INDIVIDUO DE LA ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

QUERIDO AMIGO :

Hoy, que graves asuntos me han traido á Méjico, aprovecho esta oportunidad para seguir el consejo de usted y dar yo mismo la última mano á mi edicion castellana de los Bucólicos Griegos. Hace precisamente dos años que, enviando á usted mi manuscrito, impuse á su amistad la tarea bien ingrata de revisar mi traduccion y darla á la prensa. Recuerdo que al recibirlo, me manifestó usted su ninguna aficion á la Poesía Pastoril, y no disimuló la poca simpatía que le inspiraban varias producciones de los antiguos. Vi, por tanto, con gran satisfaccion, las letras que un año despues me diri-

gia, confesando que habiendo leido y releido mi version, se habia usted reconciliado con los antiguos Bucólicos, y ansiaba por que saliesen á luz revestidos del traje español con que acababa yo de cubrirlos.

Este mi primer triunfo, que no sin orgullo consigno, me sugiere la idea de dar á conocer en la portada misma de mi libro el noble fin que me propongo al publicarlo. Usted y los que me conocen comprenderán, en efecto, que cuando un hombre de mis años y ocupaciones, de mi estado y carácter, entrega al público mejicano un volúmen de versos, y de versos traducidos del griego, no es con el objeto de adquirir una gloria efímera, que sus cotidianas meditaciones le enseñan á despreciar, ni con la esperanza, en estos dias quimérica, de lucrar con su venta, ni ménos movido de ese afan de *cantar por cantar*, que, frecuentísimo á los diez y ocho años, abandona á todo vate en la edad madura.

Veo con profunda pena el ardor con que la generalidad de nuestra juventud, áun la ilustrada y estudiosa, se lanza en pos de las novelas y producciones obscenas é impías que vomita á millones la prensa francesa, y hace de ellas, por decirlo así, su Evangelio. Leo con dolor las obras de tantos ingenios como florecen en nuestra patria, que serian inmortales si tuvieran por modelo á los poetas y oradores de la Grecia; pero que no pasarán de *flores de un dia*, inspirados como se hallan por los pigmeos corruptores de la literatura moderna. He

observado con sentimiento la poca profundidad y duracion de los estudios preparatorios á las grandes carreras científicas; defecto que produce amargos frutos en la vida social, y es causa de la mayor parte de nuestras desgracias. Arrancar de manos de la juventud los libros perniciosos; dar á nuestros ingenios buenos modelos que los hagan elevarse á la altura á que son acreedores; inspirar aficion á los estudios serios, y de esa manera hacer que se reforme nuestra educacion en general; tal es el fin que me propongo al dar á luz esta version de los Poetas Bucólicos Griegos.

Cuando, sin las dificultades que presenta el original, ni la repugnancia que causan las traducciones literales en prosa, empiece á gustar la juventud las bellezas de Teócrito y demas Griegos; cuando vea que nada valen junto á ellas esas lucubraciones que hasta aquí ha juzgado obras maestras; cuando note que de ellos copiaron ó imitaron no sólo los Italianos y Españoles, sino áun Virgilio y los Latinos, lo más bello que en sus poemas se admira; le entrará el hastío por las inmundas obras que hoy forman su delicia; le vendrá el deseo de conocer los originales y de aprender el idioma en que escribieron; se generalizará el gusto por los estudios serios. Quien en su edad temprana cultiva como es debido el sentimiento de lo bello; quien desde la escuela aprende á discernir lo bueno de lo malo, y á escoger lo mejor sin pararse en dificultades; quien áun ántes de salir al mundo adquiera un buen gusto literario, y se enseñe á sacar las

perlas del fango, es probable, diré mejor, es seguro que en su vida religiosa, moral, social y política, no despreciará los dogmas por vanas teorías, no abandonará la justicia por los placeres, no correrá en pos de utopias, ni predicará principios disolventes.

Estas ideas, que someramente indico, sin tener tiempo de desenvolverlas, probarán á usted, querido amigo, que al poner en verso castellano las *desgracias de Dáfnis* ó las penas de *la Hechicera* de Teócrito, mi mente volaba mucho más alto que las montañas que sirvieron de tumba al enamorado pastor, y que la Luna á quien invocaba la desdeñada *Simeta*. Tengo la conviccion de que hago una obra meritoria ante Dios y ante los hombres, con presentar á la juventud mejicana buenos modelos que formen su gusto y la aficionen á lo serio, á lo sólido, á lo verdaderamente bello, primero en literatura, y despues en las ciencias y en la vida real. Lo que en una sociedad diversa de la nuestra se conseguiria quizá con discursos sagrados ó científicos; con obras sérias bajo todos aspectos, é impregnadas, por decirlo así, de austeridad, creo que entre nosotros sólo podrá obtenerse poco á poco, y propinándole (como dice el Tasso) mezclados con almíbar los alimentos y medicinas que su enfermiza infancia requiere.

Habiendo indicado á usted los motivos que me impulsan á dar á luz el presente volúmen, y que me harán quizás publicar otros del mismo género en lo sucesivo, paso á decir algo sobre la Poesía

Pastoril. ¿Cuándo tuvo su orígen? ¿Cuándo empezaron los habitantes del campo á componer en versos cadenciosos esos cantares que los Griegos llamaron *bucólicos*, ó como si dijéramos *propios de vaqueros?* ¿Fueron los pastores de Laconia en tiempo de la invasion de Jerjes, los autores de la Poesía Bucólica, ó bien los de Sicilia, cuando llegó á la isla Oréstes con el simulacro de Diana? No es fácil decidir entre las diversas opiniones de los eruditos; pero yo casi me inclinaria á creer que su invencion se debe á los Arcades, como nos hacen conjeturar los nombres del Alfeo, el Eurótas, el Liceo, el Ménalo, y otros rios y montes situados en Arcadia, y que el lenguaje poético ha consagrado á la Poesía Pastoril.

Una cosa haré observar á usted, amigo mio: ni Teócrito, ni Virgilio, cuando escribieron, aquel sus Idilios, éste sus Eglogas, eran zagales ó agricultores. Habitaba el uno la corte de Tolomeo, el otro la de Augusto. Ni Tasso, ni Sannazaro, ni Pope cuidaban ganados, ni vivian en playas desiertas, al trazar el *Aminta*, ó las églogas piscatorias, ó las imitaciones maronianas. Garcilaso entonó con la espada al cinto *el dulce lamentar de dos pastores*, y Valbuena no empuñaba más báculo que el episcopal, al delinear ó por lo ménos corregir su *Siglo de Oro*. Gesner, Meléndez y los demas autores de piezas bucólicas pasaron su vida en las ciudades, y encerrados en oficinas, ó celdas, ó áun talleres. De aquí infiero que la Poesía Pastoril, áun suponiendo que no haya sido la primera

inventada por los hombres, será la que más dure, sea cual fuere la sociedad en que se viva.

En efecto, si el que mora en el campo se ve tentado á copiar los paisajes que se le presentan delante de los ojos; más todavía agradan los árboles y los arroyuelos, las fuentes y los prados, al poeta de ardiente imaginacion á quien sus desdichas condenan á vivir encerrado en cuatro paredes, siquier doradas y cubiertas de ricos tapices, siquier desnudas y ennegrecidas por la pobreza. Nunca suspiramos tanto por la sencillez de costumbres y felicidad tranquila de la edad de oro, como cuando, víctimas de las pasiones de los hombres, no vemos en derredor sino crímenes, engaños, traiciones; y ya que no podemos trasformar el mundo, nos complacemos en forjarnos otro mundo ideal, sea leyendo las producciones de otros poetas, sea inventando nosotros mismos caracteres dulces é inocentes, de suaves pasiones y tiernos afectos, y pintando en nuestra mente los collados y verjeles, los manantiales y las grutas que en vano buscamos en torno nuestro. Otras veces, por el contrario, cuando una serie de circunstancias favorables nos proporciona la felicidad y la quietud campestre, gozamos al comparar con la realidad los cuadros de los buenos autores; al descubrir en cada zagala una Amarílis, en cada cabrero un Comatas, en otros pastores un Dáfnis ó un Menalcas. Así me explico, amigo mio, el que á pesar de la poca aficion de usted á la Poesía Bucólica, haya sentido palpitar su corazon de poeta con la lectura de Teócrito: áun sin ella

estoy convencido de que habria llegado el dia en que suspirando por las delicias campestres, y hastiado de la sociedad y de la corte, se trasladara en espíritu á las cabañas y á los bosques, y escribiera, como casi todos los vates, por lo ménos una égloga ó un idilio.

Y á propósito: ¿cuál es la opinion de usted acerca de estos dos nombres con que se designan los poemas pastoriles? Permítame trascribirle lo que á este propósito he encontrado en un libro italiano:

«Bucólica viene de βοῦς y de κόλον, voces que significan apacentar bueyes. Las Bucólicas deberian referirse propiamente tan solo á boyeros; pero bucólicas se llaman las de Teócrito y Virgilio, donde no son únicamente pastores de bueyes los que se introducen ó describen. Es voz que comprende tanto la Egloga como el Idilio.

»Égloga (ἐκ-λεγω) significa en general una *seleccion* de composiciones de cualquier género. Esta fué su primera acepcion. Despues se llamaron así las poesías breves que un autor publicaba; luégo cierta especie de poesías que á algunos agradaba designar con tal nombre. Así Plinio en una de sus epístolas dice: *Sive epigrammata, sive edyllia, sive eclogas, seu, quod multi, poematia... licebit voces; ego tantum endecasyllabos præsto.* Segun Julio César Escalígero (*Poet.*, lib. I, c. 4), Virgilio llamó idilios á sus composiciones; pero poco contento con su trabajo, dejó de publicar muchos, y escogió sólo algunos, que por esta razon llamó *églogas*. El

uso luégo determinó su significado, tomando por norma las poesías pastorales del Príncipe de los Poetas Latinos.

»Idilio (de ἔιδος, vista, imágen) es poco diferente de la égloga. En su orígen, conforme á la etimología, sólo sirvió para designar un poemita, una pequeña descripcion ó pintura de cualquier género. Los Idilios de Teócrito, Bion y Mosco determinaron despues el sentido de esta voz. Los rasgos más bellos de las églogas de Virgilio pertenecen al género del idilio, y hay idilios de Teócrito que son verdaderas églogas.»

Las investigaciones de los críticos modernos, si bien nos han descubierto uno que otro fragmento de idilios perdidos, nada nuevo nos han procurado sobre la vida de los antiguos Bucólicos. De Teócrito sabemos que nació en Siracusa, y parece que sus padres se llamaron Praxágoras y Filina. El sobrenombre de Simiquida con que él mismo se designa, ha hecho á algunos creer que el nombre de su padre fuese Símico, y á otros que fuese un apodo por ser chato ó σιμός; pero el retrato que conocemos de él, y que Gronovio trae en el libro 3.° de sus antigüedades, nos lo representa adornado de una buena nariz, destruyendo así la segunda conjetura; y en cuanto á la primera, no observaron los que la adoptan que aquel es un nombre patronímico, heredado evidentemente de sus antepasados. Fueron sus maestros, como él mismo nos dice, Filetas de Cóos, y Asclepiades de Samos, y fué contemporáneo de Arato y de Calímaco. Pasó

largo tiempo en Alejandría de Egipto, en la corte de Tolomeo Filadelfo; y fué protegido tambien por Geron el menor, tirano de Siracusa. El Idilio dedicado á esta último nos revela que la fortuna no le sonrió, y que si las Musas lo favorecieron, las riquezas se mantuvieron siempre léjos de su morada. Nada sabemos de cierto acerca de su muerte: la época de su nacimiento puede fijarse en la Olimpiada CXXV, ó sea hácia el año 279 ántes de la Era Cristiana y 470 de la fundacion de Roma.

Bion tuvo por patria á Esmirna, ciudad ilustre de la Jonia, y patria tambien del grande Homero. Fué, segun parece, contemporáneo de Teócrito y maestro de Mosco. ¿Dónde recibió éste sus lecciones del poeta Esmirnés; dónde floreció Bion; quiénes fueron sus padres; cuál su fortuna y categoría social? Nada sabemos, sino que murió víctima de alevoso veneno.

Su discípulo Mosco, fué Siracusano, y algunos han querido identificarlo con Teócrito; pero del *Canto Fúnebre de Bion* se deduce claramente que fueron distintos. ¡Es lástima, en verdad, que tan escasas noticias nos hayan llegado de los tres grandes Bucólicos! No es posible que gustemos, como es debido, las lucubraciones de un poeta, sin conocer á fondo su vida pública y privada, sus circunstancias, su historia, su carácter.

De Teócrito se han perdido los Himnos, Yambos y Elegías, y las *Esperanzas*, las *Pretidas* y las *Heroínas*. Nos quedan treinta idilios y algunos epigramas: últimamente se ha descubierto y publi-

cado en Alemania un largo fragmento de otro idilio. De Bion y de Mosco se han salvado en todo quince idilios, un epigrama y nueve fragmentos.

Me veo ahora en la necesidad de decir á usted y al público, algo sobre la traduccion y el traductor: al mismo tiempo hablaré de las ediciones de los Bucólicos Griegos, y emitiré mi juicio acerca de éstos.

Desde muy temprano me ejercité en traducir en verso poetas antiguos y modernos. En el colegio de Inglaterra, en que pasé mi infancia, era costumbre en las aulas de Poética y Retórica señalarnos cierto número de líneas de Homero que nos tocaba traducir en hexámetros latinos: otras veces poníamos en verso inglés odas de Horacio, ó trozos de Virgilio: otras se nos mandaba escribir composiciones originales; y yo, muy á menudo, con laudable fraude, preferia traducir algun fragmento de los poetas españoles ó franceses, entónces ya estudiados por mí y desconocidos á mis discípulos. En un viaje que hice á mi patria al terminar los estudios preparatorios, me acompañó un ejemplar de los «*Poetæ Minores Græci*,» y uno de mis primeros ensayos en versificacion castellana fué la version del Idilio XXX de Teócrito, que, aunque imperfecta, he incluido en el presente volúmen. En 1868 dí á luz los Idilios de Bion; y como en el prefacio doy algunos pormenores, quizá no sin interes para el lector, me permitirá usted que lo trascriba:

«Hace nueve años que emprendí por primera vez la traduccion poética de los Idilios que hoy presento al publico. Poco satisfecho con mi trabajo, la refundí enteramente ocho meses despues, llegando á hacer de algunos trozos hasta tres versiones diferentes. Me preparaba ya á dar á luz el fruto de mis fatigas, cuando, cambiando de repente de modo de pensar, destruí mis manuscritos y procuré borrar su contenido de mi memoria.

»No ocultaré, por cierto, el motivo de mi extraña resolucion. Los Idilios de Bion de Esmirna, aunque gentil, nada contienen que pueda llamar la atencion de los que están acostumbrados á las novelas de Dumas ó Fernandez y Gonzalez; sin embargo, hay uno que otro pasaje que no suena del todo bien á oidos delicados. Me veia yo, pues, en la necesidad, ó de ser infiel al original, ó de estampar palabras y frases que pudieran escandalizar á los lectores. Ni uno ni otro extremo quise adoptar, y abandoné la idea de publicar mi version castellana.

»Algunos años despues vino á mis manos la preciosa homilía de San Basilio, en que da varias saludables instrucciones para que la lectura de los autores profanos, en vez de sernos nociva, nos sea útil y provechosa; y leí tambien á este propósito lo que sobre el mismo asunto escribieron San Gerónimo, San Francisco de Sales y otros Padres y autores eclesiásticos. Aplican al asunto que nos ocupa el texto del Deuteronomio (XXI, 11, 12) en que manda el Señor á los Israelitas, que si entre los prisioneros de guerra se encuentra alguna hermosa cautiva á quien alguno del pueblo escogido quiera unirse en matrimonio, se le haga ántes cambiar su vestidura y tocado, haciendo caer los cabellos y las uñas bajo la tijera purificadora, siendo entónces permitido el enlace. Así dicen que hemos de hacer con los autores profanos: despojarlos de lo superfluo y poco delicado y aprovecharnos de lo demas para nuestra instruccion.

»Esto me hizo volver á pensar en la publicacion de mis Idilios traducidos, quitándome al par el escrúpulo de ocuparme en asuntos demasiado profanos, y el de ser algo infiel al original desechando los pocos, poquísimos pasajes, en que el

pagano Bion falta algun tanto á la decencia y al decoro. Habiendo gozado últimamente de varios meses de ocio y de quietud, he podido entregarme en la soledad de estas montañas á mis estudios favoritos, y he llamado á la memoria y consignado al papel mi antigua version. Está hecha sobre la edicion griega de Lóndres de 1728, aunque en algunos puntos me aparto de la lectura comun. Consulté tambien en Roma un hermosísimo ejemplar de la Biblioteca Casanatense, de que trascribí varios pasajes que me han servido mucho. He comparado asimismo mi version con la que en hexámetros latinos hizo el Conde Bernardo Zamagna, y con la italiana de Luigi Buchetti. Naturalmente, mi memoria no habia conservado todas y cada una de las palabras de mi primitiva version; algunos pasajes no me agradaron al retocarlos ahora de nuevo; muchos trozos, pues, y áun Idilios enteros, están completamente refundidos, siendo la *cuarta* traduccion de muchos de ellos la que ofrezco al público. No ha faltado, pues, diligencia, y los defectos de que adolece mi version no deben atribuirse más que á carencia de genio poético. Como no aspiro á adquirir gloria, tampoco temo la crítica, por severa y desfavorable que sea.

»Al dar á luz esta traduccion métrica de los Idilios de Bion de Esmirna, lo que me mueve es el deseo de promover en la juventud mejicana el estudio del incomparable idioma griego, é inspirar aficion á su riquísima literatura. Algunos espíritus demasiado austeros juzgarán que mejor hubiera podido hacerlo con una traduccion ó un análisis de alguna homilía del Crisóstomo. Pero, sea dicho con perdon del Abate Gaume y de los admiradores de sus utopias, me atengo más á la experiencia de todos los siglos que nos han precedido, al ejemplo de personajes célebres por su piedad no ménos que por sus letras, y á las doctrinas contenidas en una carta reciente del Cardenal Vicario de Roma. Presentad á un jóven, no digo una homilía de un Santo Padre, sino una arenga de Demóstenes, y léjos de aficionarse á un estudio árido y difícil en los principios, arrojará gramáticas y diccionarios, y correrá en busca de una novela de Eugenio Süe. No así dándole desde luégo la leche y suaves manjares que requiere la in-

fancia: poco á poco se acostumbrará á más sólidos alimentos, y no le arredrarán despues las páginas de los Basilios y Gregorios. El mismo Crisóstomo se deleitaba en la lectura de los Cómicos Griegos, y á él debemos la conservacion de las pocas comedias que nos restan de Aristófanes. Aun el grande Apóstol San Pablo no temió citar, entre los textos dictados por el Espíritu Santo, los versos de un poeta profano. Animado con tan ilustres ejemplos, no he vacilado en dar á luz la version castellana de los Idilios de Bion: si el público la juzga favorablemente, emprenderé otros trabajos mayores; si su fallo es demasiado severo, romperé para siempre mi destemplada lira.—Valenciana 20 de Junio de 1868.»

Usted sabe la buena acogida que tuvo mi publicacion, y recordará que un año despues hacía yo imprimir en el periódico *El Renacimiento* el Idilio III de Mosco, precedido de la siguiente carta á los Sres. D. José Sebastian Segura y D. Ignacio M. Altamirano:

«La benévola acogida con que honrasteis mi version métrica de los Idilios de Bion de Esmirna me sugirió la idea, ó mejor dicho, me confirmó en el propósito, de traducir en verso castellano á los otros dos Bucólicos Griegos. Las multiplicadas ocupaciones y viajes casi contínuos me han privado de la tranquilidad y reposo que se requieren para semejante empresa; así es que apénas he podido delinear los principales cuadros de Mosco de Siracusa, sin acabar más que uno sólo, y áun éste no me ha sido posible retocarlo. Es el que hoy os ofrezco, y en el cual presenta el discípulo á su maestro espirando víctima del veneno y llorado por los dioses, por los hombres y por toda la naturaleza. El original es inimitable; mi copia no puede ménos que ser pobrísima. Sea como fuere, á vosotros la dedico, y por vuestro medio á la juventud estudiosa de Méjico y á los amantes de la Literatura Griega.»

Estas líneas trazaba mi pluma en vísperas de un largo viaje á Europa, Africa y Asia. A mi vuelta á América ya me era imposible disfrutar de aquella quietud y aquel ocio, si no indispensables, al ménos muy provechosos para los trabajos literarios. Revestido de una dignidad que solo me traia sinsabores; condenado por mi arduo ministerio á una vida errante, agitada y de incesante ocupacion, me fué preciso hacer pedazos lira y zampoña; y el báculo, que á Valbuena no impidió sonar la épica trompa ni el caramillo pastoril, entregado á Ipandro Acaico en sus verdes años, cortó el vuelo á su Musa casi adolescente. Pasó mucho tiempo sin que soñara escribir ni un solo verso, y creía que desde 1870 habia sonado la hora de exclamar con el Vate Latino:

Nunc itaque et versus, et cætera ludicra pono.

Me engañé. Acontecimientos que usted conoce, me hicieron volver á pulsar la zampoña á principios de 1875, más bien por distraccion y juguete, que con el intento deliberado de consagrarme otra vez á la poesía. Mis quehaceres y sinsabores, en vez de disminuir, se habian centuplicado; pero esto mismo hacía que las Musas me suministrasen doble consuelo en medio de las amarguras que me aquejaban. Las noches insomnes me parecian breves, cuando las llenaba traduciendo algun pasaje de Teócrito; y los ardores del sol tropical se templaban para mí, cuando al trote sobre mi no cansado

caballo, ponia en versos castellanos el viaje marítimo de la ninfa Europa, ó describia en romance los umbrosos verjeles en que se celebraran las fiestas de Céres.

Estos pormenores tengo que consignarlos, para que disculpe el lector las faltas inevitables y los descuidos de una version hecha con el ánimo agitado y el cuerpo extenuado con el movimiento, las fatigas de viajes contínuos por regiones casi desiertas, y la inedia y privaciones que acompañan á tales jornadas. No tenía yo entónces más texto que la pequeña edicion de Boissonade (Paris, 1823), y en vez de diccionario, que no podia llevar conmigo, me ayudaba tan sólo la version poética italiana de Pagnini, que en la edicion diamante de Florencia, podia guardar en mi faltriquera.

En el espacio de seis meses habia terminado la version de Teócrito y Mosco, y recordará usted que en Octubre de 1875 la empezó usted á dar á la prensa. El viaje á Europa que me ví obligado á emprender á principios del año próximo pasado, me fué en extremo provechoso. Visité várias Bibliotecas, conocí y cotejé casi todas las ediciones y muchos manuscritos de los Bucólicos Griegos, y pude comparar mi version con la mayor parte de las inglesas, francesas é italianas en verso y en prosa. Sin contar las ediciones de Parma, Paris, Lóndres, Dublin y Oxford que adquirí y conservo, pude pasar los ojos por las de Aldo Manucio (1495), Giunta (1516), Caliergo (tambien 1516), Enrique Stéfano (1566), Heinsio (1604) y Reiske (1765), á

más de otras que no es preciso enumerar, y examiné minuciosamente los preciosos manuscritos que encierra la Biblioteca Laurenciana de Florencia.

No especificaré las traducciones por mí consultadas; sólo sí manifestaré á usted el placer que sentí al ver que en ningun punto esencial habia errado, y que, como version, puede la mia sostener el cotejo con cualquiera de las que se han hecho hasta el dia. Particular satisfaccion me causó el ver la traduccion *expurgada* de un docto clérigo anglicano, cuyo nombre cometí la indiscrecion de no apuntar. No parece sino que nos habíamos puesto de acuerdo sobre los puntos que debian omitirse, y sobre el modo de hacer las convenientes sustituciones de palabras y frases. Si en algo diferimos, es en que yo he sido más escrupuloso al expurgar que el ministro protestante; y esto me tranquiliza más y más al dar á luz las poesías de Teócrito, pues no creo que los oidos meridionales sean más delicados que los ingleses.

Teócrito, al pintar la vida campestre, copió lo que veía sin reticencia alguna; y al expresar las pasiones de los pastores, no se paró á considerar si eran ó no conformes al deber y á los instintos naturales; de igual manera que San Pedro Damiano no tuvo reparo en describir los idénticos desordenados afectos, que en su tiempo predominaban á despecho del cristianismo. ¿Y será esto una razon para que los condenemos, y miremos con horror cuanto han escrito? Si el primero no profirió una

palabra de reprobacion para esos tristísimos deslices, fué porque su religion no los prohibia, sino al contrario, los autorizaba con ejemplo nada ménos que del Padre de los Dioses, y de casi todos sus héroes y divinidades. Lo que sí debemos hacer, es suprimir de las ediciones de sus obras (fuera de aquellas destinadas tan sólo á los eruditos y en el idioma original) todos los pasajes que ofendan al pudor; y hechas las supresiones y cambios necesarios, aprovecharnos de sus bellezas, y darlas á conocer á la juventud estudiosa.

Por eso omití por completo los Idilios XII, XXVII y XXIX de Teócrito; y cuando por cortesía del erudito Bibliotecario de la Laurenciana, tuve en mis manos el nuevo Idilio recien descubierto, me abstuve de traducirlo, á pesar de lo lisonjero que me habria sido el ser el primero en incorporarlo á las demas obras. Por eso suprimí el principio del Idilio XIII, y en éste y en el XIV hice várias sustituciones. Por eso el lector erudito hallará, al cotejar mi version con el original, várias omisiones de palabras y frases; muchos conceptos atenuados, y otras laudables infidelidades. Era mi intencion enumerarlas todas; pero al fin me he abstenido de un trabajo que resultaria inútil, cansado y quizás indiscreto.

Por lo demas, he sido fiel en expresar los conceptos, los giros y las frases del original; y áun los epítetos peculiares del idioma griego los he vertido siempre al castellano. Esto no quiere decir que me haya apegado al texto con escrupulosa minu-

ciosidad. Antes bien he parafraseado una que otra vez; y aunque procurando conservar siempre el perfume griego, he revestido mi traduccion (si así puedo expresarme) con el traje español. Traducir á Homero en verso suelto, me parece practicable aunque difícil; pero, por hacer alarde de una fidelidad inoportuna, poner en endecasílabos no rimados odas pindáricas ó canciones bucólicas, lo juzgo en extremo impropio y altamente reprobable. A uno que otro Idilio conviene esta clase de versificacion; pero ni Garcilaso ni Valbuena hicieron á sus pastores cantar en verso suelto, ni Herrera en las églogas y elegías que imitó y casi tradujo de Teócrito y Bion, huyó de las dificultades de la rima. Quien lea la version de los Bucólicos de don José Antonio Conde, no sólo no se formará una idea justa del original, pero ni siquiera podrá saborear un instante alguna de sus innumerables bellezas; tanto más, cuanto que sacrificó en muchos puntos, á una brevedad y una concision incompatibles, la claridad y la exactitud.

No todas las obras que nos quedan de Teócrito, Bion y Mosco son del género pastoril. Del primero solo pueden llamarse composiciones bucólicas los primeros nueve Idilios y el undécimo. Me he servido de la silva para el I y II, tanto más, cuanto que los *intercalares* que en ambos ocurren á desiguales distancias, casi no me dejaban otra eleccion. En el III, IV y V pude servirme de tercetos; el VI y XI los traduje en octavas. Al hacer la version del magnífico Idilio descriptivo que hallamos bajo el nú-

mero VII, quise tener más libertad, y á despecho del incontentable Hermosilla, usé del romance endecasílabo: con todo, al tratarse de las canciones, las puse en estrofas iguales y rimadas. En el Idilio VIII, aunque la narracion está en silva, trasladé á los versos *amebeos* ó alternativos, en cuanto lo permite la índole de nuestro idioma, toda la regularidad de los griegos y latinos, y la severidad de sus reglas. En el IX puse en sonetos, y en el X en pequeñas estrofas de cinco versos, las canciones de los interlocutores, hallándose el resto en tercetos. De la silva me volví á servir para los Idilios XIII y XXIV, de los tercetos para el XVII, XX y XXIII, siendo este último una verdadera elegía. El animado diálogo del XIV me pareció que estaria bien en cuartetas de ocho sílabas, á estilo de nuestras comedias antiguas; y en versos de arte menor puse igualmente el XXVII. La accion rápida del XXVI y el fuego báquico que respira, me pareció exigir estrofas decasílabas, y el XXX, que es una verdadera anacreóntica, no me dejaba eleccion. Los Idilios XXII y XXV son más bien himnos, y áun parecen fragmentos épicos, y los habria puesto en octavas, si los diálogos que en ambos se encuentran me lo hubieran permitido. Restábame escoger entre el romance endecasílabo y el verso suelto; y desconfiando de mí mismo, preferí el primero, que exige ménos maestría que el segundo. Me atreví, sin embargo, á desembarazarme de la rima y del asonante en el Idilio XVI: á ello se presta el asunto tan serio y la gravedad que respira desde el princi-

pio hasta el fin; pero no sé si habré tenido buen éxito en este mi primer ensayo. No cansaré á usted con más pormenores: usted y el público juzgarán si he acertado en mi eleccion de metros, y solo añadiré que, con excepcion del romance endecasílabo, en todo lo demas he procurado seguir las huellas de nuestros buenos poetas del siglo XVI.

Si *para traducir bien á un poeta, se requiere otro poeta*, segun el bien conocido axioma, para expresar en un idioma moderno la graciosa sencillez, la riqueza de lenguaje y la magnificencia de de descripcion que caracterizan á Teócrito, sería preciso, no sólo un poeta del calibre del modelo, sino una lengua tan flexible y tan rica como la griega. Difícil es encontrar reunidas todas estas circunstancias; y ni áun Virgilio ni Ovidio, á pesar de su genio y de la riqueza de la lengua latina, igualaron al Bucólico de Siracusa en los pasajes que imitaron ó tradujeron.

«Teócrito (dice el italiano Vincenzo Gravina, *Della Ragion Poetica*, c. XXIII); Teócrito, que imitó las costumbres pastorales, fué felicísimo en su empresa; pues n i ofendió la simplicidad con su cultura, ni con representar los puntos más finos de las pasiones perdió el carácter de la rusticidad, y todos sus pensamientos y maneras parecen nacidas de la mente grosera de aquellos pastores. En las cosas y en las expresiones lo hallamos moderado por justas medidas, y templado por suavísima gracia, que resulta de la dulce combinacion de las palabras y de la delicadeza que en todas partes conserva.»

Mosco y Bion ofrecen dificultades algo menores al traductor moderno. Más refinados que Teócrito, más cuidadosos en la eleccion de palabras, sin la sencillez ni la negligencia que en aquél encontramos, pueden sus Idilios traducirse más literalmente, sin que resulte tal simplicidad ó falta de elegancia que desagrade á nuestros oidos.

Toda edicion de los poetas antiguos ha menester de notas; y cuando se trata, sea de jóvenes estudiantes, sea de personas no versadas profundamente en la Mitología, Historia antigua y Arqueología, éstas se hacen de todo punto indispensables. En las que he puesto al fin de mi version he procurado ser breve al mismo tiempo que claro, y he evitado particularmente el distraer la atencion del lector con multiplicados números y llamadas. La parte crítica y filológica es bastante reducida: me he extendido más en explicaciones históricas y mitológicas. La mayor parte son fruto de mis propios estudios en estas materias: algunas veces, cuando las necesidades del lector español me han parecido idénticas á las del lector italiano, y mi modo de pensar coincidia con el de Pagnini, me he aprovechado de las investigaciones, y casi de las palabras del sabio Carmelita.

«En este tiempo de ampulosidad y de afectacion, no están nunca de más los ejemplos de una poesía natural, sobria y elegante, como la de los Griegos. Tenemos conceptos más elevados y más justos que los antiguos; pero nos falta mucho en el estilo, y es bien sabido que el estilo es la vida de la poesía.»

De estas y otras observaciones semejantes se hacía preceder en Italia, no há mucho, la edicion de una gran parte de los Poetas Griegos, traducidos en verso Toscano. Me parecen muy acomodadas á nuestras circunstancias, y no puedo ménos que trascribirlas al lanzar al público mejicano y español mi version del Príncipe de los Bucólicos, y de sus dos gloriosos émulos. No sé qué crítico, al examinar las poesías pastoriles de Valbuena, manifiesta el deseo de que el Obispo de Puerto-Rico, en vez de imitar libremente, hubiese consagrado su gran talento á hacer una traduccion completa de Teócrito, Bion y Mosco. Los deseos del censor acaban de realizarse en el país en que trazó *la Grandeza Mejicana* aquel grande ingenio, y en que estudió por vez primera los soberbios modelos en que calcó su *Siglo de Oro*. Muy inferior al del Prelado-poeta es el númen del temerario aprendiz que osa en cierto modo emularlo; pero confio en que mi tentativa no será mal recibida por el público, y que incitará á otros á emprender trabajos más acabados del mismo género.

Doy á usted las gracias, amigo mio, por el ímprobo trabajo de revisar mis versos y corregir la impresion que tuvo usted á bien tomarse; y las doy igualmente á nuestro co-académico D. José Sebastian Segura, que condescendió en asociarse á usted en la molestísima tarea. Acepte usted, en prenda de mi gratitud y estimacion, la dedicatoria del primer Idilio, en mi concepto y en el de usted uno de los más bellos que escribió el Príncipe de los Bu-

cólicos. A mi buen amigo Segura, en reconocimiento de sus trabajos y benevolencia, consagro la que con justicia se ha denominado *Reina de las Églogas*. A otras personas á quienes estoy ligado con los vínculos del parentesco, de la gratitud ó de la amistad, ó que me han estimulado en mis trabajos literarios, he dedicado igualmente otras versiones, y confio no desdeñarán esta manifestacion de mis particulares y desinteresados sentimientos.

En el mundo literario deseo ser conocido únicamente con el nombre de IPANDRO ACAICO (1), y ruego á usted y á todos mis amigos que no me arranquen el tenue velo del seudónimo que me asignó la *Arcadia* de Roma. Creo poderlo exigir áun de mis enemigos. Ellos, mejor que yo, saben que es grande agravio en el carnaval y prueba de salvaje descortesía el llamar por su nombre ó descubrir al que lleva careta, por más que éste sea conocido y se le trasluzca el rostro bajo su antifaz. Los críticos más mordaces de la civilizada Europa han respetado siempre el seudónimo, y creo no es demasiado pedir lo mismo en la República de Méjico.

La correccion y belleza de la presente edicion demuestran el buen gusto de nuestro tipógrafo, y el empeño que ha tomado en colocar su establecimiento á la altura de los mejores. Uno que otro descuido venial del cajista ó de mí mismo, lo ha-

(1) A pesar de mis esfuerzos y deseos, me ha sido imposible conservar el incógnito. Retiro, pues, la súplica aquí consignada y me doy á conocer con mi verdadero nombre.—Madrid, Abril de 1880.

llará el público salvado en la *Fe de erratas*, que ruego al lector no deje de ver.

Réstame manifestar mi gratitud á nuestros colegas de la Academia Mejicana Correspondiente de la Real Española, por la deferencia, para mí tan honrosa, de hacer suya mi pobre versión, publicándola bajo su nombre. Los temores que, áun á última hora, me asaltaban, se han desvanecido por completo, al verme escudado por una corporacion que cuenta en su seno varones tan ilustres como Arango y Escandon, Bassoco, Collado, García Icazbalceta, Peña y otros que usted y el público conocen y estiman. Esto me asegura el amparo de la insigne Academia de Madrid, á que estamos ligados con vínculos tan estrechos, y me granjeará tambien, como espero, la benevolencia de mis lectores.

Termino, amigo mio, esta larga Carta-prefacio, asegurando á usted la eterna amistad de quien se repite

Siempre suyo,

IPANDRO ACAICO.

Méjico, á 29 de Setiembre de 1877.

IDILIOS

DE

TEÓCRITO

IDILIO I.

TÍRSIS Ó LA CANCION.

ARGUMENTO.

En este Idilio, de forma dramática, se introducen dos pastores, Tírsis y un Cabrero, cuyo nombre no se especifica; la persona del poeta no aparece. En el trascurso del diálogo Tírsis narra en una cancion la desgraciada muerte de Dáfnis, y al terminar recibe en premio una cabra y un precioso vaso pastoril. La escena pasa en Sicilia. Virgilio, en la Egloga décima principalmente, y el Obispo Valbuena en la primera, han imitado varios pasajes de esta composicion.

TÍRSIS, CABRERO.

Tírsis.

¡Cuán dulce es el susurro de este pino
Que junto al claro manantial resuena!
¡Cuán dulce de tu avena
Es, oh Cabrero, el modulado trino!

Despues de Pan divino [2]
Tendrás el mayor premio. Si un carnero
Acepta vuestro Dios, será tu prenda
Una fecunda cabra; y si en ofrenda
Él recibe una cabra, entónces quiero
Donarte una cabrita:
Que su carne, primero
Que la hayan ordeñado, es exquisita.

CABRERO.

Es ¡oh Pastor! tu cántico más blando
Que las sonoras linfas
Que de alta peña bajan murmurando.
Si las Piérias Ninfas [3]
En regalo una oveja recibieren,
Te ofreceré sencillo
Nevado corderillo
Que el seno de la madre aún no deja:
Si el cordero prefieren,
En recompensa aceptarás la oveja.

TÍRSIS.

¿No quieres (por las Ninfas te lo pido)
No quieres ¡oh Cabrero!
En la falda sentarte de este otero
Entre los tamarices; y al sonido
De tu zampoña principiar un canto?
Yo tus cabritas paceré entretanto.

CABRERO.

No puedo, no, Pastor. No es permitido
A nosotros tañer á medio dia
La flauta; porque Pan hácia la siesta
A reposar se acuesta
Cansado de su larga cacería.
Su cólera tememos; que es terrible
Cuando la ira lo embarga,
Y tiene en la nariz bílis amarga.
Mas tú (que el fin sensible
¡Oh Tírsis! y el amor infortunado
De Dáfnis [4] bien conoces, y has llegado
De los metros bucólicos al colmo)
Acércate gentil; bajo aquel olmo
Siéntate complaciente,
Y canta de las Náyades [5] divinas
Y de Priapo [6] enfrente:
Allí un rústico banco, allí hay encinas.
Y si tan suavemente modulares
Como aquella ocasion, que al Africano
Crómis audaz vencieron tus cantares,
Tres veces ordeñar podrá tu mano
Una cabra que tengo con dos hijas,
Y que, aunque dos cabritas amamanta,
Le sobra leche tanta
Que llena cada dia dos vasijas.
Tambien un vaso nuevo quiero darte
De reluciente cera barnizado;
Profundo, de asa doble, con mucha arte

Há poco cincelado,
Tanto, que aún le dura
El olor de la fresca entalladura.
Hiedra de parte á parte
Circunda el labio, hiedra entrelazada
Con la preciosa flor de maravilla;
Y una parra, de púrpura esmaltada,
Serpea más abajo por la orilla.
Adentro una mujer, divina hechura,
Esculpida se mira; en torno al cuello
Graciosa red encierra su cabello;
Flotan al aire manto y vestidura.
A diestra y á siniestra
Hay dos elegantísimos varones
Disputando con ásperas razones.
Indiferencia muestra
Ella, y ya al uno sonriendo mira,
Ya vuelta al otro plácida suspira;
Y en vano de los jóvenes los ojos
Brillan de amor, de celos y de enojos.
Bien esculpida cerca se divisa
Una escarpada roca:
Sobre ella un viejo pescador coloca
Su red á toda prisa,
Y en actitud parece
De lanzarla á la mar: la efigie ofrece
Gran perfeccion; y de su cuerpo todo
Dirias que los músculos emplea
Para pescar; se le hinchan de tal modo
Las venas del pescuezo, aunque ya sea
De rostro ajado y cano.

¡Vigor de juventud tiene el anciano!
Del viejo pescador no á gran distancia
Una viña se observa (¡rico entalle!)
De racimos cargada en abundancia.
Tras de las espinosas
Cercas la guarda un niño: dos raposas
Giran en torno; va de calle en calle
Comiendo uva madura
La una. Junto á la cesta
Acecha la otra y á robar se apresta,
Y no apartarse jura
Sin haber hecho el postrimer esfuerzo
Para dejar al niño sin almuerzo.
En tanto el mozalvete cabizbajo
De espigas y de juncos entreteje
Vistosa trampa de coger cigarras,[7]
Y atento á su trabajo,
No le importa la cesta ni las parras,
Ni que la zorra sin comer lo deje.
El vaso en fin circunda
¡Eólico portento!
De suave acanto artística corona.
El corazon se inunda
Al verlo de estupor y de contento.
Lo trajo en un bajel de Calidona [8]
Un marinero; y díle en recompensa
A más de un bello queso (enorme disco
De blanca leche densa)
La cabra más hermosa de mi aprisco.
El rico vaso áun no tocó mi labio:
Intacto lo conservo

Sin el menor resabio,
Y para tí gustoso lo reservo
Si repetirme quieres
El himno melodioso que te pido.
Canta, amigo querido,
Que no te envidio. ¿Ó á Pluton prefieres
Reservarlo en el reino del olvido?

TÍRSIS.

¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.

A Tírsis el del Etna veis delante
Y esta de Tírsis es la voz sonante.

¡Oh Ninfas! ¿Qué collado,
Qué bosque ó verde prado,
Qué valle os escondia,
Cuando el pastor más lindo,
Cuando Dáfnis de amor triste moria?
¿En el risueño Pindo
Morabais por acaso,
O en las amenas selvas del Parnaso? [9]
¡Ah! No la gran corriente
De Anapo os albergaba
Ni de Acis el torrente;
Ni vuestra planta erraba
Del Mongibelo entre la ardiente lava.

¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.

Los lobos y los linces doloridos
Con lúgubres aullidos
Vinieron á llorar á Dáfnis muerto:
Y áun el leon furioso
Que habita el bosque umbroso
Uniria sus lágrimas de cierto.

¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.

¡Cuántas vacas y cuántas
Terneras á sus plantas
Vinieron á verter amargo lloro!
No hubo becerro ó toro
Que á su dolor extraño
Permaneciera mudo en el rebaño.

¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.

Mercurio fué el primero
Que del monte bajó. Con lastimero
Acento, «Dáfnis (dijo),
¡Oh Dáfnis, mi buen hijo!
¿Quién así te desgarra carnicero?
Díme: quién es la dama
Cuyo funesto amor así te inflama?»

¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.

Vinieron los vaqueros,
Vinieron los pastores y cabreros
Pidiendo todos de su mal noticias.
Vino Priapo y dijo: «¡Dáfnis triste!
¿Por qué así te consumes? La doncella
Que fuera tus delicias,
Por las fuentes y selvas que con ella
Un tiempo recorriste
Con pié veloz siguiendo va tu huella.

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»¡Enamorado ciego!
¡Cuál te devora incomprensible fuego!
Por zagal en amores moderado
Antes eras tenido.
¿Cómo es que en amador desenfrenado
De súbito te miro convertido?
¡Ay! ¿Quién tu corazon ha corrompido? [10]

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»Si una zagala miras,
Luégo de amor suspiras,
Y si en festiva danza
Se reunen las vírgenes de tarde,
Tu pecho férvido arde
De acudir á bailar con la esperanza;
Y porque no se cumple tu deseo,

¡Pobre de tí! languidecer te veo.»
No dió el zagal respuesta;
Mas su pasion funesta
Continuó fomentando
Y de su vida el fin acelerando.

¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.

Acudió la postrera
Sonriendo la Diosa de Citera.
(En su alma sonreía
Y aparentaba fuera
Grave dolor y llanto de agonía)
Y dijo: «¡Triste Dáfnis! Te gloriabas
De triunfar del flechador Cupido.
¿Cómo de Amor vencido
Hoy en el polvo *tú* la frente clavas?»

¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.

Dáfnis le replicó? «¡Vénus tirana,"
Vénus odiosa, Vénus inhumana!
¿Conque anunciarme quiere
Tu voz que ya se puso
Para Dáfnis el Sol? Bien; no rehuso
Cumplir con mi destino. Dáfnis muere,
Pero hasta en el Infierno
Dáfnis será de Amor tormento eterno.

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»Márchate al monte de Ida, donde es fama
Que á Vénus el pastor... A Anquíses llama:
Hay encinas allí grandes y añejas;
Aquí tan sólo pobres matorrales,
Y suaves las abejas
Susurran en redor de los panales.

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»¡Qué! ¿Ya no te enamora
De Adónis la belleza?
Allí su grey apacentando mora;
Corre por la maleza
Las liebres persiguiendo
Y lazos á las fieras va tendiendo.

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»Preséntate, si puedes,
Otra vez á luchar con Diomedes,[12]
Y dile: *El brazo mio*
Venció por fin á Dáfnis el mancebo
Que ovejas custodiaba; ven de nuevo
Conmigo á combatir: te desafio.

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»¡Lobos, linces, adios! ¡Oh de la selva
Habitadores, osos! El postrero
Adios os dice Dáfnis el vaquero.
Que con vosotros vuelva
Entre los bosques á habitar sombríos
El hado inexorable me rehusa.
¡Adios, fuente Aretusa![13]
¡Adios, vosotros, caudalosos rios,
Que de Tímbride[14] bello al seno blando
Llevais vuestra corriente murmurando!

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»Aquel Dáfnis soy yo que sus terneras
Aquí pacer solia.
El Dáfnis que traía
Sus vacas á beber á estas riberas.

(¡Musas del alma mia!
Empezad una agreste melodía.)

»¡Oh Pan, oh Pan! Ya habites este instante
La cumbre del Liceo,[15] ya el gigante
Ménalo monte recorriendo vayas,
Ven de Sicilia á las remotas playas.
Deja de Hélice el cabo: el monumento

Deja de Licaónides grandioso;
Sepulcro gloriïoso
Para los mismos Númenes portento.

(¡Musas del alma mia!
Ya terminad la agreste melodía.)

»Ven ¡oh Rey y Señor! Tomar se digne[16]
Tu mano bondadosa
Esta zampoña armónica y vistosa
De cera sin igual trabajo insigne.
Ya no es al canto nueva,
Mis labios bien conoce:
Tómala ¡oh Pan! yo siento que veloce
Al Reino de Pluton Amor me lleva.

(¡Musas del alma mia!
Ya terminad la agreste melodía.)

»De las espinas nardos
Y de las zarzas violas;
De los punzantes cardos
Nazcan las amapolas:
Del enebro coposo
El narciso germine primoroso.
Todo se trueque el mundo en el momento
Que exhale Dáfnis el postrer aliento:
Peras produzca el pino;
Coja al lebrel el ciervo;
Del ruiseñor el trino
Supere el buho y el graznante cuervo.»

¡Musas del alma mia!
Ya terminad la agreste melodía.

Ya más decir no pudo
El zagal, de la muerte al golpe rudo.
Depuesta su fiereza
Llegó Ciprina con amante mano
A sostener su lánguida cabeza.
Mas ¡ay! socorro vano,
Esfuerzo bien tardío.
Estambre no restábale á la Parca:[17]
Voló á la negra barca
Y cruzó Dáfnis el funesto rio.
Sus ondas bramadoras
Por siempre arrebataron al mancebo
Grato á las Hijas del amable Febo,
Del Pindo habitadoras,
Y á las Ninfas tampoco indiferente
Que moran en cada árbol, rio y fuente.

¡Musas del alma mia!
Ya terminad la agreste melodía.

Amigo, ve cumplida mi palabra.
Dame á ordeñar la cabra,
Y entrégame mi vaso
Para brindar con néctar delicioso
Por las sagradas Ninfas del Parnaso.
¡Adios, oh Musas bellas!
Un cantar os reservo más sabroso

Para otra vez, si place á las estrellas.

CABRERO.

¡Ojalá que tu boca regalada
Bañar en miel pudiera refinada!
¡Ojalá que á tus labios de corales
Llevar me fuera dado cien panales!
Que venga tu apetito
A sacïar mereces
Siempre aquel higo de Égilo[18] exquisito.
¡Cantas mejor que el ruiseñor[19] mil veces!
Tu vaso, amigo, toma.
Mira cuán bello; vé qué suave aroma
Exhala perfumado:
Parece que lavado
Fué de las Horas[20] en la dulce fuente.
Acércate, Ciseta[21] encantadora.—
Ordéñala tú ahora
¡Oh Tírsis! suavemente.—
Vosotras, paced juntas entretanto,
Cabritas; no os infunda el lobo espanto

IDILIO II.

LA HECHICERA.

ARGUMENTO.

SIMETA, abandonada por su esposo DELFIS, procura atraerlo con filtros amatorios, hechizos y canciones mágicas, ayudada de su criada TESTÍLIS, é invocando á la Luna y á Hécate. Ella habla en todo el Idilio dirigiéndose unas veces á la doncella y otras á estas divinidades; y se supone que va acompañando sus palabras con acciones simbólicas.

La segunda parte de la Egloga octava de VIRGILIO es una imitacion del presente poema.

¿Dó mis lauros están? ¿Dónde reservas
Mis filtros y mis yerbas?
Tráelos aquí, Testílis; de cordero
Con purpurina [1] lana el cáliz ata:
Con mágicos hechizos ligar quiero
Al vil esposo cuyo amor me mata.
Ya doce largos dias ha durado
La ausencia del esquivo:
No le importa al crüel si muero ó vivo

Ni á mi puerta ¡ingratísimo! ha llamado.
Amor, voluble Númen, y Citéres
De cierto lo han llevado á otros placeres.
A la palestra iré de Timageto [2]
Mañana mismo, y público reproche
Dirigiré al infiel; por esta noche
Con mis hechizos lo tendré sujeto.
¡Oh Luna! [3] tú entretanto
Cual nunca brilla hermosa;
A tí quiero mi canto
Dirigir en voz baja, ¡oh casta Diosa!
Y á Hécate pavorosa
Que so la tierra habita,
Y cuando entre la sangre y los sepulcros
Gira, terror excita
En los mastines y cachorros pulcros. [4]
¡Salve, Hécate tremenda! Aquí te queda
Hasta el fin de mi hechizo; y haz que pueda
Mi ponzoña tener virtud no ménos
Grande, que de Medea [5] los venenos
O de Circe ó la blonda Perimeda.

Haz retornar al pérfido, pezpita, [6]
Que mis amores y mi casa evita.

En el hogar caliente
Ya se te quema, ¡oh mísera! la harina;
Espárcela, Testílis; ¿dó tu mente
Ha volado? ¡Asesina!
¿Pretendes tú tambien darme sonrojo?
Ea, espárcela al viento

Y clama, de esparcirla en el momento:
«*Yo los huesos de Délfis así arrojo.*»

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Délfis me martiriza:
En Délfis este lauro hago ceniza.
Cruje el lauro al arder, y en el instante
Vívida llama se alza chispeante,
Y se consume todo
Sin dejar ni pavesas en el fuego.
La carne del traidor del mismo modo
A las llamas entrego.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Así como esta cera
Con el favor divino yo derrito,
Así Délfis el Mindio prontamente
A mi voz obediente
Derrítase de amor; y á la manera
Que esta rueda de bronce en torno agito,
De Vénus con la ayuda
Girando Délfis á mi puerta acuda.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Voy á hacer de salvado el sacrificio

¡Diana! Sea propicio
Tu númen sacrosanto.
Tú puedes en el fondo del Averno
Mover al inflexible Radamanto[7]
Y cuanto haya de fuerte en el Infierno.
Ya se oye de los perros el ladrido
En la ciudad: los trivios[8] ha venido
A recorrer Diana.
Suena, Testílis, suena la campana.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

¡Mirad! El Ponto calla
Y se adormece el viento;
Pero en mi pecho estalla
Con más furor mi amargo sentimiento.
No cede ni un momento
El fuego que me inflama
Por el esposo mio.
Robóme mi albedrío,
Y hoy en mi seno el deshonor derrama.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Tres veces ¡santa Diosa! el vaso apuro,
Y tres veces pronuncio este conjuro:
«Quienquier que sea la mujer dichosa
Que me usurpa mi amor, el fementido
En tan profundo olvido

La deje cual Teseo á Ariadna hermosa.»[9]

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Hay en Arcadia venenosa planta;
Hipómanes la llaman los donceles,
Y tiene fuerza tanta
Que hace bajar del monte á los corceles.
¡Ah! La virtud oculta de su tallo
Haga que la palestra resbalosa
Abandone mi indómito caballo
Y torne Délfis á su amante esposa.

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

La fimbria de su blanca vestidura [10]
Dejó perdida Délfis: en jirones
La arrojo á arder en medio á los tizones.
¡Ay de mí sin ventura!
¡Desapiadado Amor! ¿Por qué adherido
A mi cuerpo infeliz, cual chupadora
Palustre sanguijuela, no has bebido
Mi sangre hora tras hora?

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Con esta machacada lagartija
Una pocion de muerte

Mañana voy á hacerte.
Y tú, Testílis, hija,
Toma por el momento
Los venenos letales que he mezclado,
Y vé á ungir el umbral de su aposento,
Ese umbral á que tengo todavía
Mi corazon atado
(Mas no importa al infiel si me acongojo),
Y escupiéndolo [11] di, Testílis mia:
«*Yo los huesos de Délfis así arrojo.*»

Haz retornar al pérfido, pezpita,
Que mis amores y mi casa evita.

Ahora que solitaria y sin consuelo
Voy á dar rienda suelta á mi quebranto,
¿Por dónde empezaré la triste historia
De mi funesto amor? ¿Por dó mi duelo?
¿Quién fué la causa de mi amargo llanto?
La cestilla expiatoria [12]
Al bosque de Dïana
Llevaba una mañana
Anaxo, hija de Eubulo; y en hileras
Conducian al templo muchas fieras,
Y una leona, entre ellas, africana.

¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Teucarila de Tracia,
Mi difunta nodriza, que á otra puerta

De mi casa habitaba, salió luégo
Y me invitó con replicado ruego
A ver la procesion. Por mi desgracia
¡Ay! acepté la oferta
Y al cortejo me uní, de blanco lino
Vestida, y con el manto purpurino
De Clearista la gentil cubierta.

¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Llegaba á la mitad de la carrera
La pompa, de Licon frente al palacio,
Cuando del brazo unidos, por la acera
Caminando despacio,
Dos jóvenes miré de hermoso tipo.
¡Era Délfis, era él, con Eudamipo!
El bozo despuntaba en su mejilla
Más blondo que la flor de maravilla:
Uno y otro tornaba
De la palestra ardiente,
Y con el óleo y el sudor brillaba
Su pecho, más luciente
¡Oh Luna! que tu disco refulgente.

¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Ver á Délfis y súbita locura
El corazon turbarme, fué todo uno.
¡Ay! Se ofuscó al instante mi hermosura,

Y ya no ví espectáculo ninguno,
Ni sé cómo la vía
Pude encontrar á la morada mia.
Al borde de temprana sepultura
Fiebre voraz me puso: en triste cama
Postrada con mortífero desmayo,
Diez veces me alumbró del Sol la flama,
Y diez ¡oh Luna! me alivió tu rayo.

¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Se puso amarillenta como cera
Mi faz, ántes hermosa; y cada dia
A marañas caia
Mi sedosa y flotante cabellera.
Mi esbelto cuerpo no era
Sino huesos y piel. ¿A qué ventana
No llamé ó á qué puerta? ¿De qué anciana
En la magia perita,
No pedí yo el auxilio? ¡Empresa vana!
A mi pena inaudita
No traia consuelo algun encanto.
Volaba el tiempo inútil entretanto.

¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

A decir la verdad de mi tormento
Me resolví, por fin, á mi doncella,
Y con amargo acento:

Hállame por piedad, Testílis bella,
(Le dije) á mi dolor medicamento.
Aquel mancebo lindo
Que conoces, de Mindo,[13]
Me tiene toda de su amor llagada.
Vé: con mirada diestra
De Timageto observa la palestra,
Que allí á mi bien agrada
Ir á quedarse larga temporada.

¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Y apénas puedas verlo sin testigo
Acércate sin miedo
Y díle quedo, quedo:
«Simeta quiere conversar contigo,»
Y hasta la estancia mia
Sírvele tú de guía.
Partió la sierva, fiel á mi mandato,
Y la ví retornar, ¡oh inmenso gozo!
Con el gallardo mozo,
Con mi Délfis sin par á poco rato.
Mas ¡ay! apénas miro
Que el dintel de la puerta él atraviesa,
Me quedo sin respiro,[14]

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

Y que la nieve más helada y tiesa.

Un sudor abundante
De mi frente corria
A la polar escarcha semejante,
Y ni siquiera articular podia
Sílabas sin sentido,
Como balbute el tiernecito infante
Cuando á su madre llama adormecido.
Inmóvil mi simpática figura
Quedó cual de cristal yerta escultura.

¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.

Mirándome de lleno
Y la vista el cruel despues clavando
En el suelo, tomó un asiento blando
Y me dijo: «¡Oh Simeta! si á Fileno,
El hermoso garzon, hoy he vencido
En la veloz carrera,
Sobre mí igual ventaja has obtenido
En invitarme siendo la primera.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

»Me aprestaba á venir, sí, yo lo juro
Por Amor dulce y puro;
Me aprestaba á venir bajo tu techo
Con dos ó tres amigos
De la pasion testigos
Que me devora el pecho,

Esta noche mismísima; en tributo
Trayéndote en la falda
De mi flotante veste
Manzanas[45] mil, de Baco hermoso fruto,
Y ciñendo mi sien alba guirnalda
Del álamo celeste
A Alcides consagrado,
Y con cintas de púrpura adornado.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

»Me alentaba la mágica esperanza
De obtener tus favores:
En la carrera soy de los mejores,
Y fama de beldad mi rostro alcanza.
¡Ah! Cuánta bienandanza
Una sonrisa dulce, una süave
Palabra tuya habria
Dado á mi acalorada fantasía!
Pero ¡oh Simeta! sabe
Que si cerrojo ó llave
Tu puerta asegurara, el hacha entónces
Y la tea rompieran hoja y gonces.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

»Por favor tan insigne doy ahora
Las gracias á Ciprina, y á tí luégo,
¡Mujer encantadora!

Que me libraste del ardiente fuego,
Y medio consumido por las flamas,
A tu lado me llamas.
¡Ah! La antorcha de Amor conflagraciones
Produce más terribles é instantáneas
Que del fiero Vulcano[16] los tizones
De Lípari en las fraguas subterráneas.

(¡Oh veneranda Luna!
Sabe dónde mi amor tuvo su cuna.)

»Hace á la vírgen el hogar paterno
Abandonar furiosa;
Hace Amor á la esposa
Huir del lado de su esposo tierno.»
Así me dijo ufano:
Yo le tendí la mano,
Y, crédula en exceso,
De mi pasion ardiente
Estúve en mi embeleso
Hablando largamente.
En fin, ¡oh Luna amiga!
¿A qué cansarte ya con mis amores?
Permite que mi canto no prosiga.
Satisfecho de entrambos el deseo,
Nos unieron los lazos de Himeneo,
Y ni á mí sinsabores
Hasta ayer me causó mi fiel marido,
Ni yo mi juramento dí al olvido.
Mas hoy temprano, á la hora
Que los corceles del hermoso Febo

Llevan al cielo á la rosada Aurora[17]
Vino á verme la madre de Filista,
Mi diestra cantatriz, y del mancebo
Melixo, que al infiel siguen la pista,
Y entre varias noticias me ha contado
Que Délfis se halla de otra enamorado.
Si es vírgen ó viüda
La buena anciana duda;
Mas sabe, sí, que él brinda de contino
De su ninfa á salud con rico vino,
Y á casa de su amada
Corre, y diciendo torna que su puerta
Está con mil coronas adornada.
Tal de la vieja fueron las noticias,
Y por mi mal su informacion es cierta;
Porque ántes las delicias
Eran de Délfis el estar conmigo;
Siempre tornaba á reposar temprano,
Y puso el vaso dórico en mi mano
Más de una vez. Al conyugal abrigo
Hoy hace doce dias que no torna.
¿Otro amor por acaso lo trastorna?
¿O de cariño falto
Me ha olvidado el cruel? Bien: yo lo asalto
Con amatorios filtros por ahora;
Y si sigue ofendiéndome el perjuro,
Por las Parcas le juro
Que irá á pulsar las puertas del Infierno.
Porque sabe, ¡oh del Cielo alba señora!
Que en bella caja de bruñido cuerno
Me jacto de tener venenos tales

Que término pondrán á mi martirio.
No hay en el mundo iguales;
Me enseñó á componerlos un Asirio.
¡Adios, oh Reina augusta! Tus bridones
Dirige hácia el Océano espumantes.
Mis penas y aflicciones
Yo soportando seguiré como ántes.
¡Adios, Luna esplendente!
¡Adios, vosotras, fúlgidas estrellas
Que siguiendo con paso diligente
Del carro de la noche vais las huellas!

IDILIO III.

AMARÍLIS Ó EL CABRERO.

ARGUMENTO.

Un cabrero, cuyo nombre no se expresa, se queja de los desdenes de su amada Amarílis, y procura ablandarla con su canto. Creen algunos que el Cabrero es el mismo Bato que habla de su Amarílis en el Idilio siguiente; otros juzgan que es Teócrito en persona, viendo una alusion á su otro nombre ó seudónimo Simiquida, en el verso que habla de las *facciones romas* (σιμὸς) del protagonista. La escena pasa en Italia, cerca de Crotona.

La primera parte de la Égloga octava de Virgilio está calcada sobre esta hermosa pastoral.

Tras Amarílis voy. La grey querida
De mis pintadas cabras, entretanto
Pace en el monte, y Títiro[1] las cuida.

¡Oh Títiro sin par, mi dulce encanto!
Mis cabras apacienta con esmero,
Y dáles de beber de tanto en tanto.

Y mira no te acerques al carnero
Que de Africa me vino, porque cuerna,
Títiro caro, áun al mejor vaquero.

¡Dulcísima Amarílis! ¿Por qué tierna
No me llama tu voz? ¿Por qué no asomas
Como ántes al umbral de tu caverna?

¿Me odias acaso? ¿De facciones romas
Te parezco de cerca, y muy barbado?
Vas á hacer que me ahorque. Ten diez pomas:*

Para tí en el verjel las he cortado
Donde tú me ordenastes, y mañana
Con otras muchas tornaré cargado.

Vuelve tus ojos á mirarme humana
Y muévate á piedad mi pena acerba:
¡Oh si yo fuera abeja! ¡Cuán ufana

Entrara susurrando, y sin reserva
Posárame en la hiedra que corona
Tu gruta, y la que te orna verde yerba!

Ahora conozco á Amor. Fiera persona
Es la del dios vendado; y á sus pechos
Lo amamantó sin duda una leona.

Del monte se educó entre los helechos;
Sin abrasar su fuego nada deja:
Tengo los huesos con su ardor deshechos.

¡Oh ninfa sin rival, de negra ceja,[3]
De bellos ojos y gentil mirada!
Tu corazon al mármol se asemeja.

Una guirnalda para tí guardada,
De rosas y apio[4] y hiedra entretejida,
Conservo ¡oh Amarílis adorada!

Mas si por fin no dejas tu guarida,
La haré desesperado mil pedazos.
¡Ay, infelice! ¿Qué es sin tí la vida?

Perdido voy de la desdicha en brazos.
¿No me escuchas, cruel? ¡Mira, asesina!
De mi pelliza rompo ya los lazos:

Desnudo saltaré á la mar vecina
Desde el peñon do el pescador Olpicio[5]
Acechando al atun ves que se inclina.

Aunque al caer del alto precipicio
No logre hallar la muerte entre las olas,
Te placerá siquier mi sacrificio.

Lo sé. De las veraces amapolas
Con que explorar tu amor quise de lleno
Bien me lo revelaron las corolas;

Que en vez de dar el esperado trueno[6]
Una tras otra deshojóse muda
Al oprimirla yo contra mi seno.

Y la adivina disipó mi duda
Que el porvenir verídica escudriña
Del tamiz infalible con la ayuda.

Espigas recogiendo en la campiña
Iba no há mucho, cuando dijo Agreo
Que yo de amores muero por mi niña;

Mas desdeñado por mi amor me veo.
Hay una cabra que en mi grey descuella,
Color de nieve, y dártela deseo.

Siguiendo dos gemelos van su huella,
Y há tiempo me la pide con instancia
Del buen Mermnon la morenita bella,

Erítace, tu amiga; y á su estancia
Al fin he de llevarla, si tu enojo
Me sigue persiguiendo y tu arrogancia.

¡Ay, Dioses! ¿Qué será? Me tiembla el ojo
Derecho sin cesar. ¡Qué! Su divino
Rostro lograré ver?... Mi rabel cojo.

Empezaré á cantar bajo este pino,
Y á mirarme tal vez saldrá piadosa,
Que no es su corazon adamantino.—

Hipómenes[7] pretende por esposa
A su adorada; y no hay poder que enfrene
De la vírgen la fuga presurosa.

Con las manzanas de oro armado viene
Tras ella; y por cogerlas Atalanta
El paso rapidísimo detiene.

Vélo, y su rostro varonil la encanta,
Y á la doncella tal pasion devora
Que la enloquece y su esquivez quebranta.

De Otris, Melampo que el futuro agora [8]
Las vacas hasta Pilos pastorea
Y une á Biantes á gentil señora,

Madre de la prudente Alfesibea.
¿No es el pastor Adónis quien inflama
Locamente á la hermosa Citerea?

Paciendo las ovejas en la grama
Del monte, lo miró la Diosa un dia,
Y tanto lo adoró que áun muerto lo ama.

Excita Endimion [9] la envidia mia,
Que adormecido por la amante Luna
De eterno sueño goza todavía.

De Jasïon envidio la fortuna.
Tanto logró, que no espereis, profanos,
Que os diga de su amor cosa ninguna.—

¡Ay! La cabeza duéleme. Son vanos
¡Mujer idolatrada! mis lamentos:
El inútil rabel sueltan mis manos.

Para tenerme en pié fáltanme alientos.
Voy á tender aquí mi cuerpo inerte;
Aquí me comerán lobos hambrientos,

Y á miel, ingrata, te sabrá mi suerte.

IDILIO IV.

LOS PASTORES.

ARGUMENTO.

Este Idilio es todo bucólico. Bato, cabrero, encuentra á Coridon, que apacienta las vacas de Egon, ausente en los juegos Olímpicos; y despues de las primeras preguntas de aquél, entablan ambos un variado diálogo, lleno de maledicencia, sobre diversos asuntos pastoriles. La escena pasa en Crotona, ciudad famosa de la Magna Grecia.

Virgilio y el Obispo Valbuena han hecho populares muchos versos de este trozo, reproduciéndolos casi literalmente, el primero en la Egloga tercera, y el segundo en la primera del *Siglo de Oro*.

BATO, CORIDON.

Bato.

Díme, buen Coridon, por vida tuya
¿De quién son esas vacas? ¿De Filondas?

Coridon.

No, que el dueño es Egon, y de órden suya
Las apaciento.

BATO.

La verdad no escondas.
¿Secretamente á todas las ordeñas
De la alta noche en las tinieblas hondas? [1]

CORIDON.

A fe que no, si en preguntar te empeñas;
Que me observa el patron, y á cada una
Su ternerillo junta, por más señas.

BATO.

¿Y adónde ha conducido la fortuna
Al anciano pastor, que no lo veo
Desde que se ocultó la última luna?

CORIDON.

¿No lo sabes? Milon al sacro Alfeo [2]
Consigo lo llevó.

BATO.

¡Cómo! De lucha
Ni áun el aceite ha olido, segun creo.

CORIDON.

Pues dicen todos que su fuerza es mucha

Y que á Alcides aún, cuando le cuadre
Podrá desafiar.

BATO.

Amigo, escucha:
A mí tambien llamábame mi madre
Más robusto que Pólux.[3] Son consejas
Que al vulgo no creeré, por más que ladre.

CORIDON.

Ha marchado llevando veinte ovejas
Y un azadon.[4]

BATO.

Hará venir la rabia
Milon hasta á los lobos si lo dejas.

CORIDON.

Las becerrillas huérfanas que agravia
Mugen abandonadas.

BATO.

¡Infelices!
¿Por qué tan mal pastor ¡Fortuna sábia!
Les has querido dar?

CORIDON.

Lo cierto dices:
Ni pacer quieren ya las pobrecillas.

BATO.

Una veo entre aquellos tamarices
Que desnudas ostenta las costillas.
¿Vive, cual la cigarra, de rocío?

CORIDON.

Eso no, ¡por la Tierra! á las orillas
La llevo del Esaro, y junto al rio
Le doy de blanda yerba un gran manojo,
Y á veces salta en el Latimno umbrío.

BATO.

Mira cuán flaco está aquel toro rojo:
¡Ojalá que uno así le toque en suerte
Cuando de Juno aplaque el fiero enojo
Con inmoladas víctimas, al fuerte
Cuando perverso pueblo de Lampriado[6]
Que tanta sangre en los altares vierte.

CORIDON.

Pues á pacer las llevo con cuidado

Al Malimno y al Fisco, [7] y al risueño
Neéto de mil flores tapizado,
Do la retama crece y el beleño
Y el toronjil fragante nos recrea.

BATO.

¡Ay, ay, mísero Egon! El loco empeño
De que un triste laurel ganar te vea
Olimpia, te consume; y entretanto
Tu grey camina á la region Letea.
La zampoña tambien que fué tu encanto
Y que forjaste tú, devora aprisa
Voraz polilla.

CORIDON.

¡Por el nombre santo
De las Ninfas, que nó! Que al irse á Pisa [8]
Me regaló su músico instrumento,
Y sé pulsarlo de cantor á guisa.
De Glauca repetir con grato acento
Y de Pirro los versos; y á Crotona
Sé celebrar con dulce sentimiento.
De Zacinto bellísima pregona
Los loores mi voz, y de Lacinio [9]
Que el Sol naciente con su luz corona.
En donde Egon, de atletas exterminio
Ochenta tortas devoró, y asiendo
Por la pezuña á un toro, so el dominio
Lo puso de Amarílis. Con estruendo

Aplaudian al verlo las mujeres
Y él de la selva lo traia riendo.

BATO.

¡Amarílis gentil! Tú sola mueres
Sin que de tí se olvide ni un instante
El corazon que áun en la tumba hieres.
Más que á mis cabras te adoré constante:
Más que á mi grey te amé cuando moriste.
¡Ay, ay! triste destino el de tu amante.

CORIDON.

No desmayes ¡oh Bato! ménos triste
Tal vez mañana te será la suerte:
Miéntras hay vida la esperanza existe.
Llegar tan sólo debe con la muerte
El desaliento. Júpiter sereno
Se muestra á veces, y otras lluvia vierte.

BATO.

Sí: la resignacion me inunda el seno.—
Ahuyenta á los becerros, que esa oliva
A destrozar empiezan.—¡Eh! No es heno.
Léjos de aquí, Blanquizco.[10]

CORIDON.

¡Ea, arriba!

Al otero, Cimetas. ¿No oyes? ¡Vaya!
Me acerco, ¡vive Pan! bestia nociva,
Y te castigo: en insolencia raya
Tu osadía. ¿Otra vez? ¡Oh, si á la mano
Tuviera mi baston de sólida haya!...
¡Cuál te azotara!

BATO.

Coridon, hermano:
Que me mires por Júpiter te pido;
Me ha punzado el talon cardo inhumano.
Altísimas las zarzas han crecido
En derredor. ¡Mal haya la becerra!
Que por correr tras ella el pié me he herido.
¿La has hallado?

CORIDON.

Sí, sí; mi ojo no yerra;
La tengo entre las uñas; es la espina.

BATO.

¡Pequeña y doma á un hombre!

CORIDON.

Por la sierra
Un prudente pastor jamás camina
Sin sandalias, ¡oh Bato! Mil abrojos

Hay en el monte, y el zarzal germina.

BATO.

Y díme, Coridon: ¿los negros ojos
De aquella ninfa, tienen al vejete
Apasionado aún?

CORIDON.

Viejos antojos
No remedian los años. Acomete
La empresa de casarse todavía.
Del apartado establo en el retrete
Llorando por su bella vílo un dia
Con gestos y graciosos ademanes.

BATO.

¡Ah, viejo verde! Competir podria
Tu raza con los Sátiros y Panes.

IDILIO V.

LOS CAMINANTES.

ARGUMENTO.

Este Idilio es dramático. COMATAS, cabrero al servicio de Eumaro el Sibarita, y LACON, que apacienta las ovejas de Túrio, tambien de Síbaris, despues de dirigirse mutuamente injurias y reproches, inician un certámen musical, depositando las prendas correspondientes, y llamando á MORSON como árbitro. La escena pasa en Italia, no léjos de la referida Síbaris, ciudad de Magna Grecia.

Varios pasajes del presente Idilio fueron imitados por Virgilio en la Egloga tercera; y el Obispo Valbuena parece haberlo tenido presente en su Egloga cuarta.

COMATAS, LACON, MORSON.

COMATAS.

¡Cabruna grey! A aquel pastor evita;
Mi pelliza de cabra me ha robado.
¡Huye, huye de Lacon el Sibarita!

LACON.

¡No llegues á esa fuente, mi ganado!

Comatas allí está. ¿No veis, ovejas,
Que él es quien mi zampoña ayer ha hurtado?

COMATAS.

¿Qué zampoña, alquilon, ni qué consejas?
¿Cuándo has tenido flauta, si nos matas
Con Coridon soplando cañas viejas?

LACON.

La que me dió Licon, *Señor*[1] Comatas,
Ni Eumaro tu amo cuero tener pudo
En que acostarse, y tú ¿de qué piel tratas?

COMATAS.

Crocilo me la dió. De envidia mudo
Lo vías á las Ninfas inmolando
La cabra, y me dejaste al fin desnudo.

LACON.

Lacon, por Pan lo juro venerando,
Tu pelliza no hurtó. De un precipicio
Si miento, al Crátis[2] caiga yo rodando.

COMATAS.

Por las palustres Ninfas (y propicio
Quiero tener su númen) tu instrumento

No hurtó Comatas, ni causó perjuicio.

LACON.

De Dáfnis, si te creo, haya el tormento.
Mas un cabrito pon (es lo más santo)
Y hasta rendirte modular intento.

COMATAS.

Un cerdo desafió á Minerva al canto. [3]
Ahí va este cabrito; pero apuesta
Un corderillo gordo tú entretanto.

LACON.

¿Y cómo, zorro, qué igualdad es esta?
¿Pelos en vez de lana quién trasquila,
Perra por cabra ni á ordeñar se presta?

COMATAS.

Quien como tú en rendirme no vacila.
Empieza; y no un cabrito, ten un chivo.
¡La avispa al ruiseñor [4] *vencer estila!*

LACON.

No tengas prisa. No te llega al vivo
La lumbre. Cantarás más dulcemente
En este bosque y bajo aqueste olivo.

Aquí una fresca y cristalina fuente,
Aquí hay de verde yerba blando lecho
Y aquí murmura el grillo diligente.

COMATAS.

No tengo prisa; pero sí despecho
Me causan tu soberbia y tus arrojos.
Yo te enseñé (y á fe que sin provecho)
Cuando eras niño, y ante mí de hinojos
Te ví, ¡y así me pagas! *Cuervos cria;*
Ellos despues te sacarán los ojos.

LACON.

¡Hombre lleno de envidia y sin valía!
¿Cuándo me has enseñado algo de bueno?
Ven; y luégo será la melodía.

COMATAS.

No he de ir allá. Tambien aquí es ameno;
Aquí encinas y yerba; aquí hay nogales
Que con su fruto te henchirán el seno.
La sombra aquí es mejor; dos manantiales
Brotan; entre el follaje el ave trina
Y mil abejas colman mis panales.

LACON.

Ven, y en lana más blanda te reclina

Que el mismo sueño: [5] sin ningun afeite
La oveja es siempre perfumada y fina,

No como tú y tus cabras ¡qué deleite!
Cándida leche brindaré en un vaso
A las Ninfas, y en otro suave aceite.

COMATAS.

Cuatro veces más mórbidas, si acaso
Vienes, mis pieles hallarás: poleo
Y grama, alfombra te darán al paso.
Ocho vasos pondré para el recreo
De Pan, llenos de leche; y ocho copas
De miel henchidas de panal hibleo.

LACON.

Canta, pues, desde allí si en eso topas.
Mas ¿quién el juez será del desafío?
¡Ojalá que viniera el buen Licopas!

COMATAS.

¿Para qué? De sus juicios no me fio.
Llama á ese leñador que jaras corta
No léjos. Es Morson, amigo mio.

LACON.

Llamémoslo.

COMATAS.

Tú llámalo.

LACON.

¡Hola! ¡Importa,
Buen hombre! Ven acá, y un rato breve
Nuestra contienda musical soporta.
Tú juzgarás en el cantar quien lleve
La palma; y ni á mí me hagas, buen amigo,
Algun favor, ni ayudes á ese aleve.

COMATAS.

¡Por las Ninfas, Morson! Lo mismo digo.
Ni premies á Comatas en su daño,
Ni esotro encuentre en tu favor abrigo.
De Túrio el Sibarita este rebaño
Es propiedad; de Eumaro el Sibarita
Son las cabras que ves, y no te engaño.

LACON.

¿Y quién te preguntó, lengua maldita,
Si el rebaño era mio ó bien de Túrio?
¿A qué viene, por Jove, tanta grita?

COMATAS.

Diciendo la verdad yo no te injurio,

Querido. ¿O yo me jacto, por ventura?
¡Qué! ¿No eres tú tambien de mal augurio?

LACON.

Lo que hayas de decir, dí con premura
Y deja vivo á ese infeliz viandante.
Tiene su lengua ¡oh Febo! gran soltura.

COMATAS.

Las Musas me aman más que á aquel cantante
Dáfnis su favorito: agradecido
Les inmolé dos cabras há un instante.

LACON.

Del grande Apolo soy favorecido.
De sus fiestas[6] el tiempo está cercano
Y un hermoso carnero al Dios le cuido.

COMATAS.

Mis cabras, salvo dos, ordeño ufano;
Y al mirarme mi bella: *Me da pena*
Dice, *que ordeñes con tu propia mano*.

LACON.

¡Bah, bah! Lacon veinte canastos llena

De quesos; y á su amada en las mañanas
Los va á donar en la floresta amena.

COMATAS.

A su cabrero arroja mil manzanas [7]
En el monte la hermosa Clearista,
Y partiendo veloz, silba con ganas.

LACON.

No hay corazon de bronce que resista
Cuando me viene á ver Cratida sola [8]
Y desata sus trenzas á mi vista.

COMATAS.

¿Quién compara la zarza ni amapola
A la rosa gentil, que entre el espino
De las cercas ostenta su corola?

LACON.

¿Al durísimo fruto del encino
Quién osó comparar del dulce pomo
La delicada piel y sabor fino?

COMATAS.

Daré á mi vírgen cándido palomo
Que del coposo enebro en que se anida

Con mano sin rival yo mismo tomo.

LACON.

Trasquilaré mi oveja más querida,
Y su negro vellon de cien matices
Para una veste donaré á Cratida.

COMATAS.

¡Hola! Ese olivo, cabras infelices,
Dejad, é id á pacer á aquel collado
En que crecen los verdes tamarices.

LACON.

¡Hola, Cimeta! ¿Qué haces de ese lado?
¡Conaro! En esa encina no hagas mella.
Paced hácia Poniente con Nevado.

COMATAS

Tengo una caja de cipres muy bella
Y un cáliz, de Praxíteles hechura:
Ambos á dos reservo á mi doncella.

LACON.

Tengo un mastin de sin igual bravura,
Y lo daré á mi linda cazadora
Cuando vaya á vagar por la espesura,

COMATAS.

No vengas ¡oh langosta saltadora!
A destrozarme mis cercadas parras:
Míra que están muy tiernas por ahora.

LACON.

¿Al cabrero no veis que entre mis garras
Ruge furioso? Así á los segadores
Enfureceis vosotras, ¡oh cigarras!

COMATAS.

Las coludas raposas sinsabores
Me causan; á Micon las uvas blondas
Hurtan de noche, y siempre las mejores.

LACON.

De los escarabajos las redondas
Formas me dan horror; vienen volando
A devorar los higos de Filondas.

COMATAS.

De aquella vez que te dí azotes, cuando
Eras mi alumno, díme: ¿no te acuerdas?
Ese roble, llorabas, abrazando.

LACON.

No: ya se me olvidó. Mas tú no pierdas
La memoria feliz de aquella tunda
Que te dió tu amo, atándote con cuerdas.

COMATAS.

¿Oyes? La bílis ya su boca inunda.
Corre, Morson, á aquel sepulcro viejo
Y tráele las cebollas en que abunda.

LACON.

¿Ves? A cierto zagal tambien yo vejo.
Morson, le duele el vientre: ir al Halentes
Y darle pamporcino te aconsejo.

COMATAS.

Leche, de aguas en vez, manen las fuentes
Del Imera; del junco nazca fruto:
Y tú, Crátis, de vino te alimentes.

LACON.

Déme la Sibaritis en tributo
Miel; y panales traiga la criada
Cuando del sueño matinal disfruto.

COMATAS.

Verde cítiso pace mi manada,
Reposa sobre mórbido madroño
Y sobre juncos caminar le agrada.

LACON.

En primavera comen y en otoño
Toronjil mis ovejas: y de rosa
Parece de mis hiedras el retoño.

COMATAS.

Ya yo no quiero á Alcipe la orgullosa:
Ni las gracias me ha dado en la alameda
Al regalarle mi paloma hermosa.

LACON.

Pero yo con delirio adoro á Eumeda.
Le regalé una flauta, y ¡qué sonrisa
Me dirigió ante el público tan leda!

COMATAS.

De urracas y abubillas la divisa
No es con cisnes luchar y ruiseñores.
¡Lacon! Tu desafío mueve á risa.

MORSON.

¡Silencio impone el juez á los pastores!
Morson te da ¡oh Comatas! el cordero.
Cuando su carne ante el altar devores
Inmolada á las Náyades, espero
Que no te olvidarás de dar un trozo
Al que en el canto te juzgó primero.

COMATAS.

¡Te lo daré, por Pan! Hoy de alborozo,
Cabritas, retozad alegremente,
Que yo mismo de júbilo retozo.
Mis cabras todas bañaré en la fuente
De Síbaris mañana; ahora me rio
De ese Lacon que me retó insolente.
¡Le he ganado un cordero en desafío!

IDILIO VI.

LOS CANTORES BUCÓLICOS.

ARGUMENTO.

Dametas y Dafnis llevan al mismo punto sus ganados en un dia de verano, y cantan alternativamente los amores de Polifemo y Galatea, hablando el uno á favor de la Ninfa y respondiendo el otro á nombre del Cíclope. La escena pasa en Sicilia, y Teócrito se dirige al gran Arato, poeta amigo suyo, de quien hace mencion en el Idilio siguiente y en otros.

DAMETAS, DAFNIS.

Dametas, ¡gran Arato! y juntamente
Dáfnis, pastor de bueyes, sus rebaños
Llevaron á un lugar. Rubia la frente
Era del uno; el otro pocos años
Mostraba, imberbe aún. Junto á una fuente
Se sentaron en rústicos escaños,
Y en el verano ardiente, á mediodía
Dáfnis así empezó la melodía:

DAFNIS.

Arroja ¡oh Polifemo![1] á tu ganado
Manzanas mil la hermosa Galatea,
Y cabrero al amor poco inclinado
En llamarte festiva se recrea;
Pero tú, desdichado, desdichado,
Ni la escuchas ni ves cuando vocea,
Y dulces armonías das al viento,
De tu zampoña al són, desde tu asiento.

¡Mírala! Al perro fiel otra vez tira,
Que tus ovejas guarda, nueva poma.
Él ladra y hácia el mar ansioso mira,
Que entre las ondas límpidas asoma
Y junto al litoral nadando gira
La vírgen. De tu can el brío doma,
No sea que, al salir, lanzarse quiera
Sobre sus piernas, y á tu ninfa hiera.

Se desvive por tí, como el acanto[2]
Que con fuego estival el Sol devora.
Huye de quien la quiere con espanto
Y á quien no la ama férvida enamora.
¡Oh Polifemo! ¿Quién empeño tanto[3]
Creyera en perseguirte? Así el que adora
Mil veces áun lo feo juzga hermoso.

Luégo Dametas prosiguió armonioso:

DAMETAS.

La he visto ¡vive Pan! que de contino
Manzanas á mi grey certera lanza:
Este ojo, único y caro, que el Destino
Conserve hasta mi muerte, á todo alcanza.
(Males me augura Télemo[4] adivino;
Que se vuelvan contra él es mi esperanza.)
Mas por punzarla finjo que no veo,
Y otra doncella digo que poseo.

Ella al oir tal nueva se enfurece
¡Oh Febo! y de la mar salta celosa,
Y en cada establo que mi grey guarece
Y en cada gruta búscala furiosa:
Y siempre que á la vista se me ofrece
Mando á ladrarle á mi perrita hermosa;
La misma que, cuando era mis delicias,
Le prodigaba plácidas caricias.

Quizás al ver la Ninfa mi dureza
Me mandará amoroso mensajero;
Mas yo tendré mi puerta con firmeza
Cerrada, si no jura ella primero
Aquí en esta isla de sin par belleza
Aparejarme albergue placentero;
Que al fin no es mi figura tan deforme
Cual dice de los hombres el informe.

Bella me pareció la barba mia

Cuando ayer me espejé en el mar sereno,[5]
Y mi única pupila hermosa ardia;
Mis dientes reflejábanse de lleno
Y al Pário mármol su candor vencia.
Contra el hechizo me escupí en el seno
Cual me enseñó la vieja Cotitara[6]
Que en Hipoconte al segador cantara.

Al terminar Dametas, abrazando
A Dáfnis, le ofreció con gran contento
Una zampoña; y á su vez tomando
De aquél un caramillo, su instrumento
Ambos hicieron resonar, saltando
En derredor las vacas al concento;
Y ni el uno ni el otro la victoria
Pudo alcanzar: de entrambos fué la gloria.

IDILIO VII.

LAS FIESTAS TALISIAS
Ó
EL VIAJE DE PRIMAVERA.

ARGUMENTO.

Hallándose Teócrito en la Isla de Cóos, es invitado á las Fiestas Talisias, celebradas en honor de Céres, por sus amigos Frasidamo y Antígenes. En el camino encuentra al poeta Lícidas, de Cidonia en la Isla de Creta, y se empiezan á contar sus respectivos amores en cadenciosos versos. Daniel Heinsio llama á ésta *la Reina de las Églogas*.

Léjos de la Ciudad, hácia el Halentes,
Eucrito y yo marchábamos un dia;
Y en el camino se añadió á nosotros,
Alegre compañero, el buen Amintas.

Con pompa preparaban Frasidamo
Y Antígenes á Céres las Talisias; [1]

Ambos á dos progenie de Licope
Si vástagos aún restan de Clicia;

Y de la noble sangre del glorioso
Calcon, que la sin par fuerte Burina[4]
Hizo brotar con su robusta planta
Hincando en el peñasco la rodilla;

¡Hermoso manantial! en cuyo borde
Frondosos olmos y álamos crecian
Con sus copas formando espeso bosque
Impenetrable al Sol de mediodía.

Ni á la mitad siquier de la jornada
Llegábamos aún, ni de Brasila[5]
Se divisaba el célebre sepulcro,
Cuando ilustre viajero á nuestra vista

Se presentó de súbito, á las Musas
Grato, y de la Cidonia maravilla:
Lícidas se llamaba, y de cabrero
El oficio en sus campos ejercia.

Y á la verdad que nadie atribuyera
Al caminante profesion distinta;
Cabrero pregonábanlo de léjos
Todo su porte y pastoril ropilla.

De piel hirsuta de velluda cabra
Llevaba al hombro cándida pelliza
Oliendo á queso, y le abrigaba el pecho

Vetusta capa de cordon ceñida.

En su derecha mano se miraba
Curvo cayado de silvestre oliva;
Y me llamó mirándome amistoso
Con ojo vivo y su habitual sonrisa.

«¿Dónde diriges (díjome) tus pasos
Bajo el Sol meridiano ¡oh Simiquida!
Reposan las alondras de alta cresta,
Duerme en las cercas ya la lagartija.

»¿A algun convite acaso te apresuras?
¿O á pisar la uva en el lagar caminas
De algun amigo? Tus herradas suelas [4]
Sobre las piedras al andar rechinan.»

Y yo le respondí: «Lícidas caro:
De que eres habilísimo flautista
Entre zagales corre y segadores
La fama, y en verdad me regocija.

»Aunque, á mi juicio, que igualarte puedo
Me atrevo á asegurar. ¡Ea! la vía
Que á las Talisias nos conduce es esta.
Aparejar festividad opima

»A la velada Céres han resuelto
Nuestros amigos hoy, y gran comida,
Ofreciendo á la Diosa agradecidos
De sus cuantiosos bienes las primicias; [5]

»Que este año más que nunca en sus haciendas
Liberal las cosechas multiplica,
Y pues ambos llevamos un camino,
Y á rendir vamos la jornada misma,

»Bucólicos cantares entonemos,
Que á un buen poeta otro poeta auxilia.
Por mis labios tambien hablan las Musas
Y vate sin rival en la campiña

»Todos me dicen, aunque no lo creo,
¡Viven los Cielos, no! que áun no podria
La flauta superar del gran Filetas,
Ni del Samnio Sicélides la lira.[6]

»Y sólo sé cantar como la rana
Que entre los grillos disonante chilla.»
Así le hablé con estudiado acento,
Y él así replicó, con dulce risa:

«Este baston te donaré. De Jove
La majestad en tí de véras brilla.
Odio me causa el arquitecto fatuo
Que una casa más alta que la cima

»De Oromedonte[7] construir intenta:
Y de las Musas á la par me indignan
Las aves, que graznando al gran Homero
Por emular en balde se fatigan.

»Mas empecemos ya nuestros cantares:

Yo entonaré primero, ¡oh Simiquida!
Ve si te agrada, amigo, la que há poco
Forjé en el monte breve poesía.

»Feliz navegacion á Mitilene
Conducirá á la bella Ageanata:
Sea que al declinar de las cabrillas[8]
El Noto con furor se desenfrene
Sobre las olas de luciente plata,
O al Océano toquen tus rodillas[9]
¡Orion que airoso brillas!
Si quiere mi adorada
El alma enamorada
De su Lícidas fiel librar clemente.
¡Ay, todo me consume amor ardiente!
Serenarán los mares
Y aplacarán las ondas,
Y al Noto y Euro[10] (á quien las algas hondas
Place mover) alciones á millares,
De las Nereidas[11] blondas
El ave favorita,
Más que otra alguna que en el mar habita.

»A Mitilene la veloce prora
Dirige Ageanata con arrojo.
A puerto conducir de salvamento
Quiera el Cielo á mi Ninfa seductora
Tras próspero camino; yo de hinojo
Una guirnalda tejeré contento
Con rosas ciento y ciento

O violas ese dia
Que ornen la frente mia,
Y recostado, el vino de Ptelea [12]
Libaré junto á ardiente chimenea.
Asará mi criado
Castañas en la lumbre;
De yerbas y apio grande muchedumbre
Formarán alto lecho; y el dorado
Cáliz, sin pesadumbre,
Vaciaré hasta las heces
De Ageanata á la salud mil veces.

»Me tocarán la flauta dos pastores,
De Acarnia el uno, el otro Licopita, [13]
Y Títiro á mi lado en dulce canto
Celebrará de Dáfnis los amores
Por Xenea, su ninfa favorita.
Cuál recorria el monte en su quebranto
Dirá, y el crudo llanto
Que en la feraz ribera
Vertian del Himera [14]
Las encinas, cuando él se derretia
Cual la nieve en la cumbre, á mediodía,
Del Atos eminente,
Del Ródope ó del Hemo,
O allá en el colosal Cáucaso extremo.
Del impío señor dirá igualmente
Aquel rigor supremo
Con que en un arca, insano,
Vivo encerró al Cabrero Siciliano. [15]

»Iba de las praderas cada dia
A la caja, de abejas grato enjambre
De flores á llevar jugo sabroso,
Con que la Musa célica ambrosía
Dulce formando, le calmaba el hambre
Mojando el labio en néctar delicioso.
¡Comatas venturoso!
Una estacion pasada
Fué el arca tu morada,
Y diéronte alimento los panales.
¡Cuánta dicha! ¡Ojalá entre los mortales
Aún permanecieras
Viviendo yo á tu lado!
¡Cuál tus cabras hubiera apacentado
En los cercanos montes y laderas!
Y á la sombra acostado
De un álamo ó de un pino,
Cantaras tú tambien, ¡pastor divino!»

Terminó su cantar; y yo al momento:
«¡Oh Lícidas (le dije), prenda mia!
Mi grey apacentando en las montañas
Mil cosas enseñáronme las Ninfas

»A mí tambien, tan bellas, que la Fama
Hasta el trono de Júpiter aprisa
Las ha llevado con ligeras alas;
Mas entre tantas dulces melodías

»Hay una sin igual, que en honra tuya

A recitarte voy, y que es eximia.
Escúchala benigno, que no ignoro
Que te son las Piérides amigas.

»A Simiquida plácido estornudo [16]
De proteccion en prenda los Amores
Lanzaron al nacer. Al desdichado
Ha herido Vénus con arpon agudo,
Y cual la cabra la estacion de flores
Así ama á Mirta. Arato enamorado
Busca desesperado
Esposa que ser quiera
Su eterna compañera.
Lo sabe Aristo, Aristo á quien proclama
Vate sin par la vocinglera Fama,
Y pulsar en el trípode [17] podria
La cítara, cuando ama,
Sin desdeñar Apolo su armonía.

»¡Oh Pan que en el Homola hermoso imperas!
Sin que á buscarla vaya, esposa amante
Pon en la mano de mi dulce amigo:
Filina puede ser, ó quien tú quieras.
Si lo haces, Pan amado, en adelante
Blanda será la juventud contigo
De Arcadia; [18] y el castigo
Que sobre espalda y pecho
Te aplica en su despecho
Cuando hay escasa carne en tus altares,
Prodigándote azotes á millares

Con las esquilas, pasará al olvido.
Mas ¡ay si no otorgares
La gracia que ardentísimo te pido!

»Entónces uñas mil tu cuerpo tierno
Desgarren sin piedad. Ortigas sólo
Formen tu lecho. El congelado rio
Hebro [19] tu albergue sea en el invierno,
Y los Edonios montes junto al Polo.
De la remota Etiopia en el estío
Te abrase el fuego impío,
Y en la cueva Blemana
Del Nilo aún lejana
Te ahoguen largo tiempo sus ardores.
Venid vosotros entretanto, Amores,
Que semejais á poma sonrosada
Dejando voladores
De Biblo y Hiétis la region amada.

»Venid, Amores, que elevada estancia
Teneis en el santuario de Dione,[20]
Y herid con vuestros arcos á Filina.
Mata á mi amigo Arato su arrogancia:
Y su esquivez la ninfa no depone,
Aunque le digan todos: *Ya declina*
Tu edad, mujer divina,
Y cual pera, madura
Va siendo tu hermosura.
No hagamos ya á su puerta el centinela,
¡Oh Arato! Ponga el gallo á otros en vela.
Luche Molon; para nosotros se hizo

El sueño; y de mi abuela
Alejará el conjuro todo hechizo.»

Así canté: como ántes él riendo
Su báculo me dió, de las divinas
Musas precioso don; torció á la izquierda,
Y el camino tomó que lleva á Pixa.[21]

Eucrito y yo, de Frasidamo en casa
Nos hospedamos, con el bello Amintas,
De junco y frescos pámpanos en lechos
Mórbidos, olvidando las fatigas.

Sobre nuestras cabezas el follaje
Los olmos y los álamos movian,
Y cerca murmuraba un arroyuelo
Que de un antro manó, sacro á las Ninfas.

Las cigarras su canto en los arbustos
Con afan redoblaban, de la estiva
Calor enamoradas; la calandria
Léjos chillaba allá entre las espinas:

Trinaban las alondras y jilgueros
Y la cuitada tórtola gemia;
En torno á los perennes manantiales
Volaban las doradas abejillas.

Todo un verano rico respiraba,
Todo un fecundo otoño prometia;

Manzanas mil rodaban á los lados,
Y á nuestras plantas peras infinitas.

Las ramas se doblaban hasta el suelo
Cargadas de ciruelas purpurinas,
Y vino de cuatro años delicioso
Nos dieron abundante cien vasijas.

¡Oh Castálides Ninfas, del Parnaso
Que risueñas morais en la alta cima!
¿De Folo [22] en la caverna por ventura
A Alcides preparó copa tan rica

El anciano Quiron? A Polifemo,
Aquel pastor de fuerzas inauditas
Que montañas lanzaba, ¿por acaso
Lo embriagó del Anapo á las orillas,

Aquella vez que en sus establos loco
Danzaba con frenética alegría,
Un néctar semejante al que en las aras
De Céres Areal libais, ¡oh Ninfas!

¡Ojalá que otra vez pueda mi bielda
Introducir en su cosecha; y ria
La Diosa, en ambas manos ostentando
Manojos de amapolas y de espigas!

IDILIO VIII

LOS CANTORES BUCÓLICOS.

ARGUMENTO.

Este Idilio, que lleva el mismo título que el sexto, es en parte narrativo y en parte dramático. MENALCAS desafía á DAFNIS á cantar, y, aceptado el reto, deposita cada cual como prenda su propia zampoña. Un CABRERO, cuyo nombre no se expresa, decide la contienda en favor de DAFNIS. La escena pasa en Sicilia.

La Égloga sétima de Virgilio se parece mucho á la presente.

DAFNIS, MENALCAS, CABRERO.

Apacentaba Dáfnis el hermoso
Sus bueyes, como es fama, cierto dia,
Y Menalcas, que el monte cavernoso
Cuidando sus ovejas recorria,
A su encuentro salió. La cabellera
Rubia de entrambos era,

Y ni á uno ni otro mozo
Aun apuntaba el bozo;
En pulsar el sonoro caramillo
Entrambos eran diestros,
Y ambos á dos en el cantar maestros.
Apénas vió Menalcas al sencillo
Dáfnis, así le dijo dulcemente:

MENALCAS.

¡Dáfnis, custodio de la grey mugiente!
¿Quieres cantar conmigo?
Juro que siempre que en luchar insista
La certidumbre de vencerte abrigo.

Y así replicó Dáfnis á su amigo:

DAFNIS.

¡De lanígera grey pastor y encanto,
Menalcas, gran flautista!
Jamás me vencerás, aunque de tanto
Soplar reviente tu garganta el canto.

MENALCAS.

¿Lo quieres ver? ¿Apuestas una prenda?

DAFNIS.

Apostaré una prenda; verlo quiero.

MENALCAS.

¿Cuál el premio será de la contienda?

DAFNIS.

Yo apostaré un becerro: tú un cordero
No menor que la madre.

MENALCAS.

¡Oh, no! Mi suerte
Un corderillo de apostar me guarde.
Que duro padre, advierte,
Y madre tengo de carácter fuerte,
Y las ovejas cuentan cada tarde.

DAFNIS.

Pues algo en poner piensa
Que sirva al vencedor de recompensa.

MENALCAS.

De nueve voces tengo bien forjada
Una zampoña, arriba al par que abajo
Con blanca cera unida: es mi trabajo,
Y ésta pondré; mas de mi padre, nada.

DAFNIS.

Tambien yo tengo ahora[1]

Mi zampoña sonora.
Nueve voces espléndidas numera,
Y abajo al par que arriba
La une cándida cera;
Poco há la trabajó mi mano activa,
Por señas que me duele áun este dedo,
Que se rajó un carrizo
Y honda herida me hizo:
Ponerla, pues, junto á la tuya puedo.
Mas ¿quién el juez será de las canciones,
Ó quién nos impondrá sus decisiones?

MENALCAS.

Llamemos, si te cuadra,
A aquel Cabrero, á quien el can Nevado [2]
Junto á las cabras importuno ladra.

Le hablaron los donceles, y al llamado
El Cabrero acudió, de ser contento
Juez en la dulce lid. Suertes tirando,
Ser primero tocó á Menalcas blando,
Y Dáfnis el festivo
Replicó modulando
En pastoril cantar alternativo.
Y principió el concento
Menalcas, estas notas dando al viento:

MENALCAS.

¡Rios y valles, creacion divina![5]
Si supo con primor
Hacer sonar la fístula argentina
Menalcas el cantor,
A mis ovejas dad pasto sabroso,
Con liberalidad,
Y á las vacas de Dáfnis el hermoso
Igual favor mostrad.

DAFNIS.

¡Fuentes y yerbas, gérmenes sagrados!
Si Dáfnis el pastor
Sabe entonar cantares acordados
Cual dulce ruiseñor,
Mis vacas engordad. Y si corderos
Menalcas trae aquí,
Rica pastura encuentren placenteros,
Y dadles más que á mí.

MENALCAS.

Reina doquier fecunda primavera,
Hay pastos por doquier,
Y leche los corderos van doquiera
Contentos á beber,
Cuando mi ninfa bella se aparece:
Mas ¡ay! á su partir,

La verde yerba lánguida perece,
Se ve al zagal morir.

DAFNIS.

Mil cabritillas hay de prole doble
Y ovejas sin rival;
Más alto crece el gigantesco roble,
Más lleno está el panal,
Cuando la linda Fílis se presenta.
Parte, y decae el buey,
Y más decae el triste que apacienta
A la cornuda grey.

MENALCAS.

¡Oh de las cabras cándidas marido!
¡Oh selva colosal!
¡Romos cabritos! Fílis ha venido,
Llegad al manantial.
¡Carnero descornado! Dí á mi ninfa
Que aunque divino sér
Tiene Proteo,[4] en la marina linfa
Las focas va á pacer.

DAFNIS.

Ni de Pélope[5] el reino, ni talentos
De oro mi sueño son:
Ni en la carrera á los ligeros vientos
Vencer es mi ambicion.

En gruta amena junto á tí me basta
Pacífico cantar,
La grey mirando que en el monte pasta
Y el Siciliano mar.

MENALCAS.

Terrible es á las plantas el invierno
Y al labrador la sed;
Terrible el lazo al pajarillo tierno
Como al leon la red.
Mata al zagal amor de vírgen pura;
¡Ay! No amo solo yo:
Tambien ¡oh Padre Jove! á la hermosura
Tu majestad amó.

Así cantaron alternados versos,
Y como última prueba,
Menalcas empezó contienda nueva
Con vário metro y cánticos diversos:

MENALCAS.

¡Oh lobo! Ten piedad de mi rebaño.
¡Oh lobo! Mis cabritas no devores,
Y aunque siendo el menor de los pastores
Cuido tamaña grey, no me hagas daño.

¡Lampuro, mi mastin! ¿Qué sueño extraño
Adormeció tus ojos veladores?

Soy niño: es fuerza que el dormir ignores
Cuando al pacer contigo me acompaño.

¡Bellísimas ovejas! No os desplazca
Saciaros en los prados con el heno,
Y no temais el que otra vez no nazca.

Pastad, pastad: colmad el blando seno.
Su dulce leche á vuestros hijos pazca
Y sóbre para henchir el vaso ajeno.

Y así la voz facunda
De Dáfnis prosiguió la lid segunda.

DAFNIS.

Con mis becerros por el antro umbroso
Pasaba ayer, cuando á asomarse vino
Mi ninfa bella, de mirar divino,
De unidas cejas[6] y ademan gracioso.

Y me llamó tan dulce: «*hermoso, hermoso,*»
Que oir creyeras de jilguero el trino:
Con ojos bajos proseguí el camino
Sin responder palabra vergonzoso.

Dulce es la voz, dulcísimo el aliento
De la becerra; dulce en el verano
Cabe arroyo gentil dormir al viento.

Sus frutos á la encina y al manzano,
Sus hijos á la vaca dan contento:
En su grey el pastor se goza ufano.

Tal fué de los donceles armoniosos
El músico ejercicio,
Y así el Cabrero pronunció su juicio:

CABRERO.

¡Cuán dulces y sabrosos,
Oh Dáfnis, son tus labios, manantiales
De mágicos hechizos! Es más grato
Tu canto oir un rato
Que ir á libar la miel de cien panales.
Recibe las zampoñas; tú venciste:
Y si mi buena estrella
Hace que yo tu voluntad conquiste,
Que me enseñes te ruego; yo tu huella
Seguiré por el prado
Cuando vayas paciendo tu ganado.
Despues en recompensa
De tus afanes tiernos
Aquella cabra te daré sin cuernos
Que con su leche densa
Al ordeñarse llena taza inmensa.

Llenó inefable gozo
Al trïunfante mozo;

Batió las palmas y danzó festivo,
Como en los montes salta tierno ciervo
De ausente madre al anhelado arribo.
Entanto, presa de dolor acerbo
Quedó el zagal vencido,
Cual vírgen que llevó tutor protervo
Al dominio de esposo aborrecido.

A Dáfnis los pastores
Llamaron de aquel dia
El primero y mejor de los cantores;
Y, mozo todavía,
Le entregaron de amor en testimonio
A Náyade[7] la ninfa en matrimonio.

IDILIO IX.

EL PASTOR Ó LOS VAQUEROS.

ARGUMENTO.

Dafnis y Menalcas, provocados á cantar en desafío por un pastor amigo de ambos, cantan alternativamente, y á cada uno se adjudica un premio. La escena pasa en Sicilia. El Pastor habla en este Idilio, y canta despues de sus compañeros.

DAFNIS, MENALCAS.

Un himno pastoril ¡oh Dáfnis! canta.
En el suave cantar sé tú primero:
¿Oyes? primero tú la voz levanta.

Que te siga despues Menalcas quiero.
Las vacas no paridas con los toros,
Con la madre dejad cada ternero.

Y mirad bien, miéntras cantais sonoros,
No vayan léjos á pacer la grama.
¡Ea! Formad al modular dos coros.

DAFNIS.

Dulce la vaca muge; dulce clama
El becerro de un mes; dulce es la avena;
Es dulce del pastor la cantilena,
Y dulce á mí tambien el mundo llama.

Junto á las frescas aguas blanda cama
Tendida tengo, y hoy la piel estrena
De una vaquita, envidia á la azucena,
Que despeñóme el Africo que brama.

Al jóven que requiérela de amores
Cuando una niña entrega su albedrío
Se burla de sus padres y tutores.

En las pesadas siestas del estío,
Del sol canicular y sus ardores
En mi mullido lecho así me río.

Terminó Dafnis, gloria de cantores:
Al cándido Menalcas hice seña,
Y así el menor cantó de los pastores:

MENALCAS.

Etna[1] es mi madre: en escarpada peña
Amena gruta guárdame del viento.
Tantas ovejas en mi aprisco cuento
Como riquezas ni el avaro sueña.

Cabras mi grey sin número reseña:
Me da su carne sólido alimento,
Su piel abrigo, su vellon asiento,
Hayas y encinas me proveen de leña.

Líquida sopa si al anciano ofreces
A quien la edad despuebla las encías,
¿No mira con desden las duras nueces?

Del crudo invierno en los helados dias,
En mi caliente hogar si te guareces
De las nieves haré que así te rías.

A entrambos aplaudí; y á Dáfnis luégo
Un rústico baston en recompensa
Doné, que en mi solar creció sin riego.

Su belleza al mirar, cualquiera piensa
Que es obra de magnífico artesano,
Del mejor ebanista sin ofensa.

A Menalcas despues tendió mi mano
Una encordada concha, que de Icaria [2]
Bajo las rocas recogí temprano.

Cinco, si la memoria no es contraria,
Éramos, y nos dió cinco porciones
La carne de que fué depositaria.

Menalcas la tomó, y acordes sones
Salieron de la concha.
¡Yo os invoco,
Musas de las bucólicas canciones!

El himno recordadme que hora há poco
Cantara á aquella campesina gente,
Que es modular sin vos empeño loco:—

La punta de mi lengua no atormente
El tumorcillo que al locuaz castiga.
Une á halcon con halcon amor ardiente;

La hormiga laboriosa ama á la hormiga,
Y la cigarra á la cigarra abrasa:
De mí es la Musa predilecta amiga.

¡Ay! ¡Ojalá que mi festiva casa
De la Musa gentil morada fuera!
Que no es del sueño la ligera gasa

Al ojo del zagal tan placentera,
Ni á la abeja la flor tan gran tesoro,

Ni tan grata improvisa primavera,

Cuanto á mi corazon es dulce el Coro
De las sagradas Ninfas del Parnaso.
A quien ellas sonríen, nunca lloro

De Circe[4] hará verter el letal vaso.

IDILIO X.

LOS SEGADORES.

ARGUMENTO.

Bato, distraido por sus amores, trabaja con pereza, y es reprendido por su compañero Milon. Canta luégo el primero una hermosa cancion en honor de su amada, y el segundo otra sobre asuntos campestres.

MILON, BATO.

Milon.

¡Vigoroso arador![1] ¿Qué te sucede
Que ni un sulco derecho ¡infortunado!
Como ántes, abrir hoy tu mano puede?
Ni siegas bien de tu vecino al lado,
Sino que, cual la grey sigue tardía,
Oveja á quien las zarzas han punzado
La planta, atras te quedas. Todavía
Ni áun una calle entre la miés abriste;
¿Qué en la tarde será? ¿qué á mediodía?

BATO.

¡Férreo Milon, cuyo vigor resiste
Segando hasta la noche, roca dura!
A un bien ausente, dí, ¿jamás sentiste?

MILON.

A fe que nunca. ¿Puede por ventura
Sentir un segador cosas extrañas
Al arte que la vida le asegura?

BATO.

¿Jamás tu lecho desvelado bañas
Con lágrimas de amor?

MILON.

¡Guárdeme el cielo!
¡Ay si gusta una vez el perro entrañas![2]

BATO.

Amando hace once dias me desvelo.

MILON.

De rico vino en el barril disfrutas,
Y ni vinagre á mí me da consuelo.

BATO.

Inculto mi solar, ni miés ni frutas[3]
Frente á mi puerta ves.

MILON.

¿Y qué doncella
Te abrasa el corazon?

BATO.

De Polibutas
La que en Hipocoonte, niña bella,[4]
Hace poco cantó á los segadores.

MILON.

Tus culpas castigar quiere tu estrella.
Al fin ha oido el Cielo tus clamores:
Tendrás por compañera una cigarra
Que de noche te cante sus amores.

BATO.

Vamos, que ya tu lengua me desgarra:
No sólo Pluto[5] es ciego, mas Cupido
Tambien, que el alma con su lazo amarra.
No hables tan alto.

MILON.

Herirte no he querido.
Siega la miés, y en honra de tu amiga
Cántanos: que eras músico no olvido,
Y así será más leve la fatiga.

BATO.

Conmigo armonïosas
Cantad á mi doncella descarnada
¡Oh Piérides Diosas!
Tocarla si os agrada,
La más deforme tórnase agraciada.[6]

¡Oh Bombice querida!
Requemada del sol, seca, Guinea[7]
El vulgo te apellida.
Mi lengua se recrea
En llamarte color de miel hiblea.

Es la violeta oscura,
Y al jacinto matiza negra sombra;
Mas luce su hermosura
En la florida alfombra,
Y en las guirnaldas su primor asombra.

Del cítiso la cabra,
Y de la cabra el lobo en pos camina.
De quien la tierra labra

Al arado se inclina
La grulla: á mí tu rostro me fascina.

¡Ojalá que el tesoro [8]
De Creso opulentísimo tuviera!
Esculpidas en oro
Nuestras efigies viera
En su templo la Diosa de Citera.

Con una poma ó rosa
Te ostentarias del altar delante
Y una flauta preciosa;
Yo en traje de danzante
Y con calzado nuevo relumbrante.

¡Bombice encantadora!
Cual dados [9] son tus piés color de nieve,
Tu voz fascinadora.
Mas ¡ay! mi lengua leve
A enumerar tus gracias no se atreve.

MILON.

¡Bah! ¿Quién hubiera dicho que sabía
Hacer tan bellos versos el villano?
¡Qué bien maneja el ritmo y la armonía!
A la verdad que no te cubre en vano
Espesa barba la mejilla tersa.
Escucha ahora, pues lo tengo á mano,
Este cantar del semidios Litiersa: [10]

¡Oh fructífera Céres,
Que coronar de espigas tu flotante
Cabellera prefieres!
En frutos abundante
Haznos esta cosecha, y más brillante.

Las haces con esmero
Atad ¡oh segadores!, no consigo
Murmure el pasajero:
¡Eh!, no valeis un higo: [11]
¡Ay del que os paga por segar el trigo!

Que del monton el corte
Mirando quede al rumbo del Poniente,[12]
O si quereis al Norte;
Porque así la turgente
Espiga crecerá más pingüemente.

Los que trillais el grano
Sobre las eras, evitad con celo
El sueño meridiano:
Que entónces alza el vuelo
Fácil la paja del ardiente suelo.

Cuando sale del nido
La bella alondra, á trabajar te apresta,
¡Oh segador garrido!
Cuando á dormir se acuesta,
Cesa; y reposa en la caliente siesta.

¡Mancebos! ¿Quién no envidia

De la palustre rana la fortuna?[13]
La sed no la fastidia,
Y bebe en la laguna
Sin que pida la copa á sierva alguna.

¡Avaro despensero!
Mejor será que guises de contino
Lentejas al brasero.
No te hieras sin tino
La mano cuando partas el comino.[14]

Estos ¡oh Bato! son himnos mejores
Para el varon que bajo el Sol se afana;
Y á tu madre tus míseros amores
Al despertarse cuenta en la mañana.

IDILIO XI.

EL CÍCLOPE.

ARGUMENTO.

Representa este Idilio al Cíclope Polifemo, cantando sus amores á la ninfa Galatea. Está dedicado á Nicias, médico y poeta de Mileto, quien dirigió á Teócrito en correspondencia un poema intitulado *El Cíclope ó Galatea*, ahora perdido.

Además de Virgilio, Ovidio ha imitado muchos pasajes; y la cancion de Leucipo, en la Égloga segunda de Valbuena, es una perfecta imitacion del presente Idilio.

Ningun remedio contra Amor, ni ungüento
Ni leves polvos hay, segun noticias,
Sino las Musas; gran medicamento,
Que aunque germina en nuestro suelo ¡oh Nicias!
No es el poder hallar fácil intento.
Y tú, que de las Nueve eres delicias,
Y de la ciencia médica las llaves
Tienes al mismo tiempo, bien lo sabes.

Así pasaba plácida la vida
Aquí en Sicilia el Cíclope afamado

Polifemo el de antaño, á la garrida
Galatea[1] siguiendo enamorado.
El bozo áun no cubria la encendida
Mejilla, ni su labio nacarado;
Y no nutrian rosas ni manzanas[2]
Su ciego amor, mas furias inhumanas.

Nada cuidaba ya: del monte al hato
La grey tornaba sin pastor ni guía;
A su bella cantando el insensato
Desde el alba en la playa se escocía:
De Vénus le causó tal arrebato
El dardo que en el pecho hondo tenía.
Halló el remedio; así con tosca boca
Mirando al mar, cantaba en alta roca:—

¿Por qué, cándida Ninfa Galatea,
Del que rendido te ama huyes esquiva?
Tu pura tez cual requeson blanquea,
Y más que un ternerillo eres altiva;
Cual uva que inmatura verdeguea
Amarga, y que un cordero más festiva,
Llegas si al dulce sueño cierro el ojo,
Y al despertar, de huir te viene antojo.

Huyes de mí cual tímido cordero
Huye al mirar el espumante lobo.
¡Niña! De tí me enamoré primero
Cuando mi madre[3] y tú, bajo aquel pobo
Jacintos deshojábais: yo el sendero
Al monte os enseñé, y en dulce arrobo

Me tienes hoy, y siempre desde entónce;
Mas tú, lo sé, ¡por Jove! eres de bronce.

¡Bellísima mujer! Por qué se aleja
De mí tu corazon, mi amor comprende;
Es porque una tan solo, hirsuta ceja
Por mi frente larguísima se extiende,
Que llega de una oreja á la otra oreja,
Y abajo un ojo solitario esplende.
Es porque encima de mi labio asoma
Ancha nariz desagraciada y roma.

Pero tal como soy, pacen millares
De ovejas pingües en el campo mio;
La mejor leche ordeño y bebo á mares,
Y queso no me falta, ya en estío,
Ya en medio del otoño lo anhelares
O del extremo invierno en lo más frio;
Y siempre están henchidos mis cestones
De frutas y variadas provisiones.

En pulsar la zampoña soy más diestro
Que ningun otro Cíclope en contorno,
Y cantándote á tí y el amor nuestro,
¡Mi prenda,[4] mi manzana! al hogar torno
A media noche. Para tí a maestro
Once venadas, de mi grey adorno,
Todas fecundas ya, con cervatillos,
Y de oso cuatro bellos cachorrillos.

Tuyo todo será. Ven y disfruta

De mi riqueza, y deja que las olas
Se estrellen en la playa: tú en mi gruta
Más dulce vivirás conmigo á solas.
Laurel y vides de sabrosa fruta,
Cipreses tengo allí, hiedras y violas;
Y agua fresca me manda el Mongibelo
De nieve derretida, dón del cielo.

¿Quién vivir en el mar á tal prefiere?
De vello aunque me cubre áspero toldo,[5]
Tengo leña de encino; y nunca muere
La lumbre de mi hogar bajo el rescoldo.
Pero sin tí, si tu desden me hiere,
A que se abrase mi alma yo me amoldo,
Y áun la única pupila con que veo,
Prenda la más valiosa que poseo.

¡Triste de mí! ¿Por qué no vine al mundo
Con aletas de pez? Tu rauda planta
Siguiéndote besara en lo profundo
Del piélago furioso que me espanta.
Diérate lirios blancos sin segundo
Y la amapola, cuyo rojo encanta:
Aquéllos en invierno, ésta en verano,[6]
Que darlos á la par no está en mi mano.

¡Oh niña! Si arribare cierta nave
Aquí á nadar me enseñará siquiera[7]
Un marinero audaz, que el arte sabe.
En el fondo del mar de esta manera
Probaré qué placer en vivir cabe.

¡Oh Galatea, sál! y una vez fuera
Tornar olvida á tu espumosa casa,
Como sentado aquí, á mí mismo pasa.

Ven á pacer conmigo mi rebaño,
Y la leche á ordeñar y á hacer el queso.
Sola mi madre es causa de mi daño
Que no te habló jamás de mi embeleso,
Aunque por tí miraba de año en año
Que me iba consumiendo hasta el exceso.
Diré que entrambos piés y la cabeza
Me duelen, y tal vez le dé tristeza.

¡Cíclope, triste Cíclope! ¿Tu juicio
Adónde huyó? Mejor es que recuerdes
De tejer canastillas el oficio
Y á tus ovejas cortes ramas verdes.
Ordeña el animal á tu servicio:
Tras la cabra del monte ¿á qué te pierdes?
Hallar es fácil otra Galatea
Que más hermosa y ménos fiera sea.

Mil vírgenes me invitan á la danza,
Y la noche que accedo al llamamiento
Respiran todas gozo y bienandanza:
¡Mi grandeza y valer no en vano siento!—

Fomentaba su amor y su esperanza
Polifemo cantando; y más contento
Pasaba allí la vida placentera
Que si montones de oro poseyera.[8]

IDILIO XII.

LLEVA POR TÍTULO EN EL ORIGINAL 'ΑΙΓΘΣ, Y NO SE HA TRADUCIDO POR LAS RAZONES EXPUESTAS EN EL PREFACIO.

IDILIO XIII.

HILAS.

ARGUMENTO.

HILAS, al sacar agua de una fuente, es arrebatado por las Ninfas, é inscrito en el catálogo de los Inmortales. Este asunto, que forma un episodio de la Expedicion Argonáutica, ha sido tratado tambien por Apolonio de Ródas, Valerio Flaco, Propercio y otros poetas. El presente Idilio está dedicado por Teócrito á su amigo Nicias.

Un hijo[1] idolatrado tuvo Alcides,
¡Oh caro Nicias! Hilas fué su nombre,
Y su buen padre quiso con esmero
Irlo educando á las futuras lides.
Las artes y ejercicios que renombre
Dieran al Semidios, y que primero
El aprendido habia,

Enseñaba á su prole. A ninguna hora
Lo apartaba de sí: ni á mediodía,
Ni cuando torna el carro de la Aurora
Tirado por sus cándidos corceles
Al palacio de Júpiter; ni cuando
Las tortolitas fieles
Buscan el nido blando,
A sus tiernos pichones
En los ahumados techos arrullando.
Con sus sábias lecciones
Formar un héroe del hermoso niño
Era su afan constante;
Y bien supo el infante
Corresponder al paternal cariño.
Lució, por fin, el dia,
En que á traer el vellocino de oro
Esónides Jason[2] se disponia.
Selecta compañía[3]
De la Grecia decoro
Con él se preparaba
Las penas á partir y los honores,
Y de cada ciudad á los mejores
Para la expedicion se entresacaba.
Tambien á Jolcos llega
De Alcmena, Miteátide heroína,
El Hijo fuerte á quien jamás doblega
Empresa ni fatiga peregrina;
Y con Hilas se embarca,
En *Argo*,[4] bien armada y rauda barca.
Terribles al marino
Surgian á la entrada del Euxino

Las Islas Cianeas,[5] que flotaban
Y con horrendo choque se encontraban.
El rápido navío
Atravesó como águila ligera
A los escollos sin tocar siquiera,
Y entró de Fásis[6] al profundo rio:
Y desde entónce en la Pontina boca
Se mira inmóvil una y otra roca.
Cuando las altas Pléyades[7] se ostentan
Y al fin de primavera, en el ejido
Al tierno corderillo, ayer nacido,
Las últimas pasturas alimentan,
La flor divina[8] de héroes esforzados
A la vela se dió; y al tercer dia,
Merced al fuerte Noto,
En la cubierta de *Argo* alineados
Entre el Helesponto los veia,
Y cómoda bahía
Hallaba en la Prepóntide el piloto
Frente á las Cianas[9] fértiles regiones
Que los pacientes bueyes
Sulcando van en todas direcciones.
Los Argonautas reyes
Allí al oscurecer desembarcaron,
Y de juncos y yerba humilde cama
Sobre la verde grama
Toscos improvisaron;
Miéntras de dos en dos frugal merienda
Preparaban veloces. Una tienda,
Una mesa comun y un mismo techo
Unir acostumbraba

A Telamon, del invencible pecho,
Con Hércules, señor de la gran clava:
Y ahora tambien, en la pradera amena
Juntos se aprestan á tomar la cena.
  Hilas, el rubio mozo,
De bronce con un cántaro luciente
En busca va de un pozo
Para llevarles agua. Dulce fuente
Halla inmediatamente
Al fin de una llanura,
Que brota cristalina cabe un antro.
La celidonia oscura,
El cándido culantro,
El apio verde claro y la gramilla
Y mil yerbas y mil cubren la orilla.
  Festivo baile, en tanto,
Y delicioso canto
En medio de las linfas
A las alegres Náyades recrea:
Allí Eunice, allí Máris, y Niquea,
La de primaveral dulce mirada,[10]
En coro danzan: ¡vigilantes Ninfas!
Cuya deidad al rústico anonada.
  Se acerca el niño ufano
A sumergir el cántaro en la fuente;
Venlo á traves del agua trasparente
Y á todas acomete amor insano:
Asen la tierna mano
Del bello Argivo de melena de oro,
Y el niño rubicundo
Al manantial profundo

Cae como meteoro [11]
Que del cielo desciende rutilante
Y en el oscuro mar se precipita.
En ese mismo instante
Allá á lo léjos el piloto grita:
«Velas izad, marinos;
»A la barca tornad, héroes divinos.
»Sopla próspero viento;
»Es de levar el áncora el momento.»
Las Ninfas, entretanto,
Del niño enjugan el amargo llanto;
Lo sientan en sus piernas
Y lo consuelan con palabras tiernas.
Inquieto del rapaz con la tardanza
Y la partida del velero barco,
El hijo de Anfitrion empuña su arco
De los fieros Escitas á la usanza,[12]
Y la tremenda clava, que su diestra
Continuamente muestra;
Párte del campamento,
Y con todo el aliento
De su profundo pecho á su hijo llama.
¡*Hilas!* Hércules clama;
¡*Hilas!* repite con sonoro acento:
¡*Hilas!* por vez tercera
Resuena atronador en la pradera.
Oye distintamente
Su nombre, en el abismo que lo esconde,
El niño; y por tres veces le responde.
Mas de la clara fuente
Se oye apénas salir tenue sonido,

Que, aunque á sus plantas se halla,
Parece de muy léjos emitido.
¿No visteis cuál estalla
El leon fiero de melena espesa,
Cuando oye por acaso
Clamar al cervatillo en lontananza?
Seguro de la presa
De su caverna rápido se lanza.
Así tras Hilas, con gigante paso
Hércules va por ásperos caminos
Antes jamás trillados,
Los zarzales hollando y los espinos.
¡Padre infeliz! Trabajos no pensados
Le trajo la insensata correría
Por los montes y breñas,
Y en su dolor tenía
De Jason olvidadas las enseñas.
Las entenas alzadas,
Las velas desplegadas,
Alerta el marinero,
En su puesto el patron y el timonero,
De Hércules en espera en vano estuvo
Hasta la media noche inmóvil *Argo*.
Ya más no se detuvo:
El azaroso y largo
Viaje siguió la nave; miéntras Hilas
Entraba de los Númenes al coro.
De su estirpe desdoro
Y desertor de las heroicas filas
Apellidaban á Hércules en tanto:
Y él, sin curarse del veloz navío

Que con sus treinta remos daba espanto
Al enemigo, caminó con brío
Hasta Cólcos á pié, con suerte vária,
Y á Fásis arribó inhospitalaria.

IDILIO XIV.

LOS AMORES DE CINISCA

Ó TIÓNICO.

ARGUMENTO.

Lamentándose Esquínes de la fuga y desigual matrimonio de su hija Cinisca, manifiesta su resolucion de ahogar sus pesares en la guerra. Tiónico le aconseja que éntre al servicio de Tolomeo, de quien hace un breve, pero elocuente elogio.

ESQUÍNES, TIÓNICO.

Esquínes.

Tiónico, buenos dias.

Tiónico.

Tengas muchos dias buenos,
Esquínes, y años serenos.

ESQUÍNES.

¡Há un siglo que no venías!

TIÓNICO.

¿Un siglo? ¿Pues qué te pasa?

ESQUÍNES.

¡Ay, Tiónico querido!
Desque te ví han sucedido
Grandes cosas en mi casa.

TIÓNICO.

¡Bah! Por qué tienes comprendo
El rostro tan demacrado,
El cabello enmarañado
Y un bigotazo tremendo.

Así se me presentó
Un descalzo Pitagórico
Muy flaco, que categórico
Ser de Aténas declaró:

Y descubrí sin premura
Que causaban sus dolores
Desesperados amores
Con la harina y levadura.

ESQUÍNES.

Te burlas de mí, buen hombre;
Mas no hay lugar para trisca;
Que mi única hija Cinisca
Ha mancillado mi nombre.

¡Ay! Para perder el juicio
Ya sólo me falta un pelo.

TIÓNICO.

Sepamos cuál es tu duelo:
¿Puedo hacerte algun servicio?

¿No será algun arrebato
De los que siempre padeces?
Tranquilo ríes á veces
Y rabias á poco rato:

Y, sin que la edad te valga
Ni la experiencia adquirida,
Quieres que todo á medida
De tus caprichos te salga.

ESQUÍNES.

A Apis, Tésalo jinete,
A Cleonico el militar
Y al Argivo, en un solar

De mi casa dí un banquete.

Un lechoncillo tenía
Y dos lindas pavipollas:
Caracoles y cebollas
Abundaban á porfia,

Y dulce licor Biblino[2]
Que salido del lagar
Creyeras, aunque á ajustar
Iba cuatro años el vino.

Del convite en el calor
Llenar la copa nos plugo
Con el purísimo jugo
Del racimo embriagador.

Y era preciso mentar
A cada bríndis el nombre
De la mujer ó del hombre
Por quien íbase á libar.

Nosotros alegremente
Vaciábamos la vasija;
Pero silenciosa mi hija
Bajaba mustia la frente.

Y ¡qué terrible carcoma
No taladraria mi alma,
Al dirigirle con calma
Un convidado esta broma!

«¿Que causa, niña, tu arrobo,
Que no desplegas el labio?
¿Tal vez, como dijo el sabio,
Se te ha aparecido el lobo?»[3]

Se puso más roja que ostro,
Y encendida de manera,
Que una pajuela pudiera
Prenderse sobre su rostro.

Porque ese *lobo*, sabrás
Que es LOBO, el hijo de Laba,
Que á Cinisca enamoraba
Y es malvado por demas.

Tú lo debes conocer:
Es de elevada estatura,
Y áun á algunos su figura
Quiere hermosa parecer.

Mas nunca creí el rumor
Que ella le correspondia,
Porque adoro á la hija mia,
Y él no es digno de su amor.

Estábamos ya beodos,
Cuando al huésped Lariseo[4]
Vino en mal hora el deseo
De divertirnos á todos,

Y un tesálico cantar

Entre ruidosos clamores,
En honra de los amores
De Lobo empezó á entonar.

Y Cinisca en lloro tierno
Al recordar á su amante
Prorumpió, como el infante
Que busca el seno materno.

Entónces (tú me conoces)
Le asesté una bofetada,
Y otra, y otra; á la cuitada
En tanto diciendo á voces:

«Pues que te amarga la sopa
Que padre y madre te dan,
¡Infame! de tu galan
Marcha á beber en la copa;

»Y vierte en hogar extraño
Esas lágrimas insanas
Semejantes á manzanas
En el peso y el tamaño.»

Y como la golondrina
Emprende súbita el vuelo,
Y alimento á su polluelo
Busca en region peregrina,

Así del blando sillon
Ella levantóse rauda

Recogiéndose la cauda
De la túnica y manton;

Y sin proferir palabra
Se escurrió por el zaguan,[5]
Y, como dice el refran,
Al monte tiró la cabra.

Y pasaron veinte dias,
Y luego ocho, y diez, y nueve,
Y once con hoy, y la aleve
Aun está en sus correrías.

Dos meses voy á ajustar
Sumergido en la desgracia,
Y segun usos de Tracia
No me he tornado á afeitar.

Y el seductor, segun creo,
Hizo propiedad su robo,
Y con mi Cinisca, Lobo
Ha contraido himeneo.

Como importancia ninguna
Nos dan á los Megareses,[6]
Me persiguen los reveses
De mi contraria fortuna;

Y yo no puedo perdon
Conceder á quien rehusa
Venir á pedirme excusa

De su fuga y seduccion.

¡Oh Tiónico querido!
No sé qué remedio hallar
Para poder sepultar
Mis males en el olvido.

Pero Simo, mi paisano,
Que padeció igual ultraje,
Emprendió remoto viaje,
Y tornó á Sicilia sano.

Ni soy cobarde, ni tonto;
Y sí del barro formado
Que cualquier otro soldado.
¿Qué dices? ¿Me lanzo al ponto?

TIÓNICO.

Pues que no es posible, Esquínes,
Ya reparar el agravio,
Será el partido más sabio
Que á perdonarles te inclines.

Pero si es, segun yo veo,
Firme tu resulucion
De partir, sigue el pendon
Del glorioso Tolomeo.

ESQUÍNES.

¿Es acaso favorable

Al que no ha nacido esclavo
Y ser libre quiere al cabo
Del servicio?

TIÓNICO.

Inmejorable.

ESQUÍNES.

¿Y por lo demas, qué tal
Si con el libre cortés?

TIÓNICO.

¡Oh! Yo te aseguro que es
Cual ninguno liberal.

Es benévolo en su trato,
Las Musas ama y cultiva,
Y la sociedad no esquiva
Del sabio y del literato.

Afectuoso y complaciente
Bien sabe quién es su amigo,
Y descubre al enemigo
Aunque enmascare la frente.

Dadivoso cual monarca,
A quien pide tiene á mengua
El negarse; mas tu lengua

Sea en peticiones parca.

Si, pues, te place mi informe
Y servir al Rey prefieres,
Y al hombro derecho quieres
Ajustar el uniforme;

Si de escudado guerrero
Para encontrar el asalto
Te hallas de valor no falto,
Corre al Egipto ligero.

En las sienes los amagos
Empiezan de la calvicie,
Y presto hará la canicie
En las mejillas estragos.

Y pues la pierna segura
Sientes, y bélico aliento,
Este, Esquínes, el momento
Es de ceñir la armadura.

IDILIO XV.

LAS SIRACUSANAS

Ó LAS FIESTAS DE ADONIS.

ARGUMENTO.

Dos Siracusanas, residentes en Alejandría, van á ver las fiestas de Adónis, celebradas con gran pompa por Arsinóe, esposa de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto. Está lleno el presente Idilio de vivacidad mímica, y nos vemos introducidos á la casa de una de las protagonistas, donde oimos la conversacion familiar con su amiga y sus criadas, asistimos á su tocador y presenciamos las caricias que hace á su infante. Seguimos á todas por las calles de Alejandría, y entre la turba de soldados y pueblo penetramos en el palacio de la Reina, donde se nos hace admirar la suntuosidad de los adornos, y escuchamos, por último, la cancion entonada ante el simulacro de Adónis por la cantatriz más célebre de la época.

GORGO, EUNOE, PRAXINOE,

UNA VIEJA, DOS HOMBRES, UNA CANTATRIZ.

GORGO.

¿Praxinóe está en casa?

EUNOE.

¡Oh mi querida
Gorgo, cuán tarde llegas! La señora
En casa se halla y eres bien venida.

PRAXINOE.

Es milagro que llegues áun ahora.—
Dále un sillon[1] á la visita, Eunóe,
Y la blanda almohada sin demora.

EUNOE.

Ahí está.

PRAXINOE.

Toma asiento.

GORGO.

¡Ay Praxinóe!
Para llegar aquí, ¡cuánto trabajo!
Deja que mi alma valerosa loe
Que entre la turba, sin morir, me trajo
De carrozas, y botas y armaduras:
Larga es la calle y vives muy abajo.

PRAXINOE.

¿Qué quieres? Condenóme á estas alturas,
Y me ha puesto no casa sino cueva,
Ese hombre con su envidia y sus locuras.
Siempre á capricho contrariarme lleva,
Y no quiere que seas mi vecina,

Ni que contigo á murmurar me atreva.

GORGO.

No discurras así, Vénus divina,[2]
De tu esposo; que el niño está delante.
Mira, mujer, á verte cuál se inclina.

PRAXINOE.

Zopirito, mi bien: nada te espante.
No hablo de tu Papá.

GORGO.

¡Por la gran Diosa![3]
¡Qué bien entiende el avisado infante!—
Es muy bueno tu padre.

PRAXINOE.

Escucha, hermosa:
Ese padre tan bueno, el otro dia
(*Y un dia y siempre* son la misma cosa)
Nitro á comprarme fué á la droguería
Y colorete; y con sus trece codos,
Sólo nos trajo sal, por vida mia.

GORGO.

No me admiro, por cierto: iguales modos

Tiene mi Dïoclides, del dinero
Eterna perdicion; así son todos.
  Cinco pieles ayer, no de carnero,
Sino de perro viejo y pestilente,
Compró por siete dracmas á un tendero.
  Mas al palacio ven del Rey potente:
Pónte las faldas, y el manton que ajusta
La linda hebilla de metal luciente.[4]
  Salir á ver á Adónis más me gusta:
Una fiesta magnífica prepara,
Segun me dicen, nuestra Reina augusta.

PRAXINOE.

  Es rico cuanto el rico nos depara.
Tú que algo viste ya de tanto brillo
Cuéntame lo que pasa, Gorgo cara.

GORGO.

  Que vayamos á verlo es más sencillo;
Para quien vive ocioso siempre es fiesta.[5]

PRAXINOE.

¡Eunóe! Trae la jarra y el lebrillo.
  Llénalo á la mitad.—¡Oh, cuán molesta!
Déjalo ahí otra vez.—El lecho blando
Agrada hasta á las gatas.[6]—¡Ea! Apresta
  El agua que pedí: lo estoy mandando
Hace dos horas. ¡Agua! Más aprisa

Muévete.—Al fin la trajo.—Véla echando,
Que es la cosa primera y más precisa.—
¡Oh! No tanta, infeliz. ¡Ténte, verdugo!
Me has empapado toda la camisa.—
Ya me lavé como á los Dioses plugo.
¿Del armario mayor dó están las llaves?
Traelas miéntras el rostro yo me enjugo.

GORGO.

¡Qué bien te queda ese jubon no sabes,
Y el broche! Por el paño, puesto fuera
Del telar, ¿cuánto dístes?

PRAXINOE.

¡Ay, no acabes,
Oh Gorgo!, que acordarme no quisiera:
Mas de una mina[7] ó dos de plata pura
Y mi trabajo: puse el alma entera.

GORGO.

Pero salió á tu gusto, y tu hermosura
Realza.

PRAXINOE.

Dices bien.—Dáme ahora el manto,
Y el sombrerillo[8] ponme con finura.—
No he de llevarte, hijito. ¡Huy, huy, qué espanto!

¡Muerde el caballo! [9] Nada hará tu enojo,
Así pudiera sofocarte el llanto.
No quiero que despues resultes cojo.—
Vamos.—Frigia, divierte al inocente:
Haz á la perra entrar, corre el cerrojo.

¡Oh Dioses inmortales, cuánta gente!
¿Cómo y cuándo pasar por tal tumulto?
¡Qué hormiguero sin fin, siempre creciente!
Desque á tu Padre tributamos culto
¡Oh Tolomeo, tu feliz reinado
Cuántos hechos señalan! Ni un insulto
El pasajero teme del malvado,
Ni el fraude impera ya, conforme al triste
Hábito en el Egipto inveterado.[10]
Ni se encuentra, como ántes, quien aliste
De audaces bandoleros las legiones,
Que el crímen tú desparecer hiciste.—
¡Ay, dulce Gorgo! Mira los bridones
De batalla del Rey. ¡Dioses, qué miedo!—
¿Qué haces, Eunóe? ¿En salvo no te pones?—
No me pises, amigo, estáte quedo.
Mira aquel potro negro: á su jinete
Va á derribar ¡oh Gorgo! ¡Qué denuedo!
¡Qué furioso corcel! ¡Cuál acomete,
Cuál se levanta! Tengo inmenso gusto
De haber dejado al niño en mi retrete.

GORGO.

Que ya te calmes, Praxinóe, es justo:

Nos han dejado atras, y á la llanura
Salieron.

PRAXINOE.

Sí: me va pasando el susto.
La sierpe y el caballo gran pavura
Y horror me dan desde la edad temprana.
El paso acelerémos. ¡Qué apretura!

GORGO.

¿En palacio has estado, buena anciana?

VIEJA.

Hermosas hijas, de palacio llego.

GORGO.

¿Será el querer entrar empresa vana?

VIEJA.

Tentando, en Troya el valeroso Griego
Penetró vencedor. Niña, el que tienta
Lo que quiere lograr consigue luégo.

GORGO.

¡Profetizó el oráculo y se ausenta!

PRAXINOE.

Todo saben las viejas. Del enlace
De Júpiter y Juno aún dan cuenta.[11]

GORGO.

¡Ay Praxinóe, cuánto me desplace!
Mira qué muchedumbre hay á la entrada.

PRAXINOE.

Impenetrable. Deja que te abrace;
Dáme la mano, Gorgo.—Tú abrazada
Con Eutíquide, Eunóe, avanza; y cuida
No yerres de nosotras separada.
Entremos todas juntas. Bien asida
Ve, por piedad, Eunóe.—¡Ay, sin consuelo!
¿Qué va á ser hoy de mí, Gorgo querida?
En dos pedazos me han rasgado el velo.—
¡Buen hombre! No desgarres mi ropaje,
Así te lleve Júpiter al cielo.

HOMBRE.

No ha sido culpa mia; mas tu traje
Procuraré cuidar.

PRAXINOE.

¡Qué turba densa!

—

Empujan como cerdos. ¡Qué oleaje!

HOMBRE.

Pásete la inquietud, señora; piensa
Que ya estamos en salvo.

PRAXINOE.

Amigo caro:
Ahora y siempre tengas recompensa.
Nos ha salvado tu piadoso amparo;
Mi gratitud te seguirá sin tasa.—
Ya sofocan á Eunóe. ¡Eh! sin reparo
Sigue, cobarde; por la fuerza pasa.—
Muy bien. *Ya entramos todas*, como dijo
Aquel que á su mujer encerró en casa.

GORGO.

Vén aquí, Praxinóe: ¡oh regocijo!
Contempla esos magníficos tapices:
Obras de dioses los creerás de fijo.

PRAXINOE.

¡Veneranda Minerva! ¿A qué felices
Manos tejer fué dado esas figuras?
¿A qué pincel trazar esos matices?
Parecen animadas esculturas:
Que se mueven cualquiera se imagina.

¡Cuán naturales son esas posturas!
Tiene el hombre en verdad ciencia divina
De Adónis vé la efigie primorosa
Que en su lecho de plata se reclina.
El bozo apénas en su faz graciosa
Empieza á despuntar. ¡Cuán justamente
Le aman áun en la Estigia luctuosa!

HOMBRE SEGUNDO.

¡Bah! Dejad vuestra charla impertinente
De tórtolas parece ese lenguaje:
La boca abrís sin gracia.[12]

GORGO.

¡Qué insolente!
¿Y de dónde salió ese personaje?
¡Por mi vida! Si somos charlatanas,
¿Te hacemos, por ventura, algun ultraje?
Vé á buscar entre tantas cortesanas
Alguna á quien mandar: es bien distinto
El querer sujetar Siracusanas.
Y sábete que oriundas de Corinto[13]
Somos, como lo fué Belerofonte
Que abandonó la patria en sangre tinto.
Del gran Peloponeso á oir imponte
El dialecto; que en Dórico el de Doria
Puede hablar, segun creo.

PRAXINOE.

¡Oh de Aqueronte

Dulcísima Señora! La alta gloria
De imponernos su imperio, nadie pueda
Clamar salvo uno solo. ¡Vil escoria!
Ni bien ni daño temo me suceda[14]
Por causa tuya. Cese tu porfia.

GORGO.

Silencio Praxinóe: estáte queda.
A Adónis va á cantar la hija de Argía,
La sábia cantatriz, que tanto nombre
De Espérquis [15] alcanzó con la Elegía.
Ya preludia. Oirás algo que asombre.

CANTATRIZ.

¡Dulce Reina, que en Gólgos [16] te recreas,
Que moras en el Érice eminente
Y en la alta cima del Idalio monte!
¡Oh Vénus, que con oro jugueteas!
¡Cuál á tu Adónis adorable, ausente
Hace ya doce meses, de Aqueronte
Traen las Horas hoy, de piés süaves![17]
Lentísimas y graves
Las dulces Horas son entre las Diosas;
Mas deseadas llegan,
Y siempre generosas
Egregios dones al mortal entregan.

¡Oh prole de Dïone, alma Ciprina!
Tú la inmortalidad diste esplendente,

Segun la Fama cuenta, á Berenice,[18]
Ambrosía infundiéndole divina
En su cándido seno reluciente.
Agradecida su Hija te bendice
¡Oh Diosa de mil nombres y mil templos!
Siguiendo los ejemplos
Arsinóe[19] de Helena, altos honores
A Adónis establece;
Y las prendas mejores
Que el Reino da, munífica le ofrece.

Cuantas frutas regálanos la grata
Autumnal estacion; cuanta verdura
En los amenos huertos blanda brota,
En canastillos de bruñida plata
Le llevan, imitando á la natura.
Sus perfumes para él la Siria agota
Y envia en áureos vasos á millares:
Cuantos ricos manjares
Prepara la mujer, á blanca harina
Mezclando suave aceite
Con flores y miel fina,
De Adónis hoy concurren al deleite.

Cuantas aves recorren á parvadas
El ancho cielo, aquí contempla el ojo,
Aquí se admiran todos los reptiles.
Tambien se elevan verdes enramadas
Adornadas doquier de suave hinojo;
Encima los Amores infantiles
Aquí y allí festivos juguetean,

Y tiernos aletean.
De ruiseñor á guisa de polluelo
Que á revolar aprende,
Cada uno armando el vuelo
De un ramo y de otro ramo se desprende.

¡Cuánto ébano! ¡Cuánto oro! ¡Qué preciosas
Aguilas blancas de marfil, llevando
El fiel copero á Júpiter amante![20]
¡Qué purpúreas alfombras primorosas!
Que el dulce sueño juzgarán más blando
Su mórbido tejido, el habitante[21]
De Sámos fértil, y Mileto entera.
La Diosa de Citera
Del lecho de su Adónis no se mueve.
Sólo le apunta el bozo:
Diez y ocho ó diez y nueve
Años, apénas cuenta el rubio mozo.

¡Alégrate, Citéres! Goza ufana
Hoy que á tu esposo te devuelve el cielo
Desde los reinos de Aqueronte umbrío.
Nosotras muy temprano en la mañana
En procesion solemne, cuando el suelo
Aun humedezca el manantial rocío,
Del mar lo llevaremos á la orilla.
Nuestra veste sencilla
Dejando hasta el talon caer de lleno.
Suelta la cabellera
Y descubierto el seno,
Cantaremos allí de esta manera:

Vuelves ¡oh dulce Adónis rubicundo!
Desde Aqueronte á nuestro suelo ardiente.
No hay semidios que tal ventura cuente;
Ni el grande Agamenon[22] volvió á este mundo:

Ni áun Héctor,[23] primer fruto del fecundo
Seno de Hécuba hermosa, ni el valiente
Pirro,[24] cuando cayó Troya impotente,
Ni el buen Patroclo,[25] ni Ayax[26] iracundo.

No tornaron los viejos Deucaliones,[27]
Lápitas ni Pelópidas; ni de Argos
La flor y nata, los Pelasgos fuertes.

¡Oh Adónis! Sé propicio á mis canciones:
Alegre vuelve á nos por años largos,
Que hoy y siempre doquier consuelo viertes.

GORGO.

¡Admirable cancion! ¡Oh afortunada
Mujer, cuyo saber el mundo llena!
¡Qué voz tan suavemente modulada!
Mas de partir es hora, que sin cena
Se halla mi Dïoclides, y su enojo,
Cuando está sin comer, ninguno enfrena.
No te venga jamás de hablarle antojo,
¡Oh Praxinóe! si lo ves hambriento.—
¡Adios, oh Adónis! A mi hogar me acojo;
A do reina el placer vé tú contento.

IDILIO XVI.

LAS GRACIAS Ó GERON.

ARGUMENTO.

Este Idilio se dirige todo á Geron II, último tirano de Sicilia. Se queja Teócrito de la ingratitud de los Reyes y Príncipes con los Poetas, y termina elogiando las dotes bélicas del Soberano cuya proteccion implora.

De las Hijas de Jóve[1] y los Poetas
A los Dioses cantar, y heroicos hechos
Celebrar de magnánimos varones
Fué siempre la mision. Pero las Musas
Son númenes, y á dioses glorifican;
Nosotros somos hombres, y á mortales
Ensalzarémos en mortales versos.
Mas ¿quién de cuantos moran bajo el carro
De la cerúlea Aurora, quién sus puertas
No desdeñando abrir, á nuestras Gracias[2]

Acogerá cortés en su recinto?
¿Dó será dado hallar quien no deseche
Su humilde peticion, ni defraudadas
De los dones que aguardan las despida?
¡Ah, pobres Gracias! ¡Cuántas veces tornan
Con faz airada y con desnuda planta,
Quejándose de mí, que viajes vanos
A emprender las obligo; y en el fondo
De un viejo arcon[3] se sientan perezosas
En la fria rodilla reclinando
La cansada cabeza! Ahí les tengo
Deshonrosa mansion, siempre que vuelven
Sin llenar su deber. De nuestro siglo
¿Quién es el hombre, quién, que favorezca
Al varon elocuente? Yo lo ignoro.
No ambicionan, como ántes, los mortales
Ser loados por ínclitas proezas;
La sed del oro vil consume á todos.
Con la mano en el seno, en torno gira
La vista cada uno, sólo espiando
Adónde y cómo recoger dinero,
Y ni la escoria en regalar consiente.
Tiene siempre en la boca estos refranes:
»*Más léjos está el pié que la rodilla*;
»Yo atiendo á mi fortuna: á los poetas
»Favorezcan los Númenes. ¿Qué vate
»Despues de Homero[4] habrá, Rey de cantores?
»Basta con él y sobra; y no hay cuidado
»Que á saquearnos venga de su tumba.»

¡Insensatos! ¿El oro de qué sirve

Cuando se guarda inútil en las arcas?
No es este el uso que los sabios hacen
De sus riquezas: para sí reservan
Una porcion, y al vate favorito
Donan otra porcion, á los parientes
Colman de beneficios, y limosnas
Regalan sin medida á los extraños:
Enriquecen los templos con ofrendas,
Nunca cierran la puerta al peregrino,
Y tienen siempre mesa hospitalaria
De donde párte el huésped satisfecho
Y por su voluntad. Mas sobre todo
Es fuerza honrar de las divinas Musas
A los sacros intérpretes, si quieres
Tener áun en el Orco buena fama,
Y no gemir sin gloria en la ribera
Del frígido Aqueronte; semejante
Al abyecto jayan, que con las manos
Callosas de la azada, triste llora
La vil mendicidad que fué su herencia.

A siervos mil y mil en los palacios
De Antíoco y de Aleva[5] se medían
De mes en mes copiosas provisiones;
Numerosos becerros, los establos
Encerraban de Escópades, y vacas
Cornígeras sin fin: innumerables
Eran de los Creondes (renombrados
Por su hospitalidad) las escogidas
Ovejas, que en los campos de Cranonia
Apacentar solian mil pastores.

Pero exhalado el último suspiro,
Ningun placer hubiera acompañado
A su desnudo espíritu, en la barca
Del odioso Caron;[6] y sus riquezas
Atras dejando, sin honor ni gloria
Entre la negra turba de difuntos
Yacer fuera su suerte largos siglos.
Si el gran cantor de Ceo,[7] con su lira
De muchas cuerdas y sonoros ecos,
No legara su nombre á la remota
Posteridad, al lado de los héroes.
Los mismos rapidísimos bridones
En los sagrados juegos coronados
Grande honor alcanzaron. ¿Quién hubiera
A los príncipes Licios conocido?
¿Ni quién de los Priámides gallardos
Supiera el nombre? El femenil semblante
De Cicno[8] ¿quién trazara, si las guerras
Antiguas nunca hubieran los poetas
Celebrado en sus cantos? Ni áun Ulíses,[9]
Que ciento veinte meses por los mares
Anduvo errante, y todas las naciones
Una tras otra visitó, y al Orco
Vivo pudo bajar, y de la cueva
Salvo escapó del Cíclope homicida;
Ni áun Ulíses renombre perdurable
Pudiera recoger: en hondo olvido
Sepultado quedara el buen Eumeo
Y Filecio con él, pastor insigne,
Y áun el mismo magnánimo Laertes,
Si el jónico Cantor no los salvara.

Las divas Musas son fuente segura
De renombre inmortal; miéntras los vivos
Disipan de los muertos la riqueza.
Fuera más fácil numerar las olas
Del azulado mar, que fuerte viento
Contra la playa empuja; ó el ladrillo
Enlodado lavar con agua pura,
Que no mover el corazon del hombre
Dominado de sórdida codicia.
¡Adios de monstruo tal! Por más que tenga
Plata y oro sin fin, siempre lo azuza
La sed de tener más. Por mí, prefiero
A mulas y caballos incontables
La amistad y el honor. El modo busco
De hacerme grato á Príncipe benigno
Por medio de las Musas. Erizado
De espinas y de zarzas el sendero
Está de las Piérides canoras
De Jove sin la santa Providencia.[10]
Aun no se cansa el cielo nuevos meses
De traer en su giro y nuevos años.
Muchos corceles moverán las ruedas
Del gran carro del tiempo todavía,
Y surgirá de cierto aquel preclaro
Varon que de mi canto necesite,
Cuando emule los hechos que de Símois
En la llanura, do la tumba se alza
De Ilo de Frigia, ilustres consumaron
El grande Aquíles[11] y Ayax gigantesco.
Ya los bravos Fenicios, que á Occidente
En el extremo pié de Lidia moran,

Bélicos rugen; ya su lanza vibra
El fiel Siracusano, y el escudo
Embraza armipotente. A la cabeza
De sus huestes, se ciñe la armadura
El heroico Geron, de los antiguos
Semidioses rival, y alto penacho
De crines, cubre su fulgente yelmo.

¡Oh Jove, Padre Santo! ¡Oh veneranda
Minerva! ¡Oh vírgen Diosa, Proserpina
A quien en suerte cupo, juntamente
Con tu divina Madre, la grandiosa
Ciudad de los pudientes Efireos[12]
Cabe las claras ondas Lisimelias!
Con el amparo vuestro, los adversos
Hados alejen la enemiga hueste
De la bella Sicilia. Por los mares
Sardonios, huyan los vencidos restos
Fáciles de contar, de las legiones
Antes innumerables, el estrago
De las diezmadas filas á sus hijos
Y á sus mujeres á narrar. En tanto
Retornen los antiguos habitantes
A poblar las ciudades, arrasadas
Por mano hostil; cultívense los verdes
Campos de nuevo; balen á millares
Las ovejas que engorde rico pasto;
Y al llegar al establo por manadas
La multitud de bueyes, al tardío
Viandante obligue á acelerar el paso.
Prepárense á la siembra los barbechos

A la hora de la siesta, cuando en guardia
Contra el pastor, á las gigantes copas
De los árboles suben, sus cantares
A entonar las cigarras. En las armas
Arrinconadas, trame laboriosa
La araña leve tela, y de la guerra
Hasta el nombre se borre. Del sublime
Geron la gloria lleven los Poetas
Aun mas allá de los Escitios mares
Y la region lejana, cuyos muros
Unidos con betun [15] se sujetaban
Al cetro de Semíramis augusta.
Yo soy uno de tantos favoritos
De las sagradas Musas, cuyo anhelo
Es celebrar la límpida Aretusa,
De Sicilia decoro, y á las gentes
Que beben de sus ondas, y al guerrero
Geron, que nos gobierna belicoso.

¡Oh Gracias, oh Deidades Eteocleas,
Que amais al Mínio Orcómeno, en un tiempo
Odioso á los Tebanos! Si invitarme
Desdeñan, yo tranquilo en mi morada
Juro permanecer; si me convidan,
Sin hacerme rogar iré al palacio
De quien me busque, y llevaré conmigo
A mis amables Musas: ni á vosotras
Olvidaré por cierto. Sin las Gracias
¿Qué puede sonreir en este mundo?
¡Ay! ¡Haga el Cielo que las Gracias sean
Eternas compañeras de mi vida!

IDILIO XVII.

PANEGÍRICO DE TOLOMEO.

ARGUMENTO.

Contiene las alabanzas de Tolomeo Filadelfo, hijo de *Tolomeo Soter* y de Berenice, en cuya corte vivió algun tiempo Teócrito.

Empecemos por Jove, y el extremo
Jove del canto sea, si cantamos
¡Oh Musas! de los Dioses al Supremo.

Mas si al mejor de los mortales amos
En nuestros himnos elogiar conviene
Y al grande Tolomeo[1] celebramos,

Su claro nombre en el principio suene,
Y á la mitad, y al fin; que de tal gloria
El Orbe por dignísimo lo tiene.

De los ínclitos héroes, que la historia
De semidioses vástagos proclama,
Guardaron sabios vates la memoria.

Y á mí tambien, que no mediocre fama
Disfruto de poeta, á Tolomeo
La gratitud á celebrar me llama.

Himnos en su loor cantar deseo,
Que aún para los Dioses Inmortales
Los versos sirven de vistoso arreo.

Del Ida[2] nemoroso en los breñales
Perplejo mira el leñador la selva,
Ni en tanta multitud sabe por cuáles

Arboles empezar. Por más que vuelva
Así la vista en derredor yo mismo,
Es imposible ¡oh Dioses! que resuelva

Cuál virtud encomiar. Al ver me abismo
La infinidad de dones excelentes
Que dísteis al modelo de heroísmo,

Al Rey mejor que impera entre las gentes.
¿Qué ensalzaré primero? Escuche el mundo
Los hechos de sus nobles ascendientes.

¡Cuán rápido en obrar; y cuán fecundo
En concebir magníficos proyectos
Que al ingenio escaparan más profundo

Era el Hijo de Lago![3] A los perfectos
Númenes, en honor igual lo hizo
Su gran progenitor. Los arquitectos

Celestes con sin par oro macizo
De Jove en el palacio, casa régia
Para él labraron, del Olimpo hechizo.

A su lado descuella en silla egregia
El divino Alejandro,[4] de él amante,
De los Persas terror con su estrategia.

Alzase enfrente el trono de adamante
Del fuerte Alcides, matador del toro,
Que asiste á los banquetes arrogante

Entre los otros del celeste coro;
Y de gozo lo llena sin medida
De sus remotos nietos el decoro.

Porque en ellos fijó la edad florida
El Hijo generoso de Saturno,
Y alejó la vejez aborrecida.

A uno y otro inmortal hizo á su turno,
Y de los Dioses que el Olimpo rigen
Les dió el inmóvil divinal coturno.[5]

Entrambos trazan hasta aquél su orígen:
A Hércules reconocen por abuelo
Y á Heráclides cual padre se dirigen.

Por eso Alcides con paterno anhelo
A su esposa feliz cuando tornaba
Lleno del néctar que conmueve el cielo,

Al uno el arco regaló y la aljaba
Que á la espalda llevar airoso debe;
Al otro la nudosa férrea clava.

Y entrambos al divino alcázar de Hebe[6]
Entrando con su padre, la armadura
Pusieron á sus piés color de nieve.

¿Qué diré de la gracia y donosura
De Berenice,[7] sin igual matrona,
De sus padres honor, sábia criatura?

La veneranda prole de Diona
Que en Chipre impera, plácidas caricias
Prodigó dulce á su gentil persona.

Porque de otra mujer no hubo noticias
Tan adorada de su fiel consorte
Cual ella fué de su señor delicias.

Y de la Reina el cariñoso porte
Mostraba á Tolomeo amor más fuerte:
Y á sus hijos confiaba casa y corte,

Por compartir con él doquier su suerte.
No así la turba infiel que el orbe inunda:
Mujer desamorada á otros convierte

Los ojos sin pudor; y aunque fecunda,
Del padre las virtudes asombrosas
Es imposible que á su prole infunda.

¡Oh Vénus la más bella de las Diosas,
Alma Deidad! Amparo tú le diste:
Merced á tí, las aguas luctüosas

No atravesó del Aqueronte triste
La hermosa Berenice; y del Barquero
Cuyo fatal poder nadie resiste

Veloz arrebatástela, primero
Que llegara á la tétrica Laguna[7]
Y al negro esquife de Caronte fiero.

Tu gloria le donaste y tu fortuna,
Y en tu propio santuario altos honores;
Do no olvidando su terrestre cuna

Nos inspira cortés dulces amores,
Y suaviza las penas, y mercedes
Otorga á los cuitados amadores.

Al fiero Calidonio Dïomedes[8]
Diste la vida, cuando el gran Tideo,
¡Argiva sin igual! cayó en tus redes.

Tétis la bella, esposa de Peleo,
Dió á luz á Aquíles, flechador famoso:
Y á tí tambien, guerrero Tolomeo,

Unida á Tolomeo belicoso
Dió el sér la afortunada Berenice.
Los ojos al abrir, niño dichoso

De Cóos[9] te albergó la isla felice,
Y del seno materno, la divina
Prenda tomando, fué tu fiel nutrice.

Porque en ella tu madre peregrina
Al acercarse el fausto alumbramiento
En sus angustias invocó á Lucina.[10]

Llegó la Diosa con benigno intento,
Y de Antígone á la hija acariciando
Tomó á su lado protectora asiento.

En su cuerpo infundió deliquio blando,
Y sin dolor, al padre semejante,
A la luz te sacó, ¡Rey venerando!

Y Cóos al mirar al tierno infante
Besó amorosa el cándido renuevo
Y extasiada exclamó con voz sonante:

«¡Augusto niño, que en los brazos llevo!
Sé venturoso, y dáme tanta gloria
Cuanta á Délos legara el rubio Febo.

»Al alto Triope y la vecina Doria
Iguala con Rhenea, á quien Apolo
Al cielo sublimó desde la escoria.»

Así la Isla clamó: y allá en el polo
Entre nubes, de Júpiter el ave,
El águila, que á Jove anuncia solo,

Tres veces aplaudió con eco grave.
¡Infalible señal! Jove lo cuida,
Y que grande ha de ser el mundo sabe.

Desde el primer instante de su vida
La proteccion de Jove lo acompaña
Y lo sigue la dicha prometida.

¡Cuánta tierra posée, cuánta montaña!
Islas sin fin y vastos continentes
Son suyos. ¡Cuánta mar sus playas baña!

Tribus sin cuento, innumerables gentes
Propagan sus cosechas, que alimenta
La que Júpiter da, lluvia á torrentes.

Mas ninguna comarca tal ostenta
Grata fertilidad, tanta abundancia
De mieses, cual Egipto la opulenta,

Cuando el lecho dejando, húmeda estancia
En la baja region do nunca llueve
El Nilo sale á hacer con arrogancia. [11]

¿Qué rey con él á competir se atreve
En ínclitas ciudades industriosas?
Treinta y tres mil trescientas treinta y nueve [12]

Alzan para él sus torres belicosas,
Y Tolomeo como rey preside
Y á todas dicta leyes poderosas.

Con otros el imperio al par divide
De la Arabia, y la Siria, y la Fenicia,
Y los confines que la Libia mide.

Los guerreros de Caria y de Cilicia,
Los negros de Etïopia á él se doblegan,
Los fuertes de Panfilia y los de Licia.

A rendirle homenaje humildes llegan
De las Cícladas Islas, que á millares
Sus barcas velocísimas navegan.

Porque todas las tierras y los mares,
Y los sonantes rios á él se humillan;
Los escudos sin fin de militares

Revestidos de bronce, en torno brillan
De Tolomeo, y rápidos bridones
Jinetes mil en derredor ensillan.

A los reyes de todas las naciones
Nuestro gran Rey en opulencia pasa,
Porque van de doquier contribuciones

A henchir las arcas de su régia casa
Dia tras dia: un bienestar tranquilo
Deja á los pobres trabajar sin tasa.

Ninguna banda la region del Nilo,
En peces abundante, invadir osa
Ni las villas turbar de paz asilo.

Yerra en el litoral grey numerosa
Sin que saltando de ligera barca
La inquiete de piratas turba odiosa.

De Egipto en la vastísima comarca
El rubio Tolomeo así gobierna,
Lancero sin igual y gran monarca.

Y no tan solo la heredad paterna
En conservar se afana, cual conviene
A rey que dejar quiera fama eterna,

Sino que nuevas posesiones viene
Acumulando él mismo cada hora,
Ni en su alcázar el oro inútil tiene;

Y no es como la hormiga, que atesora
En lo hondo de sus cuevas estupendas
Riquezas cuya suma el mundo ignora.

Él á los Dioses dona mil ofrendas,
Escrupuloso paga las primicias[15]
Y lucen en los templos régias prendas.

Mucho á los reyes da, y á las egicias
Ciudades; y sus fieles cortesanos
Saben que regalar son sus delicias.

Ni de alguno los pasos fueron vanos
Que perito en cantar dulces canciones,
Fiado del Rey en las paternas manos,

A las sagradas justas y canciones
Concurriera de Baco:[14] á sus hogares
Siempre tornó con liberales dones.

Los vates de las Musas á millares
Ensalzan la sin par munificencia
De Tolomeo en plácidos cantares.

Para el hombre opulento ¿cuál herencia
Mejor que un gran renombre merecido
Que pase á la remota descendencia?

Su renombre tan solo no han perdido
Los dos hijos de Atreo.[15] Sepultadas
Yacen en las tinieblas del olvido

Las riquezas en Troya amontonadas.
¿Dó las joyas están? ¿dó las preseas
En la casa de Príamo tomadas?

Arden aún las funerales teas,
Sobre el sepulcro de tus padres gime
La turba aún, y ya emular deseas

¡Oh Tolomeo! su virtud sublime.
¡Ejemplo singular! Su augusta planta
En la tibia ceniza el Rey imprime.

Fragantes templos en honor levanta
De su adorada Madre, y del glorioso
Progenitor á la memoria santa.[16]

Labrados de marfil y oro precioso
Allí coloca á entrambos, tutelares
Del que pida favor, mortal piadoso.

Y al llegar cada fiesta, los ijares
De ciento y ciento destrozados bueyes
De vivo rojo tiñen sus altares.

Los vienen á ofrecer entrambos reyes,
Tolomeo, y á la más ilustre dama
Que del amor rindiérase á las leyes;

Poderosa mujer, que rendida ama
Al varon que venera cual hermano [17]
Y por esposo tierno al par aclama.

Así de Juno y Jove soberano,
Progenie de Cibeles, reina bella,
Fueron las bodas: la fragante mano

De Iris,[18] aún purísima doncella,
Aderezó de Olimpo á los Señores
El tálamo nupcial, que alto descuella.

¡Salve, oh Rey Tolomeo! Tus loores
Yo cantaré, con no rastrero acento
Que asombre á las edades posteriores.

Renombre más glorioso darte intento
Que cualquier semidios, y mayor lustre.
Tú pide á Jove que su sacro aliento

A tu poeta inspirador ilustre.

IDILIO XVIII.

EPITALAMIO DE HELENA.

ARGUMENTO.

Doce vírgenes espartanas celebran con festiva danza las bodas de Helena y Menelao, y entonan un cántico nupcial en que felicitan al esposo y encomian las dotes de la esposa.

Allá en Esparta un dia
Del rubio Menelao[1] en la morada,
Selecta compañía
De vírgenes se hallaba congregada,
Cada una con la frente
Ornada de jacinto floreciente.

Doce eran las doncellas,
Decoro de la gran Lacedemonia;[2]
Nobles todas y bellas,
Llamadas á la augusta ceremonia
Cuando enlazó Himeneo
Con Helena[3] al menor hijo de Atreo.

Formando dulce coro
En el nupcial magnífico aposento
Recien ornado de oro,
Empezaron la danza y el concento;
Y todo repetia
El alcázar la fausta melodía:

«¡Afortunado esposo!
¿Por qué nos arrebatas tan temprano
Del baile delicioso
A la que te ha entregado su alba mano?
Déjala hasta la aurora
Que con nosotras dance seductora.

»Su compañero eterno
Te proclama desde hoy Helena amante.
¿Cómo tú solo yerno
Pudiste ser de Júpiter Tonante,
Cuando en Esparta tantos
Príncipes codiciaban sus encantos?

»Benévolo estornudo[4]
Te dirigió algun Genio ¡oh Menelao!
Cual mágico saludo
Al arribar tu voladora nao.
De Júpiter á la hija
Y á tí la misma cámara cobija.

»En la fecunda Acaya[5]
Una beldad cual tu divina esposa
Es imposible que haya.

Ínclita prole te dará grandiosa
Si nace cada infante
A su gallarda madre semejante.

»De sesenta Espartanas
Éramos cuatro coros virginales.
Bellas todas, galanas
Y en edad y carrera sus iguales,
Íbamos de contino
Con Helena al Eurotas[6] cristalino.

»Pero al lado de Helena
No hay una que aparezca sin mancilla:
Tras de noche serena
Como la Aurora despuntando brilla,
De Helena la hermosura
Entre nosotras sin rival fulgura.

»Cual suele hilera bella
De espigas relucir, del campo adorno;
O en el jardin descuella
El gran cipres, asombro del contorno;
Ó á la carroza atado
El tésalo[7] corcel es admirado:

»Así Helena robusta,
De rosado color y trenzas de oro,
De majestad augusta,
De alta estatura y divinal decoro,
Entre todas ilustre
Es de Lacedemonia honor y lustre.

»No hay una que la iguale
Si en la tabla ó papel pinta y dibuja;[8]
A todas sobresale
Cuando el huso tomando, ó bien la aguja
Con el estambre trama
Variada tela ó con primor recama.

»Ninguna como Helena,
En cuyos ojos brillan los amores,
La dulce lira suena,
Cuando canta los célicos loores
De la casta Dïana
Ó celebra á Minerva soberana.

»¡Pura, graciosa, bella,
Incomparable vírgen! La corona
Arrojas de doncella
Y la diadema ciñes de matrona.
Mas nosotras como ántes,
Mañana irémos por el prado errantes.

»Y por tí suspirando
Como la oveja de la madre ausente
Suspira por el blando
Seno, y por ella bala tristemente,
Guirnaldas olorosas
Tejerémos de flores primorosas.

»Para tí la primera
Formarémos de loto[9] que en la alfombra
Crece de la pradera;

Y de frondoso plátano á la sombra
Colgada la guirnalda
Pondrémos en el campo de esmeralda.

»El árbol regarémos
Con aromas sin par de argénteo vaso;
Y estas escribirémos
Dóricas notas, que en su tronco al paso
Leerán cien y cien ojos:
PLANTA DE HELENA SOY: CAED DE HINOJOS.

»¡Salve, esposa felice!
¡Salve, esposo gallardo, á quien la suerte
Con tal suegro bendice!
Latona que en las madres dicha vierte,
La sagrada Latona[10]
De bella prole os dé grata corona.

»Igual amor fomente
Ciprina entre los dos, la gran Ciprina;
Y Júpiter aumente,
Júpiter, Saturnal prole divina
La rica, noble herencia
Que pase á vuestra noble descendencia.

»Dormid, dormid ahora;
Tranquilo sueño y dicha el cielo os done.
Nosotras á la aurora[11]
Vendrémos cuando el gallo alegre entone
Su matinal gorjeo.
¡Himeneo, Himeneo, goza Himeneo!»[12]

IDILIO XIX.

EL LADRONZUELO DE PANALES.

ARGUMENTO.

Cupido, punzado por una abejilla, se queja á Vénus, de quien recibe una dulce reconvencion. Anacreonte ha tratado este mismo asunto, y Villegas lo ha dado á conocer entre nosotros.

Punza una abeja á Amor, que sin recelo
Roba procaz la miel de los panales.[1]
Grita Cupido, y quiere de sus males
Soplándose la mano hallar consuelo.

Salta; y batiendo con los piés el suelo[2]
Refúgiase en los brazos maternales,
Diciendo: «Vé qué llagas tan fatales
Deja un animalillo pequeñuelo.»[3]

«¿Por qué lloras, mi Amor? No te asemejas
(Con risa celestial clama Citéres)
Tú tambien á las pérfidas abejas?

»*Pequeñuelo* ¡oh rapaz! cual ellas eres;
Pero *¡qué llagas tan fatales dejas*
Con tu temido arpon siempre que hieres!»

IDILIO XX.

EL VAQUERILLO.

ARGUMENTO.

Desdeñado un zagal por una señora de la corte á quien se atrevió á requerir de amores, se queja amargamente de la burla sufrida, y aduce en favor propio los ejemplos de tantas Diosas que amaron á pastores. Segun los intérpretes, es una invectiva alegórica contra los orgullosos ingenios que ya en tiempo de Teócrito despreciaban la poesía bucólica. El Pastor habla en el Idilio.

Eunice me burló, porque queria
Declararle en la calle mis amores
Cuando bajé del campo el otro dia.[1]

«¡Váyase á la montaña con sus flores!
(Mofándose me dijo) que no debe
Una beldad rozarse con pastores.

»¡Con qué dulzura á requebrar se atreve
A quien escucha siempre á cortesanos!
¡Qué ojos! ¡qué voz!... ¡Apártese el aleve!

»¡Qué juegos, qué ademanes tan villanos!
¿Con qué peine rizó su cabellera?
Diga, zagal: ¿son de ébano sus manos?

»¿Con esa barba perfumada espera
El vaquero quizá volverme loca?
¡Bah! Ni por sueño enamorarme quiera,

»No sea que el aliento de su boca
Me haga libar pestífero veneno:
¡Léjos de aquí! que á náusea me provoca.»

Dijo, y tres veces se escupió en el seno[2]
La esquiva; de los piés á la cabeza
Me vió con aire de sarcasmo lleno.

Gloriándose, partió, de su belleza,
Y se volvió á mirarme de reojo
Murmurando entre dientes con fiereza.

Mi sangre se inflamó con el enojo;
Y como á rosa el matinal rocío
A mi rostro el dolor cubrió de rojo.

Ella se fué, mas del furor impío
Con que burló mi gracia y donosura
Guarda recuerdo firme el pecho mio.

¡Pastores que habitais en la espesura!
Decidme la verdad. ¿No soy hermoso?
¿Ó algun dios ha trocado mi figura?

Ayer aún, mi aspecto era gracioso:
Mis sienes adornaban las madejas
De mi pelo, cual apio, primoroso.[3]

Cual hiedra que se enreda en las añejas
Encinas, pobladísima crecia
Mi barba; y de azabache eran mis cejas.

Sobre ellas mi alba frente relucia,
Y mis azules ojos eran tales
Que Minerva el color envidiaria.[4]

A la cuajada leche eran iguales
Mis bellos labios; y exhalaban trinos
Más dulces que la miel de los panales.

Y son tambien mis cánticos divinos,
Ya pulse flauta, ó caramillo ó caña,
O la zampoña, honor de campesinos.

Y todas á una voz en la montaña
Hermoso me proclaman las doncellas,
Y á ninguna zagala amarme empaña.

Solo esta ciudadana mis querellas
Oir desdeña, porque soy villano;
Ni sigue de los Númenes las huellas.

¿No oyó jamás que Baco soberano
Apacienta en el valle una becerra?[5]
¿Ni de Vénus sabrá el amor insano?

Adónis fué zagal, ó el mundo yerra,
Y con él Citeréa fué pastora
En las quebradas de la Frigia sierra.

En las selvas lo amó, y allí lo llora.
¿Y quién era Endimion? ¿No era un vaquero?
Y que Cintia lo amó ninguno ignora.

Por él dejó el Olimpo placentero,
Y de los Latmios bosques al abrigo
Le concedió de esposo el alto fuero.

Júpiter á un pastor llevó consigo
Al celestial alcázar; y tú, Rhea,[6]
Aun lloras al zagal que fué tu amigo.

Eunice sola audaz se pavonea
Y me desprecia, y ser mejor no duda
Que Cibéles, y Cintia, y Citeréa.

¡Oh Vénus, que me niegas hoy tu ayuda!
No ames ya en la Ciudad ni en la campiña:
Solitaria[7] te miren y viuda,

Y el mirto nunca más tu frente ciña.

IDILIO XXI.

LOS PESCADORES.

ARGUMENTO.

Asfalion, pescador, narra á un compañero suyo un sueño en que le pareció apoderarse de un pez de oro, y juró no volver al ejercicio de la pesca. Este lo tranquiliza acerca de su juramento, y lo estimula á continuar sus acostumbrados trabajos.

ASFALION. COMPAÑERO.

La pobreza es la sola, ¡oh Diofantes!
Que las industrias en el hombre excita.
Del trabajo es maestra: á los constantes
En las fatigas, el reposo quita
Con la turba de penas incesantes
Que áun en la oscura noche al pobre agita;
Y á quien los ojos un instante cierra
Viene, y el sueño súbita destierra.

Yacian dos ancianos pescadores
Tendidos juntamente en bajo lecho
Con algas, que secaron los ardores
Del sol, formado so pajizo techo,
Y reclinados de hojas y de flores
A delgada pared: á poco trecho
Los utensilios de la pesca en torno
Mirábanse, en la casa único adorno.

Los cestos, los anzuelos, los cedazos
Con las algosas redes y las cañas;
Los cordeles de cerdas, y los lazos
De mimbres con las útiles marañas;[1]
Una pelliza vieja hecha pedazos
Y una vetusta barca, con mil mañas
Embreada, y atada á unos puntales:
Tal era su ajüar; sus bienes tales.

Los sombreros, la ropa, una esterilla
Servian á los dos de cabecera;
Ni can tenian, ni olla ni parrilla,
Todo superfluo á los ancianos era.
Nadie habitaba sobre aquella orilla,
La pobreza era de ambos compañera,
Y de la choza las paredes solas
Lamian en redor del mar las olas.

El carro de la luna áun no rendia
Media jornada, y ya el trabajo amado
A entrambos pescadores sacudia;
Y, el sueño de los ojos desterrado,

Así empezaban tosca melodía:

ASFALION.

Mienten, amigo, cuantos han contado
Que en verano es la noche ménos larga
Cuando los dias Júpiter alarga.

Mil sueños he tenido, y áun la aurora
No despunta. ¿Qué es esto? O yo me engaño,
O las noches un siglo son ahora.

COMPAÑERO.

Que así condenes, Asfalion, extraño
La estival estacion tan seductora.
Su curso no dilata el mes ni el año;
Mas la solicitud que te atormenta
Hace la noche tan penosa y lenta.

ASFALION.

¿Has aprendido á interpretar acaso
Los sueños? El mio es de buen agüero,
Y mi vision á referirte paso.
Como la pesca, que partamos quiero
Los sueños. No eres de talento escaso,
Y en sueños el intérprete primero
Es aquel cuya mente viva y clara
Sus decisiones magistral depara.

A más, que para hablar tiempo nos sobra,
Y qué otra cosa pueda hacer no veo
El pescador que el sueño no recobra,
Y á quien su hojoso lecho gran recreo
No le da junto al mar. La luz en obra
Está, y hay siempre fuego en Pritaneo:[2]
Tal dicen.

COMPAÑERO.

Tu vision házme presente;
Narra todo á tu amigo y confidente.

ASFALION.

Cuando al tornar ayer de nuestra barca
Me recogí á dormir (y poco llena
Estaba mi cabeza; que bien parca
Anoche, si recuerdas, fué mi cena)
En alta roca y plácida comarca
Estar me pareció; y en mar serena
Buscando pesca, el cebo sacudia
Que de mi caña engañador pendia.

Un pez de colosales dimensiones
Avido lo tragó (que el can la torta
Soñando mira en todas ocasiones
Y á mí soñar pescados sólo importa).
Herido del anzuelo, á borbotones
La sangre derramó; mi vista absorta
Quedó al mirar que el peso y movimiento
Mi caña doblegaron al momento.

Las manos extendí; y en agonía
El sacarlo me puso. Pez tamaño
Cómo pudo afianzar no comprendia
Anzuelo tan endeble; con amaño
Su carne á destazar me disponia,
Y «¿me herirás? le dije: mayor daño
Recibirás.» El brazo, al verlo quieto
Tendí, y á mi poder quedó sujeto.

Mi presa era un pescado todo de oro
Y por doquier con oro guarnecido;
Gran temor me invadió, de que tesoro
No fuese de Anfitrite,[5] ó pez querido
Del Dios Neptuno á quien rendido adoro.
Cuidando no quedase al hierro unido
Oro ninguno, desprendí el anzuelo
Y al pescado con cuerdas traje al suelo.

A la pesca y al mar eterna guerra
Juré sobre mi pez solemnemente,
Y prometí quedarme siempre en tierra
Y con el oro dominar potente.
En los misterios que mi sueño encierra
Descubra el porvenir tu clara mente,
¡Oh compañero! Desmayar me siento:
Me llena de temor mi juramento.

COMPAÑERO.

No temas, Asfalion: falaz y vano
Fué tu sueño, cual todos; y ni es cierto

Que proferiste el juramento insano,
Ni viste el áureo pez. Si nó, despierto
Al lugar de la escena vé temprano,
Y si no quieres de hambre quedar muerto,
De tus ensueños de oro la esperanza
Peces de carne probarás que alcanza.

IDILIO XXII.

LOS GEMELOS.

ARGUMENTO.

Descríbese la lucha de Pólux con Amico, rey de los Bébrices, y el combate de Cástor con Linceo, felices ambos para los divinos Gemelos. La primera parte forma un episodio de la expedicion Argonáutica, y lo mismo que el Idilio XIII, se encuentra en Apolonio Rodio y Valerio Flaco. El asunto de la segunda parte ha sido tratado, aunque de modo algo diverso, por Oviedo y por Propercio.

De Júpiter Egíoco y de Leda[1]
A los hijos celebra nuestro canto:
Cástor, y Pólux luchador terrible
Siempre que el duro cesto arma su mano.

Una y mil veces de la Prole augusta
De Testio, á los dos hijos celebramos
Nacidos en la gran Lacedemonia,
Gemelos y fortísimos hermanos;

Salvadores del hombre que en peligro
Extremo los invoca, y del caballo
Que, lleno de terror, lleva al jinete
Entre escuadrones al crüento asalto.

Ellos socorro á los bajeles prestan
Que combatiendo van contra los astros
Cuando al nacer ó al declinar suscitan
Fieras tormentas y huracanes bravos.

¡Ah! ¡Cuántas veces mísera zozobra
Juego del Aquilon la rota nao,
Y el agitado mar la popa hiere
O bien la herrada prora azota insano!

Una y otra pared furioso rompe,
Y penetran las olas en el casco,
Y mástiles, y remos, y velámen
En el piélago caen á pedazos.

Los torrentes de lluvia, y de la noche
Las tinieblas aumentan el estrago,
Y por el viento y el granizo herido
Ruge el inmenso mar con hondo espanto.

Pero vosotros del profundo abismo
A la nave sacais, y al asustado
Marino, que la muerte por momentos
Aguardaba tras hórrido naufragio.

Aplácanse los vientos al instante,

El piélago se torna espejo claro,
Huyen las nubes, y en el alto Polo
Se mira la Osa y el luciente Carro.

Y á media luz, de Cáncer en el pecho
La estrella oscila del Pesebre[2] opaco
Entre los dos Asnillos refulgentes,
De feliz navegar cierto presagio.

¡Oh amigos del mortal, héroes gemelos!
¡Oh de los hombres poderoso amparo,
Diestros al par en manejar bridones,
Y en la lucha, la cítara y el canto!

¿A quién primero elogiarán mis versos?
¿Al fuerte Pólux, ó al robusto Cástor?
Empezaré por Pólux, ya que deben
Mis dulces himnos celebrar á entrambos.

Salvada de los móviles islotes[3]
Que horrendos se juntaban, la nave *Argo*,
Y la terrible boca del nevoso
Ponto con feliz éxito pasando,

Ancló por fin en las Bebricias[4] costas
A su bordo trayendo á los preclaros
Hijos de los celestes moradores.[5]
Las escalas poniendo á ambos costados

De la Jasonia nave, descendieron

Los héroes luégo al litoral extraño,
Fogatas encendieron en la playa
Ventosa, y tiendas cómodas plantaron.

Pólux el bruno y Cástor el jinete
Léjos á errar se fueron solitarios,
Y en la espesura de variada selva
Por entre los breñales se internaron.

Un manantial perenne de agua pura
Descubrieron en áspero peñasco,
Y otras mil argentadas fuentecillas
Que cristal parecian, más abajo.

Allí crecian pinos gigantescos,
Plátanos, olmos y cipreses altos;
Suaves flores tambien, á las abejas
Primaverales, alimento grato.

Se presentó de súbito á sus ojos
Un hombre colosal, sentado al raso,
De aspecto fiero y con las dos orejas
Rotas, al parecer, á puñetazos.

Esférico se alzaba el fuerte pecho;
Y el extenso espaldar y el espinazo
De coloso de hierro parecian
A golpe de martillo fabricado.

Cerca del hombro, músculos salientes
Rudo ostentaba el gigantesco brazo

Cual las redondas piedras que en su curso
Veloz torrente pule deslavando.

Una piel de leon, al cuello y hombros
Colgada de las patas, como manto
Llevaba. Pólux, en la lucha siempre
Invicto, fué el primero en saludarlo.

PÓLUX.

¡Quienquier que seas, guárdente los Dioses,
Buen hombre! ¿En qué lugar nos encontramos?

AMICO.

¿Cómo me han de guardar,[6] si enfrente miro
A gente que jamás he visitado?

PÓLUX.

No temas; que ni somos bandoleros,
Ni de perversos padres engendrados.

AMICO.

No temo, á la verdad; mas no es tu lengua,
Forastero, quien debe declararlo.

PÓLUX.

Te muestras iracundo en demasía,

Descomedido y de carácter ágrio.

AMICO.

Soy tal como me ves; pero recuerda
Que ni tu casa huello ni tus campos.

PÓLUX.

Si á visitarme vienes, á la tuya
Con dones tornarás hospitalarios.

AMICO.

Guárdalos para tí; que yo no tengo
Presentes que ofrecerte ni regalos.

PÓLUX.

¡Extranjero feroz! ¿Será posible
Que de esta agua me niegues áun un vaso?

AMICO.

Verlo podrás, cuando la sed llegare
A atormentar tu macilento labio.

PÓLUX.

Favor no pido: plata ó lo que quieras
De lo que puedas dar te ofrezco en pago.

AMICO.

Bien. A luchar en singular combate
Llégate cuerpo á cuerpo y brazo á brazo.

PÓLUX.

¿Tan solo con el puño, ó con los ojos
Rectos, y á la canilla el pié lanzando?

AMICO.

Pon toda tu arte en juego; seguirémos
Las reglas del terrible pugilato.

PÓLUX.

¿Y contra quién del cesto contundente
Por tu capricho atroz mis puños armo?

AMICO.

No está muy léjos; y en verdad no ostenta
Cara de mujercilla tu adversario.

PÓLUX.

¿Hay, por ventura, un premio que compense
Al vencedor en el certámen arduo?

AMICO.

Tuyo seré si dominarme logras;
Si te venciere yo, serás mi esclavo.

PÓLUX.

Luchan así, luciendo en el palenque
Su roja cresta los soberbios gallos.

AMICO.

Bien parezcamos gallos ó leones,
Sólo con esta condicion combato.

Dió fin Amico al áspero discurso,
Y al labio un hueco caracol llevando,
Los Bébrices de larga cabellera
Al silbo bajo un olmo se juntaron.

Llamó tambien de la Magnesia nave
Los héroes todos el invicto Cástor:
Y los puños y brazos con el cesto[8]
Y correas ciñeron los contrarios.

En medio de la arena se pusieron
Los campeones, sangre respirando,
Y fué el primer esfuerzo de cada uno
Volver la espalda á los solares rayos.

Pero tú, Pólux, al gigante altivo
Atras dejaste con veloce paso,
E hiciste que de Amico al fiero rostro
Lanzara el sol de lleno ardientes dardos.

Colérico éste hácia adelante marcha
Y rudo golpe asesta con la mano;
Pero al llegar, Tindárides lo hiere
De la diestra mejilla en lo más alto.

Con más furor la lucha continúa
El otro, y al lidiar se inclina tanto,
Que la tierra tocar parece; al verlo
De los Bébrices suenan los aplausos.

Los héroes á su vez al fuerte Pólux
Animan, y lo ven con sobresalto
Temiendo que lo aplaste en un estrecho
Con su peso el jayan, cual Ticio[9] antaño;

Pero ya á la derecha, ya á la izquierda,
Sigue el hijo de Jove soberano
Nutrida serie de certeros golpes
Con uno y otro puño atroz lanzando.

Del hijo de Neptuno, aunque gigante,
Los ímpetus contiene y los asaltos;
Y éste se pára, al fin, con tanta herida
Trémulo, y sangre fétida esputando.

Los argonautas príncipes, henchidos

De gozo, un grito unánimes alzaron
Ensangrentadas viendo sus mejillas
Y de llagas cubierto el roto labio.

Sus diminutos ojos se perdian
En la hinchazon del rostro amoratado,
Y aquí y allí agitábalo el valiente
Al aire dirigiendo golpes vanos.

A la nariz, en fin, el rudo puño
Asesta, al verlo ya de aliento falto;
Entre las cejas hiérelo, y la frente
Desgarra toda, descubriendo el cráneo.

Sobre la verde yerba cae supino
Acometido de letal desmayo
El descortés atleta; mas de nuevo
En pié se pone con furioso salto.

Con más furor enciéndese el combate
Y con los cestos se laceran ambos;
Mas al centro del pecho, ó bien afuera
De la cerviz, sus ímpetus y amagos

El jefe de los Bébrices dirige,
Miéntras Pólux la faz de su contrario
Con fieras contusiones desfigura,
Que no yerran jamás sus puñetazos.

Pierde el sudor á mares de tal modo
Que de gigante aquel, tórnase enano,

Miéntras al héroe la color mejora
Y el cuerpo robustece tal trabajo.

Cómo, por fin, sobre el voraz coloso
Fué del hijo de Jove el triunfo fausto,
¡Oh Musa! dílo tú. Soy eco ajeno
Y haré como á tí plegue mi relato.

Un esfuerzo supremo y decisivo
Hacer queriendo, con la izquierda mano
Ase Amico de Pólux la siniestra
Y el choque de éste evita de soslayo.

Con la diestra feroz sobre él se arroja
Del derecho costado alzando el ancho
Brazo de hierro; y ¡ay del Rey de Amicla
Si lo llega á alcanzar el golpe infando!

Mas éste lo esquivó, de la cabeza
Con movimiento diestro al par que raudo,
Y en la siniestra sien al otro hiriendo
Le saltó sobre el hombro y espinazo.

Y miéntras negra sangre corrompida
Le brota de la sien hecha pedazos,
En la boca recibe nuevos golpes
Y rechinan los dientes quebrantados.

Y más y más lo acosa su enemigo,
Y su lívida faz destroza tanto,
Que polvo hace los huesos, y la carne

De las quijadas cuélgale en retazos.

Cayó por fin; y próximo á la muerte
Vencido confesándose, las manos[10]
Juntas hácia tí tiende, y tú ¡gran Pólux!
No le haces vencedor ultraje ó daño.

A su padre Neptuno, de los mares
Llamó el rendido; y juramento santo
Hizo de nunca más al pasajero
Descortés injuriar con rudo trato.

Ya, Señor, te canté.—Tus alabanzas
Empiezo, hijo de Tíndaro, gran Cástor,
Veloz cabalgador, guerrero invicto
Y de coraza refulgente armado.

Los dos hijos de Jove, de Leucipo[11]
A las dos hijas, tras violento rapto
Llevaban. Persiguiéndolos veloces
Tras ellos caminaban los hermanos

Lincéo é Idas el fuerte, de Afaréo
Hijos, y esposos prometidos ambos
De las robadas vírgenes. Apénas
Llegan al monumento funerario

Del difunto Afaréo, á un tiempo todos
Bajan, para atacarse, de los carros,
Asidos á sus lanzas y broqueles,

Y así clama Lincéo dentro el casco:

«¿Por qué nos provocais á la contienda
Y por ajenas novias ¡desdichados!
La espada desnudais? Ved que sus hijas
Nos prometió Leucipo muchos años

»Antes que os conociera; y su promesa
Confirmó juramento sacrosanto.
De vuestro honor en mengua, tras esposas
Corriendo, y tras riquezas y rebaños

»Que pertenecen á otros, con presentes
Comprasteis las doncellas al anciano.
Mil veces os lo dije cara á cara
A ambos á dos, aunque en hablar soy parco:

»«Amigos: no conviene á gente noble
»De vírgenes pedir la blanca mano
»A otros ya prometida. Ancha es Esparta,
»De Elide ecuestre[12] el territorio es vasto.

»»Grande es Arcadia, y en manadas rica,
»Y de Mesene, y de la Acaya, y de Argos
»Extensas las ciudades; é igualmente
»El litoral Sisifio muy poblado.

»»Allí superabundan las doncellas
»Crecidas de sus padres al amparo,
»Que ni de índole son desagradable
»Ni de saber ó de talento escaso.

»»Vuestra será la que quisiéreis: todos
»Aspiran á tener yernos preclaros,
»Y á vosotros no puede ningun héroe
»En linaje ni hazañas igualárseos.

»»Mas no estorbeis, amigos, nuestras bodas,
»Que conseguiros otras os juramos.» —
Esto y más os decia; mas las auras
Al piélago mis ruegos se llevaron.

»Y el favor nos negasteis. De crueles
No en balde teneis fama y de inhumanos.
Ceded siquiera ahora; pues de parte
De padre somos primos inmediatos.

»Mas si en lidiar os empeñais, y en sangre
Es menester lavar nuestros agravios,
Idas al ménos de luchar se abstenga
Y Pólux, mi valiente primo-hermano.

»Cástor y yo, que somos los menores
De edad, en duelo singular salgamos
A cruzar las espadas. No dejemos
A nuestros viejos padres luto tanto.

»Basta un cadáver por familia: queden
Los otros á templar el lloro amargo
De los deudos y amigos; y á las niñas
En vez de los difuntos, den la mano

»Los dos que sobrevivan al combate.

Así terminará con poco daño
Esta fatal contienda, que amenaza
Acarrearnos hórridos estragos.»

Tal su discurso fué: la Providencia
No quiso que sus ruegos fueran vanos,
Y en la tierra sus bélicos arneses
Los hermanos mayores descargaron.

Tras el broquel la ponderosa lanza
Blandiendo, vino en medio del estadio
Lincéo; y llegó al centro, al par moviendo
Su robusto lanzon, Cástor gallardo.

El viento al avanzar les agitaba
Encima de los yelmos los penachos;
Y al empezar la lid, los campeones
De la frente á las plantas se miraron.

Y con las lanzas fueron sin herirse
Reconociendo, á ver si algun espacio
De los cuerpos, dejaba la armadura
Mal defendido y fácil al asalto.

A los primeros choques, las agudas
Puntas de los lanzones se estrellaron
En los fuertes escudos, y cayeron
Las astas y el acero hechos pedazos.

La pugna sin dejar un solo instante,
Las espadas los dos desenvainaron

Ardiendo de furor; y al ancho escudo
Y al emplumado almete, muchos tajos

Dirigió Cástor; y Lincéo muchos
Al broquel asestó de su adversario:
Mas tocó sólo la acerada punta
La roja cresta del bruñido casco.

Tiró por fin á la rodilla izquierda
El estoque con ímpetu; mas Cástor
Retiró el pié ligero, y de un fendiente
Tronchó la diestra al adalid incauto.

Cayó la espada en tierra: y el herido
Al paterno sepulcro, do sentado
Presenciaba la lucha Idas valiente,
Huyó, refugio en su dolor buscando.

Tindárides de cerca le seguia,
Y entre el pecho y el vientre clavó el ancho
Estoque furibundo, las entrañas
En el seno el acero destrozando.

Cayó tendido el mísero Lincéo
Y sueño eterno le cerró los párpados.
Mas ¡ay! á su otro hijo Laocoosa
Libre tornar al maternal regazo

Nunca verá, ni el deseado enlace
Entre los suyos contraer ufano.
Várias columnas de precioso jaspe

Ornaban de Afaréo el epitafio:

Una arrancó veloz Idas Mesenio
Para vengar la muerte de su hermano
Al matador lanzándola; mas Jove
Le dió socorro, y el pulido mármol

Haciéndolo soltar, al atrevido
Tornó cenizas con su ardiente rayo.
Luchar con los Tindárides no es fácil:
Son fuertes, y de fuertes engendrados.

¡Salud, Hijos de Leda! A nuestros versos
No desdeñeis mandar fama y aplausos.
A los hijos de Tíndaro, ya á Helena,
Ya á los héroes que al rubio Menelao

En el sitio de Troya socorrieron,
Han sido siempre los poetas gratos.
A vosotros ¡oh Reyes! gloria eterna
Os dió el divino Homero, celebrando

La Ciudad Priamea, las batallas
Frente á sus muros y las griegas naos,
Y á Aquíles, en la guerra balüarte.
A vuestras plantas yo tambien os traigo

De las canoras Musas los presentes
Que otorgarme se dignan, y yo abarco
En mi humilde mansion. Para los Dioses
El honor más acepto es siempre el canto.

IDILIO XXIII.

EL ENAMORADO

Ó SEA

EL DESDICHADO EN AMORES.

ARGUMENTO.

Quéjase un amante de los desdenes de su ninfa, y se ahorca en la puerta de su bella ingrata. Esta muere luégo á manos de Cupido, ultrajado por su esquivez. La Egloga segunda de Virgilio, aunque menos trágica, es una imitacion del presente Idilio, tal como se halla en el original.

Enamoraba un mozo á una doncella;[1]
Pero la niña á su amador odiaba,
De costumbres cruel, de rostro bella.

Nada oponia á su fiereza traba;
Quién era el dios Amor áun no sabía
Ni qué flechas se encierran en su aljaba.

Era toda rigor; y siempre impía
Negaba al infeliz todo consuelo
Y ni una puerta á la esperanza abria.

Ni palabra jamás premió su anhelo,
Ni una sonrisa, ni el brillar siquiera
De la clara pupila azul de cielo.

Como del cazador huye la fiera,
Así la ninfa del garzon. Sus ojos
Mostraba siempre torvos la altanera.

Su pecho hiel, su corazon enojos,
Ira ostentaba su feroz talante
Y sarcasmo sus labios, nunca rojos.

Pero áun así era bello su semblante,
Y más y más alimentaba el fuego
Que devoraba al desdeñado amante.

Vino el jóven, por fin, de llorar ciego,
Besó el caro dintel de su adorada
Y en este prorumpió, sentido ruego:

«Aquí me tienes, ninfa despiadada,
Ninfa de mármol; de furiosa hiena
Sin duda al seno montaraz criada.

»Ya nunca mi amorosa cantilena
Excitará ¡oh doncella! tus furores
En la noche llamándote serena.

»Mi último don te traigo. Tus rigores
Aceptar no rehusen esta soga
Que término va á dar á mis dolores.

»Y pues ya nada en mi favor aboga,
Do me condenas parto: do el olvido,
Remedio universal, el duelo ahoga.

»Y aunque el cáliz apure apetecido
No bastará á curar mis graves males.
¡Adios! De tí por siempre me despido.

»De tu cerrada casa en los umbrales
Mi último adios te doy. Cuando yo muera
Sé qué ha de suceder á los mortales.

»Bellísima es la rosa en la pradera;[2]
Pero el tiempo marchita su corola:
Es bella la vïola en primavera;

»Pero presto envejece la vïola:
Es blanca la azucena, y de su verde
Tallo al quitarla se destruye sola.

»Que la alba nieve, tu esquivez recuerde,
Al caer en la tierra, su blancura
En un instante derretida pierde.

»De la mujer es frágil la hermosura:
De que ames tú tambien vendrá el momento,
Y que en vano amarás mi voz te augura.

»Escucha, al ménos, mi postrer lamento:
Al verme de tu puerta suspendido
Por la soga cruel, y sin aliento,

»Que te detengas por favor te pido.
Al ménos una lágrima derrama
Y desátame el lazo y el vestido.

»Reclina mi cadáver en tu cama,
Y una sábana tuya de sudario
Sirva para los restos del que te ama.

»No temas que en el lecho funerario
Turbe la voz, que ingrata ahora retumba,
El hogar para el muerto hospitalario.

»Excávame no léjos una tumba,
Y para siempre, so marmórea losa
De tu odiado amador el cuerpo arrumba.

»Mas ántes de partir dí cariñosa,
Mirando hácia el sepulcro que me encierra,
Por tres veces: *Amigo, en paz reposa.*

»Y si el hablar á un muerto no te aterra,
Añade, si te place: *Ya no vive*
El amante mejor que hubo en la tierra.

»Y este epitafio, que temblando escribe
En verso igual mi mano agonizante,
En la funérea lápida trascribe:

»SOY VÍCTIMA DE AMOR. ¡OH CAMINANTE!
DETÉN EL PASO Y CLAMA COMPASIVO:
A INGRATA VÍRGEN ADORÓ ESTE AMANTE.»

Así diciendo, toma pensativo
Un trozo (cruel trozo) de basalto,
Y á la puerta lo arrima para estribo.

Suspende del umbral en lo más alto
Cuerda sutil; al cuello se la ajusta,
Y hace rodar la piedra con un salto.

Ahorcado muere. La doncella adusta
Lo ve, al salir, colgado de su puerta;
Mas ni la ablanda el verlo ni la asusta.

Y léjos de que lloro triste vierta,
Estrepitosa carcajada lanza
Y por las calles va con planta incierta.

Y en el baño al entrar, segun usanza,
Se le presenta el Númen ofendido
Del crímen á tomar atroz venganza.

Porque en medio al estanque, de Cupido
Se alzaba el simulacro en piedra dura
Sobre alto pedestal bien esculpido.

Y al ver nadando entre la linfa pura
A la mujer que su deidad ultraja,
En el baño se arroja la escultura.

Sobre la esquiva justiciera baja,
Y el mármol en su rápida caida
Los miembros de la ninfa desencaja.

El agua queda en púrpura teñida,
Y del fondo salió desgarradora
La amarga voz de la doncella herida:

«La ingrata pereció; triunfe el que adora.
¡Oh Vírgenes! Mi muerte ejemplo sea,
Para que no irriteis la vengadora

»Divinidad de Amor ó Citeréa.»

IDILIO XXIV.

HÉRCULES NIÑO.

ARGUMENTO.

Nárrase la victoria de Hércules, niño aún de diez meses, sobre dos monstruos enviados por Juno á devorarlo. Sigue el vaticinio de Tiresias sobre el divino infante, y enuméranse los maestros que enseñaron á éste las letras, las artes y los ejercicios en que tanto sobresalió. La última parte, que narraba el método de vida de Hércules durante su infancia y juventud, se ha perdido.

Hércules,[1] que diez meses ha cumplido,
É Ificles tierno, su menor hermano,
Una noche despues sólo nacido,
Festivos juegan. Con amante mano
Baña á los dos la cariñosa Alcmena,
Y con la leche de sus pechos llena.
Sobre cóncavo escudo[2]
De puro bronce, espléndida armadura,
Que Anfitrïon forzudo
Conquistó á Terelao, con ternura

Los recuesta, y tocando su cabeza,
Así á los niños á arrullar empieza:
«Dormid, hijos queridos:
Dormid bellos y sanos.
¡Oh frutos de mi amor! dormid, hermanos:
Almas de mi alma, reposad unidos.
Gozad de sueño plácido y ligero;
Dormid, dormid dichosos,
Y de la Aurora el despuntar primero
Os encuentre soñando venturosos.»
Así habla, y el escudo relumbrante
De cuna á guisa mece;
A Ificles viene el sueño en el instante,
Y Hércules al arrullo se adormece.
Mas cuando á media noche hácia el Ocaso
La Osa, de Orion [3] vecina,
Con rapidez declina,
Y éste, girando con veloce paso,
Sus anchos hombros al mortal ostenta,
Juno,[4] á dañar atenta,
Dos hórridas serpientes,
Monstruos descomunales
Que al enroscarse forman esplendentes
Verduscas espirales,
Envía de la casa á los umbrales.
Allí, do el ancho quicio
Deja bajo la puerta algun resquicio,
A penetrar la Diosa los obliga,
Y con ásperas voces los instiga
A devorar al que en la cuna yace
Hércules tiernecito. Por el suelo

Van arrastrando su asqueroso vientre
Que de sangre no más se satisface.
Rojizo fuego lanzan
De los ojos las dos miéntras avanzan,
Y de la inmunda boca
Con el veneno su camino riegan.
A los niños se llegan;
Y ya casi los toca
La emponzoñada lengua, cuando ¡oh suerte!
(De Jove la divina
Próvida vigilancia todo advierte)
De súbito la casa se ilumina,
Y los hijos queridos
Por quien la madre Alcmena se desvive
Despiertan aturdidos.
Apénas el menor dentro percibe
Del escudo las fieras alimañas
Y ve los agudísimos colmillos
Próximos á cebarse en sus entrañas,
Con ambos piececillos
Los cobertores mórbidos sacude
Y con rápida fuga el riesgo elude.
No así el niño mayor: de su nodriza
Hércules en los brazos nunca llora:
Tarde nació; y aunque el materno pecho
No deja aún, en pavorosa liza
Con los aleves monstruos entra ahora
Y al desigual peligro va derecho.
Con ambas manos poderoso aferra
Uno y otro dragon; y la garganta
Les oprime y quebranta

Y con el puño lía;
Voraz garganta que el veneno cria
Que hasta á los Dioses del Olimpo aterra.
Los áspides de pronto se enfurecen
Y en derredor se enroscan del infante;
Mas luégo desfallecen
Ahogados por el puño de adamante.
Del cansado espinazo
Destuercen sin aliento el débil lazo
Y por soltarse en vano forcejean.
Despierta Alcmena al espantoso ruido,
Y dice á su marido:
«Anfitrïon, levántate: de miedo
Yo moverme no puedo.
¡Sús! De la cama sal. Fuerza es que te alces;
Ni las sandalias á los piés te calces.
¿No escuchas cómo llora
Nuestro hijo pequeñuelo?
¿No ves qué claridad baña los muros
Aunque léjos aún está la aurora
Y tenebrosa noche cubre el cielo?
¡Ay, esposo querido!
En mi casa algo nuevo ha sucedido.»
Calla: y de su mujer cediendo al ruego
Del lecho salta luégo
El varon fidelísimo; ligera
La mano lleva á la fulgente espada
Con primor trabajada,
Que junto á la vistosa cabecera
De fuerte cedro, sólida clavija
Sostiene siempre fija.

El bello cinturon, reciente hechura,
Ase su diestra; y la preciosa vaina,
De loto sin igual manufactura,
Con la izquierda sujeta,
Cuando inunda de nuevo
La vasta estancia oscuridad completa.
Entonce, á la dormida muchedumbre
Alborotando, clama: «Presto lumbre
Traedme del hogar, y llama viva
Veloces encended ¡oh mis criados!
Y quitad á las puertas los candados.
¡Laboriosos domésticos, arriba!»
Así clama. Los siervos diligentes
Con lámparas ardientes
Acuden en tropel. Toda se llena
La cámara de gente; y cuando al niño
Los dragones asir la turba mira,
Grito de espanto universal resuena.
Con infantil cariño
La vista en derredor Hércules gira:
A Anfitrïon señala
Los sofocados áspides; la sala
A saltos atraviesa
Y sonrïendo arroja
De su padre á los piés la opima presa.
Exánime de miedo y de congoja
Ificles yace: Alcmena le prodiga
Dulces caricias; con amor lo abriga
Y lo reclina en su materno pecho,
Miéntras Anfitrïon al otro deja
Con piel cubierto de velluda oveja

Y de nuevo á dormir torna á su lecho.

Toca el alba á su término; del gallo
Por la tercera vez el canto suena:
A Tiresias,[5] verídico adivino,
Hace llamar Alcmena,
Y narrándole el caso peregrino
A revelar sin miedo le conjura
El porvenir que del prodigio augura.
«Ruégote, dice, que veraz respondas,
Y aunque los Dioses infinitos males
Maquinen contra mí, nada me escondas.
No es dado á los mortales
El destino eludir; ni yo rehuso
Saber qué trama de la Parca el huso.
¡Oh! Ruégote otra vez, insigne sabio
Everides profeta, me perdones
Si dictarte lecciones
Osa atrevido mi femíneo labio.»
La Reina así concluye,
Y de esta suerte el Adivino arguye:
«¡Señora, ten valor! ¡Madre dichosa
De ínclita prole; en cuyas nobles venas
Hierve la sangre que en Perséo ardía!
Yo te lo juro por la luz hermosa
Que en horas más serenas
A mis ojos lucía:
Ha de llegar el dia
En que de Aquívas damas bello enjambre
Al devanar la delicada estambre,
En medio á sus labores

Entonarán de tarde sus loores.
Repetirán sonoro
Tu claro nombre en armonioso canto,
Alcmena, *Alcmena* clamarán en coro
Y adorarán tu simulacro santo
Humildes las Argólicas doncellas.
Tal ¡oh Madre! será tu niño augusto;
Magnánimo varon, héroe robusto,
Que se ha de remontar á las estrellas.
Fiera no habrá salvaje
Que su diestra no dome en fácil caza,
Miéntras la humana raza
Tributará homenaje
Al semidios de hinojos.
Y cuando doce [6] empresas, que mentira
Parecerán al mundo, él acometa,
Recogerá en Traquina sus despojos
La funeraria pira
(Así el Hado inmutable lo decreta);
Y él cubierto de gloria refulgente
Atravesando el azulado espacio
De Jove en el Olímpico palacio
Ascenderá á morar eternamente.
Yerno lo llamarán los Dioses mismos
Que hoy, para devorarlo, á esos dragones
Sacaron de sus fétidos abismos.
Entónces en su lecho al ver al ciervo
Quieto lo dejará el leon protervo.
»Tú entretanto, Señora, los carbones
De tu brasero atiza,
Y cúbrelos de mágica ceniza.

De aspálato, de cardos ó de zarzas,
U otras espinas que mejor te plegue,
Es menester que cuidadosa esparzas
Ramas secas sobre él, hasta que llegue
Bien nutrida á elevarse llama roja.
Los áspides arroja
Dentro la ardiente hoguera, y (no lo olvides)
A media noche en punto;
A la mismísima hora en que difunto
Dejar quisieron al infante Alcides.
»Al despuntar el dia
De tu séquito manda á una doncella
Que fiel recoja la ceniza fria.
De las sierpes no deje ni una huella,
Ni un mínimo fragmento;
Mas toda por el viento
Sobre quebradas piedras la difunda,
O bien la precipite
De un rio en la vorágine profunda,
Y torne la criada
Sin dirigir atras una mirada.
»Luégo al lustral conjuro
Darás principio: con azufre puro
Ante todo, la casa purifica.
Agua con sal mezclada
Y de ramos de oliva coronada
(Segun el rito) riega, y sacrifica,
En fin, á Jove, triunfador divino,
Un jabalí del sexo masculino,
Para poder triunfar de la perfidia
De tus contrarios, y su atroz envidia.»

Tal de Tiresias resonó el acento,
Y, por años sin número gravado,
El anciano salió con paso lento
Y al carro de marfil subió ayudado.

Hércules al cuidado
De su madre amorosa y diligente,
Cual tierna planta en el verjel, crecia;
Y del Argivo Anfitrïon la gente
Por hijo le tenía.
En la primera infancia
Las letras le enseñó el anciano Lino,[7]
Héroe de nunca vista vigilancia,
Del grande Apolo vástago divino.
Luégo á tender el arco, y con certero
Tiro lanzar saetas á millares,
Eurito[8] lo adestró, rico heredero
De espaciosos y fértiles solares.
Su voz al canto; y una y otra mano
Formó de boj á la sonante lira
Eumolpo Filamónides humano.
Cómo sobre la pierna el cuerpo gira
De los Argivos ágiles varones
A fin de derribar al adversario
Del circo en las olímpicas funciones;
Con el tremendo cesto el modo vário
De combatir, y las diversas tretas
Con que, al arte ajustados, los atletas
El pecho, al lidïar siempre desnudo,
Hácia la tierra inclinan,
Del hijo de Mercurio aprender pudo

Que Harpálico Fanópeo[9] denominan;
Heróico luchador, cuya mirada
A nadie sostener fuera posible
Siquier de léjos. ¡Tal la faz airada
Lanzaba del varon fulgor terrible!
Caballos á domar de raza pura,
A guiar el carro en la veloz carrera
Marchando de la meta en derechura,
Y al tocarla, con mano muy ligera
Uno y otro bridon hacer que ceje,
Salva la rueda y sin romper el eje,
Anfitrïon á su hijo muy querido
Quiso enseñar él mismo; y con justicia,
Porque nadie igualaba su pericia,
Y mil veces y mil habia sido
Vencedor en el rápido certámen;
Y en Argos, por sus potros celebrado,
Guarda las que ganó ricas preseas.
Muestran el nunca roto maderámen
Los carros que montaba, y ha aflojado
El tiempo las viejísimas correas.
Cómo con lanza en ristre, y de la adarga
Puesta la espalda al oportuno abrigo,
El acero encontrar del enemigo,
Tender las emboscadas, dar la carga,
Y ordenar las falanges de peones
Conviene al lidiador; cuál se acomete
Al frente de ligeros escuadrones,
Cástor,[10] el gran jinete
A enseñarle accedió, que fugitivo
Por acaso llegó del suelo Argivo,

Cuando usurpó sus viñas, y su vasto
Reino Tideo, que en infausta guerra
Argos entera conquistara á Adrasto,
De caballos sinpar criadora tierra.
Y ántes que á Cástor la vejez adusta
Viniera á ajar su juventud robusta,
No se vió semidios que lo igualara
En los combates y tremendas lides.

De Anfitrïon y de su madre cara
Tal fué la educacion que tuvo Alcides.[11]

IDILIO XXV.

HÉRCULES MATADOR DEL LEON

ó

LA HACIENDA DE AUGÍAS.

ARGUMENTO.

Llega Hércules á Elide en busca del rey Augías, y lo encuentra visitando sus vastísimas fincas rústicas, en compañía de su hijo Fileo. Admira Hércules su opulencia, y siguiéndolos á la ciudad narra al segundo la historia del Leon Nemeo, muerto á sus propias manos y cuya piel le sirve de armadura. Se ha perdido el principio de este Idilio.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Su trabajo interrumpe el buen anciano
Que los hermosos bueyes pastorea,
Y á la pregunta del robusto Alcides,
Así le da benévola respuesta:

«De buena gana, pasajero amigo,
Te contaré cuanto saber deseas,
Porque las iras temo de Mercurio,[2]
El Dios que en los caminos se venera.

»Dicen que de las célicas Deidades
Él es quien más de cólera se llena
Cuando al necesitado peregrino
Lo que pide cortés, alguno niega.

»Augías, el gran rey, es propietario
De las que ves, laníferas ovejas;
Y ni un mismo terreno á todas guarda,
Ni el mismo pasto á todas alimenta.

»Del Elisunto algunas en la márgen,
Otras del sacro Alfeo[3] en las riberas;
Cuáles junto á las viñas del Buprasio,
Cuáles en estos prados se apacientan.

»Aparte cada grey su aprisco tiene:
Y el ganado mayor, aunque cabezas
Un sinnúmero son, verde pastura
En todas estaciones aquí encuentra.

»Sabrosa grama en los terrenos brota
Que pantanosos al Peneo cercan,
Y en los feraces prados que rocío,
O fresca lluvia, ó manantiales riegan.

»El abundante pasto á los cornudos

Toros la fuerza y el vigor aumentan;
Su magnífico establo y sus corrales
Tras el rio se ven, á tu derecha.

»Allí donde perennes platanares
Y silvestres olivas verdeguean,
A Apolo, sumo Dios de los pastores,[4]
Un santüario sin rival se eleva.

»Mas allá, de los fieles campesinos
Se levantan las cómodas viviendas;
Sus dependientes somos, y aumentamos
De nuestro Rey querido las riquezas.

»Porque sabe que nunca se acostumbra
Con el grano poblar las sementeras
Sino despues de arar tres y más veces
Los campos que cada año se barbechan.

»Los límites conocen los peritos
Que á los lagares vienen y á las prensas
Cargados de racimos colosales
Cuando el maduro estío nos calienta.

»Porque toda es del opulento Augías[5]
La que tus ojos ven llanura extensa:
Esos cercados, fértiles en trigo,
Y esos verjeles llenos de arboleda,

»Hasta aquella montaña en lontananza
Que un manantial oculta en cada peña;

Sitios que cada dia frecuentamos
Los que en el campo mi Señor emplea.

»Y ahora díme tú, pues te conviene:
¿Quién viniste á buscar en estas tierras?
A Augías mismo, ó de su corte á alguno?
Sé todo, y diré todo con franqueza.

»Que ni pareces ser de mala estirpe,
Ni de malvado tienes la apariencia:
Tal es tu majestad, que así caminan
Los hijos de los Dioses en la tierra.»[6]

El fuerte hijo de Jove así responde:
«Es cierto, amigo; de la gente Epea
Al príncipe ver quiero: con Augías
Asunto aquí me trae de gran urgencia.

»Si de su pueblo al bienestar atento,
Dictando leyes en su corte régia
Se hallare por acaso, algun criado
¡Oh buen anciano! indíqueme tu diestra,

»Que aquí crecido y en mandar experto,
Informarme á la vez y oirme pueda.
Que hayamos menester unos de otros
Ordenó la divina Providencia.»

El digno agricultor, ínclito viejo,
Replica sin tardar de esta manera:
«De alguno de los Númenes sin duda

¡Oh peregrino! por consejo llegas.

»A tus deseos todo corresponde,
Y entre nosotros desde ayer se encuentra
Augías, que es del Sol vástago caro,
Y á Fileo, su hijo, al lado lleva.

»A visitar por muchos dias viene
Sus propiedades de extension inmensa:
Bajo su propia vista los monarcas
Juzgan que más aumentará su hacienda.

»Pero á buscarlo vamos: yo tu guía
Seré, extranjero, hasta la estancia nuestra
Do al Rey encontraremos.»—El anciano
Calla, y al huésped á guiar empieza.

Al caminar, mirando la gran clava
Y los despojos del leon, no acierta
A adivinar quién es el forastero,
Y no osa preguntar de dónde venga.

Más de una vez los entreabiertos labios
Al ir á hablarle, temeroso cierra
De importunar al impaciente Alcides;
Que es arduo conocer la mente ajena.

El rumor de los pasos, y del cuerpo
El olor, á los perros pone alerta,[7]
Y salen al camino apresurados
Atras y al frente, á izquierda y á derecha:

De Anfitrion al hijo, con ladridos
En actitud hostil rápidos cercan;
Al anciano con blanda gritería
Y con saltos pacíficos festejan.

Este los hace huir y los asusta
Con solo alzar del suelo alguna piedra;
Los obliga á callar con amenazas,
Y con ásperas voces los increpa.

Mas en su corazon se regocija
De tal fidelidad y tal fiereza,
Y exclama: «¡Oh Cielos! ¡Qué animal tan útil
De los Dioses formó la Omnipotencia!

»¡Cuán astuto, cuán fiel! Si entendimiento
Capaz de discernir el can tuviera,
A quién es fuerza que respete mudo,
Y á quién y cuándo abalanzarse deba,

»No habria quien pudiera disputarle
La palma del honor entre las bestias;
Mas ahora el pobre se enfurece en vano,
Y á quien no debe su bravura muestra.»

Dice: y los perros presurosos tornan
Dentro el establo, y plácidos se sientan.
El Sol en tanto guiando sus corceles
Al Ocaso, el crepúsculo acelera.

De los prados y oteros al aprisco

Retornan las pingüísimas ovejas;
Y en seguida las vacas infinitas,
Unas tras otras van en fila densa;

A las cargadas nubes semejantes
Que por el cielo innumerables ruedan
Cuando furioso las impele el Noto
O del tracio Aquilon la horrible fuerza.

La multitud contar es vano empeño
O el fin mirar de la falange aérea,
Porque tras una nube el viento raudo
Más nubes y más nubes aglomera.

De las vacas así la muchedumbre
Al avanzar oculta las veredas,
El campo cubre, colma los caminos
Y en la llanura su mugir resuena.

Los lentos bueyes hinchen los corrales,
Y los corderos los apriscos llenan;
Y aunque infinitos son, pastor ninguno
Discurre en los establos sin tarea.

Unos, los grillos á los piés atando,
Las gordas vacas con cuidado ordeñan;
Bajo las ubres otros de las madres
Leche á libar á los terneros llevan.

Quién la vasija de cuajada guarda,
Quién el queso riquísimo condensa,

Y quién, en fin, las vacas de los toros
Dentro el establo con ardor segrega.

Todo visita minucioso Augías
Y á cada mayoral exige cuentas.
Su hijo y Hércules sabio lo acompañan
De su inmenso caudal en la reseña.

Y aunque una alma de bronce inquebrantable
El gran Anfitrioníades encierra,
Al ver de vacas la infinita hueste
La admiracion lo vence y la sorpresa;

Porque nadie juzgara de uno solo
Ni de diez otros ser tanta opulencia,
Aunque en ganado fuesen los más ricos
De cuantos reyes en el Orbe imperan.

Pero á su ínclita prole el Sol augusto
Concedió la rarísima excelencia
De verse poseedor de más rebaños
De cuantos hombres viven en la tierra;

Y de aumentar el mismo Sol cuidaba
Los rebaños de su hijo con largueza,
Las pestes alejando, que arrüinan
A los pastores, y el ganado diezman.

Y siempre más en número y mejores
Cada año las cornudas vacas eran;
Maravillosamente procreaban,

Y más que bueyes engendraban hembras.

Trescientos toros con las vacas iban
De curvas astas y de blancas piernas,
Y otros doscientos, colorados todos,
Que alborotaban la bestial caterva:

Y doce toros más, al Sol sagrados
De una blancura de sin par pureza
Cual la del cisne, á los demas seguian
Mostrando sobre todos preeminencia.

Del rebaño apartándose orgullosos
En los prados pacer la verde yerba
Les agradaba; y del espeso bosque
Cuando al campo bajaba alguna fiera

Tras las agrestes vacas, á su encuentro
Marchaban del ganado á la cabeza,
Y respirando muerte se lanzaban
Con hórrido mugir á la pelea.

A todos superaba en fuerza y brío
Faetonte,[8] de talla gigantesca,
Cuyo fulgor hacía á los pastores
Parangonarlo á reluciente estrella.

Este, al mirar delante de improviso
Del pintado leon la piel soberbia,
Baja la frente, y al prudente Alcides
Cornada furibunda al pecho asesta.

Hércules luégo, con robusta mano
El cuerno izquierdo al animal aferra,
Y el duro cuello abajo retorciendo,
Hace que el polvo dominado muerda.

Otra vez hácia atras fuerte lo empuja;
Seguro sobre el lomo jinetea,
Y el toro, con los músculos tendidos,
Sobre los piés de nuevo se endereza.

El mismo Rey y su hijo belicoso
A tal hazaña estupefactos quedan,
Y á los vaqueros todos maravilla
Del hijo de Anfitrion la fuerza inmensa.

Unidos dirigiéndose á la Corte,
De la feraz campiña ya se alejan
Alcides tras Fileo; y el viñedo
Frente al establo raudos atraviesan.

Al camino real por senda bajan
Entre las parras discernible apénas,
Y de Augías el hijo así platica
Al de Jove, volviendo la cabeza:

«Há tiempo que tu fama á mis oidos
Llegó, si mal mi mente no recuerda,
Porque de Argos aquí nos vino un jóven
De Hélice,[9] el puerto de la costa Aquéa.

»Y á multitud de atónitos Epeos

De un Argivo narró, que en su presencia
A un montaraz leon matado habia
Que desolaba la comarca entera.

»Albergue del leon era en el bosque
De Júpiter Nemeo una caverna,
Y no recuerdo ahora si en Tirinto
El matador moraba ó en Micénas.

»Vástago, sí, del ínclito Perseo
Lo declaró sin duda; y yo creyera
Que nadie sino tú consumar pudo,
De los Egïalenses tal proeza.

»Esa espléndida piel con que te cubres,
Tus gloriosas hazañas bien revela:
Ea, héroe: declara sin ambajes
Si es ó no es acertada mi sospecha.

»Díme si tú eres el varon famoso
Que aquel Aqueo de Hélice dijera:
Dínos cómo al leon mataste, y cómo
A la húmeda llegó, region Nemea.

»No es posible aquí ver fieras tamañas,
Que en el Peloponeso no se internan,
Y sólo se hallan osos, jabalíes
Y de los lobos la voraz ralea.

»Por eso entónces la veraz historia
A muchos asombró; y otros conseja

La reputaron de viajero ocioso
Que con mentiras complacer anhela.»

Diciendo así, de en medio del camino
Se aparta, á que mejor entrambos quepan,
Y de Hércules al lado se coloca
Para que oir más fácilmente pueda.

Y así habla Alcides: «Vástago de Augías,
Permíteme que deje sin respuesta
Tu primera pregunta; porque ha sido
Tu fácil conjetura verdadera.

»Con respecto al leon, será tu justa
Curiosidad en todo satisfecha,
Exceptuando el lugar de donde vino
A desolarnos la gigante fiera.

»Aunque muchos Argivos lo indagaron,
Uno solo no he visto que lo sepa:
Un dios lo envió quizá, los sacrilegios
A vengar de la gente Foronesa.[10]

»A guisa de torrente desbordado
De Pisa devastó las ricas tierras,
Y más terribles males padecieron
Las rayanas comarcas Bembineas.

»Esta fué la primera entre las doce[11]
Que Euristeo me impuso arduas empresas,
Seguro que la vida dejaria

Entre las garras del leon tremendas.

»Mas yo me armé de un arco bien templado
Y mi carcaj llené de agudas flechas;
Y una sólida clava, de tamaño
Grande asaz, empuñé con la derecha.

»De agreste oliva un tronco la formaba
Bien largo, sin pulir, y con corteza,
Que en el sagrado monte de Helicona
Con raíces y todo, arranqué entera.

»Emprendí mi camino. A do vagaba
El leon formidable llegué apénas,
Cuando la cuerda até al flexible cuerno
Y puse la mortífera saeta.

»La vista en derredor giré acechando
Al monstruo asolador por donde quiera:
Era ya mediodía, y ni un rugido
Percibir se podia, ni una huella.

»En vano quise preguntar: ni un hombre
Con los bueyes hallé. Todas desiertas
Las labores estaban: retenia
El pánico al pastor en su vivienda.

»Pero del monte, al fin, por la espesura
No fueron vanas mis frecuentes vueltas,
Y no torné sin ver á la alimaña
Y medirme con ella en lucha horrenda.

»Harto de carne y sangre, ya de tarde
Regresaba el leon á su caverna;
La sucia barba en torno se lamía
Y sangre destilaba la melena.

»Era torva su faz: de la matanza
Ostentaba su pecho rojas señas.
Al verlo me oculté entre los arbustos
Y firme lo aguardé tras una peña.

»Al acercarse, á su siniestro lado
Una saeta disparé certera.
En vano: el hierro penetrar no pudo;
De rechazo cayó sobre la yerba.

»El leon se detuvo estupefacto;
Levantó la cabeza amarillenta;
Miró en redor, y los horribles dientes
Terrífica mostró su boca abierta.

»El tiro errado me irritó en extremo,
Y airado disparé segunda flecha,
A la mitad del pecho dirigida,
Donde el pulmon del animal se encierra.

»Mas penetrar el cuero ni ésta pudo
Y á sus plantas cayó sin abrir brecha:
Trémulo de furor, de nuevo el arco
Me aprestaba á tender la vez tercera,

»Cuando volviendo en derredor los ojos

Me descubrió la fiera gigantesca,
Y enredando á las piernas la gran cola
Se preparó rugiendo á la pelea.

»El cuello todo se le hinchó de rabia,
De furor erizóse la melena;
Y doblándose el lomo, el espinazo
Se le encorvó de un arco á la manera.

»A semejanza de hábil carrocero
Que para hacer la giratoria rueda
Al fuego pone, y tuerce poco á poco
El ramo dócil de silvestre higuera;

»Y miéntras dobla el calentado ramo
Aún cubierto de áspera corteza,
Se escapa de sus manos de improviso
Y léjos salta con atroz violencia;

»Así el leon, con ímpetu indecible
Desde léjos venir fiero se deja,
Y sobre mí lanzándose de un salto
Con mi carne feroz se saborea.

»Con una mano yo mis dardos tomo
Y el doble manto que de mi hombro cuelga
Sobre las sienes del leon con la otra
Levanto con furor mi clava horrenda,

»Y golpe tal descargo, que de oliva
El áspero troncon, se raja y quiebra

En dos pedazos, la cabeza hirsuta
Al quebrantar de la indomable fiera.

»Antes que llegue yo, precipitado
Cae de la que pisa árida peña;
Sobre las piernas trémulo vacila,
Con inquietud agita la cabeza;

»Que al sacudir los sesos dentro el cráneo
Ambos ojos cubrió fúnebre niebla.
Y yo al mirar que de dolor desmaya,
Antes que en sí el leon de nuevo vuelva,

»Arco y carcaj inútil arrojando,
Del no domado cuello con presteza
Busco el vital tendon; fuerte lo hiero
Y en sofocar esfuérzome á la bestia.

»Y para que sus garras no destrocen
Mi carne, entrambas manos delanteras
Sujeto por detras, y clavo al suelo
Sus piés robustos con mis propias piernas.

»Y montado sobre él, mi pecho fuerte
Al animal oprime, y lo sujeta
Hasta que al fin exánime lo miro
Y mis nervudos brazos ya lo sueltan.

»El cuerpo inerte del leon levanto
Miéntras su horrendo espíritu las puertas
Del Averno traspasa: y áun me aguarda

Otra difícil y última tarea.

»Porque á arrancar la piel del gran cadáver
No alcanza mi vigor ni mi destreza;
Que ni cede á los golpes de mi maza,
Ni el pedernal ni el hierro le hacen mella.

»Entónces algun númen me sugiere
El desgarrarla con sus uñas mesmas:
Fácil la arranco; vístola; y ahora
Contra Marte heridor es mi defensa.

»Del Nemeo Leon, que tanto daño
Acarreó á los hombres y á las bestias,
Tal, amigo, fué el fin. De su exterminio
Has oido la historia verdadera.»

IDILIO XXVI.

LAS BACANTES.

ARGUMENTO.

Nárrase la muerte de Penteo, rey de Tébas, á manos de su propia madre y sus tias, que celebraban frenéticas las fiestas de Baco. Ovidio trae la misma historia en el libro tercero de las *Metamorfósis*.

Ino bella, Autonóe, y Agave[1]
De mejillas cual pomas rosadas,
Hácia el monte conducen formadas
Tres falanges,[2] pues ellas son tres.
Y con hojas de encina silvestre,
Con humilde gamon y con hiedra
Doce altares adornan, de piedra,
En un campo sin flor ni cipres.

Nueve altares dedican á Baco;
A Semele[3] consagran el resto:
Reverente cada una del cesto
Las ofrendas que lleva sacó.
Y en las aras recien erigidas
Las colocan rezando plegarias
En la guisa y las órdenes várias
Que ama Baco y que Baco enseñó.

Observábalo todo Penteo[4]
En la cumbre de altísimo risco,
Escondido tras viejo lentisco
Que produjo la tierra feraz.
Autonóe lo ve la primera:
Hondo grito terrífica lanza,
Y perturba la Báquica danza
Tras Penteo corriendo tenaz.

Huye aquél: que á los ojos profanos
Es vedado mirar á la Orgía.
A ella agita furiosa manía,
Y á las otras igual frenesí.
Y la túnica alzando hasta el muslo,
Y del manto ciñendo la cauda,
En carrera lanzándose rauda
Por el monte van fuera de sí.

Y lo alcanzan; y él tiembla de miedo
Y les dice: *¿Qué os falta, mujeres?*
Y Autonóe: *Sabrás lo que quieres*
Sin poder nuestra réplica oir.

Sobre el hijo la madre se arroja;
La cabeza separa del tronco:
Da un rugido la víctima ronco,
Cual leona que ruge al parir.

Ino luégo se acerca furiosa,
Y la espalda y el hombro le arranca;
Con las piernas formando palanca
En el vientre le clava los piés.
De Autonóe no es ménos la furia;
Y los huesos quebrando en pedazos,
De la carne los rojos retazos
Se disputan las otras despues.

Luto en vez de Penteo trayendo,
Destilando sus cuerpos y ropa
Negra sangre, la Báquica tropa
Retornó á la Tebana Ciudad.
Más no digo. Ninguno de Baco
A las iras se exponga, ni inquiera
Más atroz su martirio si fuera
Y á los ocho ó nueve años de edad.[5]

Males vienen del malo á los hijos;
Bienes llueven al hijo del justo:
Esta máxima agrada al augusto
Soberano, de Olimpo Señor.
Seré santo, á los santos placiendo,
Viva Baco, á quien Jove sagrado
Colocó en el Dracano[6] nevado:
A Semele mil veces honor.

Y tambien á las sacras hermanas,
A las hijas de Cadmo[7] divinas,
Imitadas por mil heroínas,
Yo dirijo saludo filial.
A las obras que inspiran los Dioses
¿Quién audaz lanzará vituperios?
Los que narro inspirados misterios
No censure atrevido el mortal.

IDILIO XXVII.

ΟΑΡΙΣΤΥΣ ΔΑΦΝΙΔΟΣ ΚΑΙ ΚΟΡΗΣ.

Tal es el título original de este Idilio, que ni es atribuido unánimemente á Teócrito, ni de mérito igual á los demas. No se ha traducido por las razones expuestas en el Prefacio.

IDILIO XXVIII.

LA RUECA.

ARGUMENTO.

Yendo Teócrito á visitar al médico Nicias, lleva en regalo á Teugénide, esposa de éste, una rueca de marfil trabajada en Siracusa. Habla en todo el Idilio con la rueca, y elogia tanto el don como la persona á quien se destina.

¡Rueca del estambre amiga,
Rico don, grato presente
De Minerva[1] diligente,
La Diosa del ojo azul!
De las matronas que aumentan
Con su trabajo sin tasa
Las riquezas de su casa
Las delicias eres tú.

Ten confianza y no te pese
Con nosotros presurosa
Ir á la Ciudad famosa
En que Neleo reinó:[2]
Donde en tierno bosquecillo
Rico templo verdeguea
Consagrado á Citeréa,
Madre del hermoso Amor.

Pido á Jove me conceda
Quieto mar, próspero viento:
Ansioso de ver me siento
A mi huésped otra vez;
De las Gracias elocuentes
Al sacro vástago, Nicias.
¡Su mano con qué caricias
En la mia estrecharé!

Y de Nicias en regalo
Voy á ofrecerte á la esposa,
Rueca mia primorosa
De torneado marfil.
Y tú tejerás con ella
Muchas togas varoniles,[3]
Y túnicas femeniles
De ondas y vário matiz,

Porque dos veces al año
Las madres de los corderos
Su vellon en los oteros
Mansas dejan trasquilar

Para Teugénide bella,
La dama de hermosa planta.
¡Tanto el trabajo la encanta,
Mujer sábia sin rival!

Porque á casa donde tenga
La ociosidad su morada,
A tí, en mi tierra criada,
Nunca llevarte juré:
A tí, que llena de gloria
Patria tienes y familia
En lo mejor de Sicilia,
Isla que me vió nacer.

Son tus nativas murallas
De ínclitos varones cuna,
Que concedió la Fortuna
A Arquias de Efira fundar.[4]
Será la perla de Jonia,
Mileto, tu residencia:
De un prodigio de la ciencia
La morada habitarás.

A las dolencias humanas
Nicias, con arte divina,
Saludable medicina
Maravilloso encontró.
A Teugénide en su pueblo
Darás ¡oh rueca! más gloria,
Y guardarás la memoria
De su huésped y cantor.

Y al verte en su blanca mano
Girar con vuelo ligero,
Parándose el pasajero
Admirado exclamará:
«Regalo, por cierto, leve
Gran favor trajo consigo:
Cuanto viene de un amigo
El amigo debe honrar.»

IDILIO XXIX.

ΠΑΙΔΙΚΑ.

No se ha traducido este breve cuanto grosero Idilio.

IDILIO XXX.

Á LA MUERTE DE ADÓNIS.

ARGUMENTO.

Ordena Vénus la aprehension del jabalí que ha dado muerte á Adónis, y luégo lo suelta, movida por las excusas de la Fiera. Está escrito este Idilio en el original en el mismo metro Anacreóntico que se ha conservado en la traduccion.

Ciprina á Adónis[1] bello
Mirando agonizante,
Con pálido semblante
Y ajado su cabello,
Que traigan los Amores
Al jabalin ordena.
Recorren voladores
Toda la selva amena
Y lo hallan pensativo
Presa de acerba pena:

Con lazos mil atado
Condúcenlo cautivo.
Uno marchando al lado
Con su arco bien templado
Crüel lo aguijonea;
Otro la cuerda tira;
Pero temiendo la ira
De Vénus Citeréa
El jabalí renuente
Camina lentamente.
La Diosa de Citera,
Al verlo dice: «¡Oh Fiera
De todas la más cruda!
¿Conque este muslo hermoso
Tú laceraste ruda?
¿Tú heristes á mi esposo?»
El con humilde porte
Replica en tal apuro:
«¡Oh Vénus! Yo te juro
Por tí, por tu consorte,
Por estos Amorcillos
Que cazan, por mis grillos,
Que ofender á tu amante
No quise ni un instante.
Mas vílo, de amor ciego,
A un Númen semejante:
Ya sofocarse el fuego
De mi pasion no pudo
Y en el muslo desnudo,
¡Oh fatal embeleso!
Llegué á imprimir un beso.

Esta fué mi desgracia;
Mas no te pido gracia.
¡Oh Vénus! ten mis dientes,
Hiere, castiga, corta:
¿Ya conservar qué importa
Colmillos delincuentes?
Si no son suficientes
Toma tambien mis labios.»
A compasion movida
Del jabalin olvida
Citéres los agravios,
Y á los Amores manda
Soltar al prisionero.
Mas él con Vénus anda,
Y á su albergue primero
Con gratitud extrema
Renuncia eternamente,
Y sus colmillos quema
En una hoguera ardiente.

OTRA TRADUCCION.*

Cuando vió á Adónis muerto
La Diosa Citeréa
Con pálidas mejillas
Y suelta cabellera,
Mandó á los Amorcillos
Que luégo condujeran
Al jabalí asesino
A su real presencia.
Veloces recorrieron
Cual pájaros la selva,
Y lleno lo encontraron
De duelo y de tristeza.
Atáronlo al instante
Con lazos y cadenas.
Y miéntras uno de ellos
Marchaba á la cabeza
Al jabalí cautivo
Tirando de la cuerda,

* Es mi primer ensayo en traducir del griego en verso castellano, hecho á los diez y siete años de edad.

Los otros con sus arcos
Herian á la fiera
Para que á su destino
Llegara con presteza;
Mas ella caminaba
Silenciosa y lenta
Temiendo los enojos
De la Ciprina Reina.
Y así le dijo Vénus
Cuando venir lo viera:
«¡Oh tú de cuantas viven
La más osada bestia!
¿Tú laceraste, díme,
Aquesta forma bella?
¿Tú eres quien á mi Adónis
Ha dado muerte acerba?»
Y el jabalí responde:
«¡Oh Diosa de Citera!
Te juro por tu amante,
Te juro por tí mesma,
Por estos cazadores,
Por estas mis cadenas,
Que á tu adorado jóven
De célica belleza
Jamás mi intento ha sido
Dañar ni hacer ofensa;
Mas viendo su figura
Cual la de un dios esbelta,
Ya resistir no supe
De mi pasion la fuerza,
Y un beso darle quise

En mi fatal demencia;
Ósculo que produjo
Tan graves consecuencias.
Mas tuyos son mis dientes:
Acéptalos, ¡oh Reina!
Y dales á tu agrado
La pena que merezcan:
Y si esto tu venganza
No deja satisfecha,
Hé aquí tambien mis labios;
Tambien ellos perezcan.»
A compasion se mueve
La Diosa de Citera,
Y manda que al momento
Desaten las cadenas.
Mas por seguir á Vénus
La agradecida fiera
Ya desde aquel instante
Jamás tornó á la selva;
Y se llegó contrita
A una flamante hoguera
Quemando los colmillos
Que tanto mal hicieran.

FIN DE LOS IDILIOS DE TEÓCRITO.

IDILIOS

DE

BION DE ESMIRNA.

IDILIO I.

CANTO FÚNEBRE DE ADÓNIS.

A Adónis lloro: ha muerto el bello Adónis,[1]
El Adónis sin par: en mi quebranto
De los Amores me acompaña el llanto.

¡Oh Vénus desdichada!
No duermas ya entre púrpuras y sedas;
Levántate enlutada,
El tierno pecho hiere,
Y dí á todos, en lágrimas bañada:
Mi Adónis bello entre dolores muere.

A Adónis lloro: en mi fatal quebranto
De los Amores me acompaña el llanto.

Yace el hermoso Adónis en los montes,
Con su cuerpo nevado
Por homicida[2] diente atravesado,
Y su débil aliento
De dolor llena á la Ciprina Diosa;
De la honda herida sangre le destila,
Se oscurece su fúlgida pupila,
Y de su labio opácase la rosa.

A Adónis lloro: en mi fatal quebranto
De los Amores me acompaña el llanto.

Atroz, atroz herida
Su bello cuerpo afea,
Pero es mayor la que cruel desgarra
El tierno corazon de Citeréa.
En torno de él los galgos favoritos[3]
Doloridos aullan;
En torno de él, con lastimeros gritos
Las Oréades ninfas se lamentan.
Desesperada corre por los bosques
La Diosa de Citera,
El rostro sin color, el pié desnudo[4]
Y en desórden la rubia cabellera.
Su planta sin sandalia, el cardo agudo
Punza cruel, y la divina sangre
Tiñe la verde grama.
Por los valles frenética discurre ,
Y á Adónis bello á cada instante llama,
Y con aguda voz su pena anuncia,
Y del esposo Asirio

En su feroz delirio
El nombre en vano sin cesar pronuncia.
El moribundo jóven, de la herida
Rios de sangre arroja;
Y el albo vientre y cándido costado,
Y aquel pecho nevado
Cubre el vital humor, cual veste roja.

¡Triste de Citeréa! En su quebranto
De los Amores la acompaña el llanto.

¡Ay! Ya murió: murió su amado esposo,
Y huyó con él, del rostro peregrino
La celestial belleza.
Miéntras vivió su Adónis rubicundo,
De aquel cuerpo divino
Nada igualó la gracia y gentileza;
Mas apénas el hado
Con cruel muerte lo sacó del mundo,
De Vénus la hermosura
Se ofuscó para siempre ¡oh desventura!
Los montes elevados,
Las añosas encinas,
¡Ay de Adónis! tristísimas exclaman;
Lágrimas mil derraman
Por Adónis las fuentes cristalinas:
Los caudalosos rios
De Ciprina deploran los pesares,
Y de pena las flores
En vivo rojo truecan sus colores.[5]
La triste Diosa en tanto

Vaga por las colinas,
O la campiña fértil abandona,
Y flébiles cantares
Al discurrir por la ciudad entona.

¡Triste de Vénus, triste!
El rubicundo Adónis ya no existe.

Adónis ya no existe, Eco responde
Desde el antro profundo en que se esconde.
¡Ay! ¿Quién de la afligida Citeréa
No llorará los trágicos amores?
¿Quién habrá que contemple sus dolores
Y á tantas penas insensible sea?
Apénas vió la mísera Ciprina
La herida profundísima de Adónis;
No bien miró la sangre purpurina
Libre correr de su costado abierto,
Cuando, los bellos brazos extendidos,
Con lúgubres gemidos,
Exclama: «Prenda mia,
Detente, Adónis; desdichado, espera;
Deja que contemplarte
Al ménos pueda por la vez postrera.
Despiértate ¡oh! despiértate un momento,
Deja que llegue tu infeliz esposa
A recoger tu postrimer aliento...

»Mas ¡ay! que sin curarte de mis quejas[6]
¡Desdichado! te alejas.
Huyes, Adónis: huyes de Aqueronte

A la oscura region; á los dominios
Del lúgubre monarca del infierno:
¡Huyes, Adónis! Yo á dolor eterno
Y á amargo llanto condenada vivo:
Yo para siempre á padecer me quedo,
Y porque el hado condenóme á Diosa,
Seguirte al reino de Pluton no puedo.
¡Proserpina implacable!
Recibe tú mi idolatrado esposo:
Pues más allá que el mio
Se extiende tu infinito poderío,
Ya que cuanto hay hermoso,
Cuanto feliz ó rico aquí se encuentra
Al fin, cruel, á tus dominios entra.

»Moriste ¡dulce dueño!
Y nuestro amor se disipó cual sueño.[7]
Sola y viüda á Vénus has dejado,
Y ociosos permanecen los Amores
De mi triste mansion en el recinto.
Tambien sobre tu cuerpo, destrozado
Fué mi precioso cinto.[8]
¡Ah! ¿Por qué, á los peligros de la caza,
Temerario mancebo, te expusiste?
¿Por qué, siendo tan bello,[9]
A luchar con las fieras te atreviste?»

Clamaba así Ciprina en su agonía,
Y el llanto funeral de los Amores
A sus copiosas lágrimas se unia.

¡Triste de Vénus, triste!
El rubicundo Adónis ya no existe.

Citéres tantas lágrimas derrama[10]
Cuanta es la sangre que su Adónis vierte;
A entrambas, al caer sobre la grama,
Virtud oculta en flores las convierte;
La sangre engendra la purpúrea rosa,
Y de Vénus las lágrimas divinas
Hacen brotar la anémona graciosa.[11]

A Adónis lloro: á Adónis rubicundo
Muerte cruel arrebató del mundo.
Desciende ¡oh Vénus! de la selva umbría,
Da tregua á tu agonía.
Ya está dispuesto el funerario lecho:
En él yace tendido
Tu exánime marido,
Y aunque muerto, es hermoso todavía.
Bajo del frio pecho
No late ya su corazon ardiente.
¡Sin vida yace el desangrado jóven
Y parece que duerme blandamente![12]
Cúbrelo con las sábanas mullidas
En que dormir soliera
Sobre cojines recamados de oro.
Ven; no temas ¡oh Diosa de Citera!
No vuelvas á tu esposo las espaldas
Aunque su vista de dolor te llene:
Adórnalo con fúnebres guirnaldas
Y deshojadas flores;

Pero ¡ay! que todas al morir tu amado,
Perdieron sus colores.
Sobre él esparce mirtos olorosos,
Ungelo con mil bálsamos preciosos.
¿Qué importa que se pierdan
Cuantos perfumes crían las Arabias,
Si pereció tu bálsamo, tu Adónis,
Tu sin igual delicia?
¡Míralo cual reposa
Entre vestes de púrpura Fenicia![13]
Cortados los cabellos,
Lloran en torno los Amores bellos:
Este sus flechas rompe,
Aquél el arco pisa,
Otro destroza la emplumada aljaba;
Quién el áureo calzado
Desata á Adónis, quién el agua trae
En vasos de oro, y quién la herida lava;
Miéntras detras del funerario lecho,
Con sus delgadas alas, afanoso
A Adónis otro le abanica el pecho.[14]
Tambien de Vénus los acerbos males
Lamentan los Amores. Himenéo[15]
Ha extinguido su antorcha en los umbrales
Y destrozado la nupcial corona.
Cánticos de placer ya no resuenan,
Tristes ayes y lúgubres gemidos
Los vientos sólo llenan.
¡Ay de Himenéo! por doquier se escucha;
Pero más llanto arrancan las desgracias
Del bello jóven, que en infausta lucha

Triste sucumbe, y en la selva espira.
Las seductoras Gracias[16]
Del hijo de Cinira
Lloran el fin horrendo,
Murió el hermoso Adónis,
Unas á otras diciendo,
Y en lamentos prorumpen
Que los tuyos, Dione,[17] áun más agudos.
Las Musas[18] por Adónis
Vierten amargo llanto,
Y su nombre murmuran,
Y llamarlo procuran
Con sus gemidos y amoroso canto:
Mas él no escucha el llamamiento tierno,
Que aunque volver quisiera á su adorada,
La reina del Infierno
Lo detiene en el Orco enamorada.[19]
Es tiempo ya, Citéres,
Que ceses de gemir; enjuga el lloro,
Y de la tumba fria
Aléjate, do yace tu tesoro.
Y ántes que á tu retrete[20]
Tornes, á presidir ven este dia
El que en tu honor se da lauto banquete.
Otra vez á su lecho funerario
Venir podrás, á que de nuevo llores
El desdichado fin de tus amores
Al recurrir el triste aniversario.

IDILIO II.

Por un verde bosque
De denso espesor
Do nunca penetran
Los rayos del sol,
Con redes y cañas,[1]
Y de aves en pos
Vagaba un imberbe
Tierno cazador.
Sentado en las ramas
De un frondoso boj,[2]
Miró de repente
Al alado Amor:
Contento el muchacho
Sus cañas juntó,
Y dijo en su gozo
Con pueril candor:
«¡Oh qué ave tan grande!
¡Qué presa á hacer voy!

No habrá cazadores
En breve cual yo.
Que soy el más diestro
Dirán á una voz
Al ver que en mis redes
Tal ave cayó.»
Mas vano su empeño,
Fué vano su ardor,
En balde á Cupido
Sus redes tendió;
De un ramo á otro ramo
Volando veloz
Burló sus esfuerzos
Alígero Amor.
Airado el muchacho
Sus cañas rompió,
Pedazos las redes
Hizo en su furor;
En llanto deshecho
Del bosque salió,
Y, entre hondos suspiros,
A un viejo pastor
Que al arte difícil
Su mano adestró,
Narró su solemne
Desengaño atroz.
«¡Oh padre! le dijo,
Me abruma el dolor;
En vano de caza
Prudente leccion
Tu sábia experiencia

Mil veces me dió:
Esa ave que miras
De blanco color
Con alas doradas,
Pluma tornasol,
En vano en mis redes
Atrapar quise hoy:
Huyendo ligera
Mi astucia burló.»
Prudente el anciano,
Con ojo avizor
Miró hácia la selva,
Y al alado Dios
Su vista de lince
Bien reconoció.
Con paterno afecto
El buen labrador
Sonriendo, la cana
Cabeza movió;
Y «guárdate, dijo,
¡Oh incauto garzon!
Si estimas en algo
Tu vida y tu honor,
De esa ave maligna
No corras en pos;
El noble ejercicio
Del casto Endimion
Dejar para siempre
Valiera mejor.
¡Dichoso si nunca
La atrapa tu arpon!

No es ave ese monstruo,
Es bestia feroz:
Verás cuál se vuelve
Tu perseguidor;
Y apénas el bozo
Te apunte precoz,
El que hoy de tus redes
Ligero escapó,
Tu seno de vírgen
Hiriendo traidor,
Volará á anidarse
En tu corazon.»

IDILIO III.

A la sombra de una haya frondosa
Una tarde tranquilo dormia:
De repente hasta mí majestosa
La gran Reina de Páfos llegó.
Su alba diestra al Amor conducia,
Que modesto y sin arco ni aljaba,
De la tierra la vista no alzaba;[1]
Y así Vénus benigna me habló:

«¡Cuál me place la grata dulzura
De tus himnos, y el célico fuego;
Y esa voz tan süave y tan pura
Con que sueles mis glorias cantar!
»¡Oh zagal! A Cupido te entrego:
Dále, amigo, armoniosas lecciones;
Presto sepa tus dulces canciones
Repetir tu divino escolar.»

Citeréa partió; y al momento
Mis sencillas canciones rurales
Al compas de mi rudo instrumento
A enseñar á Cupido empecé.
¡Vano empeño: lecciones fatales!
¡Oh imprudencia de mi ánima incauta!
Cuál Minerva inventara la flauta[2]
Y Mercurio el laúd,[3] le narré.

Yo canté cuál la cítara de oro[4]
Forjó diestro el dulcísimo Febo;
Cómo Pan su instrumento sonoro,[5]
En Arcadia, de cañas formó.
Distraido el alado mancebo
Despreciaba mis castas historias;
Y odas mil entonando amatorias,
Mis idilios jamás escuchó.

De las ninfas del mar las locuras
Seductor celebraba Cupido,
De su Madre las tramas impuras,
Y de Baco el procaz frenesí.
Poco á poco dejé en el olvido
Sepultadas mis églogas todas,
Y de Amor las impúdicas odas,
¡Infelice! muy presto aprendí.

IDILIO IV.

No temen las Piérides hermosas
Las áureas flechas del traidor Cupido;
Antes adoran al rapaz de Gnido,
Y sus pisadas siguen obsequiosas.

Del poeta se alejan desdeñosas
En cuyo seno Amor no encuentra nido;
Mas si álguien canta, de su arpon herido,
Al vate todas cercan presurosas.

Víctima yo de su venganza ruda,
Si á Dioses canto ó ínclitos varones
Se pega al paladar mi lengua muda.

Mas si á Lícida infiel, ó al niño ciego
Emprendo celebrar, en mis canciones
¡Cuánta dulzura entónces! ¡cuánto fuego!

IDILIO V.

Si de mis versos place la armonía,
Bastan los que hasta ahora
Me concedió la Musa[1] bienhechora,
A hacer eterna la memoria mia.
Mas si faltos de ritmo y de dulzura,
Lastima los oidos su dureza,
¿A qué afanarme, vate sin ventura,
Por alcanzar la fama
A que el cruel destino no me llama?

Si Jove soberano,
O de las Parcas la voluble mano,
Dos vidas á los hombres concedieran:
Una de placer toda y alegría,
Otra tan sólo de dolor y llanto,
Gozar al ménos el mortal podria,
Tras tanta pena y sufrimiento tanto.

Pero ya que los Dioses
Una vida nos dieron solamente,
Breve en extremo y de miserias llena,
¿A qué bañar en trasudor la frente?
¿A qué pasar los voladores dias
De lágrimas cubiertos y de pena,
Riquezas viles y caducos bienes
De conseguir ansiosos,
O de ornar ambiciosos
Con délficos laureles nuestras sienes?
Echamos al olvido
¡Ay! que para morir hemos nacido,
Y que implacable el hado
Corta vida á los hombres ha asignado.[2]

IDILIO VI.

CLEÓDAMO Y MIRSON.

CLEÓDAMO.

La dulce primavera,
El otoño, el invierno ó el estío,
¿Cuál es ¡oh Mirson mio!
Para tí la estacion más placentera?
¿Con más veloce paso
Cuál que venga deseas? ¿Es acaso
El verano, en que al fin nuestras labores
Terminadas miramos felizmente
Tras de tantos afanes y sudores?
¿Ó el fructífero otoño más te agrada,
En que poco del sólito alimento
Basta á saciar el hambre moderada?
¿Ó te trae tal vez mayor contento
El muelle invierno que el trabajo impide?

Tambien el labrador los ratos ama
Que en ocio blando sumergido emplea
Al resplandor de calurosa llama.
Pero tal vez la primavera hermosa
Tu favorita sea.
Habla, dí cuál prefieres,
Que para larga plática y sabrosa
Tiempo nos dejan hoy nuestros quehaceres.

MIRSON.

Las obras de los Dioses no conviene
A los hombres juzgar de ningun modo;
Cuanto el mundo contiene
Todo es sagrado, y placentero todo.
Por contentar, empero, tu deseo,
¡Oh Cleódamo amigo!
Diré cuál estacion más bella creo:
Del verano, en verdad, soy enemigo.
¡Cuál me abrasa del sol la viva lumbre!
Vivo sin paz la amena temporada
Del otoño; la inmensa muchedumbre
De sus frutos opímos,
Engendra mil mortíferas dolencias:
Temo las inclemencias
Del destructor invierno, en que sufrimos
De la escarcha y la nieve tanto daño:
Solamente la dulce primavera
Que reinara querría todo el año.
¡Ay, ojalá que sempiterna fuera!
Entónces ni del frio los rigores,

Ni del sol nos molestan los ardores;
Todo en ella es fecundo,
Todo germina en la estacion de amores,
Y con grata armonía,
Es la plácida noche igual al dia.

IDILIO VII.

¡Oh hermoso Véspero!
¡Oh luz dorada
De la sagrada
Vénus sin par!
¡Lucero fúlgido!
No hay una estrella
Que tu luz bella
Pueda igualar.

Salve ¡oh espléndido
Astro divino,
Del peregrino
Antorcha fiel;
De la cerúlea
Noche en el manto,
Adorno santo,
Sacro joyel!

¡Oh estrella! préstame
Tus resplandores:
De los pastores
Voy al festin;
Y Cintia pálida
Ya va ligera
De su carrera
Llegando al fin.

Oye mi súplica,
Pues no la mueve
De robo aleve
Negra pasion;
Ni asestar pérfido
Mi daga quiero
Del pasajero
Al corazon.

Mis campos fértiles
Solo cultivo:
Aislado vivo
En dulce paz;
Y hoy alejándome
De mi retrete,
En el banquete
Busco solaz.

IDILIO VIII.

De Pisa[1] en los sin par alrededores
Sumerge Alfeo[2] la musgosa frente,
Y en busca va de la apartada fuente
Objeto de sus férvidos amores:

Lleva á Aretusa de variadas flores,
De oliva y de laurel nupcial presente,[3]
Y el sacro polvo[4] que el sudor hirviente
Riega de los heroicos luchadores.

Bajo el fondo del piélago camina;
Ni con el mar salobre el dulce rio
Mezcla jamás su linfa cristalina.

Así cruza el Océano bravío
Que su atrevida empresa no adivina.
¡Tal es de Amor la fuerza y poderío!

IDILIO IX.

¡Hija de Jove y de la Mar undosa,[1]
Vénus, que á Páfos placentera riges!
¿Por qué á los Dioses sin piedad afliges
Y á los mortales tu poder acosa?

¿Por qué á Cupido nos pariste ¡oh Diosa!
Tan fiero y tan cruel? ¿Y por qué eliges
Para adornarlo tan funestos dijes?
¿Quién provocó tu cólera espantosa?

El arte de engañar, al lisonjero
Rostro ¿por qué le diste? y al desnudo
Cuerpo esas alas de volar ligero?

¿Sus manos á qué armar de dardo agudo
Y de tiro dotarlas tan certero
Que no hay contra su arpon fuga ni escudo?

FIN DE LOS IDILIOS DE BION.

IDILIOS

DE

MOSCO DE SIRACUSA.

IDILIO I.

AMOR FUGITIVO.

Tras Cupido
Que se escapa
Va Ciprina
Congojada.
«¡Pasajero!
(Triste clama)
Por las calles
Y las plazas
¿Quién á un niño
Vió con alas?
Es de Vénus
Prenda cara.
Al que diga
Donde se halla
Recompensa [1]
Daré grata:

Y si hubiere
Quien lo traiga
A las puertas
De mi alcázar,
Yo le ofrezco
Mayor gracia.
»Mil á mi hijo
Señas claras[2]
Entre ciento
Lo indicaran.
Ver no esperes
Su tez blanca
Porque al fuego
Roja iguala.
Sus pupilas
Son dos brasas,
Y perversas
Sus entrañas,
Aunque dulce
Tiene el habla.
Una cosa
Dentro fragua
Y otra dicen[3]
Sus palabras.
Miel semeja
Su voz blanda;
Mas si la ira
Lo arrebata,
Es tremenda
Su venganza,
Todo es dolos,

Todo mañas,
Todo fraudes,
Todo tramas,
Y áun crueles
Son sus chanzas.
»La melena
Bien rizada
Mal al torvo
Rostro cuadra;
Sus manitas
Agraciadas
¡Ay! cuán léjos,
Cuál disparan!
Al Estigio
Lago alcanzan;
De Orco hieren
Al Monarca.[4]
Con el cuerpo
Desnudo anda,
Mas cubierta
Tiene el alma.
Leves plumas
Lo engalanan;
De ave á guisa
Vuela y salta,
Y á doncellas
Y muchachas
De improviso
Se abalanza
Y en su seno
Nido labra.

»Diminuto
Arco lo arma
Con la flecha
Preparada
Que hasta el cielo
Vuela rauda.
De oro puro
Rica aljaba
Siempre cuelga
De su espalda;
Mil saetas
Dentro guarda
Con veneno
Bien curadas
Que á mí propia[5]
Rudas causan
Muchas veces
Hondas llagas.
»Cuanto lleva
Todo espanta,
Todo hiere
Y anonada;
Mas su antorcha,
Bien que parva,
Aun al mismo
Sol abrasa.[6]
»¡Pasajero!
Si lo agarras,
Trae tu presa
Bien atada.
¡Infelice

Si te apiadas!
Cuando vieres
Que derrama
Tierno lloro,
Pónte en guardia,
Porque entónces
Él te engaña.
Si ríere,
Más lo afianza;
Zalamero
Si te abraza,
¡Léjos huye!
Porque mancha,
Y á quien besa
Lo contagia.
Si te dice
«Ten mis armas»
Y sus prendas
Te regala,
¡Ay! no aceptes
Nada, nada.
Fuego encierran
Esas galas:
No las toques
O te abrasan.»

IDILIO II.

RAPTO DE EUROPA.

I.

Heraldo fiel de la vecina aurora,
Cantaba el gallo por la vez tercera:[1]
Entraba de la noche la última hora
En que el sueño del hombre se apodera
Más dulce que la miel suavizadora,
Y sus cansados miembros refrigera,
Y verídicos sueños y visiones
Asaltan en tropel los corazones.

II.

En elevada estancia[2] Europa[3] bella
Del reposo se entrega á los placeres,
Y una dulce vision á la doncella,
Vírgen intacta aún, manda Citéres.[4]
Dos Comarcas percibe en gran querella,
Con el aspecto entrambas de mujeres:
Son Asia[5] y la region que opuesta se halla,
Y por Europa misma es la batalla.

III.

Peregrino ademan muestra la una;
De compatriota la otra tiene traza,
Mecida la pregona en propia cuna
Y oriunda la proclama de su raza.
«A Jove la destina la Fortuna»
Clamando la extranjera, á Europa abraza,
Y del Señor de la Egida á presencia
Asida la llevó sin resistencia.

IV.

Saltó aterrada del virgíneo lecho
Juzgando que era el sueño profecía;
Le palpitaba de pavor el pecho,
Y, los ojos abiertos, todavía
Miraba de ambos lados del Estrecho[6]
Las dos mujeres que soñado habia.
Sentada largo tiempo Europa calla
Y en esta exclamacion al fin estalla:

V.

«¿Cuál de los celestiales Moradores
Este sueño fatal me ha sugerido?
¿Qué los espectros son aterradores
Que á dibujarse en mi ánimo han venido
Cuando libre de amargos sinsabores
En mi lecho gozábame mullido?
¿Y quién es la simpática extranjera
Que entre sueños miré tan placentera?

VI.

»¡Oh Cielos! ¡Cómo á mi alma fascinad
Cautivó su benévola figura!
Ella tambien, ¡qué plácida mirada
Me dirigió de maternal dulzura!
Y al venir á abrazarme enamorada,
Hija mia, me dijo con ternura.
¡Ay! A los Dioses inmortales plegue
Que en bien el sueño á convertirse llegue.»

VII.

Dice: y en busca va de sus queridas
Compañeras,[7] de altísimo linaje,
Que la siguen doquiera siempre unidas,
Iguales en edad, tamaño y traje;
Ya sean á la danza conducidas,
O ya con ellas á bañarse baje
En las vertientes del Anauro[8] amenas
O á coger en su márgen azucenas.

VIII.

A su llamado huellan presurosas
Del conocido litoral la yerba,
Do el oleaje oir, ó frescas rosas
Place cortar á la feliz caterva.
Todas llevan canastas primorosas
Para flores, y Europa se reserva
De oro puro magnífica cestilla,
Del arte verdadera maravilla.

IX.

Con gran primor la cinceló Vulcano[9]
Y á Libia[10] la donó en nupcial presente,
Cuando Neptuno le tendió la mano,
De tierra y mar sacudidor potente.
De Libia pasó el cesto sobrehumano
A la madre de Europa, su pariente:
Telefaesa en fin, beldad egregia,
A su hija regaló la prenda régia.[11]

X.

Relucientes empresas y pasajes
Esculpidas se ven con noble brío:
Entre Dioses sin fin y personajes
De Ínaco la hija va, la triste Ío;[12]
Privada de sus galas y ropajes,
De la humana figura y señorío,
En becerra aparece trasformada,
Y de oro está su imágen trabajada.

XI.

De nadadora á fuer, párte ligera
Con la pezuña el mar, y loca salta,
Porque la agita la moscarda fiera:
Y azulado matiz el agua esmalta.
Dos hombres hay mirando en la ribera
Al acuático buey; ni Jove falta,
Que con la mano plácido acaricia
La becerra marina, su delicia.

XII.

Las siete bocas al tocar del Nilo[13]
En paz la deja el atrevido insecto,
Y Júpiter allí su antiguo estilo
Le restituye, y virginal aspecto.
De plata son las aguas del tranquilo
Riò; de bronce el animal perfecto:
Y Júpiter su efigie, cual conviene
Al Padre de los Dioses, de oro tiene.

XIII.

Del cesto en derredor, bajo la orilla
De Mercurio falaz se mira el ceño;
Exánime á sus plantas Argos[14] brilla
Con sus cien ojos que no cierra el sueño:
Del grande hijo de Maya la cuchilla
Burló, por fin, su temerario empeño,
Y de la sangre de Argos importuno
Se ve salir al pájaro de Juno.

XIV.

Su variado plumaje ostenta el ave
Y entrambas alas orgullosa extiende;
Velas parecen de ligera nave
Que con próspero viento el agua hiende;
Bajo ellas, de la cesta el labio cabe
Todo, y la cauda circular desciende.
Esta la historia, y la pintura es esta
De la de Europa bella hermosa cesta.

XV.

Apénas llegan al florido prado,
Cada una á despojar tallo distinto
Ufana corre por diverso lado.
Quién la violeta azul, quién el jacinto,
Quién arranca el narciso perfumado,
Y quién coge el clavel, de rojo tinto.
La multitud de deshojadas flores
Forma tapiz de espléndidos colores.

XVI.

Del azafran la rubia cabellera
Otras en tanto cortan afanosas,
Y de todas en medio Europa impera
Cual reina de las vírgenes hermosas:
Con delicadas manos, hechicera
Va recogiendo purpurinas rosas:
A la diva Citéres se parece
Que en medio de las Gracias resplandece.

XVII.

Mas ¡ay! no largo tiempo á su alma pura
Darán las flores cándido recreo,
Ni ha de adornar intacta su cintura
La faja virginal[15] que es hoy su arreo.
Jove la ve de la celeste altura,
Y luégo de la ninfa arde en deseo:
Aguda flecha lánzale Ciprina,
Sola deidad que á Júpiter domina.

XVIII.

El Hijo de Saturno enamorado,
De Juno al par los furibundos celos
Pretendiendo eludir apasionado,
Y de la tierna vírgen sin recelos
Ganar el corazon inmaculado,
Velocísimo baja de los cielos;
Oculta su deidad y su decoro,
De cuerpo muda y se trasforma en toro.

XIX.

Mas no semeja ni al que bien nutrido
En el establo su hambre satisface;
Ni al manso buey, que á curvo arado uncido
En la fecunda tierra sulcos hace;
Ni al ternerillo, que zagal garrido
Cuida entre muchos, y en el campo pace;
Ni al toro, en fin, que arrastra la carreta
Cargada, al yugo la cerviz sujeta.

XX.

Su finísima piel de color blonda
De todas las demas es diferente;
De argentado matiz mancha redonda
En medio luce de la rubia frente;
En su pupila azul, la pasion honda
Que lo consume brilla, y convergente
Cada asta en la cabeza igual despunta
Cual luna que sus cuernos áun no junta.

XXI.

Penetra en la pradera; mas espanto
No produce en las vírgenes su arribo:
Es su dulzura tal, y tal su encanto,
Que de irlo á acariciar, deseo vivo
Inflama á todas: ¡las atrae tanto
Del buey amable el ademan festivo!
Ni de las flores la fragancia iguala
El aroma divino que él exhala.

XXII.

De la inocente Europa se coloca
Delante; cariñoso juguetea
Y los hombros le lame. Ella lo toca
Y en hacerle caricias se recrea;
Con las manos enjuga de su boca
La espuma que odorífera blanquea,
Y fascinada imprime en su embeleso
En la frente del buey cándido beso.

XXIII.

Él muge de placer; y su mugido
De la Migdonia[16] flauta fiel imita
El penetrante armónico sonido;
Dobla las manos y la cauda agita,
Le muestra, con el cuello retorcido,
La vasta espalda, y á subir la invita;
Y Europa clama así á sus compañeras
De largas y flotantes cabelleras:

XXIV.

«Venid, queridas: con pueril contento
Montad sobre este toro al lado mio;
De su espalda el anchor cómodo asiento
A todas nos dará, cual un navío.
¡Qué manso! ¡qué gentil! Ni el fiero aliento
Tiene de los demas, ni el rudo brío.
Humano juicio y suavidad resalta
En sus acciones; solo hablar le falta.»

XXV.

Dice, y con rapidez risueña monta.
Quieren subir las otras; mas el toro
Alzándose veloz á huir se apronta
Apénas ha robado su tesoro.
A la orilla del mar él se remonta;
Ella las manos tiende, y con sonoro
Grito llama á las vírgenes, que en trance
Tan singular no pueden darle alcance.

XXVI.

De la playa abandona las arenas
Y marcha cual delfin entre las ondas
El toro audaz: montadas en ballenas
Salen del ponto las Nereidas[17] blondas,
Y van en procesion por las serenas
Olas, que aplaca, sus cavernas hondas
Dejando, el gran Neptuno, que á su hermano
Conduce por su reino soberano.

XXVII.

De sus conchas al són, gratas canciones
Nupciales entonando, larga tropa
En derredor camina de Tritones,[18]
Habitantes del mar; miéntras Europa,
Sentada cual en suaves almohadones
En los lomos de Júpiter, su ropa
Con una mano, con temor recoge
De que el agua del mar no se la moje.

XXVIII.

Con la otra el largo cuerno al toro afianza:
Y, cual lona de nave inflado el velo,
Con mayor rapidez la ninfa avanza;
Mas cuando abajo mar y arriba cielo
Sólo divisa, y á mirar no alcanza
Playa ni excelso monte, sin consuelo
La vista en derredor girando absorta
Así habla al toro que veloz la porta:

XXIX.

«¿Quién eres, buey divino? ¿A dó me llevas?
¿Cómo es posible que tus plantas graves
Prefieran esta ruta, ó que te atrevas
El piélago á sulcar, solo á las naves
Veloces accesible? Ama las glebas
El toro únicamente. ¿Cómo sabes
Nadar? ¿Qué comerás en esta larga
Vía? ¿Cómo gustar la linfa amarga?

XXX.

»¿Eres acaso un dios? ¿Cómo te inclinas
A hacer lo que á los dioses no conviene?
Ni el toro en las regiones submarinas
Ni en la tierra el delfin su asiento tiene;
Mas tú por mar y tierra al par caminas,
Tus manos remos son; y si te viene
Quizá el antojo, al azulado cielo
Remontarás, cual ave, el raudo vuelo.

XXXI.

»¡Ay! ¡Infeliz de mí, que á un buey siguiendo
Abandoné á mi padre y mis hogares
Y extraño navegar perdida emprendo!
¡Neptuno! A tí que los airados mares
Riges dominador, las manos tiendo.
¡Oh! Muéstrame tu faz en mis pesares,
Ya que eres de mi viaje escolta y guía.
¡De cierto marca un dios la senda mia!»

XXXII.

Dice, y así á la tímida criatura
Responde el animal de cuerno airoso:
«¡Valor, gallarda vírgen! Ni pavura
El piélago te dé tempestüoso.
Aunque de toro tengo la figura,
Júpiter mismo soy, dios poderoso.
De lo que más me agrada la apariencia
Puede tomar mi santa omnipotencia.

XXXIII.

»El piélago á cruzar tu amor me obliga
Y á la forma de toro me sujeta.
Será tu grato albergue la Isla amiga
Que á mí mismo nutrió, la hermosa Creta.[19]
Allí el amor que férvido me hostiga
Tocará la nupcial ansiada meta,
Y me darás fecunda hijos gloriosos
Monarcas en la tierra poderosos.»

XXXIV.

Así Júpiter dijo, y cumplimiento
Tuvieron sus palabras seductoras:
Arribaron á Creta, y al momento
Sus facciones de dios dominadoras
El Númen reasumió: régio aposento
Prepararon, y el tálamo las Horas.[20]
Fué la Vírgen esposa y madre amante,
E ínclita prole[21] regaló al Tonante.

IDILIO III.

CANTO FÚNEBRE DE BION.

Undosos rios, plácidas colinas,
Llorad la muerte de mi dulce amigo;
Llorad, Dóricas fuentes cristalinas,
Al amable Bion llorad conmigo.
Selvas espesas, árboles robustos,
Doloridos gemid: gemid, arbustos;
Y vuestros tristes cálices ¡oh flores!
Exhalen, en señal de amargo duelo,
Suavísimos olores.
Cándidas rosas, frescas amapolas,[1]
En púrpura teñid vuestras corolas.
¡Jacinto![2] Los crüentos caracteres
Que en tus hojas grabaste en negro dia,

Proclamen hoy que de amargura mueres;
Y el *¡ay!* que conmemora tu agonía
Mil veces en tus pétalos escribe:
¡El preclaro poeta ya no vive!

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias[3] Musas, prorumpid en lloro.

Canoros ruiseñores,
Que entre el follaje de la selva umbría
Con lúgubre armonía
Llorais de Filomena[4] los amores,
A las límpidas ondas de Aretusa[5]
Decid: Yace Bion cadáver yerto,
Y la Dórica Musa[6]
Y el canto pastoril con él han muerto.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Cisnes del Estrimon![7] En las riberas
De vuestro ameno rio, enviad al viento
Mil notas lastimeras,
Y con el triste acento
Con que Bion en tiempos más felices
Cantó por vuestro labios melodiosos,
Junto á sus claras linfas
Himnos funéreos entonad llorosos,
Y á las Eagrias[8] y Bistonias ninfas
Decid, lanzando lúgubre gemido:
¡Ay! El Dórico Orfeo ha perecido.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Aquel pastor de inspiracion divina
Que las delicias fuera del ganado,
No canta ya, de solitaria encina
Bajo la verde sombra recostado;
Mas de Pluton en la morada oscura,
Entona con tristura
Un cántico infernal junto al Leteo.
Ya no resuenan plácidos, como ántes,
Los montes y collados;
Con los mugientes toros van errantes
Las vacas por los prados;
Y gimen, y se quejan,
Y el pasto olvidan y la yerba dejan.[9]

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro,

Tu subitánea muerte
Lamenta el mismo Apolo: el Fauno[10] hirsuto,
Por tí ¡oh Bion! amargo lloro vierte,
Y visten los Priapos negro luto.
Los Panes doloridos
Con fúnebres gemidos
Tus armoniosos cánticos reclaman;
Y en vez de frescas aguas, en las fuentes
De la floresta, lágrimas ardientes
Las afligidas Náyades derraman.
Entre las breñas ásperas oculta,

Silenciosa sepulta
Eco sus profundísimos pesares,
Y sumergida se halla en hondo duelo,
Que remedar no puede tus cantares.
Sus frutos esparcieron por el suelo
Los árboles doquier en tu agonía;
Las flores marchitábanse; y la leche
De las tristes ovejas no fluía.
La miel en los panales,
En la cera se heló; que fuera agravio
Otra libar, ya secos los raudales
Que destilaban de tu dulce labio.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro

De la playa del mar sobre la arena
El piadoso delfin[11] no gime tanto;
Ni tanto Filomena
Entre las rocas lastimera trina:
Jamás la golondrina
Sobre los montes moduló su canto
Con voz tan lastimera; ni Alcïona[12]
De Céis por la muerte
Cantilenas tan lúgubres entona;
Ni en el cerúleo mar la voz suave
Eleva tanto Cérilo doliente,
Ni de Memnon[13] el ave,
En los remotos valles del Oriente,
Al hijo de la Aurora
Sobre su tumba revolando llora;

Cual hoy en su amargura,
Con diferentes voces y cantares
¡Dulce Bion! tu muerte prematura
Lamentan en la tierra y en los mares.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

Los ruiseñores todos
Y golondrinas dóciles, que un dia
Tu hermoso canto deleitar solia
Y á imitar enseñabas de mil modos
La voz humana y tu armonioso acento,
Antes que de tus cánticos se olviden,
En la selva en dos grupos se dividen
Para entonar el fúnebre lamento.
Triste desde una rama
El primer coro clama;
Y de la rama opuesta
El otro coro lúgubre contesta;
Y entrambos con unísono gemido
Replican: «¡Oh palomas![14] sin consuelo
Unid vuestro clamor á nuestro duelo.»

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Oh nunca bien llorado
Pastor enamorado!
¿Quién habrá ya que cante
Con tu dulce zampoña en adelante?

A tu sonora caña
¿Quién llevará sus labios? ¿Quién tamaña
Osadía tendrá, cuando el aliento
De tu sabrosa perfumada boca
Respira aún el músico instrumento;
Cuando Eco todavía
Dentro la caña, lastimera evoca
De tu apagada voz la melodía?
Tu incomparable flauta
A Pan mi mano vacilante lleva;
Mas, por temor quizá de no igualarte[15]
En el difícil arte,
A tocarla tal vez ni Pan se atreva
Y de sus labios trémulo la aparte.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

La hermosa Galatea[16]
Inconsolable gime;
¡Ay! ¡Cuál en otro tiempo
La deleitaba tu cantar sublime!
En la orilla del mar, hora tras hora,
Junto á tí reclinada muellemente,
La ninfa seductora
De tus labios estábase pendiente.
Tu cantar incesante
No era al de Polifemo semejante.
Los rústicos amores
Del Cíclope procaz dábanle enojos;
A tí ¡oh Bion! calmando sus furores

Miraba desde el mar con tiernos ojos.
El piélago ha olvidado;
En la desierta arena ahora se sienta,
Y el huérfano ganado
Que tuyo fué, tristísima apacienta.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Dulce poeta! De las Musas bellas
Contigo han muerto los divinos dones.
De cándidas doncellas
Huyeron los hechizos virginales;
Ya no arderán los tiernos corazones
De jóvenes gallardos; á raudales
Amargo lloro los Amores vierten
En derredor de tu funérea losa,
Y la Ciprina Diosa
En esta hora fatal muy más te ama,
Y más pregona su dolor profundo,
Que sobre el mismo Adónis moribundo.
¡Oh rio entre los rios clamoroso!
Nuevo dolor te oprime, nueva pena
De tus desdichas la medida llena,
¡Oh Meles[17] caudaloso!
Muerte cruel te arrebató primero
A tu divino Homero,
Vate fascinador, labio elocuente
De la diva Calíope; y la fama,
Que lloraste con lúgubre corriente
A tu hijo gloriosísimo proclama,

Y al entrar en el piélago inclemente,
Con la solemne voz de tus pesares,
La inmensidad llenaste de los mares.
Mas hoy otro hijo lloras
Y nuevo luto á contristarte viene:
Entrambos fueron gratos á las almas
Fuentes inspiradoras;
Aquél bebió las aguas de Hipocrene;
Éste apagó su sed en Aretusa:
Aquél, la hermosa Helena y los Atridas,
Sublime celebró, y el grande Aquíles;
Este ignoró las guerras fratricidas,
Sólo entonó canciones pastoriles,
Y al fragor de las armas siempre extraño
Cantando apacentaba su rebaño;
Y ya sus caras vacas ordeñaba,
Ya flautas y zampoñas fabricaba;
Del campo celebraba los placeres,
Y los tiernos amores
Cantaba de los cándidos pastores,
Siempre á Cupido grato y á Citéres.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

No hay ínclita ciudad que no te llore;
No hay ¡oh Bion! un pueblo ni una villa
Que tu temprana muerte no deplore.
Que á Hesíodo muy más, Ascra te siente,
Y la Beocia gente
Por tí más que por Píndaro suspira.

Ménos lloró la pérdida de Alceo
La amurallada Lésbos; y la lira
De su afamado vate
Ménos que tu zampoña extraña Ceo.[18]
De Arquíloco en la muerte no se abate
Tanto cual hoy, la montañosa Páros,
Y á su Safo querida,
Por lamentarte, Mitilene olvida.
Cuantos pastores, á las Musas caros,[19]
Saben cantar, su dulce poesía
Consagran á tu lúgubre memoria.
Sicélides, de Sámos honra y gloria,
Entona tierno flébil elegía.
De la Cidonia en medio á los poetas,
Sus sólitos concentos
Trueca el alegre Lícida en lamentos,
Y del viejo Filétas
Llora por tí la dolorida Musa
Al márgen del Halentes cristalino.
Tambien en Siracusa
Te lamenta Teócrito divino;
Y yo, cuitado, en tanto,
Te ofrezco un funeral, Ausonio[20] canto;
Yo, no del todo extraño á la armonía
De los metros bucólicos, que diestro,
¡Oh llorado maestro!
A tus alumnos enseñaste un dia.
De la Dórica Musa y de sus dones
Gloriosos herederos nos hiciste:
Tus ricas posesiones
A otros legaste en codiciada herencia;

A mí de tus cantares la cadencia.

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

¡Triste de mí! Cuando en el seco huerto[21]
El apio verdeclaro se marchita;
Cuando las malvas lánguidas perecen
Y el encrespado hinojo cae muerto,
Renacen al otro año y reflorecen.
Mas ¡ay! cuando una vez nos precipita
En la tumba la muerte inexorable,
A nosotros, los grandes, vigorosos,
Sabios varones, sueño imperturbable
Largo, infinito, eterno,
De la tierra en los senos tenebrosos
Fuerza nos es dormir: y miéntras yace
Tu cadáver ¡Bion! en honda fosa,
Mudo y sin notas, á las Parcas place
Que cante sin cesar la rana[22] odiosa...
¡Canta, rudo animal! Sin miedo canta
De que te turbe la palabra mia.
¿A quién celos darás? ¿A quien no hastía
El graznido sin fin de tu garganta?

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro,

Llega el veneno á tu canora boca,
Y en el cáliz ¡Bion! bebes la muerte.
¿Cómo tu labio toca

Y en dulcísima miel no se convierte?
¿Quién de tus bellos cantos
Insensible á los mágicos encantos,
Quién de tu grata pastoril zampoña
Sordo á la voz divina,
Mortífera ponzoña
Con alevosa mano te propina?

Unidas prorumpid, en flébil coro,
Trinacrias Musas, prorumpid en lloro.

A todos ¡oh dolor! sin esperanza
La merecida pena nos alcanza.
Yo, desdichado, en el comun quebranto
Al duelo universal úno mi llanto
Y tu muerte deploro. ¡Oh! si pudiera
Cual Orfeo[23] y Ulíses elocuente,
Y que ambos ántes, Hércules valiente,
Al infierno bajar, yo descendiera
Con alma fuerte y con veloces plantas
Al reino de Pluton, á ver si cantas
En el Orco tambien, y qué canciones.
A la real Doncella[24]
Que triste impera en la region umbría
Canta una siciliana melodía
Y un himno pastoril; que tambien ella
La zampoña tañer alegre supo,
Y el Dórico cantar la deleitaba
Cuando la suerte plácida le cupo
De vivir libre en el Trinacrio suelo,
Del rojo Mongibelo[25]

Mirando siempre la encendida lava.
No sin la recompensa merecida
Tu canto quedará. Si el Tracio Orfeo,
Desde la negra márgen de Leteo,
A Eurídice volver pudo á la vida,
Con la dulce influïencia
De su mágica lira armonïosa,
Hécate poderosa
Del canto cederá á la omnipotencia,
Y olvidando otra vez su injusta saña,
Te volverá de nuevo á tu montaña,
¡Lamentado Bion! Y si yo mismo
Templar supiera el músico instrumento,
¡Cómo entonara en el oscuro abismo,
Ante Pluton, armónico concento,
Hasta traerte, á fuerza de canciones,
De nuestra dulce vida á las regiones!

IDILIO IV.

LAMENTOS

DE

MEGARA, ESPOSA DE HÉRCULES.

I.

«¿Qué aflige tu alma así, madre[1] adorada?
¿Por qué la rosa huyó de tu mejilla?
¿Por qué gimes al verme, horrorizada,
Y eterno llanto en tu pupila brilla?
¿Acaso la tristeza te anonada
Porque á tu ínclita prole osado humilla
Con tormentos sin fin esclavo ingrato,
Como á leon raquítico cervato?

II.

»¡Pobre de mí! ¿Por qué los Inmortales
Me deshonran así? ¿Por qué me han dado
La vida bajo estrellas tan fatales
Mis padres? A un varon inmaculado
Desque me unieron lazos conyugales,
Cual mis ojos lo adoro y he adorado;
Pero como él ningun viviente apura
El cáliz del dolor y la amargura.

III.

»Con el arco, de Apolo soberano
Regalo, y con las flechas, que homicida
Parca ó Furia[2] quizá puso en su mano,
A sus tres hijos arrancó la vida.
¡Padre infelice! Respirando insano
Sangre y matanza, de dolor transida
Con mis ojos lo ví (¿quién lo soñara?)
Asesinar á nuestra prole cara.

IV.

»*Madre*, con voz gritábanme doliente,
Y no me era posible á mis hijuelos
En riesgo socorrer tan inminente.
Cual tórtola que mira á sus polluelos
Devorados por hórrida serpiente
Que se arrastra furiosa por los suelos,
En derredor volando gime y llora
Quejándose con voz desgarradora;

V.

»Pero á librarlos del dragon aleve
No alcanza el lloro de la madre pía,
Que á aproximarse al monstruo no se atreve:
La casa así en mi duelo recorria
Con insano ademan y planta leve,
Llorando en balde á la progenie mia.
¡Oh de mi sexo tutelar Diana![3]
¿Por qué no me mató flecha inhumana?

VI.

»Juntos en una pira, y entre el lloro
De solemnes exequias[4] y el lamento,
Mis padres amantísimos que adoro
Nos colocaran con piadoso intento;
Los huesos recogiendo en urna de oro
Alzaran en la patria un monumento:
Mas ahora viven en la ecuestre Tébas,
Tristes arando las Aonias[5] glebas.

VII.

»Y yo gimo y padezco aquí en Tirinto,[6]
Hostil Ciudad de Juno: mis pesares
No conocen alivio, ni es distinto
Un dia de otro dia; de mis lares
Poco miro á mi esposo en el recinto;
Errante por las tierras y los mares
Sus trabajos consuma: alma de acero[7]
O de mármol encierra el pecho fiero.

VIII.

»Y tú, Madre, como agua te liquidas[8]
Vertiendo de contino amargo llanto,
Cuantas noches nos manda denegridas,
Cuantos dias nos da Júpiter santo;
Y no hay de mis parientas tan queridas
Otra que me socorra en mi quebranto:
Dejaron de mi hogar los muros viejos
Y del Istmo pinoso[9] moran léjos.

IX.

»No tengo, á la verdad, á quien la vista
Volver, y que en el trance que me apura
Mi honda desgracia á soportar me asista,
Salvo Pirra[10] mi hermana; y de amargura
La llena su marido y la contrista,
Ificles, hijo tuyo sin ventura.
Tus hijos son los más infortunados,
De mortal ó de Númen[11] engendrados.»

X.

Así Mégara habló: y en su albo seno
Las lágrimas caian á torrentes
De su pupila, al recordar de lleno
A sus hijos, y padres, y parientes.
Tambien á Alcmena, el propio y el ajeno
Duelo, sus ojos convertia en fuentes;
Y sollozando habló de esta manera
Sábias palabras á su amada nuera:

XI.

«¡Hija adorada, por tu mal fecunda!
¿Por qué en comunicarme así te afanas
La tristeza fatal que tu alma inunda,
Las penas recordando, ya lejanas,
Que no es la vez primera ni segunda
Que lloramos con lágrimas tempranas?
¿No basta, por ventura, á cada dia
Su dósis de dolor y de agonía?[12]

XII.

»Consuélate: á nosotras el Destino
No reserva de véras igual muerte.
A compasion, querida, yo me inclino
Tan abatida y tan cuitada al verte:
Si al que nació bajo dichoso síno
En tedio al fin su gozo se convierte,
Teniendo que partir los sinsabores
De mi familia, es justo que tú llores.

XIII.

»Por Proserpina, y por la casta Céres[13]
De espeso velo y larga vestidura,
Yo juro (y Diosas son á las mujeres
Terribles, cuando alguna en vano jura)
Que tanto te amo, y á mis ojos eres
Tan dulce cual si fueras criatura
De mi seno salida, y la postrera
Doncella que en mi hogar permaneciera.

XIV.

»Tú lo conoces, mi alma: y no pregones
Que consuelo te niego y que no te amo.
El dolor de una madre que perdones
Es fuerza, aunque más lágrimas derramo
Que Níobe[14] infeliz. Diez lunaciones
Tuve en mi seno al hijo por quien clamo,
Y las puertas del Orco turbulento
Casi me hizo cruzar su alumbramiento.[15]

XV.

»Él por lejanas tierras hoy camina
De otro nuevo combate en desempeño,
Y ¡mísera! no sé si determina
El Hado que á abrazar torne á mi dueño.
Una vision, que temo que rüina
Traiga á mis hijos, á turbar mi sueño
Vino con mil espectros, que la calma
¡Ay! acabaron de robar á mi alma.

XVI.

»Teniendo en ambas manos férrea azada
A mi Hércules mirar me parecia,
Que de álguien trabajando á la soldada
Profunda fosa en verde campo abria;
Sin jubon ni la ropa acostumbrada
Desnudo su tarea proseguia,
Y al terminar la cerca de un viñedo,
Clavando su azadon, sentóse quedo.

XVII.

»Iba otra vez á revestirse, cuando
De repente brotó de la profunda
Fosa, fuego vivísimo; y girando
Llama devoradora lo circunda:
Él retrocede rápido, evitando
De Vulcano[16] la fuerza furibunda,
Y de su cuerpo en derredor, aprisa
La azada vibra, de broquel á guisa.

XVIII.

»Los ojos vuelve aquí y allí, defensa
Buscando por doquier contra la lumbre;
Ificles generoso darle piensa
Auxilio en su terrible pesadumbre;
Pero resbala y cae, cuando inmensa
Distancia áun lo separa (así al vislumbre
De aquella flama verlo me parece)
Y clavado en la tierra permanece.

XIX.

»Al inútil anciano semejante
Que á pesar suyo por los suelos rueda
Y por la senectud debilitante
Obligado, en la tierra inmóvil queda,
Miéntras llega piadoso caminante
Que con robusta mano alzarlo pueda,
Por el senil aspecto conmovido,
Y la nevada barba del caido;

XX.

»No de otra suerte mi Ificles hermoso
A pesar de su fuerza y su pujanza,
Por el suelo arrastrábase quejoso
De poderse mover sin esperanza;
Y derramaba yo llanto copioso
De mis hijos al ver la malandanza,
Hasta que el sueño me quitó la Aurora,
Y con él la vision aterradora.

XXI.

»Tales fueron, querida, las visiones
Que turbáronme ayer la noche entera.
¡De mi casa alejar sus predicciones
Apiadado, por fin, el cielo quiera!
Sobre Euristeo, en vez, mis maldiciones
Caigan: sea mi voz sábia agorera,
Y á nosotras no mande la Fortuna
En adelante ya desgracia alguna.»

IDILIO V.

Cuando la brisa ligera
El mar azulado agita,
Aunque tímido, me excita
Mi capricho á navegar.
Y ni me place la Musa
Ni versos mi labio canta,
Porque mucho más me encanta
La tranquilidad del mar.

Pero si borrasca fiera
Conmueve al piélago undoso,
Y encorvándose espumoso
Brama y ruge con furor;
Cuando á las airadas olas
Ya no hay nave que resista,
Vuelvo á la tierra la vista
Y la mar me da pavor.

Y los árboles me agradan
De nuevo y la selva umbría,
Y de la playa se fia
Tan solo mi corazon.
En tierra, el móvil follaje
De los álamos y pinos
Exhala plácidos trinos[1]
Aunque sople el Aquilon.

Al pescador infelice
Triste vida en suerte cabe:
Por casa tiene la nave
Y las ondas por hogar.
De sus trabajos en pago
El mar le niega mercedes,
Y apénas pueden sus redes
Incierta caza buscar.

A mí el plátano frondoso
Con su sombra me fascina,
Y de la fuente vecina
Me halaga el dulce gemir.
Blando es entónces mi sueño,
Porque al labrador no asusta,
Sino que adormece y gusta
Su grato estrépito oir.

IDILIO VI.

Pan á Eco[1] su vecina férvido ama;
Al Sátiro[2] saltante Eco enamora,
Y el Sátiro fogoso á Lida adora;
Que así Cupido sus enredos trama.[3]

Cuanto Eco á Pan y el Sátiro á Eco inflama,
De Lida el fuego al Sátiro devora;
Amante, cada cual desdenes llora;
Querido, hiel en su amador derrama.

Quien la flecha de Amor áun no ha sentido,
Aprenda esta leccion, si acaso quiere
La venganza evitar del Dios de Gnido:

Si una niña por él de amores muere,[4]
Páguele su cariño agradecido,
Y él á su vez correspondencia espere.

IDILIOS VII Y VIII.

Atribuidos por muchos á Bion, se han incluido en la presente version entre las obras de este Bucólico.

IDILIO IX.

Ó MAS BIEN EPIGRAMA.

AMOR ARANDO.

Depuesta la antorcha,
Guardado el carcaj,
La vara punzante
Blandiendo procaz,
Travieso Cupido
Por el campo va.
Del hombro le cuelga
Pesado costal,
Y el fértil terreno
Se apresta á labrar.
El yugo á los bueyes

Impone el rapaz,
Con diestra maniobra
El sulco abre ya,
Y el grano de Céres
Al ir á sembrar,
Mirando á la excelsa
Region celestial,
A Júpiter mismo
Dirígese audaz.
«¡Oh Jove! (le dice)
Ya puedes enviar
Al campo que labro
Calor y humedad.
Si no, por mi Madre
Te juro veraz,
¡Oh de Europa bella
Cornudo animal!
Que en forma de toro
De nuevo bajar
De Olimpo á la tierra
Mis flechas te harán,
Y uncido al arado
Conmigo andarás.»

FIN DE LOS IDILIOS DE MOSCO.

NOTAS.

IDILIOS DE TEÓCRITO.

IDILIO I.

1. El viento soplando entre los árbo'es produce á veces notas armoniosas, al grado que unos han creido que de aquí tomaron los hombres la idea del canto. Hay en el original una hermosa onomatopeya, contenida en la palabra ψιθύρισμα y en las demas que componen el primer verso. He procurado trasladarla al castellano, y lo he conseguido, aunque no tan perfectamente como en el griego, cúyas υ, ψ, y σμ, imitan mejor el *susurro* que no nuestra *u* abierta y la combinacion *st.* El pino (πίτυς) era la planta favorita del Dios Pan, desde que la ninfa Pítis, su predilecta, fué cambiada en este árbol por el celoso Bóreas.

2. No están acordes los mitólogos acerca de la genealogía de esta importante divinidad. Mercurio es el padre que generalmente se le atribuye, y una ninfa de Arcadia se supone su madre. Era dios de los cabreros en particular, miéntras los pastores de ovejas le guardaban muy pocas consideraciones, segun vemos en el trascurso de este mismo Idilio. Así es que el cabrero se niega á perturbar el reposo, á que él y las demás deidades rústicas se entregaban á mediodía, segun la creencia general; al paso que Tírsis no teme despertarlo con su canto. Esto no impide que Dáfnis lo invoque más adelante

y le consagre al morir su zampoña; pero lo hace no como á su dios tutelar, sino como á inventor de este pastoril instrumento. «Pan (dice Servio en sus Comentarios á Virgilio) es un dios rústico formado á semejanza de la naturaleza, y de aquí le viene su nombre de Pan, es decir *Todo*; porque tiene astas, á semejanza de los rayos del Sol y los cuernos de la Luna: su rostro es rubicundo á imitacion del éter; tiene en su pecho una manchada piel de ciervo para denotar las estrellas; sus miembros inferiores son velludos por razon de los árboles, arbustos y fieras; tiene piés de cabra para indicar la estabilidad de la tierra: muestra una flauta de siete cañas, que significa la armonía del cielo, en que hay siete notas, y por ultimo se apoya en un curvo cayado por razon del año, que vuelve sobre sí mismo, porque es dios de toda la naturaleza.» Tenía fama de iracundo, como nos revela más abajo el cabrero, debiendo aquí notar que los antiguos colocaron en la nariz las pasiones violentas, al grado que en hebreo (como observa Pagnini) la cólera y la nariz se designan con el mismo vocablo. El terror, llamado áun hoy dia *pánico*, fué atribuido á Pan, y de él ha derivado su nombre.

3. Las Musas, como nadie ignora, eran nueve: *Caliope* que presidia á la Poesía épica; *Clío* á la Historia; *Melpómene* á la Tragedia; *Euterpe* á la Música; *Erato*, musa de los matrimonios; *Terpsícore*, musa de la Danza; *Urania*, musa de la Astronomía; *Talía*, deidad tutelar de la Comedia, y *Polimnia*, musa de la Elocuencia. Hijas (segun Hesíodo, casi universalmente seguido) de Júpiter y Mnemósine, nacieron en Pieria, en Macedonia; y del lugar de su nacimiento se llaman Pierias ó Piérides. Se les designa igualmente con diversos epítetos, tomados, ya de su bien conocido número, ya de las montañas, grutas ó fuentes que les estaban especialmente consagradas, como los montes Pimpla, Pindo, Parnaso, Helicona; las fuentes Hipocrene, Aganipe, Castalia, ó la cueva Coricia. A las Musas se atribuía en la Antigüedad el reinado sobre el canto y la memoria; Homero y todos los poetas las invocaban al principio y en las partes más difíciles de sus obras; sin ellas era imposible á un mortal cantar con armonía ni recordar en sus versos cosa alguna. A este fin se procuraba tenerlas pro-

picias, ya con sacrificios, como aquí les promete el Cabrero, ya con frecuentes invocaciones, como hace Tírsis en el retornelo de su cancion.

4. El Siciliano Dáfnis, celebrado en este y otros muchos cantares, fué hijo de Mercurio y una ninfa, que despues de darlo á luz lo expuso bajo un laurel, de donde tomó su nombre (Δάφνη). Amó él tambien á una ninfa que lo favoreció, exigiéndole en cambio que en ninguna otra fijara los ojos, so pena de privarlo de la vista. Por mucho tiempo se mantuvo fiel, á pesar de ser perseguido por las más hermosas doncellas de Sicilia; pero al fin una princesa lo cautivó, y el desdichado tuvo que sufrir el anunciado castigo.

Mercurio, el bien conocido dios del comercio, de la lucha, de la elocuencia, y del robo; mensajero, además, de las divinidades Olímpicas, fué hijo de Júpiter y la ninfa Maya, y desde pequeñuelo consumó grandes hazañas: de alguna de ellas se trata en otros Idilios.

5. Más arriba se ha mencionado ya á las Ninfas, y aquí se especifican las Náyades; fuerza es decir algo acerca de estas divinidades menores. Las Ninfas se dividian en ocho categorías segun los lugares donde tenian su habitacion y reino, á saber: 1.°, las *Oréades*, ó ninfas de los montes; 2.°, las *Nepeas*, ó ninfas de los valles; 3.°, las *Leimoniades*, ó ninfas de los prados, 4.°, las *Náyades*, ó ninfas de las aguas, que aquí se nombran, y moraban en los rios, arroyuelos y fuentes; 5.°, las ninfas de los lagos se denominaban *Limníades*; 6.°, las de los árboles, *Hamadríades*; 7.°, las de los bosques en general, *Dríades*, y 8.°, las que cuidaban los verjeles ó rebaños, *Meliades*. Las ninfas, que no eran *ni diosas ni mujeres* (como canta un Homérida en su himno á Vénus), representan un gran papel en la mitología, sobre todo al tratarse de las relaciones entre dioses y mortales. Como acabamos de ver en la nota anterior, estaban dotadas de gran poder sobre los hombres, y si recompensaban generosamente todo favor, pagaban bien caro el menor ultraje.

6. «El Dios Priapo, dice Pausanias, es honrado en otras partes por los que guardan ovejas y cabras, ó enjambres de abejas; pero los de Lámpsaco lo veneran más que á cualquie-

ra otro de los dioses considerándolo hijo de Baco y de Vénus.» En esta tierna invitacion del Cabrero se alude á las estatuas de las referidas divinidades, colocadas reverentemente junto al umbroso manantial.

7. Boissonade (y con él algunos otros) en vez de la leccion comun, adopta ἀκριδοθήκαν; «porque, dice, no podria el muchacho coger los insectos con la trampa que tejia, sino más bien los cogeria con la mano, guardándolos luégo en la vistosa jaula, cual aves en rica pajarera.» Si al lector place esta variante, podemos traducir: *Vistosa jaula de guardar cigarras.* Aquí notaré que la ἀκρις de los Griegos, la interpretan en latin, unas veces *cicada*, otras *locusta*, otras *gryllus*; pero que no es precisamente ni la cigarra, ni la langosta, ni el grillo que conocemos en América, y por eso vierto indistintamente ya de un modo ya de otro, segun las exigencias del metro, de la elegancia y de la rima.

8. Calidona era una ciudad de la Eolia, donde el vaso se dice fabricado. Las copas fueron uno de los objetos en que muy temprano ejercitaron los antiguos la escultura y pintura. Al principio eran de tierra ú otras sustancias poco costosas; despues llegaron á ser de oro y piedras finas. Como era costumbre en los banquetes que cada uno tuviese su vasija, sin que el licor se virtiese poco á poco de alguna jarra ó botella, de aquí es que los vasos eran muy grandes, al grado que apénas podia un hombre alzar el de Néstor. No es maravilla, pues, que tantas y tan variadas figuras cupiesen en el que aquí se describe. Figuran entre los adornos en primera línea la vid y el acanto. Aquélla figura igualmente entre los bajorelieves del escudo de Aquíles: éste ha sido uno de los ornamentos favoritos de la arquitectura, como vemos en los capiteles corintios. Es digna de notarse la red, que recoge el cabello de la dama esculpida en el interior de la copa. Esta clase de tocado se usó desde la más remota antigüedad, y se percibe en la cabeza de una ninfa junto á Neptuno, en una pintura de Pompeya.

9. Por parecerme más sonoro, y convenir más á la armonía de mi verso, sustituí *Parnaso* á *Peneo*, que es el que menciona el original. Seguí en esto el ejemplo de Virgilio,

quien al imitar este pasaje hace igual sustitucion. Tanto el Parnaso como el Peneo y el Pindo están en la apartada Grecia, miéntras que el Acis, y el Anapo (que no hay que confundir con el rio de igual nombre de Acarnania) se hallan en Sicilia, donde pasaron las aventuras de Dáfnis. En algunos casos he preferido el nombre moderno y más sonoro de *Mongibelo*, al de *Etna*, el bien conocido monte volcánico de la misma Sicilia. Otras veces he retenido la antigua denominacion, como lo hago al principio del bello cantar en que Tírsis, conforme á la antigua costumbre, pone su nombre y lo que podríamos llamar su apellido: *Tírsis el del Etna*. Nótese más abajo la simpatía y amor de los animales y las fieras hácia el Pastor, cuya índole dulce y amable á todas atraía. Virgilio, que no perdió ocasion de recoger las más preciosas perlas de Teócrito, á este pasaje da un lugar muy distinguido, haciéndolo resaltar con sus pulidos y elegantísimos versos.

10. No faltará alguno de mis lectores que extrañe frases tan morales en el dios de la disolucion. En efecto, este es uno de los pasajes expurgados; pues algunas de las expresiones de Priapo, gratas quizá en otro tiempo, apénas se tolerarian hoy dia en una taberna. Sin embargo, el pensamiento general, y muchas de las sentencias, están exactamente reproducidos, y sólo he suprimido dos ideas obscenas, y he sustituido una comparacion poco limpia con una interrogacion muy moral. Nótese la artificiosa gradacion en las visitas que recibe el agonizante Dáfnis. Primero viene su padre Mercurio, y tiernamente lo consuela; llegan los pastores preguntando con interes por su compañero; tras ellos viene Priapo, y aunque pretende consolarlo le dirige tan grosero reproche, que indignado el zagal rehusa darle repuesta; y por fin se le acerca la Diosa de los amores en tal actitud y con tales reconvenciones, que provoca la amarga y sarcástica repuesta de que hablamos en las notas siguientes.

11 ¡Citéres burlándose de los amores del pobre zagal! Si esto nos admira á nosotros, con mayor razon indignó á Dáfnis, cuyas faltas eran verdaderamente veniales comparadas con las de su interlocutora. Así es que empieza á echarle en cara sus flaquezas una por una, recordándole ante todo con

una bella reticencia el cohecho del inicuo juez Páris, y sus aventuras con el otro pastor Anquíses (las primeras fuera del Olimpo), de que resultó el magnánimo héroe del poema Virgiliano, el piadoso Eneas: ambas acontecieron en las espesas selvas del Ida, monte del Asia menor, y muy célebre en la mitología. Menciona luégo la predileccion de la diosa por el cazador Adónis, cuya historia se narrará más extensamente en las notas al Idilio I de Bion. (q. v.)

12 «Este *(Diomédes)* entretanto con el hierro á Vénus
Obstinado seguia, conociendo
Que no es diosa valiente, ni de aquellas
Que presiden del hombre á las batallas....
»Cuando ya la alcanzó, despues que mucho
En su alcance corriera por las filas,
Acometiendo con el duro hierro
La hirió en la palma de la tierna mano;
Y el cútis desgarró la aguda pica,
Tambien rompiendo el manto refulgente
Que las Gracias labraran. Y hasta el suelo
Corrió la sangre blanquecina y pura
Icor llamada.....
»Al ver Diomédes á la diosa herida
Le dijo en altas orgullosas voces:
«Abandona la guerra y los combates,
¡Hija de Jove! ¿Acaso no te basta
Seducir á las débiles mujeres?
Si á las guerras asistes, vendrá dia
En que azorada tiembles y te ocultes
Al oir solo de la guerra el nombre,
Aunque léjos estés de la batalla.»

A este pasaje de la *Iliada* (libro V, versos 557 y sig. en la version de Gomez Hermosilla) alude el sangriento sarcasmo del moribundo zagal.

13. Aretusa era el nombre de varias fuentes de Grecia y sus colonias. La que aquí invoca Dáfnis, es la que se hallaba en la isla de Ortigia, cerca de Siracusa, y que segun tradi-

cion era una de las Nereides trasformada en manantial. Esta despedida es tiernísima, aunque un ilustre crítico (Fontenelle) tacha de ridículo el llamamiento á las fieras, á mi parecer sin justicia.

14. No está bien averiguado si el Tímbride era rio ó monte de la Sicilia.

15. Liceo era un monte de Arcadia, al pié del cual se elevaba la ciudad de Licosura, fundada por Licaon, donde era adorado Júpiter Liceo. El Ménalo, igualmente en Arcadia, era una de las moradas favoritas de Pan. El promontorio de Hélice, cerca de la ciudad llamada tambien Hélice, era célebre por la portentosa tumba de Hélice, hijo de Licaon, de quien ambas tomaron el nombre.

16. Es en extremo patética esta consagracion de la zampoña al dios de los campos. Era muy comun este uso entre los antiguos, y en Tibulo leemos de muchas flautas pastoriles pendientes de los árboles á guisa de *ex-voto*. En la antología (lib. VI) leemos dos epigramas, en uno de los cuales un viejo pescador dedica sus redes á las Ninfas del Mar, miéntras en otro la cortesana Lais, al retirarse del mundo, consagra su espejo á Vénus.

17. Tres eran las Parcas: Cloto, Laquésis y Atropo. De ellas dependia la vida ó la muerte de los hombres. La primera tenia la rueca, la segunda hacía girar el huso, y Atropo cortaba con las tijeras el vital estambre. Cuando éste faltaba, era indispensable que el hombre muriese. Una vez que álguien pasaba el Aqueronte, rio bien conocido del Infierno, y era añadido por Mercurio al número de los difuntos, no le restaba esperanza de volver.

18. Égilo ó Egilia, pequeño pueblo del Atica, era (como es hoy dia Esmirna) célebre por sus sabrosisímos higos. Véase Ateneo, Deip. I, 14.

19. He sustituido la palabra *ruiseñor* á *cigarra*, que es la que pone el original. Agradable era su canto á los Griegos; pero ¿quién no tomaria entre nosotros por un insulto, que se le aplicara el proverbial cumplimiento: *eres más canoro que la cigarra* τέτιγγος εὐφωνότερος?

20. Las Horas ó Estaciones, eran divinidades que presidian

á las horas del dia y á las estaciones del año, y se consideraban como dadoras de la riqueza. Los poetas las confunden con las Gracias, ó por lo ménos les atribuyen la propiedad que éstas tenian de conferir la belleza y la gracia. Así lo hace Apolonio Rodio (ap. Athen. VII, 283), Mosco, como veremos más adelante, y Teócrito en el presente Idilio.

21. En varios Idilios encontraremos ejemplos de la costumbre, que áun hoy dia prevalece entre la gente del campo, de designar á los animales con nombres propios.

IDILIO II.

1. Si áun en los tiempos modernos no es raro en mujeres poco religiosas y poseidas de amor violento, el querer alcanzar igual correspondencia del objeto amado, por medio de pociones y áun encantamientos, ¿qué mucho que tales prácticas fuesen tan comunes bajo el paganismo? No describiré separadamente las costumbres de los Griegos en esta materia; pues una de las fuentes principales de donde han sacado los arqueólogos sus informaciones, es precisamente el presente Idilio. Haré sólo algunos comentarios para que el lector poco versado en mitología y antigüedades pueda fácilmente comprender los pasajes oscuros de esta preciosísima poesía. Los *filtros*, en primer lugar, son una bebida compuesta de jugos irritantes: la historia nos narra que muchas veces, léjos de excitar el amor deseado en quien los bebia, le causaban la muerte. La lana color de púrpura de que habla Simeta significa el fuego de amor, y la accion simbólica de atar con ella la copa ó el almirez denota los lazos amorosos con que desea ligar al infiel marido.

2. Habia en Grecia, como despues hubo en Roma, vastos edificios llamados *Gimnasios*, pertenecientes ya al Gobierno, ya á particulares. Componíanse de muchos y espaciosos departamentos, y podian caber en ellos muchos millares de personas. Allí iban los filósofos y los retóricos á dar sus lecciones; allí acudian multitud de jóvenes á oir á los más célebres maestros, á estudiar largas horas, y á recrearse tambien, ya en la lucha, ya en el juego del disco y pelota, ya en los baños de diversas temperaturas que para ambos sexos estaban á toda hora preparados.

Uno de los departamentos estaba destinado especialmente á los cinco famosos ejercicios de *saltar, correr, arrojar el disco, lanzar la javelina y la flecha, y luchar.* Este lugar llamábase *palestra,* y muy á menudo tal nombre dábase á todo el *Gimnasio,* como lo hace aquí nuestro poeta. La excelencia en la carrera era muy estimada entre los antiguos; así es que más abajo esta es la única cualidad por que se recomienda Délfis á sí mismo, á pesar de que Simeta nos informa que era tambien luchador. El epíteto que constantemente aplica Homero á su héroe Aquíles, es *pié-veloz*, y David en sus poéticos lamentos sobre la muerte de los dos grandes capitanes Saúl y Jonatás, al mencionar sus grandes cualidades guerreras dice que eran más *veloces que águilas.* Para la lucha se ungian todo el cuerpo con aceite, y por eso recuerda más abajo la protagonista la brillantez del descubierto pecho de su amado.

3. En otro lugar hablaremos de la descendencia y propiedades de la Luna, generalmente identificada (como sucede en algunas partes del presente idilio) con Diana y con Hécate. Esta última era patrona de la magia y señora del mundo subterráneo, y se le invocaba como la diosa *triple* ó *triforme.*

4. A la misma Hécate se inmolaban los perros, que no sin razon ladraban de terror al acercarse la Diosa κυνοσφαγής, como la llama Licofron. Un escoliasta de éste dice que se le hacía tal sacrificio porque el *perro ladrando hace desaparecer los espectros y almas de los muertos.*

5. Medea, famosa encantadora, hija del rey Oetes, favoreció á Jason en la conquista del vellocino de oro y se casó con él, acompañándolo á Tesalia. Abandonada por éste, se vengó incendiando con encantos el palacio en que se hallaba su rival Creusa, y ella huyó por el aire á *Colcosea* en un carro tirado por dragones.

Circe, maga no ménos célebre, hija del Sol y de la Luna, trasformó en bestias feroces á los compañeros de Ulíses, por medio de una pocion compuesta al efecto.

Perimeda, ménos conocida que las anteriores, parece ser la misma que Homero llama Agameda, y era hija de Eolo.

6. Iinge (Ἴυγξ) era una ninfa hija de Eco, que por

medio de encantos hizo enamorar á Júpiter de Ío. La celosa Juno la trasformó en el bullicioso pajarillo que en griego conservó su nombre, y en latin se denominó *motacilla*, en italiano *cutretta* ó *coditremola*, por su contínuo mover de la cola, y en castellano *aguzanieve* ó *pezpita*. Despues de su trasformacion conservó los antiguos instintos, y era el ave favorita de Vénus, quien por primera vez se sirvió de ella en la expedicion argonáutica, para hacer que Jason se apasionase de Medea.

¿Cual es la accion con que al principio de cada estrofa acompaña nuestra Hechicera las palabras en que apostrofa al pajarillo? No es fácil determinarlo. A veces solo se servian los encantadores de la lengua de la pezpita. Otras veces ataban al pájaro entero y vivo á una rueda de cera, que hacian girar hasta que ambos se consumian. Otras, segun deducimos de Píndaro (Pit. Od. IV.), esta rueda era de metal ú otra materia sólida, de donde más tarde se extendió el nombre de *Iynx* al rombo ó rueda de bronce que servia para los hechizos, y que más abajo, en la tercera estrofa, vemos agitado por Simeta, y designado por ella con su nombre ordinario de ῥόμβος.

Terminada la primera invocacion al ave de Vénus, procede la abandonada esposa al hechizo de la *harina*, símbolo de la dulzura entre los antiguos, y despues de repetir el retornelo, se reduce á cenizas el simbólico laurel. En la tercera estrofa procede Simeta al encanto de la cera. Parece que es cera, sin forma alguna determinada, y sin mezcla de tierra, la que sirve en esta ocasion. Virgilio, al imitar el presente pasaje, hace que juntamente con la cera se ponga al fuego un poco de tierra. El endurecerse ésta miéntras aquella se derretia, tenía doble significacion mágica. En la Edad Media áun existia la costumbre de derretir la imágen de cera de la persona cuyo afecto se queria ganar.

7. Los manuscritos y los escoliastas no están conformes en la leccion de este pasaje. Unos leen Ῥάδάμαντα (y á estos nos hemos adherido), y otros ῥ'ἀδάμαντα, en cuyo caso sería preciso traducir *diamante*, y con Propercio y Claudiano colocar á esta piedra preciosa en el Infierno. Radamanto, hijo de

Júpiter y de Europa, era uno de los tres jueces inexorables de las regiones infernales.

8. Se creía que Hécate vagaba de noche por la tierra, invisible á todos menos á los perros, que con ladridos anunciaban su llegada. Las estatuas de la diosa, con cabeza de perro, se colocaban en las plazas y en las encrucijadas ó *trivios* donde desembocaban tres calles, por razones que pueden verse en Ovidio *(Fastos)*, y más particularmente en el Escoliasta de Teócrito. El instrumento de metal que me permito llamar *campana*, usando de un nombre moderno, era más bien lo que los ingleses llaman *gong*; y se sonaba para ahuyentar á los espectros.

En la estancia que sigue, nótese el bellísimo contraste entre la calma del mar y la plácida noche de luna, con la horrible tormenta que rugia en el pecho de la enamorada Simeta.

9. Ariadne, hija de Minos, el rey de Creta, se enamoró profundamente de Teseo, y le suministró el hilo con que penetró en el famoso laberinto. Huyó luégo con él; pero fué abandonada por su amante en la isla de Naxos. Es opinion de algunos que este abandono no fué por inconstancia, sino un olvido inocente causado por Baco. Obsérvese que *tres veces* lanza la maga este anatema, apurando *tres veces* el vaso. El número *impar* era agradable á los dioses (como nos dice Virgilio), y al tres en particular se le atribuía una fuerza y eficacia singularísima, como tendremos ocasion de ver frecuentemente. Sobre el *Hipomanes* de que se habla más abajo pueden verse Aristóteles, Plinio y otros.

10. Toda prenda que hubiera pertenecido á la persona amada, se consideraba muy eficaz para los encantos; con más razon la fimbria de aquel vestido que tantas veces habia usado Délfis en presencia de su esposa.

11. El escupir era esencialísimo en todo hechizo, sobre todo haciéndolo tres veces. Luciano, en su *Neciomancia*, dice: «Despues del encanto, escupiéndome tres veces en la cara;» y Tibulo, lib. I, eleg. 2.: *Ter cane, ter dictis despue carminibus.* Cotéjese el Idilio XX.

12. Terminados los hechizos, parece que Simeta se queda

sola, y empieza á tratar con la Luna de sus desventurados amores. El traductor latino ha vertido mal el φράζεο del retornelo expresándolo por *dic*. *Sabe: aprende* es el sentido obvio, como entre otros lo advierte la glosa de un Códice Vaticano.

Las niñas próximas á casarse llevaban á Diana cestillas sagradas llenas de ofrendas para expiar la pérdida de su virginidad. Las fieras de que se trata no eran *reales*, segun el Escoliasta, sino pintadas. Con todo, hablando de una procesion semejante en honor de Diana, menciona Xenofonte de Éfeso caballos y lebreles vivos y verdaderos; y Ateneo, al escribir la gran *pompa* ó procesion de Alejandría, enumera «millares de perros de la India y de la Hircania, y ciento cincuenta hombres que llevaban árboles, fieras y aves; papagayos y faisanes en jaula, carneros de Etiopia, de Arabia y Eubea, bueyes blancos de la India, un oso blanco, varios leopardos, panteras, linces y un rinoceronte.»

Nótese cómo á pesar de la diferencia de creencias y tiempos hay ciertas costumbres que no cambian. Así es que Clearista presta á nuestra ninfa su manto para ir á ver la fiesta, ni más ni ménos como hoy dia se va á la iglesia con la mantilla de la amiga ó á la tertulia con la capa del vecino. A la entrada de un templo conoce Simeta á su amante, de la propia manera que en nuestros dias una procesion religiosa, una festividad cualquiera suele ser el orígen de un matrimonio. ¡Cuán diferentes, empero, los jóvenes del dia de esos robustos atletas, que cubriertos aún de sudor y de aceite, interrumpian sus varoniles ejercicios sólo para cumplir con los preceptos de su religion! Tal contraste inspiró á uno de los comentadores de Téocrito una bellísima oda latina, en que excita á los Romanos de este siglo á volver á los ejercicios de la palestra y del gimnasio.

Grande es en el original la fuerza de las palabras que describen la subitánea cuanto profunda impresion que produjo en la vírgen el gallardo mozo. Una mala interpretacion del adverbio πολλάκι hizo á no sé qué intérprete declarar prosaicamente que la enfermedad de Simeta fueron calenturas intermitentes. La caida de su hermosa cabellera denota que fué una

*fiebre vora*ζ la que por diez dias la postró en cama. El texto no compara á cera el color de la enfermedad, sino al *tapso*, madera de tinte originaria de Escitia, que daba un color muy amarillo.

13. Mindo era ciudad de Arcadia, ó segun otros, de Caria. Era patria de Délfis, y por eso más arriba se le llamó Mindio.

14. Varias veces pone Teócrito el verso intercalar cortando el sentido de los demas versos. Este uso, agradable á los antiguos, no es muy conforme al gusto moderno, y me he permitido cambiar el lugar del retornelo en todos los casos excepto el presente. Aquí me parece que áun en castellano añade belleza á la descripcion y fuerza á la turbacion que se quiere expresar, el interrumpir la frase tan á propósito, é invocar á la favorita deidad.

15. No sólo en los Bucólicos, sino en otros muchos autores, hallamos esta costumbre que tenian los amantes de regalar manzanas á sus damas. Ateneo cita este pasaje de Teócrito, y prueba con la autoridad de Neoptolemo Pario que no solo la vid, sino la manzana y todas las frutas deben su sér á Baco. «Hércules ó Alcides (su abuelo era Alceo) llevó de Aqueronte el álamo blanco, despues que, coronado con hojas del mismo, mató al Cerbero. De aquí es que los valientes como Teucro (en la Oda 7 de Horacio, lib. I) y los atletas en los gimnasios, cuyo patrono era Hércules, se coronaban con álamo.» *Voss. in Theoc.*

Un modo ménos gentil de enamorar es el que se deduce de la amenaza que en seguida hace Délfis. Sin embargo, varios pasajes de Horacio, Ovidio y otros autores antiguos, atestiguan que era harto comun en los pretendientes el romper las puertas de las que se les mostraban esquivas.

16. Vulcano, dios del fuego, hijo de Juno y esposo de Vénus, habitaba principalmente la isla de Lemnos; pero tenía tambien sus fraguas en una de las islas de Lípari, en el Etna y otros lugares subterráneos. En ellas fabricó con arte divina las habitaciones, carros y armas de los dioses del Olimpo; el escudo de Aquíles, y otros objetos de héroes mortales, y varias estatuas animadas para sí propio y otras divinidades.

Borghi, que ha traducido este Idilio en magníficas octavas

italianas, dice en su nota á un pasaje que leemos más abajo: «Si no he querido traducir el texto al pié de la letra, he preferido desagradar á los filólogos más bien que á los amigos del pudor.» Otro tanto he hecho yo.

Hácia el fin del soliloquio de Simeta, se menciona el vaso Dórico del ingrato amante. Era un frasco, ya de cuero, ya de metal, en que los atletas guardaban el aceite con que se ungian en la palestra. El de Délfis era probablemente de metal trabajado en Corinto, y por eso se llama Dórico.

IDILIO III.

Segun Hesiquio, habia dos especies de poema bucólicos: el primero era un simple canto; el segundo se componia de baile y canto. A esta clase pertenece el presente idilio; y además de los títulos que le hemos dado en la traduccion, tiene en algunos códices el de Κῶμος, que podríamos libremente traducir *serenata*, sino fuera porque la escena frente á la gruta de Amarílis pasa de dia.

1. Títiro puede ser el nombre de un pastor á quien el Cabrero confia el rebaño durante su ausencia; ó bien es puramente sinónimo del Sátiro que cuidaba aquellos lugares ó ganados.

2. Nuevo ejemplo de que las manzanas era el regalo favorito de los amantes, segun observamos en la nota 15 al anterior Idilio. El deseo que manifiesta el pastor de ser abeja se parece mucho á los que Anacreonte preciosamente enumera en la Oda XIX. Cree Heinsio que se refiere el deseo no á cualquier abeja indeterminada, sino á una que en ese instante se introdujo en la gruta de Amarílis. En tal caso pudiera traducirse:

¡Si yo fuero esta abeja! ¡Cuán ufana, etc.

3. Las cejas negras eran consideradas las más bellas entre los antiguos, y quien no las tenía de este color acostumbraba teñirlas. Aun la Sagrada Escritura nos suministra de ello un ejemplo en Jezabel.

4. El original, además del apio y hiedra que componia

la guirnalda, habla de καλύκεσσι, sin especificar de qué son estos botones ó corolas. Con Boissonade juzgo que son de rosas, y rosas he puesto en la version.

5. Le he dado terminacion latina al nombre griego, por hacer más sonoro el verso. Era costumbre de los pescadores de atunes colocarse como en atalaya sobre un peñon que diera al mar.

6. Para conocer si uno era amado ó no, se hacía tronar la amapola contra el seno, la espalda, la mano ó el brazo. Si el trueno era sonoro, era buena señal: mal agüero lo contrario. No sólo se cultivaba el arte de adivinar por medio del tamiz ó cedazo: habia otros tres métodos, segun los antiguos muy eficaces, y eran el estornudo, la palpitacion y el zumbido de orejas. Al segundo debe atribuirse el contínuo temblor del párpado que el pastor juzga tan buen agüero, que declara no ser de diamante la misma que hace poco llamó de mármol.

7. Dedícase el pastor en su canto á enumerar las fábulas que más corresponden á su situacion amorosa, y son más á propósito para ablandar á su zagala. Empieza con la historia de Atalanta, la de Beocia, que nunca vencida en la carrera, lo fué al fin por su pretendiente Hipómenes, merced al artificio que le sugirió Vénus. A medida que corria iba arrojando las manzanas de oro que le diera esta diosa, y la esquiva vírgen, por detenerse á recogerlas perdió la carrera y dió á Hipómenes la mano de esposa.

8. El agorero Melampo era hermano de Biante, quien amaba en extremo á Pero, hija de Neleo; pero éste no le quiso conceder su mano á ménos que no le trajese las vacas de Íficlo. Melampo acometió la difícil empresa, y marcho hasta Otris, montaña de la lejana Tesalia, donde despues de mil peripecias y desastres consiguió su objeto. Trajo las deseadas vacas á Pílos (la de Elide) y de esta suerte hizo que se verificaran las bodas de su hermano. Sobre los amores de Vénus con Adónis véanse las notas al Idilio XV de Teócrito y al I de Bion.

9. La Luna enamorada del pastor Endimion lo adormeció de tal suerte en las montañas de la Caria, que áun no se despierta del sueño perpétuo que le concedió Júpiter en premio

de su rectitud. Allí es visitado por la diosa, quien, segun Pausanias, le ha regalado ya cincuenta hijas.

Jasion, rey de Creta, hijo de Mínos y de la ninfa Fronia, fué amado por Céres; como todo lo perteneciente á esta diosa, sus amores quedaron envueltos en el más profundo misterio. Por eso aquí el pastor quita á los profanos ó no iniciados toda esperanza de saber algo de tales arcanos, así como no podian ser admitidos á sus sacrificios.

IDILIO IV.

1. Era vicio muy comun entre los pastores mercenarios el ordeñar de noche á hurtadillas las vacas confiadas á su cuidado.

2. Hubo varios Milones atletas: no hay motivo para creer que el Milon aquí mencionado sea aquel famoso de quien se narran inauditos ejemplos de fuerza. El Alfeo era un rio en cuya márgen se celebraban los juegos Olímpicos.

3. Algunas de las hazañas del fortísimo Pólux, hermano gemelo de Cástor, se narran en el Idilio XXII. La comparacion más lisonjera para un atleta era, sin duda, la que insinúa Bato.

4. Debiendo permanecer ausente cuarenta dias, llevaba como provisiones de viaje veinte ovejas, segun la costumbre y necesidad de aquellos tiempos. La azada debia servirle para remover la arena de la palestra, como acostumbraban los atletas para ejercitar las fuerzas y prepararse á la lucha los dias que precedian á los juegos.

5. El Esaro es un rio que atraviesa la ciudad de Crotona, y el Latimno una montaña en el territorio de la misma.

6. Estrabon recuerda un templo dedicado á Juno en el cabo Lacinio; de donde infiere Heinsio que los pueblos de Lampriado habitaban aquellos lugares.

7. Algunos, entre ellos Pagnini, que sigue la autoridad de Eustacio, Casaubon y los escoliastas, contra Aldo Manucio, Caliergo y otros, en vez del nombre propio ἐς τό Μάλιμνον, leen στομάλιμνον, *la boca de la laguna*. Apoyado en las razones de Boissonade, he preferido la primera leccion. El Fisco es un monte y el Neéto un rio en el mencionado distrito

de Crotona. No estoy seguro de haber vertido bien los nombres de las tres yerbas que á continuacion se expresan; pero he preferido nombres vulgares é inteligibles, á otros más exactos pero conocidos solo de los botánicos.

8. Preciso es no confundir esta Pisa, capital de Pisatis, en el Peloponeso, donde se celebraban los juegos Olímpicos, con la moderna Pisa, en Toscana. Glauca era una cantatriz y música originaria de Scio, que floreció en los tiempos de Tolomeo Filadelfo. Pirro era un poeta lírico eritreo ó lesbio. Crotona gozaba de altísima reputacion, tanto por el gran número de ciudadanos suyos que habian obtenido el premio en los juegos Olímpicos, como por sus bellezas materiales.

9. Lacinio estaba frente á Tarento. El Egon, voraz como buen atleta, y fuerte como pocos, que aquí se cita, evidentemente no es el mismo mencionado al principio. La hazaña del toro que aquí se le atribuye pasó realmente á Astianacte de Mileto, al volver de los juegos Ístmicos.

Nótese la salida tan sentimental, tan bella y tan á propósito de Baco, apénas oye el nombre de su querida Amarílis. Admírese igualmente la réplica de Coridon, tan filosófica, tan religiosa, y al mismo tiempo tan propia de un pastor.

10. Tenemos un nuevo ejemplo de los nombres propios dados á los animales. Unas veces los he castellanizado, otras los he dejado con su nombre original.

El cuadro que sigue me sospecho que parecerá á algunos poco delicado. Les recuerdo, empero, que el asunto de la espina clavada en el pié de un pastor fué tema favorito no sólo de los poetas, sino de los escultores, cuyas obras maestras admiramos en los museos de Italia. *Todo lo embellecen las Musas*, diré con Teócrito y otros poetas. La observacion tan filosófica de Baco, al admirarse de que un espina tan pequeña dome á un hombre gigantesco y robusto, acaba, á mi parecer, de quitar al cuadro lo que pudiera tener de repugnante.

IDILIO V.

1. Acaba de llamarle Comátas *alquilon* ó esclavo, sin acordarse que él es de igual condicion. Lacon le contesta llamándole con amarga ironía *libre*, ó como yo he traducido por parecerme más propio en castellano, *Señor*.

2. Al rio Crátis, segun Estrabon y Ovidio, se atribuia la propiedad de volver rubios y blancos los cabellos de cuantos en él se lavaban. ¡Graciosos cuanto sencillos son los juramentos é imprecaciones de nuestros pastores! Las desdichas de Dáfnis, que en el Idilio I se narran extensamente, eran tan popularmente conocidas y cantadas, que á cada paso se aludia á ellas.

3. Este proverbio griego, usado tambien por los latinos, sirve para indicar, como es obvio, la desigualdad de los contendientes.

4. Hé aquí otro refran que expresa lo mismo que el anterior. El original trae *cigarra*, en vez de la cual he puesto ruiseñor, como en el Idilio I y otros. Más abajo cita Comátas el proverbio griego: «Alimenta lobeznos y perros, y te devorarán,» que yo traduje libremente con el conocido refran español: *Cria cuervos, etc.*

5. Dice Dion Crisóstomo que la cosa más blanda y delicada es el sueño: varias veces hallaremos esta expresion en los Bucólicos.

6. Las fiestas de que aquí se trata son las *Cárneas*, como está en el original, y yo omití por eufonía. Se establecieron, segun parece, por los Heráclides, para aplacar la cólera de Apolo, irritado con ellos por haber dado muerte á un profeta

llamado Carno. Duraban nueve dias, y el dios á quien eran dedicadas se apellidaba Apolo Cárneo.

7. Desde que Páris adjudicó á Vénus la manzana, se le consagró esta fruta como trofeo de su belleza, y fué considerado por los antiguos como una prenda de amor. Ya dos veces hemos hecho notar la costumbre en los amantes de regalar manzanas á sus ninfas. Se hizo tan general este uso, que el verbo μηλοβολεῖν, *arrojar manzanas*, llegó á significar, *requerir de amores*.

8. En el original Cratida no es ninfa sino mozo, así como Eumeda es Eumedes. ¿Habrá quien me reproche este cambio que hago, no solo apoyado en las leyes de la civilizacion y la naturaleza, sino siguiendo el ejemplo de Garcilaso y varios modernos en sus imitaciones de semejantes pasajes?

Vuelve á encontrarse la costumbre de llamar á los animales con nombres propios: por no fatigar al lector no he querido añadir nueva nota.

9. Las cebollas albarranas de que habla el pastor parece que se consideraban como remedio para las afecciones provenidas de un acceso de ira. Una distraccion, advertida demasiado tarde, hizo que el adjetivo *viejo*, que en el original concuerda con cebollas, lo aplicara yo al sepulcro. Perdónenme los gramáticos esta falta venial.

10. Este Halentes parece ser un rio de Sicilia de que hablan los Escoliastas. El pamporcino es una planta de raíz gruesa que produce algunas florecillas y pequeños frutos. Era medicina á propósito para los dolores de estómago.

DILIO VI.

Se necesita cierta dósis de atrevimiento para traducir una poesía vertida ya hace siglos al castellano por el gran Villegas. En uno que otro rato de ocio se me ha ocurrido poner en nuestro idioma alguna oda de Anacreonte, y al acordarme de que, aunque libremente, la habia traducido ó imitado ese grande ingenio, he hecho pedazos mi pluma. Con todo, no temo dar á luz el presente Idilio. Además de que, como dice el Duque de Rivas, puede juzgarse á

«Don Estéban de Villegas,
Español Anacreonte,
En versos cortos divino,
Insufrible en los mayores,»

fué poco feliz en su version del Idilio VI. Aunque en dos ó tres pasajes añadió á Teócrito bellezas no despreciables de su propio caudal, en lo general parafraseó demasiado, le quitó su sencillez original y sabor griego, y áun quizá violentó el sentido de alguna frase.

1. Los amores de Polifemo y Galatea eran muy célebres, y tema favorito de las canciones populares. Tratamos más detenidamente del famoso Cíclope en las notas al Idilio XI. De nuevo vemos á la enamorada ninfa arrojar manzanas á su amante, como los zagales en los anteriores idilios.

2. El verbo διαθρύπτεται, que he traducido, *se desvive*, expresa en griego admirablemente las contorsiones lascivas y movimientos afectados de Galatea, que el Cíclope con rus-

tica gracia compara al encresparse de las hojas del cardo ó acanto, heridas por el sol ardiente del estío.

3. Lo que he expresado lisa y llanamente, el original lo declara por medio de un proverbio, á que no hallé otro equivalente, y me resolví á esquivar la dificultad dejando solo el sentido. La version literal es: *mueve la piedra de la señal*, en que algunos ven una alusion á un juego antiguo parecido al ajedrez, miéntras otros creen que la piedra sea aquella que se colocaba en el extremo del estadio para indicar la meta.

4. Télemo Eurímedes, en el libro IX, v. 512 de la *Odisea*, predice á Polifemo que Ulíses le sacará el ojo único que tiene en la frente.

5. Escalígero y algun otro crítico desaprueban este pasaje, considerando que el agua del mar, por grande que sea la serenidad, no es un espejo muy claro. Pagnini lo defiende admirablemente diciendo: «Creo que á un gigante inmenso como es nuestro Polifemo, hijo de Neptuno, dios del mar, y habitante de una playa marina, no es inconveniente en modo alguno que contemple dentro del mar su belleza, más bien que en un arroyuelo, como lo haria una graciosa pastorcilla ó un gentil zagalejo.»

6. El escupirse tres veces en el seno era un remedio muy comun entre los antiguos contra el hechizo ó mal de ojo. Cotíttaris, que he castellanizado Cotitara, es nombre propio segun los Escoliastas, aunque Heinsio lo juzga comun. De Hipocoonte no se sabe dónde estuviera; y áun nos dejan en duda los Escoliastas sobre si era nombre de un pueblo (como parece) ó de un hombre.

IDILIO VII.

1. Céres, hija de Saturno y Cibeles, y madre de Proserpina, era, como es bien sabido, la diosa de la agricultura. En su honor especialmente se celebraban las fiestas llamadas *Talisias* (de θάλλω, florecer) al terminar la cosecha de las frutas. Del libro IX de la *Iliada* deducimos que se dedicaban igualmente á Baco y á otros dioses. El Halentes de que aquí se habla es, á pesar de la opinion de Heinsio, un rio de la isla de Cóos (hoy Lango), en donde Teócrito se hallaba, de paso para Alejandría.

2 La *Burina* (de ῥινὶ, nariz, y βοὸς, de buey) era, segun Nicanor de Cóos, una fuente de la isla referida, *muy semejante á la nariz de un buey*. En cuanto á su orígen, puede explicarse naturalmente diciendo que Calcon, apoyando fuertemente la rodilla contra un peñasco, removió una piedra que cegaba el manantial.

3. Brasila era natural de Cóos, y fué sepultado en esta isla. No hay que confundirlo con Brasida, espartano y enterrado en Anfípolis.

4. La palabra griega ἀρβυλὶς significa una especie de calzado que usaban los campesinos con suelas guarnecidas de clavos. Segun Heinsio, aquí designa las sandalias de madera que usaban en Beocia para pisar las uvas y aceitunas.

5. Nótese cuán antiguo, cuán justo y cuán natural es el uso de ofrecer á la Divinidad los primeros frutos y animales que bondadosamente nos dona. Véase en los libros del *Éxodo Números* y *Deuteronomio*, el precepto impuesto por Dios á

los Israelitas. Lo que hacian los Griegos gentiles con tanta pompa; lo que no rehusaban los mismos Judíos, avaros por naturaleza; lo que en la Iglesia se practicó tantos siglos, parece duro hoy dia á muchos que se llaman cristianos.

6. Filétas, de Cóos ó de Rodas, y Asclepiades Sicélides, autor de epigramas, fueron ambos maestros de Teócrito.

7. Oromedonte era probablemente un monte altísimo, llamado así porque el gigante Oromedonte estaba sepultado debajo.

8. No son estas estrellas el grupo de las Pléyades, conocido vulgarmente por *Cabrillas*, sino dos estrellas en la constelacion del *Auriga*, que ya al nacer, ya al ponerse, suelen causar tempestades.

Si las Talisias eran en otoño, ¿por qué este Idilio se intitula *Viaje de Primavera?* Heinsio lo refiere á la navegacion de Ageanata; pero como parece que ésta fué en invierno, forzoso es concluir, con el P. Pagnini, que por un error de los copistas, sancionado despues por el uso, se ha dado á este Idilio su segundo título. En la relacion de los amores de ambos poetas, he quitado, como de costumbre, cuanto habia de antinatural ó de obsceno, cambiando ú omitiendo lo que la decencia exigia.

9. Bien conocida es la constelacion de Orion. Se compone de cuarenta estrellas, una de las cuales es llamada el pié de Orion, correspondiendo las demas á las diversas partes del cuerpo que forjó en el cielo la fantasía de los antiguos. Orion, hijo de Neptuno y de Euriale, fué amado por Diana, quien por error lo mató con sus flechas. Para reparar esta falta involuntaria, la misma diosa lo colocó entre las estrellas, donde hoy lo admiramos.

10. Los alciones (conocidos vulgarmente con el nombre de *Martin pescador)* hacen sus nidos hácia el solsticio de invierno, y se reproducen en la playa del mar. Durante este tiempo se aplacan los vientos del Sur y del Este (Noto y Euro) que suelen predominar en los dias anteriores, y reina gran calma en el mar.

11. Cincuenta eran las ninfas del mar, hijas de Nereo y de Dóris. Las más célebres fueron Anfítrite, esposa de Neptuno;

Tétis, madre de Aquíles, y Galatea, amada del cíclope Polifemo.

12. Parece que Ptelea, célebre por sus vinos, era la misma que Efeso, ó por lo ménos un pueblo entre esta ciudad y Mileto.

13. Este bello pasaje fué imitado y casi traducido por Virgilio en la Égloga V.

14. Dos rios habia en Sicilia conocidos con el nombre de Himera. El Atos es el antiguo monte de Macedonia, hoy Montesanto. El Hemo y el Ródope son las dos montañas más altas de Tracia, en que fueron trasformados por Júpiter los cónyuges así llamados. Siendo un pastor el que habla, y no un viajero, es natural que le parezca el Cáucaso remotísimo y lo juzgue colocado en el extremo del mundo.

15. Cuéntase de Comátas, cabrero siciliano, que su amo, irritado por los frecuentes sacrificios que hacía á las Musas, lo encerró en una caja de madera para ver si ellas lo hacian vivir en aquel ataud. Al cabo de dos meses, se encontró vivo á Comátas y en derredor de él una gran multitud de panales, con que se alimentó durante su encierro.

16. Eran los estornudos, si bien muchas veces de buen agüero, otras veces poco propicios: infaustos eran los de la mañana, faustos los del mediodía.

17. Era el trípode el banquillo de tres piés colocado en el templo de Délfos, desde el cual se daban los oráculos de Apolo.

18. En las fiestas de Pan que se celebraban en Arcadia, cuando por la escasez de caza no se podia ofrecer en los sacrificios sino muy poca carne, los muchachos castigaban al dios de la caza, por su poca proteccion, azotándolo con sartas de esquilas, llamadas por otro nombre cebollas albarranas.

19. No hay que confundir con el Ebro de España este otro Hebro, hoy *Maritza*, gran rio de Tracia que baja del monte Hemo.

20. Se invita á los Amores á venir al santuario de Dione, es decir, Chipre, residencia favorita de Vénus, abandonando á Mileto, donde estaban las fuentes de Hietis y Bíblide (á que en el texto por eufonía dí la terminacion *o*).

21. Pixa era ciudad ó aldea de la mencionada isla de Cóos, donde se honraba á Apolo apellidado *Pixio*.

22. Folo y Quiron, centauros, acogieron á Hércules amigablemente en su gruta y le dieron á beber un vino riquísimo, regalado nada ménos que por Baco.

IDILIO VIII.

1. Contesta Dáfnis con cierta ironía repitiendo las mismas frases de Menalcas. El texto original y la mayor parte de los traductores, hacen que no sólo el sentido sino las palabras sean absolutamente idénticas. A mí me pareció que nada se quitaba á la fuerza y sí se añadia no poco á la belleza cambiando ligeramente las palabras sin variar el sentido. La circunstancia del dedo herido, aunque inútil en sí misma, es graciosísima.

2. Como en el Idilio V, he vuelto á traducir φαλαρὸς, nombre propio del mastin, por la voz castellana *Nevado*.

3. Llámanse los rios *creacion* ó, como está en el original, *raza*, *progenie divina*, porque eran creidos hijos de Tétis y Júpiter. Empiezan aquí los pastores sus cantos alternativos ó *amebeos*. Una de las leyes de estos certámenes poéticos era que la *propuesta* y la *respuesta* estuviesen contenidas en igual número de versos. Yo he observado escrupulosamente esta regla en mi version, y cuando las dimensiones del canto lo han admitido, he encerrado en un soneto, así la proposicion del primer pastor como la réplica del segundo. En el metro que he adoptado para la primera parte de esta cancion, procuré imitar los versos elegiacos griegos, de que esta vez sola se sirvió Teócrito, sin que podamos hallar otro ejemplo ni en él mismo ni en los otros Bucólicos.

4. Proteo era dios marino que tenia el poder de predecir lo futuro, y que una vez que cayó en poder de Menelao se trasformó sucesivamente en varios animales y objetos inanimados para escapar de su aprehensor. Juzgan algunos comentadores que esta estrofa deberia ponerse en boca de Dáfnis, pues

en ella menciona las focas ó becerros marinos, cosa natural en un vaquero y no en un pastor de ovejas como era Menalcas.

5. Los Estados de Pélope y las riquezas de Creso, á que parece aludir el zagal al mencionar los talentos de oro, eran proverbiales. Al terminar la estancia habla de su grey *(de ovejas)* que no conviene á un vaquero cual Dáfnis. Esto confirma en su opinion á los que creen que esta y la anterior han sido trastrocadas. Parece tambien que se ha perdido la última estrofa, con que deberia terminar Dáfnis el canto *amebeo*.

6. La union de las cejas era reputada por los antiguos singular belleza. Testigo, entre otros, Anacreonte en la oda XXVIII.

7. Parece que *Náyade* es aquí el nombre propio de la esposa de Dáfnis.

IDILIO IX.

1. Menalcas, sea á nombre propio, sea en persona de Polífemo, llama á Etna su madre, porque allí habia nacido y tenía su domicilio.

2. Icária es la isla del Mar Egeo, llamado hoy Nicaria; pero como es Siciliano el que habla, alude quizá á los alrededores de Icaria, ciudad de Sicilia, hoy Carini.

El tamaño de la ostra ó tortuga de que se conservó la concha, lo indica suficientemente el hecho de haber suministrado alimento á cinco personas.

3. El refran con que empieza esta cancion alude á la creencia vulgar que consideraba los granos ó pústulas que salen en la lengua ó la nariz, como un castigo ó señal de mentira, ó injusto juicio, ó alguna otra falta cometida contra la religion ó la buena fe.

4. En las notas al Idilio II hablamos de la maga Circe. Los compañeros de Ulíses, por ignorancia y estupidez, vicios de que preservan las Musas, fueron trasformados en animales por las pociones maléficas de la encantadora.

IDILIO X.

Mi antiguo amigo D. Luis Gonzaga Ortiz publicó en Méjico este Idilio en hermosos versos castellanos. La alta opinion que tengo del poeta me habia decidido á no hacer una nueva version, y á insertar la suya en mi libro en el lugar correspondiente; pero al leerla más despacio observé que no era precisamente el Bucólico Griego el que aparecia á traves de los bellísimos versos del vate mejicano. En tal virtud me resolví á traducirlo con los demas, y á darlo á luz bajo los auspicios del mismo.

1. Tan mal trabaja el enamorado Bato, que Milon, increpándolo, lo llama *arador* en vez de *segador*, que es el oficio que está ejerciendo.

2. Proverbio bien conocido y repetido á cada paso por nuestro vulgo, aunque con palabras un poco diversas. Indica la dificultad de apartarse de un mal hábito, una vez contraido.

3. La circunstancia de tener inculto hasta el solar y jardin que cercaba su morada, prueba que la pasion lo tenía completamente absorto.

4. No expresa claramente el texto si la ninfa era hija ó criada de Polibutas; dejé la misma ambigüedad en la version. Vuélvese á mencionar aquí el Hipocoonte del Idilio VI.

5. Pluto, dios de las riquezas, fué privado de la vista por Júpiter para que distribuyera indistintamente los bienes, sin darlos tan solo á los justos y buenos.

6. Perdóneme el lector erudito si el metro, la rima y la falta de tiempo me hicieron restringir el pensamiento del poeta. No sólo á las personas, sino á todas las cosas, se ex-

tiende la maravillosa trasformacion que verifican las Musas, en cuanto les place tocar.

7. Quiere llamar *negra* á su ninfa, sin decírselo claramente, y adopta el nombre del país en que más frecuente era el color moreno de sus habitantes. *Sira*, *muchacha de Siria*, la denomina en su idioma el pastor; pero, ¿quién entenderia en castellano su oculto significado, si se hubiese traducido literalmente? Por eso, no haciendo caso del venial anacronismo, la apellido *Guinea*; siendo comunísimo (al ménos en Méjico), llamar *Guineos* ó *de Guinea* á todos los negros.

8. Vuelve aquí á aludirse al proverbial tesoro de Creso. Los antiguos Griegos acostumbraban consagrar á algun dios las estatuas erigidas á los hombres, con el fin de atraer á aquellas mayor respeto.

9. Compara á dados los piés de su ninfa, para denotar no sólo la blancura que los distinguia, sino su agilidad y soltura.

10. Era Litiersa hijo bastardo de Mídas. Vivia en el campo y obligaba á cuantos pasaban á segar sus campos, cortándoles en la noche la cabeza y sepultándolos debajo de los montones. Los segadores de Frigia han celebrado con himnos á su insigne maestro en el arte de segar.

11. Es el mejor equivalente que pude encontrar al improperio griego σύκινοι ἄνδρες, *hombres de higo*; es decir, formados de la madera de un árbol que por su fragilidad para nada sirve.

12. Era comun opinion que las espigas, despues de cortadas, podian crecer y engordar, con tal que se volteasen sus extremidades hácia el Norte ó el Oeste. De aquí es que Zéfiro, viento del Poniente, es llamado en un epigrama de Baquilides *el más pingüe de los vientos*.

13. Natural era en un segador de las ardientes regiones del Mediodía envidiar la suerte de la rana, sumergida constantemente en las frescas aguas de la laguna.

14. Siendo el comino una semilla tan diminuta, se pinta exactísimamente al avaro, diciendo que párte en pedazos áun este pequeñísimo grano.

IDILIO XI.

En la Coleccion de poesías de D. José Joaquin Pesado, ocupa un lugar prominente la version de este Idilio, empezada en bellos cuartetos y terminada con bien enlazados y sonoros tercetos. Pensé, pues, insertar aquí este trozo, sin tomarme el trabajo de hacer una nueva version, entrando en temeraria competencia con el inimitable poeta. Pero á nadie se esconde la dificultad, y casi diria imposibilidad, de comprender á fondo á un autor cuyas obras no se han estudiado íntegras, ó por lo ménos en su mayor parte, y en su lengua original. Estas desventajas se traslucen en la version de Pesado, y me obligaron á emprender una nueva, á pesar de mi manifiesta inferioridad poética, que no me oculto á mí mismo, ni procuro disimular ante el público. La empecé en tercetos; mas borrado lo que habia hecho, me decidí á servirme de la octava rima, por respeto al grande hombre á quien admiro, venero y todavía lloro.

1. Galatea, una de las cincuenta ninfas del Océano, hijas de Nereo y de Dóris, es una de las figuras más bellas y más simpáticas que pudo forjar la poesía griega. Ya la contemplemos nadando á lo largo de la costa de Sicilia; ya saltando á la playa y jugueteando con el dormido Polifemo; ya celosa buscando á la supuesta rival en todas las grutas del Etna; ya, por último, como en el presente Idilio, huyendo esquiva, apartándose veloz de la orilla, tendiéndose sarcástica sobre las olas ó sumergiéndose en el profundo mar para ir á reposar en el alcázar de oro de su padre, su divina figura nos encanta, nos enamora y nos hace repetir con sentimiento los tiernos cantos del rudo Cíclope.

Polifemo, hijo de Neptuno, era el mayor y más prominente de aquella raza de gigantes, que por no tener más que un ojo circular en medio de la frente se llamaron Cíclopes. Habitaban, segun Homero, en una isla desconocida del Mediterráneo: nuestro protagonista moraba en Sicilia, en una inmensa caverna del Etna. Segun la prediccion del adivino Télemo, Ulíses, gracias á una estratagema descrita minuciosamente en la *Odisea*, arrancó el ojo al cruel Cíclope, y así escapó de la muerte que le esperaba á manos del Gigante.

2. Aún no habia tenido el fatal encuentro con el astuto Griego, cuando el dardo de Amor (ó de Vénus, como dice aquí el poeta) le atravesó el pecho, y se enamoró perdidamente de la hermosa Galatea. Rudo siempre, aunque se hallaba en la flor de la adolescencia, en vez de imitar á los amantes de la época, y enviarle los suaves y sencillos regalos de manzanas, rosas y otras frutas y flores que ellos acostumbraban, queria ganar á su bella á fuerza de furores y arrebatos, hasta que halló el remedio en el cultivo de las Musas.

3. Toosa, ninfa tambien del Mar, é hija de Forco, dejaba de cuando en cuando su húmeda habitacion para ir á visitar á su hijo, aunque deforme, nunca olvidado. Acompañóla una vez la tierna Galatea, y ansiosa de cortar y deshojar jacintos, Polifemo guió á sus huéspedas al monte. Entónces tuvo su orígen la vehemente pasion que forma el tema de este Idilio.

4. Aunque rudo en sus mismos requiebros y eróticos cantares, á veces la fuerza del amor ablanda al Cíclope hasta el grado de abandonar esas *furias inhumanas* que lo devoraban, y llama suavemente á Galatea prenda y dulce manzana, τὸ φίλον γλυκύμαλον como lo habria hecho en ese tiempo el enamorado más pulido.

5. Conoce su deformidad, su ojo poco gracioso, su nariz roma, sus labios abultados, y por último el áspero toldo de gruesísimo vello que cubre su cuerpo, áun en los primeros años de la juventud, y cuando su rostro no ostentaba todavía la barba del varon. Pero quiere cubrirlo todo enumerando sus grandes riquezas, y jactándose de su destreza en el canto y la música: cualidades y posiciones, empero, que estima en ménos que el amor de Galatea, sin la cual consentiria en que

se abrasase el único ojo que tanto aprecia, y que le es más dulce que cuanto existe.

6. En el exceso de su amor hace multitud de ofertas á la Ninfa, y llega hasta el grado de querer darle á la par lirios y amapolas; aunque acordándose que florecen en diversas estaciones, luégo se corrige y le dice, aunque nada le han pedido, que unos presentará en invierno y otras en estío, pues darlos á la par no está en su mano.

En esto han querido ver algunos una falta ó una distraccion de Teócrito. ¿No podrá explicarse del modo que acabo de hacerlo?

7. Teniendo los Cíclopes en su isla cuanto necesitaban para la vida, y siendo por naturaleza poco amantes de la sociedad y del comercio, nada sabian de marina, nada entendian de navegacion, é ignoraban el arte de nadar. Ahora se arrepiente Polifemo de esta fatal negligencia, y despues de manifestar el vano deseo de haber nacido con aletas de pez cosa de que á su madre, ninfa marina, no habria sido difícil procurarle), se reduce á pensamientos más prácticos, y piensa en la llegada de una nave que otras veces ha arribado á la isla, á cuyo bordo navega un marinero conocido que podrá enseñarle á nadar.

Pero todo es inútil; y despues de procurar consolarse con prudentes reflexiones, da fin á su amorosa cancion.

8. Dicen los críticos, que aquí es preciso suplir algo, de modo que sea el sentido: «era más feliz que si hubiera gastado mucho oro *para dar á Galatea*, ó bien para *pagar médicos y medicinas que lo curasen de amor.*» Yo me salí por la tangente en la version, y en vez de ἔδωκεν puse *poseyera*, que deja completo el sentido.

IDILIO XIII.

1. Aunque algunos hacen á Hilas hijo de Hércules, la mayor parte le asignan otro parentesco. Fiel á la decencia, más bien que al original, he estampado la primera opinion, aunque contraria á Teócrito, y he suprimido el principio del Idilio, haciendo además las precisas alteraciones.

2. Jason, hijo de Eson, rey de Jolcos, despues de sufrir varias vicisitudes en su infancia y primera juventud, á instigacion de su medio hermano Peliade emprendió la famosa expedicion en busca del Vellocino de Oro.

3. A cincuenta ascendia el número de los héroes que tomaron parte en la empresa. Además de nuestro Hércules, cuya madre era Alcmena, hija de Electrion, rey de Midea, iban Cástor y Pólux, como aquel, hijos de Júpiter; Peleo y Telamon, nietos del mismo dios; Teseo, Ergino y Anceo, hijos de Neptuno; Augías, hijo del Sol, y otros que seria largo nombrar.

4. El jefe de aquella selecta falange, resuelto á embarcarse para Cólquide, contrató con Argos, hijo de Frixo, la construccion de una galera, que del nombre de su fabricante se denominó *Argo*.

5. Eran las Cianeas ó Simplégadas dos islotes en el Estrecho del Ponto Euxino, rocallosas, inmensas y flotantes. Envueltas en contínua niebla y agitadas por los vientos, se juntaban á menudo aplastando cuanto entre ellas se encontraba, y ni los pájaros podian atravesar por el medio. Instruidos por el sabio Fineo, los navegantes de la *Argo* mandaron una paloma viajera que pasó con seguridad por las temidas rocas, aunque perdiendo la cola. Entónces, aprovechando el primer movi-

miento de separacion de los islotes y ayudados por Juno y Minerva, se lanzaron remando con todas sus fuerzas y lograron pasar, aunque con tal peligro, que perdió el *Argo* entre las rocas toda la obra muerta de popa, y sufrió no ligeras averías. Pero desde entónces las Simplégadas quedaron fijas. Los Hados habian decretado que perderian su movilidad apénas pasara entre ellas una nave. Teócrito poéticamente la hace avanzar con la rapidez del águila sin tocar siquiera los escollos; pero la anterior es la tradicion generalmente aceptada.

6. Era el Fásis un rio muy cébre de Cólquide, á cuyo márgen habia tambien una ciudad del mismo nombre habitada por una colonia griega.

7. Las Pléyades forman el bien conocido grupo de siete estrellas en la constelacion del Toro.

8. Píndaro los llama *flor de navegantes*; Apolonio *héroes escogidos*, y no en vano: basta recordar los nombres arriba citados para justificar estos títulos.

9. La ciudad y region de Cío tomó su nombre de Cío, hijo de Olimpo.

10. ¡Que bella expresion, de gusto exclusivamente griego, es esa *mirada primaveral* atribuida á la ninfa Niquea!

11. Tambien Ovidio compara la caida de Faetonte á la de un meteoro. Estos meteoros se juzgaban favorables á la navegacion; de modo que no sin razon apénas cayó Hílas al agua llamó el Piloto á los Argonautas y los obligó á proseguir el viaje.

12. Siendo un Escita el maestro de Hércules en el uso del arco, no es extraño que lo llevara segun el estilo de ese país.

IDILIO XIV.

1. Bien conocida es la afectacion de los que pretenden pasar por filósofos, el estudiado desaliño del traje, y la falta de aseo de que hacen alarde. Así era este discípulo de Pitágoras, y pronto descubrió que lo traian macilento, no los amores de una dama, sino el deseo de un poco de pan para satisfacer su hambre. Creen algunos ver en este Pitagorista ridiculizado á Platon, que invitado por el rey Dionisio vino de Aténas á Sicilia; pero no se sabe que el gran Filósofo llevase una vida de mendigo, ántes bien le agradaba un trato lauto y magnífico.

2. ¿Era este licor importado de la ciudad de Biblo, en Tracia, ó bien el vino dulce hecho en Sicilia que se llamaba Polio ó Biblino? Adopte el lector la opinion que más le pluguiere.

3. Era creencia popular que quien veía al lobo quedaba privado del habla. Llamándose tambien Lobo el pretendiente de Cinisca, el proverbio popular, perfectamente aplicado al silencio de la niña, adquiere doble gracia con el retruécano. Me aprovecho de esta ocasion para advertir que, no apareciendo claramente del contexto si Cinisca era mujer legítima de Tiónico, ó tenia con él otra especie de parentesco, yo me he tomado una de esas acostumbradas libertades que la decencia me sugiere, y la he declarado hija del Protagonista. Esto me ha obligado á hacer algunos ligerísimos cambios, supresiones ó adiciones, que el erudito lector descubrirá fácilmente, y que nada importan á quien no quiera cotejar el original.

4. Es el mismo Apis amansador de caballos que se mencionó al principio, y era de Larisa, ciudad de Tesalia.

5. Lo que denomino zaguan era la puerta grande de dos

hojas que en las casas griegas daba entrada al vestíbulo ó atrio de la casa. He traducido por el conocido refran español, *la cabra tira al monte,* el no ménos vulgar de los Griegos: *el toro huyó á la selva.* Juzguen los Helenistas si he acertado ó no, pues yo desconfio de mi tino.

6. Puede verse en los Escoliastas la respuesta que el Oráculo Délfico dió á los habitantes de Mégara, cuando éstos preguntaron cuál era el mejor pueblo de Grecia y qué lugar ocupaban ellos. Termina diciéndoles: *No ocupais ni el tercero ni el cuarto, ni áun el duodécimo puesto, ¡oh Megareses! Antes bien, de vosotros no se tiene estimacion alguna.*

7. Mucho discrepan códices y críticos en cuanto á la leccion é interpretacion de los versos del original correspondientes á esta cuarteta, la anterior y la siguiente. Usé de mi libertad, y leí é interpreté como mejor me pareció, sin seguir servilmente á ninguno.

IDILIO XV.

1. Antiquísimo ha sido el cumplimiento de ofrecer silla á las visitas. Además del presente pasaje, hallamos otros semejantes en Homero, Luciano, Calímaco, etc.

2. Término de cariño es éste dirigido á Praxinoe por su amiga, muy semejante á nuestro «*ángel mio*» y otros por el estilo. Admiran mucho los críticos este trozo tan perfectamente copiado del natura'; el modo tan delicado con que introduce el poeta al pequeño personaje cuya presencia no habíamos advertido durante el guirigay de las damas, la moralidad de la advertencia de Gorgo sobre no escandalizar al niño, y la pronta mendacidad de la madre para borrar en éste toda impresion poco favorable á su papá.

Nótese que en medio de las frases más cariñosas, apostrofa Gorgo á su amada compatriota llamándola *mujer*, γύναι; término que hallamos otra vez en este mismo Idilio, en que un hombre se dirige tan respetuosamente á Praxinoe llamándola γύναι, que me fué preciso traducirlo *señora*. En el Idilio II (pág. 27, línea última), Délfis llama á su amada γύναι tan dulcemente, que me vi forzado á añadirle de mi propio caudal el epíteto *encantadora*, para darle toda la fuerza del original. En el Idilio III, hallamos igualmente, *mujer* idolatrada, φίλα γύναι; en el XXIV, Tirésias llama nada ménos que á Alcmena, gran señora y amada de Júpiter: *mujer*, γύναι, y esto dos veces, y de tal manera, que áun el intérprete latino lo vierte: *domina*. Me he detenido tanto para demostrar, sin más citas que las que me suministra Teócrito, que el vocativo griego γύναι *¡oh mujer!* léjos de mostrar falta de respeto ó desprecio, indica, como en los casos arriba citados, *ter-*

nura, *respeto*, *amor*, *sumision*, *acatamiento*. Y sin embargo, porque en las Bodas de Caná Jesus apellida á la Vírgen María: γύναι (San Juan, II, 4), y en la Cruz vuelve á l'amarla: *¡mujer!* (San Juan, XIX, 26), los enemigos de la Inmaculada Madre de Dios se han desatado en injurias contra la Divina Criatura que el mismo Verbo humanado amaba, honraba, reverenciaba y acataba! Estoy seguro que los lectores de estos Idilios y todo mediano conocedor de la lengua griega, al ver los artículos, opúsculos y diatribas á que me refiero, no podrán ménos que exclamar: ¡Ignorancia, maldad, estupidez!

3. El jurar por Proserpina, llamándola *la Gran Diosa ó Nuestra Señora*, como puede muy bien traducirse ναὶ τὰν πότνιαν, era muy comun entre las mujeres. Las Siracusanas tenian mayor motivo para invocarla, pues la dote que Júpiter entregó á Proserpina fué la isla de Sicilia.

4. En grandes dificultades me he visto para expresar con propiedad en castellano los diversos artículos del traje de los Griegos. Lo que he denominado *faldas*, es en el original ἀμπέχονον, vestido exterior usado por mujeres y hombres afeminados. Lo que llamo *manton* es el περονητρίς, ó sea una especie de manton ó vestido interior, de lana, que usaban las mujeres Dórias. No tenía mangas, y se ajustaba con hebillas ó broches de metal que quedaban mostrándose bajo el manto exterior.

5. El sentido de esta locucion proverbial parece ser el siguiente: «Los que nada tienen que hacer, todos los dias pueden divertirse cual si fueran festivos; pero nosotras, gente ocupada, es fuerza que nos aprovechemos de esta oportunidad, y nos demos prisa; no sea que despues no nos quede lugar.» Confirma esta interpretacion el apresuramiento con que Praxinoe se lava y viste, apénas ha hablado su amiga.

6. Vivaz, natural y graciosa en extremo es esta serie de órdenes, contraórdenes, reprensiones y vituperios de la Siracusana. Mucho que hacer ha dado á los intérpretes la intempestiva referencia á las gatas. Creen algunos que al ver pasar su favorito animal interrumpe Praxinoe las ocupaciones del tocador y ordena á la sierva que prepare á aquel su cama ántes de salir. Otros (y á ellos me adhiero) declaran que es

un modo de echar en cara á la doncella su lentitud y pereza.

7. La *mina* griega era una moneda equivalente á poco más de veinte pesos fuertes, ó sea 406 reales de vellon.

8. Discuten mucho los críticos sobre si Praxinoe fué á la fiesta con *sombrero*, ó con la cabeza descubierta y resguardada sólo por un *quitasol*, pues ambos significa la palabra Θόλία y ambos usaban los Griegos. Yo me inclino á lo primero, pues no es probable que sabiendo cuán grande era la multitud de gente en que iban á introducirse, quisiese llevar más estorbos de los necesarios. Con el sombrero termina la enumeracion de las diversas piezas del vestido usado por las mujeres de aquel tiempo. Tenemos ante todo la camisa ó χιτώνιον que le moja la criada al dar á su ama agua para lavarse. Viene luégo el vestido sin mangas, sujetado por un hermoso broche, llamado primero περονητρίς, y más abajo ἐμπερονήμα, y que yo traduje una vez *manton* y otra *jubon*, deseoso de acertar una siquiera; sigue el ἀμπέχονον, que siendo á la par faldas y manto he traducido de los dos modos, y por ultimo, el sombrerillo, que ha llamado nuestra atencion.

9. Obsérvese el modo de asustar á los niños, usado por las madres y nodrizas de aquellos dias, tan parecido al de nuestros tiempos. Muy general entre Griegos y Romanos era tener un perro para guardar la entrada. Recuérdese la inscripcion «*Cave canem*» encontrada en tantas casas de Pompeya.

10. Egipto gozaba en aquellos tiempos de la triste reputacion que en los modernos distinguió á Calabria y Sicilia, y en la cual no cede á país alguno nuestra desdichada Méjico. Véanse á este propósito Ciceron (pro Rabirio) y el Obispo Sinesio.

11. El matrimonio de Júpiter y Juno se hizo secretamente. Véanse Homero y Plauto.

12. Uno de los característicos del dialecto Dórico es la frecuente repeticion de la vocal *a*. Esto hacía que quien lo hablaba pronunciase *con boca ancha* (como dice Demetrio Faléreo), palabras que los demas Griegos proferian de modo diverso. En el diálogo que antecede, y que irritó los delicados oídos del hombre, he procurado imitar el eco del referido dialecto,

introduciendo cuanto he podido palabras en que abunde la vocal *a*.

13. Siracusa era colonia de Corinto, patria de Belerofonte. Éste llamábase originalmente Hiponóo, viniéndole su sobrenombre de haber matado á Belero, de resultas de cuya muerte tuvo que abandonar su patria. En el libro VI de la *Iliada* leemos por extenso sus románticas aventuras. Requerido de amores por Antea, esposa de Preto, rey de Argos, el jóven resistió heróicamente á sus indignas proposiciones; y como siempre sucede en semejantes casos, el odio sucedió al amor en el corazon de la burlada reina. Siguió la calumnia, y acusándolo la infame adúltera de haber atentado á su honor, Preto prestó oídos á las falsedades de su esposa, y envió al virtuoso jóven á Licia, con una carta en que se mandaba darle la muerte; carta que algunos eruditos juzgan escrita en jeroglíficos á estilo de los antiguos aztecas, y que Homero titula *caracteres mortales*. Los dioses, sin embargo, protegieron á la inocencia calumniada. Belerofonte se libró de la muerte, consumó grandes hazañas, y su nombre pasó glorioso y sin mancha á la posteridad.

14. Dificilísimo es este pasaje. Ante todo, por antífrasis se llama *dulcísima* á la implacable Proserpina. Luégo declara la dama al entrometido que no sufrirá el yugo de él ni de nadie, excepto de *uno solo*. ¿Quién es este varon privilegiado? ¿El marido de cada una, ó el rey Tolomeo? Hay gran diferencia de opinion entre los críticos: yo creo que el último.

La mayor dificultad está en el refran que repite la irritada Siracusana al hombre. Largas disertaciones han escrito sobre él infinidad de intérpretes, y casi no hay dos que estén de acuerdo áun para la traduccion literal. Expresarlo palabra por palabra no podia, á no ser que me resignara á no ser entendido. Hallar un proverbio español equivalente me fué imposible. Me resolví, pues, á dar una traduccion libre, conforme al sentido que le atribuye el Escoliasta y con él Heinsio y Pagnini.

15. Espérquis, Ateniense ó Espartano, se sacrificó generosamente por la patria, entregándose á los Persas para que castigaran en él la muerte de los Embajadores de Darío, á

quienes sus compatriotas habian vilmente arrancado la vida.

16. Empieza la cancion por invocar á Vénus, recordándole los principales lugares donde es adorada: *Golgos*, en Chipre, que tomó su nombre precisamente de Golgos, hijo de Vénus y de Adónis; *Idalio*, igualmente en Chipre; y *Erice*, ciudad de Sicilia, que tomó su nombre de *Erice*, otro hijo de Vénus, y de donde esta diosa se denominó Ericina. Dícese que Vénus juega con el oro, por el gran poder que tiene este metal para los corazones. Así lo explican los Escoliastas y Casaubon.

17. Las fiestas de Adónis se celebraban una vez al año; por eso se dice que las Horas traen al amado de Citéres, despues de doce meses de ausencia. Las Horas, hijas de Júpiter, diosas de las estaciones al par que de las horas del dia, aunque desempeñan con velocidad su mision de perpétuo movimiento, se llaman lentas por relacion á nuestra ansiedad.

Adónis, hijo de Cinira y de Mirra, fué amado por Vénus, y muerto por un jabalí suscitado contra él por el celoso Marte. La afligida Vénus bajó al Infierno y obtuvo de Proserpina que se permitiese volver á Adónis á la tierra una parte del año. Esta vuelta se celebraba con grandes fiestas, y la descripcion tan animada que hace aquí Teócrito casi no necesita comentarios. Resta sólo saber si las fiestas dispuestas por Arsinoe eran diversas de las que comunmente se hacian. Un pasaje de San Cirilo de Alejandría y otros motivos, hacen creer que sí.

18. Berenice era la madre de Tolomeo Filadelfo, cuyas alabanzas verémos en el Idilio XVII. Fué deificada por Vénus despues de su muerte.

19. Arsinoe era hermana y esposa, segun el uso egipcio, de Tolomeo Filadelfo. Teócrito aquí la adula comparándola á Helena. Me pareció que la comparacion se referia á las cualidades morales, especialmente la piedad, y traduje «siguiendo los ejemplos:» he visto despues, ya demasiado tarde, que el lisonjero poeta quiso referirse á la belleza física.

20. Se ve que además de las célebres macetas ó *huertos de Adónis*, y de las figuras alusivas inmediatamente á la historia del esposo de Vénus, habia otras muchas imágenes y figuras,

como la de Ganimedes arrebatado por el águila, que aquí se menciona. Dudan los críticos si además del ídolo de Adónis habia otro de Vénus, ó si ésta era representada al natural por una jóven, como generalmente se acostumbraba.

21. Blando y suave en extremo era considerado el sueño, y la comparacion «más blando que el sueño,» era muy comun á Griegos y Latinos para ponderar la exquisita suavidad de una cosa. Mileto era famosa por sus lanas y el modo de trabajarlas, y Samos participó de este renombre desde que el rey Polícrates introdujo en su país las ovejas de Mileto.

22. Si es cierto que el Generalísimo de la expedicion de Troya, Agamenon, no volvió al mundo, es tambien una exageracion de la Cantatriz el decir que solo Adónis tuvo tal fortuna. Hércules, Orfeo, Teseo, Ulíses y Eneas, bajaron al Infierno y regresaron sanos y salvos.

23 Héctor, rival y víctima de Aquíles, era el primogénito de los diez y nueve hijos de Hécuba.

24. Pirro, hijo de Aquíles y Deidamía, acudió muy jóven al sitio de Troya. Fué el primero que entró en el caballo de madera, y se mostró implacable con los vencidos.

25. Patroclo, íntimo amigo y compañero de Aquíles, pereció frente á Troya á manos de Héctor.

26. Ayax Telamon, conocido por su carácter impetuoso, consumó en el sitio de Troya grades hazañas, y despues de la muerte de Aquíles se suicidó despechado porque se dieron á Ulíses las armas de aquel héroe.

27. Trátase de Anfitrion y Heleno, hijos ambos de Deucalion. Eran los Lápitas una tribu mítica de fuerzas sobrehumanas: el principal entre ellos fué Ceneo. Los Pelópidas parecen ser aquí nada más los súbditos de Pélope. En cuanto al orígen y emigraciones de los Pelasgos, mucho han disertado los eruditos y los historiadores.

IDILIO XVI.

1. Véanse en las notas al Idilio I los nombres y genealogía de las Musas.

2. Eran tres las Gracias, hijas de Júpiter y Eurímone, y llamadas Aglaya *(Esplendor)*, Eufrósine *(Gozo)* y Talía *(Placer)*. Hermosas en extremo, eran á la par dadoras de belleza y de gracia á personas y cosas. Ellas tejieron la túnica de Vénus; ellas dieron á las doncellas de Nausicaa su grande hermosura; ellas en fin lavaron, ungieron y vistieron á la misma Vénus, cuando ésta confusa y avergonzada volvió á Páfos despues de sus primeras aventuras, como vemos en la *Odisea*. En el presente Idilio hacen el papel de las Musas; pues ellas tambien ayudaban á los Poetas é infundian gracia y belleza á sus cantares. En Orcómeno de Beocia eran principalmente adoradas, habiendo introducido allí su culto Eteocles. Orcómeno fué sitiada por los Tebanos y cargada de tributos, hasta que Hércules la libertó.

3. El poeta Simónides tenía dos arcas, una llamada de las Gracias y otra de los Bienhechores. Cuando álguien iba á pedir al vate alguna gracia ó favor, le presentaba las dos arcas, haciéndole ver que la de las Gracias estaba vacía, y la de los Bienhechores llena; y de esta manera se deshacia de la importuna visita. A esto alude Teócrito.

4. Grande, en verdad, es Homero; pero no por eso deja de haber poetas de gran mérito á quien es justo protejan los que en vez de ingenio han recibido riquezas de la Providencia Los insulsos refranes y ridículos argumentos de los avaros del tiempo de Teócrito se parecen mucho al bárbaro raciocinio

de Omar, cuando años despues quemó la Biblioteca de esa misma Alejandría donde moró el Príncipe de los Bucólicos.

5. Así como en nuestras fincas rústicas de América se distribuye á los trabajadores semanariamente su racion de maíz, así en las antiguas se repartian cada mes á los esclavos que en ellas trabajaban porciones de trigo ú otros granos. Habiendo perecido los escritos de Simónides, Euforion y otros poetas que celebraron á Alévades, Escópades y otros aquí mencionados, poco ó nada sabemos de ellos ni de sus progenitores. Parece que eran familias sumamente poderosas en Tesalia é islas adyacentes. Escopa se llamaba tambien Creonda, y era de Cranonia, en Tesalia.

6. El rio Aqueronte separaba las regiones infernales de las nuestras. El barquero Caron se ocupaba contínuamente en pasar las almas de los difuntos á traves de las negras aguas en que flotaba su esquife; pero exigia siempre el precio del pasaje, á pesar de no ser voluntaria ni agradable la jornada.

7. Simónides, el gran lírico de Ceo, celebró en sus cantos á los hombres y familias arriba mencionadas, y recibió de ellas grandes favores.

8. Cicno, hijo de Neptuno, tenía el rostro de una blancura tan singular, que parecia una delicada y pulida doncella.

9. La inmortal epopeya de Homero, intitulada la *Odisea*, no es sino la narracion de las largas aventuras de Ulíses, el prudente rey de Itaca, hijo de Laertes, padre de Telémaco y esposo de la virtuosa Penélope. Los nombres abajo citados se encuentran todos en ese divino poema.

10. Ni Pagnini ni otros intérpretes aprueban la leccion que yo he seguido, y á la cual he normado mi version. Segun ellos, la puntuacion y sentido es tal, que así debiera traducirse: «Difícil es el camino de la Poesía, sin la intervencion de las Musas, hijas de Jove.»

11. Aquíles de Larisa, como nadie ignora, es el héroe de la *Iliada* de Homero. Sus hazañas se consumaron frente á los muros de Troya, llamada tambien Ilion, y fundada ó ampliada por Ilo, hijo de Troe y padre de Laomedonte.

12. Siracusa, como se ha dicho, era colonia de Corinto, llamado por otro nombre Efira. La isla de Sicilia, y por consi-

guiente Siracusa, fué regalada por Júpiter á Proserpina y á Céres, su madre.

13. Los muros de Babilonia fueron fabricados por Semíramis, y cimentados con betun. Tenian de circuito sesenta millas, de altura doscientos piés y de ancho cincuenta.

IDILIO XVII.

1. Tolomeo II, apellidado Filadelfo ó amante de sus hermanos, subió al trono de Egipto el año 285, ántes de Jesucristo. Aunque no exento de faltas, fué un gran monarca y uno de los más insignes de su dinastía. Prueba de su amor á las letras son la proteccion que dió á nuestro Teócrito y las alabanzas que éste hace tan frecuentemente de su real bienhechor. En su tiempo, y por su órden, se hizo en Alejandría la célebre version de la Sagrada Escritura llamada de los Setenta, y se aumentó mucho la famosa Biblioteca. Celebró alianza con Roma, defendió la libertad de Grecia contra Alejandro Gonatas, y previno los ataques de Antíoco, rey de Siria, enviando tropas á sus Estados.

2. Era Ida el monte más alto de Frigia, que debió su nombre á la ninfa Ida, hija de Meliseo, rey de Creta.

3. Tolomeo I, padre del anterior, apellidado *Soter*, era hijo de Lago y uno de los generales de Alejandro, á quien acompañó á Asia, salvándole la vida en Oxidraca. A la muerte del conquistador le tocó el Egipto, y fundó en Alejandría la dinastía que llevó su nombre, consolidando su reino y añadiéndole varias provincias. Fué gran conquistador y gran gobernante. Fundó la famosa biblioteca del Serapion, principió el gran Faro y edificó otros muchos monumentos y templos. A su muerte fué divinizado, como atestigua, entre otros, el presente Idilio.

4. Larguísimo y fuera de propósito sería referir aquí la historia del grande Alejandro. Bástenos recordar que el valeroso y afortunado hijo de Filipo de Macedonia se hizo declarar descenciente de Jupiter, y fundó la ciudad de Alejandría.

5. Mucho ha dado que hacer á los críticos este pasaje. Dice el original Θεοὶ νέποδες γεγαῶτες. Traduce un intérprete latino *dii sine pedum usu facti*, y otro: *dii pedum usu non indigentes*. Apion deriva νέποδες de νε y πους, sin piés: el erudito comentador de Homero, Eustacio, Arzobispo de Tesalónica, lo declara igual á *hijo*; el P. Pagnini, con otros, lo identifican con el latin *nepos, nieto, hijo del hijo*. Que cualquiera de las dos últimas significaciones sea más plausible, nadie lo niega; pero ¿cómo se salva la etimología? No sé si habré acertado parafraseándolo como he hecho, de un modo que me parece conciliar todos los pareceres.

6. Hércules, cuando pasó al reino celestial, obtuvo por esposa á la diosa Hebe. El Heráclides ó hijo de Hércules, ántes mencionado, parece ser Ilo, hijo de éste y de Deyanira. A él, segun Teócrito, reconocen como padre tanto Alejandro como Lago, y por su medio remontan los Tolomeos su divina ascendencia hasta Júpiter, padre de Hércules.

7. No hay que confundir á esta Berenice, esposa de Tolomeo Soter, con la Berenice esposa de Tolomeo Evergetes, cuya cabellera fué trasportada al cielo y celebraba por Calímaco. Como pasada la Laguna Estigia ya no habia modo de volver á la vida, Vénus se apresuró á inmortalizarla ántes que entrara en la fatal barquilla.

8. Llámase Calidonio á Diomedes, porque su padre Tideo era de Calidonia; y Argiva á Deipile, esposa de este último é hija de Adrasto, porque era de Argos.

9. De esta famosa isla, hoy Lango, se ha hablado en las notas al Idilio VII.

10. Lucina, identificada generalmente con Diana, presidia al nacimiento de los hombres. ¡Hermosa es esta prosopopeya de la isla de Cóos! Apolo nació en Délos, y de aquí le vino á esta isla su gloria. Renea era otra isla cercana á Délos, y favorecida tambien por Apolo. Triope, rey de Cóos, dió su nombre á un promontorio de la misma.

11. No pudiéndose en Egipto contar con la lluvia, los aluviones del Nilo son los que fertilizan la tierra.

12. Este número (evidentemente hiperbólico) que aquí pongo en un endecasílabo, en el original ocupa nada ménos

que tres hexámetros, y está expresado de un modo tan curioso, que lo voy á poner literalmente ante los lectores:

Tres centurias, tres millares sobre tres miriadas, dos ternos y tres veces once. Con números se verá más claramente:

$$(3\times100)+(3\times1.000)+(3\times10.000)+(2\times3)+(3\times11)=33.339$$

13. Despues de más de veinte siglos oímos elogiar al munífico rey por su exactitud en pagar las primicias y su generosidad en dotar los templos. ¿Se tributan iguales alabanzas á Enrique VIII y sus pigmeos imitadores, por sus despojos y latrocinios?

14. Refiere Ateneo que Tolomeo Filadelfo instituyó en Alejandría unas fiestas en honor de Baco llamadas Λαγηνοφόρια. Eran igualmente célebres las fiestas Dionisias en que se abrian certámenes dramáticos.

15. Repítese el concepto expresado en el anterior Idilio. Los hijos de Atreo fueron Agamenon y Menelao, celebrados en la *Iliada*.

16. Mucho han disputado los críticos sobre el sentido de las frases correspondientes á este y al anterior terceto. La interpretacion más obvia parece ser: «Fresca aún la memoria de sus padres, sigue el Rey de cerca sus huellas, y los honra con estatuas y templos.»

17. Muy comun era en Egipto el matrimonio entre hermanos. Siendo Arsinoe hermana y esposa á la vez de Tolomeo, presenta su union gran semejanza con la de Juno y Júpiter, que eran ambos hijos de Cibéles ó Rhea.

18. Iris estaba entónces al servicio de Juno. Más tarde parece que se unió con Zéfiro.

IDILIO XVIII.

1. Menelao, hijo de Atreo, fué rey de Esparta despues de Tíndaro. En este epitalamio ó cántico nupcial, se observan ciertas expresiones que indican claramente que Teócrito conocia el divino Epitalamio de Salomon llamado *Cantar de los Cantares*, lo cual es no sólo probable, sino áun moralmente cierto, residiendo nuestro poeta en Alejandría cuando se hizo la version de los Setenta.

2. Siendo los novios tan distinguidos, natural era que las doncellas que formaban el coro fuesen todas de las primeras familias de Esparta, llamada tambien Lacedemonia.

3. Tíndaro, nieto de Lacedemon, casó con Leda, hija de Testio, rey de Etolia. Júpiter amó tambien á la esposa de Tíndaro, á quien visitó en la forma de cisne. En un mismo dia la afortunada heroína dió á luz á Pólux y á Helena, engendrados por el dios, y á Cástor, progenie de su esposo mortal: á los tres se llama á menudo Tindárides, á pesar de estar bien reconocida la alcurnia divina de los primeros. La belleza de Helena es proverbial: no sin razon codiciaron tantos su mano, y no en balde se pondera tanto la dicha de Menelao.

4. Nuevo ejemplo del buen agüero que se atribuía á ciertos estornudos. Aunque poco conforme al gusto de hoy dia, he preferido traducirlo literalmente para no quitar á mi version el sabor griego indispensable en ciertos casos.

5. Era Acaya, como deducimos tambien del Idilio XXII, una de las regiones del Peloponeso más renombradas por la hermosura de sus mujeres.

6. Era el Eurotas célebre rio de Esparta. La carrera y ejercicios en que tanto sobresalia Helena, y en que tanto

admiraban sus compañeras la apostura de aquélla, eran peculiares á las Espartanas, y mandados expresamente por las leyes. Las doncellas, lo mismo que los varones, debian aparecer desnudas en la palestra, y ejercitarse entre éstos en la carrera y lucha, para que así robusteciéndose pudiesen dar á la patria hijos fuertes y sanos. Ovidio, en la epístola de Páris á Helena, dice:

«....Cuando conforme al uso que se observa
En tu patria, desnuda ejercitabas,
Entre otras, en los juegos tu destreza.»

El arzobispo anglicano Potter, amante hasta el exceso de todo lo antiguo, dice á este propósito en sus *Grecian Antiquities:* «Aunque parezca extraño que las mujeres se presentasen en público, se guardaba la verdadera modestia y se excluía la licencia. Servía esta costumbre para que su trato fuese libre y sin reserva, y para excitar en ellas el deseo de ser ágiles y vigorosas; las llenaba igualmente de valor y de pensamientos generosos, permitiéndoseles aspirar á los premios del mismo modo que los varones.» Sin convenir precisamente con el poco malicioso arzobispo de Canterbury, se leen con agrado este y otros pasajes de su eruditísimo libro, en que se esfuerza por excusar y hacer parecer inocentes los mayores excesos de los antiguos.

7. Como hemos tenido ocasion de observar en el Idilio XIV, la Tesalia era famosa por sus corceles.

8. Me tomé la libertad de sustituir con la pintura y dibujo, las labores en canastillos que hacía Helena, y cuya expresion en castellano habria sido quizá poco inteligible ó agradable.

9. Era el loto una flor de las orillas del Nilo que se estimaba mucho, y servia con frecuencia para tejer coronas, áun á príncipes y reyes.

10 La diosa Latona fué madre de Apolo y de Diana. Nótese cuán graciosa es esta repeticion de los nombres de las divinidades protectoras, que he trasladado fielmente del original.

11. De dos clases eran los epitalamios que se cantaban en

las bodas: el primero καταχοιμητικὸν, *conciliador del sueño*, y es el presente; el segundo διεγερτικὸν, *despertador*, y es el que prometen venir á cantar al despuntar la aurora.

12. Himeneo, hijo de la Musa Urania y dios de las bodas, era invocado con frecuentes gritos y cantos en las festividades nupciales.

IDILIO XIX.

Cotejando cuidadosamente la oda de Anacreonte con el Idilio de Teócrito, se percibe la diferencia entre la poesía lírica y la bucólica. Aunque la de Villegas no es traduccion del todo literal, la inserto aquí por entero, á fin de que los lectores puedan hacer mejor el parangon.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico
De una que allí volaba
Abeja, salió herido,
Y luégo, dando al viento
Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué cual torbellino.
Hallóla y arrojado
En su gremio le dijo:
«Madre, yo vengo muerto;
Sin duda, Madre, espiro;
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.»
Pero Vénus entónces
Le respondió á su niño:
«Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada dia

Penetras con tus tiros,
¿Cuánto más dolorosos
Que tú estarán, Cupido?»

En Anacreonte, como se ve, Amor juguetea entre las rosas; en Teócrito va derecho al panal.

2. Nuestro poeta con toda naturalidad hace al niño patalear, saltar y soplarse las manos: el lírico con más refinamiento le hace decir «me muero,» y correr á su Madre con toda la mesura correspondiente á un infante de elevada alcurnia educado en los salones de la corte.

3. En Anacreonte Cupido ignora (¡cosa increible!) cómo se llama la abeja, y la describe con circunloquios casi de retórico. Nuestro ladronzuelo bien sabe qué clase de animal le ha punzado, y en su dolor se limita á hacer una observacion naturalísima, á semejanza del rústico Bato en el Idilio IV. Éste observa: «¡Cuán pequeña es la espina, y abate á un hombre gigantesco y robusto como yo!» Amor se admira de que una bestia tan diminuta cause heridas tan dolorosas.

4. La réplica de Vénus no sale en Anacreonte tan espontánea como en nuestro Bucólico. Obsérvese que Citéres en su dulce reproche repite una por una las palabras que profirió su hijo.

IDILIO XX.

1. El modo grosero con que el rústico declara sus amores ha sido atenuado en la traduccion.

2. Como en varios otros Idilios, vemos aquí puesta en práctica la supersticion ó costumbre de escupirse tres veces en el seno para alejar el maleficio. Aquí, además, es un acto de amarguísimo desprecio.

3. El tallo del apio es ramoso, y sus hojas largas.

4. Minerva es llamada por antonomasia la *diosa de ojos azules*. En el próximo terceto está un símil muy parecido al pasaje del Cantar de los Cantares: *Favum distillant labia tua, sponsa. Mel et lac sub lingua tua.*

5. No nos dicen los mitólogos que Baco haya sido pastor, y si queremos dar crédito á Teócrito, es preciso atenernos á su sola palabra. Compárese esta lista de enamoradas divinidades con la del Idilio III.

6. Cibéles ó Rhea, hija del rey Meon y la reina Díndime, amó entre otros á un pastor llamado Atis. Al descubrirlo su padre dió á éste la muerte, y la afliccion de Cibéles fué tanta, que perdió la razon y anduvo errante por toda la tierra, llorando á su malogrado amante.

7. Era muy comun entre los antiguos esta clase de imprecaciones contra sus dioses cuando éstos no les cumplian sus antojos. Supuesta la creencia del desdeñado campesino en la divinidad de Vénus, esta es una verdadera é inexcusable blasfemia.

IDILIO XXI.

1. Estas marañas ó *laberintos* de juncos ó mimbres, como los llama Teócrito, y despues de él Sannazaro, son las *nasas* ó redes en forma de mangas, muy usadas por los pescadores.

2. Este oscurísimo pasaje ha hecho devanarse los sesos á los críticos, y en pos de ellos á mi humilde personalidad. Despues de no poco estudio y de muchas vacilaciones, he venido á fijarme en la interpretacion siguiente: El Pritaneo era un vasto edificio en que dia y noche se conservaba encendido el fuego sagrado de Vesta, que se tenía supersticioso empeño en alimentar contínuamente. El de Aténas era el más célebre; pero habia tambien Pritaneo en otras ciudades, siendo notable el de Tarento, cuya luz resplandecia á guisa de faro, teniendo tantas lámparas como dias tiene el año. Dice, pues, el pescador á su compañero: «No temas narrarme tu sueño; somos hombres avezados al trabajo, que velamos contínuamente como ese fuego sagrado de Vesta que nunca se extingue, segun es fama, y esa luz que vemos en incesante actividad en el sagrado Alcázar de los Pritanes.»

3. Anfítrite era esposa del dios Neptuno, y señores ambos del Mar.

IDILIO XXII.

1. Uno de los títulos de Júpiter es Egíoco, ó sea portador del divino escudo llamado Égida, que le fabricó Vulcano. Para mejor inteligencia de todo este himno, fijémonos bien en la genealogía de los personajes que en él figuran.

Júpiter
Lacedemon
Amiclas
Cinortes
Perieres

Testio
Júpiter = *Leda* = *Tíndaro* — *Afareo* — *Leucipo*
Helena-*Pólux*-Cástor — Idas—Linceo — Febe—Telaira

Además de verse claramente el parentesco de nuestros héroes entre sí, se ve por qué Idas, Linceo y Cástor son llamados hijos de Júpiter, á pesar de no haber sido engendrados directamente por el Padre de los Dioses. Pólux y Helena, aunque hijos inmediatos de Júpiter, llevaban el título de Tindárides, por ser Tíndaro, su padre putativo, esposo legítimo como era de Leda.

2. Ménos conocida que las anteriores constelaciones es la estrella ó, mejor dicho, la nebulosa que observaron los astrónomos junto á Cáncer, y á que dieron el nombre de φάτνη, ó pesebre, situada entre dos estrellas denominadas los Asni-

llos. Dice Teofrasto á este propósito: *El Pesebre del Asno, cuando aparece límpido y resplandeciente, anuncia serenidad.*

3. Véase lo que dijimos á propósito de las Simplégadas ó Islas Cianeas en las notas al Idilio XIII.

4. Los Bébrices eran pueblos del Asia, que habitaban la region llamada Migdonia y despues Bitinia.

5. De los cincuenta argonautas, muchos eran engendrados inmediatamente por dioses, y los demas descendian, por medio de más ó ménos abuelos, de alguna divinidad.

6. Esta respuesta de Amico no tiene en castellano la misma fuerza que en el original. En griego el saludo es literalmente: *Alégrate*, *salve*, χαῖρε. «¿Cómo me he de *alegrar?*« replica rudamente el Bárbaro.

7. Muchos ponen este dístico en boca de Amico y sin interrogacion.

8. Era el cesto una arma á la vez ofensiva y defensiva de que se servian los atletas, inventada por nuestro héroe Amico. Se componia de gruesas correas y tiras de cuero, á veces con alma de plomo, con que se armaba la parte exterior de la mano, y se ligaba el brazo, unas veces hasta el codo, otras hasta el hombro.

9. De Ticio, hijo de la Tierra, dice Homero, y repite Virgilio, que su inmenso y pesadísimo cuerpo cubria nueve yugadas de terreno.

10. Esta actitud era la señal de rendicion en los luchadores. La generosidad que nuestro poeta atribuye á Pólux está en contradiccion con los mitólogos, quienes aseguran que dió muerte á Amico.

11. Véase la genealogía arriba trazada.

12. Elide, lo mismo que la Argolide, eran famosas por sus buenas pasturas y crías de caballos. Estas dos provincias, juntamente con Acaya, Mesenia, Arcadia y Laconia ó Esparta donde residian nuestros héroes, formaban el Peloponeso. El litoral Sisifio se refiere al istmo de Corinto.

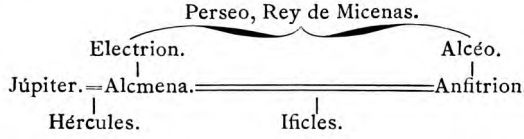
IDILIO XXIII.

1. No siendo precisamente una doncella la causa de la pasion y trágico fin del protagonista, algunos cambios y ligeras supresiones ha exigido la decencia. Fuera de estos, el lector podrá ver que nos hemos adherido á la letra del original, al poner en castellano esta bellísima elegía, mas bien que idilio.

2. No solo en Virgilio, sino en muchos otros poetas antiguos se encuentran pasajes semejantes.

IDILIO XXIV.

1. Paréceme conveniente poner á la vista del lector la genealogía de nuestro héroe:



Anfitrion, casado con su prima Alcmena, tuvo que huir á Tébas, donde dejó á su esposa para ir á la guerra contra los Telebeos. Durante su ausencia, Júpiter engañó á Alcmena tomando la figura de su propio marido, siendo fruto de esta union Hércules, llamado tambien Alcides y Anfitrioníades por su abuelo y padre putativos.

2. Este escudo, conquistado en la guerra que acabamos de mencionar, servía de cuna á los niños en tiempo de paz. ¡Qué bella idea! ¡Qué descripcion tan admirable! ¡Qué cuadro tan hermoso!

3. Véase la nota 9 al Idilio VII.

4. Juno, celosa por la infidelidad de Júpiter, fué siempre hostil al fruto de los amores de éste con Alcmena. Su primer acto de hostilidad fué retardar su nacimiento con el fin de sujetarlo al poder de Euristeo, cuya venida al mundo aceleró; pues el Padre de los dioses, sabiendo el dia que Alcmena debia dar á luz al que él habia engendrado, juró que el varon de su raza que iba á nacer dominaria á todos sus semejantes.

La astucia de Juno frustró la voluntad de Júpiter, que no pudo violar su juramento.

5. Tirésias de Tébas, hijo de Evero y de la ninfa Cariclo, nació varon, estuvo por siete años trasformado en mujer, y volvió á su sexo primitivo. Habiendo visto bañándose á la casta Minerva, en castigo fué privado de la vista; pero Júpiter en compensacion le concedió el don de profecía.

6. Las doce empresas ó trabajos que impuso Euristeo á Hércules, en virtud del poder que sobre éste le dió el incauto juramento de Júpiter, fueron:

1.ª Matar al leon de Nemea.

2.ª Dar muerte á la Hidra de Lerna.

3.ª Llevar vivo á Micenas el ciervo de cuernos de oro.

4.ª Traer tambien vivo á Euristeo el jabalí del Erimanto.

5.ª Limpiar en un dia los inmensos establos del opulento Augías.

6.ª Poner en fuga á las aves del lago Estinfalide.

7.ª Coger vivo al toro de Creta, que respiraba fuego.

8.ª Conducir á Micenas las yeguas de Diomedes de Tracia.

9.ª Llevar á la hija de Euristeo el precioso cinto de Hipólita, reina de las amazonas.

10.ª Sacar las vacas de Gerion, de la remota isla Eritea: en este viaje fué cuando erigió las famosas columnas llamadas de Hércules.

11.ª Llevar á Grecia las manzanas de oro de las Hespérides.

12.ª y última. Traer al famoso can Cerbero del Infierno.

Habiendo dado cima á estas y otras muchas hazañas, y sufrido terribles infortunios, Hércules (conforme al vaticinio de Tirésias) erigió una pira en la cumbre del Monte Eta, en Traquina, y colocándose en ella hizo que la encendieran. Pero ántes de que el fuego lo consumiera fué arrebatado en una nube al cielo, donde, reconciliado con Juno, le dió ésta en matrimonio á su hija Hebe.

7. Era Lino hermano de Orfeo, y recibió mal pago de su discípulo, pues lo mató á golpes con su lira, irritado porque lo habia azotado el maestro.

8. Segun otros, fué Teutaro el Escita quien enseñó á Hér-

cules el manejo del arco. Eurito era tan famoso, que Ulíses protesta en la *Odisea* no querer entrar en competencia con él.

9. Fanotes es llamado por algunos este gran luchador.

10. No era este Cástor el hermano de Pólux, sino Cástor Hipálides.

11. Siguen en el original pocos versos más, que por no tener sentido completo, no he querido traducir. El resto del Idilio se perdió, y aunque algun gramático lo ha suplido, como puede verse en las ediciones de Escalígero, Boissonade y Pagnini, no son dignos sus versos de traducirse al lado de los de Teócrito.

IDILIO XXV.

1. Tambien el principio perdido de este Idilio se ha suplido con poco acierto por algun gramático, y puede verse en las ediciones arriba citadas. Ambos Idilios parecen cantos de algun poema en honor de Hércules, que por desgracia no ha llegado íntegro á la posteridad.

2. Colocaban los Griegos en las encrucijadas estatuas de Mercurio con tres cabezas, que indicaban adónde conducia cada camino. Este dios era considerado protector especial de los caminantes.

3. Llamábase el Alfeo sagrado, no sólo por ser progenie divina como todos los rios, sino porque á su márgen se celebraban los juegos Olímpicos.

4. Apolo era llamado *Nomio* ó dios de los pastores, no sólo porque estos lo veneraban muy particularmente, sino porque él fué tambien pastor de las yeguas de Admeto. Obsérvese que en las posesiones de Augías ocupaba un lugar prominente el santuario de la divinidad tutelar, y que una parte de los ganados se destinaba especialmente á su culto.

5. Por la descripcion que hace el buen viejo de las inmensas propiedades de Augías, vemos que no en vano su opulencia se habia hecho proverbial.

6. Compárese el dicho de Virgilio: *Et vera incessu patuit Dea*. Los hijos de los dioses tenian tal majestad, que un buen conocedor presto los distinguia de los simples mortales, especialmente en el augusto modo de andar.

7. Bellísimo y perfectamente copiado del natural es este episodio de los perros. Del acontecimiento más sencillo, y al

parecer prosaico, puede sacar partido un poeta. Compárese un pasaje semejante del libro XIV de la *Odisea.*

8. Nuevo ejemplo de nombres propios impuestos á los animales, no sólo por villanos, sino por legisladores y príncipes como era Augías.

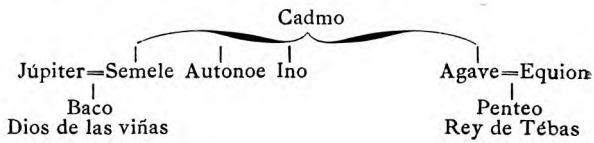
9. Dióle su nombre Hélice, hijo de Licaon. Egíalo ó Sicione era ciudad de Acaya.

10. El Peloponeso, ántes de que Pélope le diera su nombre, tenia el de Apis, hijo de Foroneo, de donde sus habitantes se llamaban Foroneses.

11. Véanse las notas al Idilio anterior.

IDILIO XXVI.

1. Vuelvo á poner ante todo la genealogía de los héroes y dioses de este Idilio, para mayor claridad.



2. Lo que llamo aquí *falange* es el griego Θιάσος ó *thiasus* en latin. El monte citado es el Citeron, cerca de Tébas, donde se celebraban las Fiestas en honor de Baco, y al cual iban formadas en hileras las mujeres que componian la procesion.

3. Semele, aunque mortal al principio, como sus hermanas, fué despues deificada. Segun la tradicion de los gentiles. Baco fué el primero que enseñó la Religion y estableció los ritos y ceremonias que á ella pertenecian. Ovidio, en los *Fastos*, lib, 3.°, dice de Baco:

Ante tuos ortus, aræ sine honore fuerunt.

4. Las fiestas de Baco eran llamadas por excelencia *Orgías*, y los desórdenes, obscenidades y enormes vicios que con pretexto de los sacrificios Bacanales se cometian, no han tenido igual en la historia de la prostitucion. Los Romanos, nada escrupulosos por cierto, y que permitian los licenciosos sacrificios de Vénus y de Flora; los Romanos mismos, como narra

Tito Livio, prohibieron las Orgías en toda Italia. Baco en persona las introdujo en Tébas á su vuelta de la India, y como vemos, sus tres tias las adoptaron con entusiasmo, y arrastraron en pos de sí á infinidad de mujeres. El rey Penteo quiso poner coto á tamaño desórden; pero engañado por su divino pariente, nada pudo lograr. Entónces decidióse á observarlo todo por sí mismo, y subió secretamente al Citeron, donde su propia madre y tias le dieron la terrible muerte que aquí se describe.

5. Ambiguo sobre manera es este pasaje en el original, y ambiguo lo he dejado en la version. Escalígero lo explica así, leyendo tambien el texto de diverso modo: «Los que han obrado peor que Penteo, no llegarán al nono ó décimo año (desde el momento que ofendieron á Baco) sin experimentar la divina venganza.» Otros interpretan de este modo: «Ni á mí mismo me importa saber más, ni ninguno otro se haga hostil á Baco inquiriendo más de lo justo, áun cuando Penteo hubiere sufrido mayores tormentos, y (no ya hombre formado y fuerte, sino) siendo niño de ocho á nueve años (hubiera caido víctima de su propia madre).» Esta interpretacion me agrada más; pero no me satisface del todo.

6. Habiendo tenido Semele el triste honor de agradar á Júpiter, que la visitaba en secreto ocultando su divinidad, la celosa Juno le inspiró dudas acerca del rango de su amante, y la instigó á pedirle con instancia que se le presentase tal cual era en el cielo. Cedió Jove al antojo de su amada, y ésta quedó, no sólo deslumbrada por la majestad del Tonante, sino tambien consumida por sus rayos. Hallábase entónces en su sexto mes; y librando Júpiter de la muerte al fruto de sus amores, lo cosió á su muslo, y suplió los oficios de madre, hasta que se cumplieron las nueve lunas de costumbre. Nació entónces el niño, y Júpiter lo colocó en el monte Dracano, lo nombró Dionisio ó Baco, y por medio de Mercurio lo envió á su tia Ino para que lo amamantara.

7. Increible es en verdad el número de frenéticas *heroínas* que imitando á las tres hienas, que no mujeres, cuyas crueles hazañas acabamos de ver, tomaban parte en las Bacanales, cuya sombra nos queda aún en las fiestas del Carnaval. Al

leer en los autores la triste descripcion de las atrocidades é infandos actos de desenfrenada licencia cometidos precisamente por el sexo que se llama débil y hermoso, apénas damos crédito á tan vergonzosas historias. ¡Sin embargo, eran esos misterios institucion divina, y como nos manda el poeta, no habia que censurar las obras de los Dioses!

IDILIO XXVIII.

1. Minerva, hija de Júpiter, no tuvo madre. Vestida ya de armadura tan refulgente que hizo al Sol detener sus caballos, salió de la cabeza del Padre de los Dioses, que al efecto abrió Vulcano con su segur. Casta, prudente, sábia y justa, protegia siempre la justicia, y era diosa de las ciencias, de las artes y de la industria. No tenía rival en las labores femeniles; ella tejió su propia vestidura y el traje que Juno, reina del Olimpo, ostentaba los dias de gala, riquísimamente recamado. Cuando Jason emprendió la expedicion argonáutica, Minerva le regaló un manto, trabajado con sus propias manos, y estas artes en que era maestra, se dignaba enseñarlas á la mujeres mortales que con sus virtudes sabian ganarse el afecto de la diosa. Su epíteto ordinario era «*la diosa de ojos azules.*» La rueca en general era considerada como un don de la divina protectora de las artes femeniles.

2. Mileto, ciudad del Asia Menor, fundada ó, por lo ménos, engrandecida por Meleo, hijo de Codro, rey de Aténas, era célebre, más bien que por el templo de Vénus aquí mencionado, por sus ricas lanas y el modo exquisito de trabajarlas.

3. Esta mujer insigne, no se contentaba con hacer sus propias vestiduras, sino que tejia las de su esposo y familia, y áun tal vez otras, como hacian algunas damas de aquel tiempo. Enamora verdaderamente la pintura de la fiel esposa del médico-poeta. Es solo comparable á la descripcion de la mujer fuerte de los Proverbios. Se me ocurre que Teócrito, aunque copiando del natural, puede haber tomado el colorido del libro de Salomon que acababan de traducir en Alejandría los Setenta Intérpretes. Si es fiel la pintura de la virtuosa

Teugénide, podremos sin profanacion aplicarle las palabras del Sabio: *Procul et de ultimis finibus pretium ejus.* Tenía en verdad el Físico de Mileto un tesoro inestimable, más precioso que las mercancías de las remotas Indias y el oro traido de los últimos confines de la tierra.

4. «El año siguiente á la fundacion de Naxos, Arquias, natural de Corinto (la antigua Efira) y de la raza de los Heráclides, llevó una colonia á Sicilia. Al Sur de Naxos, pero todavía en la costa oriental, halló un territorio de gran fertilidad con un puerto en extremo cómodo y seguro. Dentro del puerto, y apénas separada de la orilla, habia una isla como de dos millas de circunferencia, abundantemente regada por aquella célebre fuente que los poetas han hecho famosa bajo el nombre de Aretusa. Arrojando de allí á sus primitivos habitantes los *Sicelios*, ó reduciéndolos á la esclavitud, fundaron la ciudad que llegó á ser la grande y renombrada Siracusa.»—Mitford, *Historia de Grecia.*

IDILIO XXX.

1. Véase cuanto hemos dicho sodre Adónis en las notas á los Idilios XV de Teócrito y I de Bion. Segun esta bellísima Anacreóntica (como muy bien pudiera llamársele), no es Marte mismo el que mata á Adónis, sino un jubalí real y verdadero, aunque dotado del uso de la palabra, y de unos sentimientos tan nobles, humanitarios y amorosos, como no tendríamos derecho á esperar de una bestia habitadora de la selva.

IDILIOS DE BION.

IDILIO I.

1. Adónis, hijo de Cinira rey de Asiria, y de Mirra, fué un jóven de belleza exquisita y esposo de Vénus. Cazando un dia por los bosques fué herido de muerte por un jabalí, y en su honor se instituyeron juegos fúnebres por toda el Asia, y luégo se extendieron á Egipto y á Grecia. El profeta Ezequiel (VIII, 14) dice: «Me introdujo (el Divino Espíritu) á la entrada de la casa del Señor, que miraba al Norte, y hé aquí que vi unas mujeres que estaban sentadas, llorando la muerte de Adónis.» Luciano describe las fiestas en estos términos: «Las mujeres lloran, se maltratan y mesan los cabellos; llevan luto riguroso, y despues de celebrado el funeral, siguen los juegos fúnebres de Adónis.» Teócrito, en el Idilio XV, habla tambien de estos juegos, y segun su descripcion se ponia una estatua de Adónis en un lecho de plata, rodeado de figuras mitológicas representando los amorcillos, etc., y trabajadas con mucha maestría, todo colocado sobre un carro que era paseado en procesion por toda la ciudad, haciendo el papel de Vénus una jóven escogida entre las más hermosas. Para estos juegos compuso Bion su Idilio I, y para su inteligencia es menester recordar que unas cosas se aplican á la Vénus verdadera, y otras á la jóven que la representaba.

2. El texto griego trae un pensamiento que áun en el original me ha parecido de mal gusto y que en castellano lo he juzgado insoportable. Describe al *blanco* Adónis atravesado por el *blanco* colmillo del jabalí, λευκός, λευκῳ: he sustituido el segundo epíteto con el de *homicida*.

3. Es hermosísima, y fundada en la verdad, esta descripcion de los perros de caza llorando la muerte de su señor. En Virgilio tambien vemos á los leones gimiendo por Dáfnis, y al caballo de Palante bañado en lágrimas por la muerte de su dueño.

4. El vestir luto, darse golpes de pecho, andar descalzo y con la cabellera en desórden, eran señales de duelo entre los antiguos.

5. Es inimitable este cuadro de la naturaleza animada toda y llorando la muerte de Adónis.

6. Es sublime la ternura y desesperacion de todo este trozo que pone Bion en boca de Vénus.

7. ¡Enérgica comparacion! *Velut somnium surgentium*, hallamos en el salmo LXXII, y Osian compara á un sueño la brevedad de la vida.

8. Era el cinto de Vénus un tejido de seducciones, de engaños y de encantos. Homero lo describe así en el libro XIV de la *Ilíada*:

«El cinto con pespuntes adornado
En variada labor, donde incluídos
Los encantos de amor todos tenía,
Se quitó. Allí el amor, allí el deseo,
Allí de los amantes los coloquios,
Y allí la fácil persuasion estaba
Que á los más cuerdos la prudencia roba.»

9. Si un frio filósofo profiriera estas palabras, tendrian razon los críticos que las han tachado de ineptas; pero en boca de una viuda, nada ménos que diosa del amor, y que está llorando sobre el cadáver de su esposo, son propias y bellísimas.

10. De alambicado se tacha tambien este pensamiento;

pero tratándose de acontecimientos extraordinarios y misteriosos, nada impropia sino muy bella me parece esta medida de la sangre del esposo y las lágrimas de la diosa viuda.

11. Generalmente el orígen de la anémona, y no de la rosa, se atribuye á la sangre de Adónis.

12. Compárese con la bella imitacion del poeta italiano:

«*Passa la bella donna, e par che dorma.*»

13. Proverbial es la riqueza y hermosura de la púrpura de Tiro en Fenicia, no ménos que la exquisita fragancia y superioridad de los perfumes de la Arabia. La diccion μύρον, *ungüento*, *bálsamo*, era uno de tantos términos caprichosos de cariño que usaban los Griegos. Así en Teócrito, hemos oído á Polifemo llamar *manzana* á su amada.

14. El raparse los cabellos y áun las cejas era otra de las señales de duelo; no ménos que el romper los instrumentos y prendas más caras. Véase el epigrama de Safo en la muerte de Timade, y la elegía de Ovidio á la muerte de Tibulo. El lavar los cadáveres y ungirlos con aromas, es tambien uso antiquísimo. Este cuadro de los Amores ejerciendo con Adónis los últimos piadosos oficios, y sirviéndose aún de sus alas para hacerle viento, es delicioso, suavísimo, incomparable.

15. Los matrimonios como el de Vénus con Adónis, dan motivo á Himeneo que los formó, para que destroce su antorcha y la corona nupcial que en mala hora tejió.

16. Siendo las Gracias dadoras de la belleza, y amigas íntimas y servidoras de Vénus, natural era que lloraran la pérdida del bellísimo jóven, amado por la Diosa.

17. Dione era el nombre de la madre de Vénus, segun algunos. A veces se le da á la misma Citéres, y tal parece ser el caso en este verso.

18. El texto ordinario trae Μοῖραι; he preferido con Boissonade leer Μοῖσαι. Más natural y más poético es que las Musas lloren á Adónis que no las Parcas, cuyos cantares, por otra parte, no podrian ser sino cantos mágicos, habiendo que forzar hasta cierto punto el verbo ἐπαείδουσιν.

19. Al fin se ablandó la enamorada Proserpina, y concedió

á Adónis pasar una pequeña parte del año con su esposa Vénus.

20. En mi primera edicion de Bion traduje ἴσχεο κωμῶν: *apártate este dia del ruido y delicias del banquete.* A pesar de la version absolutamente contradictoria que daban Pagnini, Zamagna, Conde y otros, no podia convencerme de que fuese posible atribuir á ἴσχεο un significado en oposicion directa con su sentido ordinario. En los nueve años que han trascurrido, Schwebel, con la autoridad de Hesiquio ha logrado persuadirme que ἴσχεσθαι puede tomarse en la acepcion de κατέχειν, y haciendo el cambio que se observa en la presente edicion, me he conformado á la generalidad de los traductores. Confieso, sin embargo, que más me agradaria leer, como conjetura Bart: ἴσχεο κομμῶν, *abstine planctibus.*

IDILIO II.

Amor, trasformado en pájaro, se burla de los esfuerzos de un jóven cazador que procura atraparlo en sus redes; éste corre á quejarse á un viejo labrador, quien lo disuade de semejante cacería. Es altamente moral este Idilio; un poeta cristiano apénas habria podido inventar una alegoría más perfecta para pintar los peligros del amor, especialmente en la juventud: mi version es un poco parafrástica.

1. Oculto el cazador entre el follaje, atraía á los pájaros á fuerza de silbar; entónces alargaba poco á poco las cañas y los atrapaba. Así se explica el verso de Marcial:

«*Non tantum calamis, sed cantu vincitur ales.*»

2. El boj ó mirto era el árbol consagrado á Vénus, madre de Amor.

IDILIO III.

1. El clavar los ojos en el suelo era entre los antiguos señal de modestia y virginal pudor. Así describe Museo la actitud de Hero á las primeras proposiciones de Leandro:

«Clava los bellos ojos en el suelo
La vírgen, sin hablar: púdica oculta
La encendida mejilla con el velo.»

Con esta preciosa alegoría nos enseña el poeta cómo Amor se cubre á menudo con el ropaje de la modestia, para insinuarse más fácilmente en los corazones y pervertirlos sin dar lugar á la resistencia.

2. Cuando Perseo mató á Medusa, las dos hermanas de ésta lamentaron amargamente su muerte; y las serpientes que formaban sus brazaletes, se unieron al funebre concierto. Minerva las oyó, y tanto le agradó el sonido, que inventó la flauta para imitarlo.

3. Mercurio, recien nacido, saltó de la cuna en que acababa de ponerlo su madre Maya, y encontrando una tortuga le sacó la carne, y poniéndole cañas y cuerdas, invento el laúd.

4. Apolo no fué precisamente el inventor de la lira, sino unicamente perfeccionó el instrumento de su medio hermano Mercurio.

5. Enamorado Pan de la ninfa Siringa, corrió tras ella una vez que tornaba de la caza. La persegida Náyade llegó al rio Ladon, y no pudiendo cruzarlo, imploró el auxilio de las ninfas sus hermanas, quienes milagrosamente la salvaron de su

poco simpático admirador. Al llegar éste á la ribera, cuando creyó asir el objeto de sus amores, encontró que solo tenía en la mano un puñado de cañas. Miéntras lloraba el dios su triste desengaño, agitando el viento suavemente las cañas, produjeron éstas un sonido armonioso, que inspiró á Pan una idea repentina. Cortó siete cañas y formó con ellas la zampoña pastoril.

IDILIO IV.

Quien tiene un corazon poco sensible no puede ser buen poeta; hé aquí el resúmen de este Idilio, cuyo argumento es el mismo de la oda 1.ª de Anacreonte que empieza:

Θέλω λέγειν Ατρειδας

y que Villegas ha traducido tan bien al castellano. Trascribo íntegra la version del poeta español:

Quiero cantar de Cadmo,
Quiero cantar de Atridas;
Mas ¡ay! que de amor sólo,
Sólo canta mi lira.
Renuevo el instrumento,
Las cuerdas mudo aprisa;
Pero si yo de Alcides,
Ella de amor suspira.
Pues, héroes valientes,
Quedáos desde este dia,
Porque ya de amor sólo,
Sólo canta mi lira.

IDILIO V.

1. He preferido con Longepierre leer aquí otra vez **Μοῦσα** en vez de **Μοῖρα**, que es la leccion ordinaria defendida por muchos.

2. Se ve que algo falta, y que lo que nos conservó Estobeo es un fragmento y no un idilio entero.

IDILIO VI.

La sencillez de este Idilio, que en el original es sumamente grata, parecerá quizás prosaica á los que lo lean en castellano: no era posible, sin una infidelidad innecesaria é importuna, añadirle adornos á la moderna, y he preferido conformarme en todo al texto griego.

IDILIO VII.

De Véspero dice Ciceron en el libro II *de Natura Deorum: La estrella de Vénus, se llama en griego Phosphoros, y en latin Lucifer, cuando precede al Sol; cuando lo sigue la denominamos Hésperos.* Homero en la *Iliada* libro XXII:

Véspero más hermoso
Que ninguna otra estrella es en el cielo.

Cátulo, *Carm. Nupt.*:

¡Oh Véspero! ¿Qué estrella
Hay en el cielo más fulgente y bella?

Este Idilio generalmente se atribuye á Mosco.

IDILIO VIII.

A la dificultad de hacer caber ocho hexámetros griegos en catorce endecasílabos castellanos encadenados por las severas reglas del soneto, se ha añadido la de hacer inteligibles á lectores no versados profundamente en la mitología los conceptos que en este Idilio se expresan. No me lisonjeo de haberlo conseguido, y pongo á continuacion algunas notas que los aclararán.

1. Pisa era la capital de Pisatis, en el Peloponeso; cerca de ella se celebraban los famasos Juegos Olímpicos.

2. El rio Alfeo tenía y tiene aún su orígen en Arcadia, y despues de atravesar gran parte del Peloponeso, entra en el mar Jónico, por un conducto subterráneo, al Sur de Pisa. Esto dió márgen á la fábula que forma el asunto del presente Idilio. La ninfa Aretusa, segun ésta, fué trasformada en la fuente del mismo nombre en Sicilia; y el rio Alfeo, enamorado de ella á pesar de su metamorfósis, corria en seguimiento suyo bajo el mar.

3. Conforme á esta creencia, arrojaban los Griegos en el Alfeo flores, olivas, etc., persuadidos de que irian á salir á la fuente Aretusa, llevados por el supuesto conducto submarino.

Como el anterior, este Idilio generalmente se atribuye á Mosco.

IDILIO IX.

1. Hermosa es esta invectiva contra Vénus por habernos dado á luz un hijo tan cruel y pernicioso como el Amor. La genealogía que aquí nos da el poeta no está conforme con los mitólogos. Los que le dan por madre á Dione hacen á Júpiter su padre. Cuando aparece como hija de la Mar, se le atribuye su nacimiento al impío ultraje que el ambicioso Saturno hizo al Cielo, ó sea Urano, su padre.

Compárense las cualidades que aquí se atribuyen á Cupido con las que le asigna Mosco en el Idilio I.

IDILIOS DE MOSCO.

IDILIO I.

Finge el Poeta que Vénus anda buscando á Amor que se le ha escapado, y hace de su hijo una vivísima descripcion. El Tasso la ha imitado entre los Italianos, y un poco Martinez de la Rosa en su poemita «Amor en venta.»

1. Cuando alguna cosa se extraviaba, era costumbre de los antiguos enviar un pregonero, que daba las señas de lo perdido y prometia una recompensa al que indicara dónde se hallaba, ofreciendo un premio mayor al que lo llevara á su dueño. El original especifica lo que promete la Diosa de Citera.

2. Compárese el pasaje de Petronio en que se dan las señas de un jóven de diez y ocho años, por cuyo hallazgo se ofrecian veinticinco escudos. Presenta algunas dificultades aquí la leccion en el original. Yo he seguido á los críticos que leen ἔικοσι (veinte) y no εἰκόσι (indicios, imágenes), aunque permitiéndome multiplicar el número por cinco, para hacerlo más expresivo en castellano.

3. La mentira y la doblez fueron siempre uno de los principales característicos de Amor entre los antiguos. Por eso (entre otras razones) tenian como axioma incontestable que los juramentos amorosos carecian de fuerza.

4. Alúdese á los conocidos amores de Pluton con Proserpina.

5. Véanse en los Idilios de Teócrito los muchos y variados amores de Vénus, herida casi siempre por los dardos de su hijo.

6. Hace aquí alusion á los amores de Apolo con Dafne, cambiada en laurel, segun la fábula. Compárese el final del Idilio con los consejos que en el libro I de la *Eneida* da Vénus á Amor con respecto á Dido.

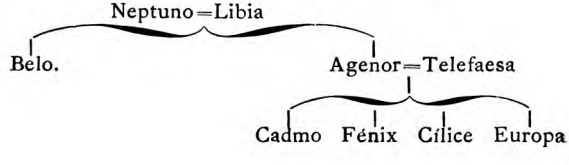
IDILIO II.

Europa, hija de Agenor, ó de Fénix, cautivó con su belleza al mismo Júpiter, quien para evitar los celos de Juno se trasformó en un precioso toro, y logrando hacer que montara aquella sobre su espalda, se la llevó á traves del mar á la Isla de Creta. Esta favorecida beldad dió despues su nombre á la parte del mundo á que fué conducida desde el Asia. El bellísimo asunto del rapto de Europa ha sido tratado de diversos modos por Horacio y otros poetas, y no pocos célebres pintores. El presente Idilio, atribuido al principio á Teócrito, es ahora reconocido por todos los críticos como obra de Mosco

1. Dividian los antiguos así el dia como la noche en cuatro partes. Las de la noche eran llamadas por los Griegos φυλακαὶ y por los Romanos *vigiliæ*, con relacion á las guardias militares. Aquí usa el original de otra voz ménos bélica. No es superfluo la designacion de la hora en que tuvo Europa el sueño; pues entre los antiguos teníanse como verídicos los que venian por la mañana, á diferencia de aquellos que, llegando en la primera parte de la noche, se atribuian á causas meramente físicas.

2. La vivienda ó departamento de las mujeres, llamado γυναικεῖον, estaba colocado en la parte superior de la casa, para que, como dice Eustacio, fuesen *de acceso difícil*.

3. He aquí la genealogía más comun de Europa:



Aquí parece Mosco atribuir á Fénix la paternidad de Europa; pero, como dice Xilandro, la palabra Φοινικος puede ser voz gentilicia, equivalente á *Agenor, rey de Fenicia.* Yo corté el nudo en la traduccion, omitiendo el nombre del padre de Europa.

4. Vénus, que estaba ya tramando la aventura amorosa de Júpiter, prepara el terreno al Padre de los Dioses, enviando la vision que aquí se narra á la inocente vírgen.

5. A más de la aventura amorosa, parece el sueño augurar, aunque oscuramente, á Europa, la gloria que le aguardaba en la region opuesta á Asia, que debia en lo porvenir llevar el nombre de la Vírgen Fenicia.

6. Bien conocido es el estrecho de los Dardanelos, ántes Helesponto, que separa Europa de Asia. De la impresion profunda causada por los sueños hallamos frecuentes ejemplos en los antiguos escritores, y áun en los Libros Santos. Era costumbre, como hace aquí la niña, rogar á los dioses, y más que á todos al Sol, para que fuesen de buen agüero las visiones que acababan de aterrarlos.

7. Como hemos observado en el «Epitalamio de Helena,» de Teócrito, era costumbre universal entre las doncellas de alto linaje el andar siempre seguidas por numerosa falange de lo que podemos llamar *damas de honor*. A los templos, á las diversiones, á los ejercicios gimnásticos, á todas partes, en suma, las acompañaban, y eran por lo comun de la misma edad que su señora.

8. Dos rios de este nombre mencionan los geógrafos; pero ni el uno ni el otro son el Anauro, en cuyas aguas se bañaba Europa, y debia estar en la Fenicia.

9. Véase lo que de Vulcano dijimos en la nota 16 al Idilio II de Teócrito.

10. Más arriba está la genealogía de Europa.

11. Observa un crítico que esta historia, por decirlo así genealógica, de la canastilla de Europa, sirve para probar su autenticidad; de la misma manera que hoy dia trazamos la historia de un cuadro de Murillo ó una estatua de Miguel Angel, enumerando los dueños por que ha pasado, y los lugares y ocasiones en que se ha exhibido.

12. Ío, hija de Ínaco, era sacerdotisa de Juno, y por su desgracia fué amada de Júpiter. Cuando éste vió que su divina esposa habia entrado en sospechas, trasformó á aquella en una vaca blanca, y juró á la diosa que era inocente. Fingió ésta creerle, y le pidió la vaca en regalo. No pudo Júpiter negársela, y la celosa Juno puso á Argos á custodiarla, y éste la ató al tronco de una oliva. Libertada por Mercurio, no cesaron las iras de Juno, quien mandó un tábano ó moscarda á atormentar á la infeliz. Agitada por el terrible insecto atravesó el mar, que tomó de ella el nombre de Ionio ó Jonio; anduvo errante por las llanuras de Iliria, subió al monte Hemo, y atravesó el estrecho de Tracia, que por esto se denominó *Bósforo*.

13. Despues de otras muchas correrías por Europa y Asia, llegó Ío al célebre Nilo, cuyas siete bocas son universalmente conocidas, y en su ribera fué tocada por Júpiter y restituida á su sér primitivo.

14. Mercurio, mensajero de los dioses, y de astucia sin igual, trató primero de robar á Ío (por órden de Júpiter) burlando la vigilancia de Argos. Pero éste, con sus cien ojos, escapó de las asechanzas de aquél, quien tuvo que recurrir á la fuerza, y lo mató con una piedra, de donde le vino el glorioso título de Ἀργειφόντης, ó Matador de Argos. Los innumerables ojos de la víctima quedaron inmortalizados en las plumas del gallardo pavo real, que brotó de su sangre, segun nuestro Poeta. Ovidio afirma la preexistencia del ave, y dice únicamente que los ojos de Argos fueron puestos en la cola de su pájaro favorito. Una distraccion me hizo olvidar, al traducir esta porcion del Idilio en los desiertos de Coahuila por donde á la sazon pasaba, que fué una pedrada y no un mandoble lo que puso fin á la vida del importuno vigilante.

15. Las niñas casaderas llevaban ceñida una faja, como prueba Schwebel con varias citas. El motivo lo asigna Festo, en la voz *Cingulum. Nova nupta præcingebatur cingulo, quod vir in lecto solvebat, factum ex lana ovis, ut sicut illa in glomos sublata conjuncta inter se sit, sic vir suus secum cinctus, vinctusque esset. Hunc Herculaneo nodo vinctum vir solvit*

hominis gratia; ut sic ipse felix sit in suscipiendis liberis, ut fuit Hercules, qui septuaginta liberos habuit.

16. La flauta que los Latinos denominaban *tibia Phrygia*, toma aquí su nombre de la Migdonia, parte de la Frigia Mayor.

17. Ya hemos visto en las notas á Teócrito que las Nereides eran ninfas marinas, hijas de Nereo y Dóris, y cincuenta en número.

18. Los Tritones, deidades marinas tambien, eran hijos de Neptuno y Anfitrite, y servian al Rey de los Mares de lo que podemos llamar «trompetas de órdenes.»

19. Júpiter, inmediatamente despues de su nacimiento, fué enviado por Rhea, su madre, á la isla de Creta, y confiado á los Coribantes, que ocultándolo pudieron librarlo de la voracidad de Saturno. Los hijos que por obra de Júpiter tuvo Europa, fueron Mínos, Sarpedon y Radamanto. El segundo, rey que fué de Licia, se distinguió sobre manera en la guerra de Troya: el primero y el ultimo, en virtud de su insigne justicia, fueron nombrados, juntamente con Éaco, jueces del Infierno.

20. Véase la nota 20 al Idilio I de Teócrito. Éste es uno de los pasajes en que los poetas parecen confundir las Horas con las Gracias.

IDILIO III.

1. He puesto *amapolas* en vez de *anémona*, siguiendo la costumbre de algunos traductores españoles, por ser flor mucho más conocida. Por la misma razon, he traducido ανηθον por *hinojo*, aunque no es precisamente el mismo.

2. Jacinto, hijo de Piero y de Clio, fué muerto violentamente por Zéfiro. De su sangre brotó la flor que lleva su nombre, y el AI que se observa en sus hojas es el grito de Apolo, afligido por su muerte. Tambien Ayax Telamon, despues de su suicidio, fué cambiado en la misma flor, quedando grabadas en sus pétalos las dos primeras letras del nombre del héroe.

3. Uno de los muchos nombres de Sicilia fué *Trinacria*, y sus habitantes se llamaron Trinacrios. Este retornelo en que se invita á las Musas de la isla habitada por Bion y sus alumnos á prorumpir en llanto por el gran bucólico, es graciosísimo en el original.

4. Filomena, perseguida de muerte por su padre, á causa de sus amores con Tereo, para escapar al furor de aquél, rogó á los dioses la convirtieran en pájaro, y fué trasformada en ruiseñor.

5. Aretusa, ninfa amada de Alfeo, fué trasformada por Diana en una célebre fuente de Sicilia.

6. El dialecto Dórico fué usado de preferencia por los bucólicos griegos. Por eso se habla tanto en este Idilio de la *Musa Dórica*, del *cantar Dórico*, de las *fuentes Dóricas*, etc.

7. El Estrimon era un rio de Tracia en que abundaban los cisnes.

8. El Eagro era tambien rio de Tracia, y los Traces se

llamaban tambien Bistonios. En esas regiones fué donde Orfeo, despues de la pérdida de su esposa Eurídice, recibió muerte cruel á manos de las Bacantes.

9. Este hermoso pasaje ha sido imitado por Virgilio en la Égloga V.

10. Los Faunos ó Sátiros, los Priapos y los Panes, eran divinidades campestres protectoras de los pastores; las Náyades eran ninfas que reinaban sobre las fuentes, rios y manantiales de agua dulce.

11. Alude probablemente al delfin que sacó á la playa el cadáver del poeta Hesíodo, cruelmente asesinado y arrojado al mar.

12. Alciona ó Alcinoa, esposa de Céis, se afligió tanto con la muerte de éste, acaecida en un naufragio, que se arrojó al mar; los dioses por compasion la trasformaron en el pájaro conocido con el nombre de *Alcion ó Martin Pescador*. Cérilo fué tambien trasformado en pájaro marino, que muchos confunden con el alcion.

13. Memnon, rey de Abidos, fué muerto por Aquíles delante de Troya. Sus cenizas fueron cambiadas en pájaros llamados *Memnonides*.

14. Es graciosísima esta invitacion á las palomas, animal consagrado á Vénus, á quien Bion habia dedicado varias de sus composiciones.

15. Esta hipérbole fué imitada por Virgilio en la Égloga IV.

16. Los amores de Polifemo y Galatea eran tema favorito de los poetas bucólicos. Aquí parece que se hace alusion á algun Idilio de Bion que se ha perdido.

17. El Méles, hoy *rio de Esmirna*, fué padre de Homero, por lo cual éste se llamó tambien *Melesígenes*.

18. Ceo ó Ceos, uno de los Cícladas, fué patria de Simonides.

19. Se cree que los once versos siguientes fueron añadidos por Marco Musuro de Candia, para llenar la laguna que nos dejó la pérdida delos versos originales.

20. Ausonia era uno de los nombres de Italia.

21. Este pasaje fué imitado por Horacio, l. 4, oda 7.

22. Algunos han tachado de pueril este concepto. A mí me parece uno de esos lamentos muy naturales cuando nos hallamos afligidos por la pérdida de una persona ilustre y querida.

23. Orfeo, hijo de Apolo y de la Musa Caliope, pulsaba la cítara con tal perfeccion, que por oirle, los árboles dejaban sus puestos, los rios detenian su curso y las fieras se reunian en torno suyo. Sintió tanto la muerte de su esposa Eurídice, que bajó al Averno á buscarla, y ablandó á los Jueces infernales con la dulzura de su voz, hasta el grado que le concedieron su extraordinaria peticion. Sobre el descenso de Ulíses á los Infiernos véase la *Odisea*.

24. Proserpina, llamada tambien Hécate, era una ninfa siciliana que fué robada por Pluton y constituida reina del infierno. Los Griegos continuaron llamándola Κόρη (en dórico Κώρα), *la doncella* por antonomasia.

25. He preferido el nombre moderno de *Mongibelo* al de *Etna*, por parecerme más sonoro en castellano.

IDILIO IV.

Las desgracias inefables de Hércules, perseguido por la Tierra y por el Cielo, dan ocasion á Mégara su esposa, y á Alcmena su madre, de lamentarse mutuamente.

1. Da Mégara á su suegra el dulce nombre de *madre* en señal de reverencia y amor. Ésta, en su respuesta, le demuestra con sus cariñosas palabras, que es digna de tan tierno dictado.

2. Hércules, en un acceso de furibundo delirio, excitado por Juno, mató á los tres hijos habidos en Mégara, Terímaco, Creoncíades y Democoonte, y áun á su misma esposa, aunque aquí el Poeta la hace sobrevivir. De las Parcas se ha hablado en la nota 17 al Idilio I de Teócrito. Las Furias eran tres: Alecto, Megera y Tisífone.

3. Era tanto el poder atribuido por los gentiles á Apolo y á Diana sobre la vida de los hombres, que si moria un varon se imputaba á Apolo, y si una hembra á Diana, la causa de su muerte. El hermoso símil contenido en las octavas IV y V ha sido empleado por Virgilio y otros muchos poetas anteriores y posteriores al nuestro; pero como observa Pagnini, ninguno mejor que Mosco lo ha animado y caracterizado en todas sus circunstancias.

4. Era costumbre antiquísima, no solo de los Griegos, sino de muchas otras naciones, el quemar en una pira los cuerpos de los difuntos. Fundábase este uso, segun el Arzobispo Eustacio, *ad Iliad. lid. I*, en la opinion generalizada entre los antiguos, de que el alma, purificada de este modo, se elevaba al cielo por medio de las llamas, como en *un vehículo*, ἐν ὀχήματι. Gran caso se hacía de las exequias, como

es bien sabido, y el ser privado de ellas era una de las desgracias más temidas.

5. El territorio de Tébas en Beocia, de que tambien era parte Aonia, era famoso por sus pastos, que criaban magníficos potros.

6. Era Tirinto una ciudad fortificada del Peloponeso, donde Hércules y su familia tuvieron por largo tiempo su residencia.

7. Tambien Teócrito afirma en este sentido que Hércules tenía una alma ó corazon de bronce.

8. En la Sagrada Escritura hallamos frases semejantes. *Effusus sicut aqua*, dijo Jacob á Ruben; y David, en el salmo XXI, describiendo los efectos de un dolor supremo, dice: *Sicut aqua effusus sum.*

9. Abundaban en el Istmo de Corinto los bosques de pinos, de cuyas ramas se tejian las coronas para los vencedores en los Juegos Ístmicos.

10. El dolor hace aparecer injusta á la afligida Mégara, diciendo á una suegra tan amorosa que sólo su hermana puede consolarla.

11. Recuérdese que aunque Hércules é Ificles eran ambos hijos de Alcmena, el uno reconocia por padre á Júpiter y el otro á Anfitrion.

12. Compárese la frase de la Escritura: *Sufficit diei malitia sua.*

13. El jurar por Céres y su hija Proserpina era un adorno usual en la conversacion femenil. Las estatuas de Céres la representan gravemente vestida y con el espeso velo de una casta matrona.

14. Níobe, orgullosa de sus catorce hijos, osó preferirse á Latona, que tenia dos tan solo. Apolo y Diana vengaron el ultraje hecho á su madre, matando con sus terribles dardos á la prole de la orgullosa mujer. Níobe lloró tanto, que Júpiter, movido á compasion, la trasformó en mármol.

15. Véase la nota 4.ª al Idilio XXIV de Teócrito.

16. Casi es innecesario hacer notar que el nombre del dios del fuego se toma aquí por el elemento mismo.

IDILIO V.

Estobeo nos ha conservado este Idilio, que parece incompleto. Represéntase un pescador que, comparando la inseguridad del mar con la vida campestre, parece preferir la última al peligroso oficio de la pesca.

1. Véase la nota 1.ª al Idilio I de Teócrito.

IDILIO VI.

1. La ninfa Eco, que aquí se representa desdeñosa hácia Pan, segun otros correspondió á los amores del Númen campestre, y áun tuvo de él á Iinge.

2. Los Sátiros eran divinidades agrestes, fogosos y enamorados; tenian alguna relacion con Baco, en derredor del cual los vemos á veces formando coros y danzas.

3. Gran trabajo me ha costado este verso. He borrado, enmendado, cambiado metro, palabras, estilo, y áun no estoy satisfecho. ¡Ojalá que algun helenista me ayudara á traducir mejor el ἐσμύχετ' ἀμοιβᾷ que se lee en el original! Esta graciosa serie de amores no correspondidos, ha sido imitada por Horacio en la oda XXXIII, lib. I.

4. No se olvide que el autor de este inmortal axioma es un gentil, cuya religion estaba muy léjos de reprobar semejantes máximas. Un concepto muy parecido hallamos al fin del Idilio XXIII de Teócrito.

IDILIO IX.

Graciosísimo es este poemita, traducido é imitado en casi todos los idiomas. Un erudito compatriota nuestro, en su disertacion sobre la poesía erótica de los Griego , lo califica muy duramente y trata de tabernario su lenguaje. Es que no habia visto más que una pésima traduccion de tan lindo epigrama, y no recordaba la trasformacion de Júpiter en toro para poder celebrar sus bodas con Europa.

FIN DE LAS NOTAS.

ÍNDICE.

	Págs.
Prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo	III
Un obispo poeta, por M. A. Caro	XV
Carta-Prólogo, á D. José María Roa Bárcena	XLIX

IDILIOS DE TEÓCRITO.

Idilio I.—Tírsis ó la Cancion	3
Idilio II.—La Hechicera	17
Idilio III.—Amarílis ó el Cabrero	31
Idilio IV.—Los Pastores	37
Idilio V.—LosCaminantes	45
Idilio VI.—Los Cantores Bucólicos	59
Idilio VII.—Las Fiestas Talisias ó el Viaje de Primavera	63
Idilio VIII.—Los Cantores Bucólicos	75
Idilio IX.—El Pastor ó los Vaqueros	85
Idilio X.—Los Segadores	91
Idilio XI.—El Cíclope	99
Idilio XII	105
Idilio XIII.—Hílas	Ibid
Idilio XIV.—Los Amores de Cinisca	113
Idilio XV.—Las Siracusanas ó las Fiestas de Adónis	123
Idilio XVI.—Las Gracias ó Geron	137
Idilio XVII.—Panegírico de Tolomeo	145
Idilio XVIII.—Epitalamio de Helena	157
Idilio XIX.—El Ladronzuelo de Panales	163
Idilio XX.—El Vaquerillo	155
Idilio XXI.—Los Pescadores	169
Idilio XXII.—Los Gemelos	175
Idilio XXIII.—El Enamorado, ó sea el desdichado en Amores	193

PÁGS.

IDILIO XXIV.—Hércules Niño. 199
IDILIO XXV.—Hércules, Matador del Leon, ó la Hacienda de Augías. 211
IDILIO XXVI.—Las Bacantes. 229
IDILIO XXVII. 233
IDILIO XXVIII.—La Rueca. . . . . Ibid
IDILIO XXIX. 237
IDILIO XXX.—A la Muerte de Adónis. . . . . Ibid
Otra Traduccion del mismo. 241

IDILIOS DE BION DE ESMIRNA.

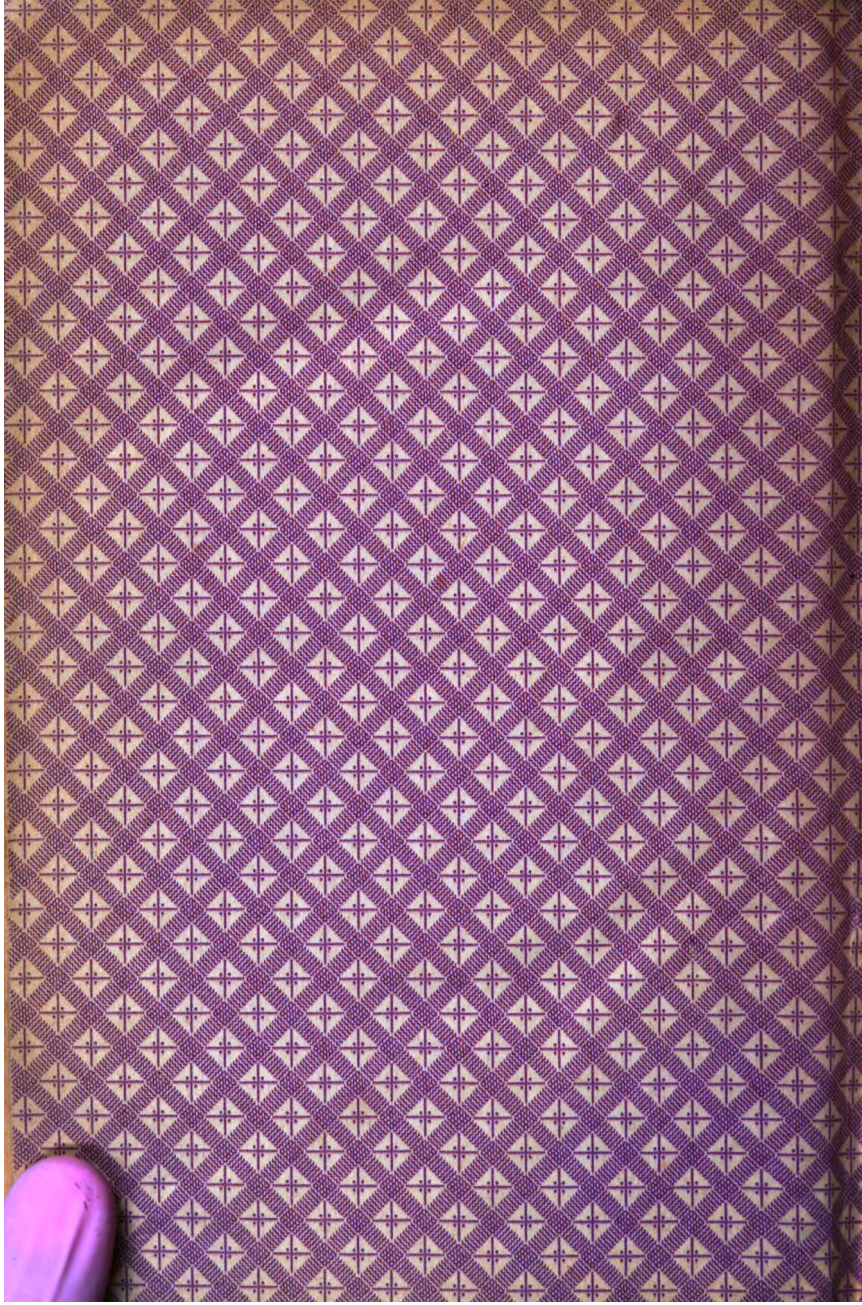
IDILIO I.—Canto fúnebre de Adónis. 247
IDILIO II. 255
IDILIO III. 259
IDILIO IV. 261
IDILIO V. 263
IDILIO VI.—Cleódamo y Mirson. 265
IDILIO VII. 269
IDILIO VIII. 271
IDILIO IX. 273

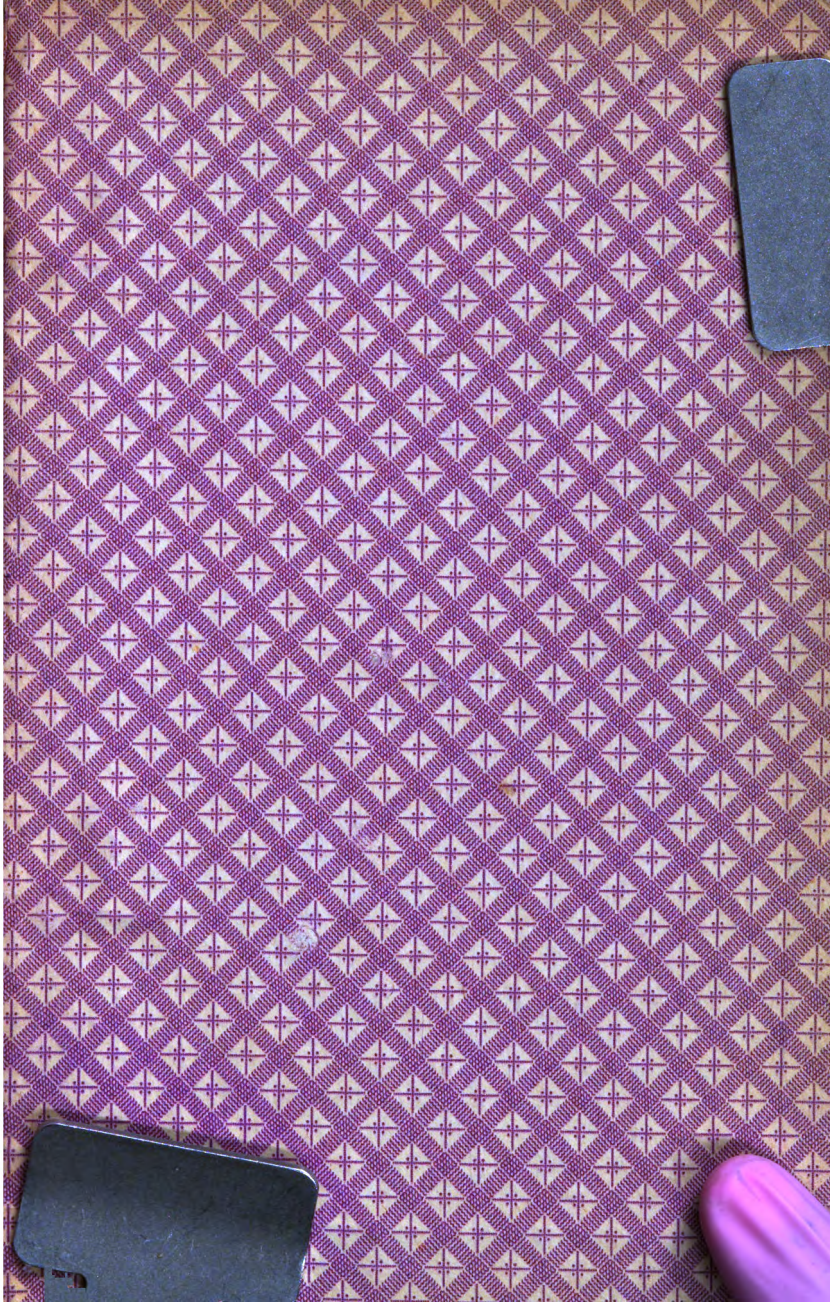
IDILIOS DE MOSCO DE SIRACUSA.

IDILIO I.—Amor fugitivo. 277
IDILIO II.—El Rapto de Europa. 283
IDILIO III.—Canto funébre de Bion. 295
IDILIO IV.—Lamentos de Mégara, esposa de Hércules. 307
IDILIO V. 315
IDILIO VI. 317
IDILIOS VII y VIII. 319
IDILIO IX ó más bien Epigrama.—Amor arando. . . . . Ibid

NOTAS.

NOTAS á los Idilios de Teócrito. 323
NOTAS á los Idilios de Bion. 396
NOTAS á los Idilios de Mosco. 409





UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 072015230